

Dos Comedias Famosas

∇

Un Auto Sacramental

Basados principalmente en LA ARAUCANA
de Ercilla, anotados y precedidos de un Prólogo
sobre la Historia de América como fuente
∴ del Teatro antiguo Español ∴

FOR

J. T. MEDINA

PRÓLOGO



Soc. IMPRENTA-LITOGRAFIA BARCELONA
SANTIAGO

1917

102633



*A Armando Donoso, su amigo que
le aplaude y quiere.—J. T. M.*

LA HISTORIA DE AMÉRICA, FUENTE DEL ANTIGUO TEATRO ESPAÑOL

En la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra se dió cabida á dos piezas dramáticas basadas en la historia de nuestra nación: los *Hechos de don García Hurtado de Mendoza*, de los nueve ingenios acaudillados por Luis de Belmonte, y *Los españoles en Chile*, de González de Bustos. En mi *Biblioteca hispano-chilena* inserté el *Arauco domado* de Lope de Vega, y sin estas tres, quedaban por completar la vulgarización de las que pudieran interesar á los chilenos *El Gobernador prudente* de Gaspar de Avila y *La Bélijera española* de don Pedro de Rejaule; tal ha sido mi propósito al copiarlas de los libros rarísimos en que aparecieron, agregando á ellas *La Araucana* del mismo Lope, no ha mucho impresa en la edición de sus *Obras* hecha por la Real Academia, y procurando ilustrarlas con algunas notas histórico-críticas que he

pensado serían oportunas. Queda por descubrir el manuscrito de los *Hechos de Juan Gómez*, que todo induce á creer se refieran al mismo soldado cuyo testimonio invocó Ercilla en aprobación de la verdad histórica de su poema y que tanto en él se celebra, que alguno más afortunado que yo es de desear logre ver, andando el tiempo, para dejar así completo, en lo antiguo, el caudal de las comedias histórico-chilenas.

Y para explicar la existencia de semejantes piezas y cómo se produjeron, las he hecho preceder también de un ligero estudio más general acerca de la historia de América como fuente del Teatro antiguo español, que va en seguida.





PRÓLOGO

Mis própositos al hacer la presente publicación.—Cómo fué que la historia de América llegó á ser fuente del Teatro antiguo español.—Clasificación de las piezas á que dió origen.—Las relaciones históricas, los poemas y los romances que trataron de las Indias.—Las comedias escritas en América.

Con el descubrimiento del Nuevo Mundo, los españoles hallaron en él, como lo notaba Calderón de la Barca en una de sus comedias,

aves, peces, fieras, troncos,
montes, mares, riscos, selvas;

el cielo mismo y las estrellas les ofrecían espectáculos nuevos; hombres de razas desconocidas hasta entonces, que hablaban idiomas que les eran propios, con usos, costumbres, modo de vivir y creencias extrañas; sistemas de gobierno peculiares, especialmente notables en México y el Perú, imperios que regían monarcas de un poder tan absoluto y, á la vez, en parte tan paternal, como no era posible imaginar

más; y, por sobre todo eso, se produjo para ellos el proceso de la conquista y descubrimiento de tan vastas regiones, que hizo se presentaran á la admiración de futuras generaciones hombres que los realizaron con cortísimos medios y sólo merced á un valor indomable y á una constancia que fué capaz de contrarrestar á sus enemigos y á la propia naturaleza. Hazñas fueron ésas que llegan á parecer increíbles y que enriquecieron el campo intelectual, diré, así como su trabajo y el de los indios encomendados que explotaban los veneros de la tierra recién hallada, les produjeron tesoros materiales en cantidad mayores que los que pudieron imaginar. La lista de héroes de la antigüedad que les ofrecían modelos para sus lucubraciones dramáticas, Alejandro, Leonidas, Darío, David, Salomón, y en tiempos posteriores, Carlomagno y sus doce Pares, San Luis; y de su propia patria, San Fernando, el Cid, don Alvaro de Luna, Carlos V, se acreció bien pronto así con los nombres de Colón, Cortés, Pizarro, Francisco de Orellana, etc., y dentro de las razas vencidas, los de Motezuma, Atahualpa, y más que todos, los de los indígenas que presentaba á la admiración del mundo como heroicos defensores de su patria don Alonso de Ercilla en su *Araucana*. Hubo también, claro está, personajes españoles de segundo orden, que por circunstancias especiales y,—cosa digna de notarse,—todos relacionados con la historia de Chile, como fueron, don García Hurtado de Mendoza, Juan Gómez de Almagro, la Monja Alférez, el mismo don Alonso de Ercilla, que lograron, como los descubridores y conquistadores de los primeros tiempos, ser sacados también á las tablas. Y en una esfera especialísima, enteramente peculiar de la época en que esos dramáticos escribieron y de las creencias del pueblo español, los santos y venerables que la América produjo, ya más adelante, cuando al estruendo de las armas de la conquista sucedió la tranquilidad de los claustros de la época propiamente colonial.

Tales fueron los elementos que la historia de América brindó á la inventiva de los dramáticos al tomar como punto de

partida hechos ciertos, que hubieron de alterar, a veces, en gran parte y de la manera más estafalaria, para el desarrollo de sus piezas ó para llegar al desenlace que buscaban, y que, para más claridad, dividiré en cuatro grandes grupos, que se ofrecen desde el primer momento como armónicos:

I.—Los descubridores y conquistadores;

II.—Personajes de un orden inferior, pero notables bajo ciertos respectos;

III.—Los santos americanos y hechos milagrosos que se decían verificados en este continente; y

IV.—Sucesos varios.

Bien entendido que bajo la expresión de Teatro antiguo español he de comprender con especialidad el siglo XVII, que marca el más alto de producción dramática en el orden que me propongo estudiar; y las muy contadas piezas, que ya con mejores rumbos, se escribieron durante el XVIII. Todavía, en el XIX habían de salir a las tablas personajes americanos, alguno de ellos de figuración altamente dramática, hasta entonces olvidados, como, por ejemplo, Vasco Núñez de Balboa, y el propio don Alonso de Ercilla, que aun hasta el día de hoy ocupa la pluma de escritores españoles y chilenos.

El proceso de cómo se impusieron esas figuras a la atención de los escritores dramáticos es fácil señalarlo. Desde el virreinato de Nueva España hasta «la remota Chile» hubo poetas que cantaron en sus versos las hazañas de los conquistadores y de los vencidos pero no menos heroicos indígenas, primero que todos, los de Chile, consagrados a la inmortalidad por el soldado, y, más que soldado, poeta, don Alonso de Ercilla, cuyos pasos siguieron Pedro de Oña y otros que dejaron obras que no llegaron en su tiempo a ver la luz pública, y que no cuentan, por tanto, en el proceso que indico; Gabriel Lasso de la Vega escribe su *Cortés valeroso*; Guzmán, su *Peregrino Indiano*, y Gaspar de Villagra su *Conquista de la Nueva México*; andando los años, se publica la *Hernandia*, que trata de Hernando Cortés; y siguiendo hacia el sur del Continente, Juan de Castellanos entrega a los mol-

des sus *Varones ilustres de Indias*, dejando en manuscrito varias partes del vasto caudal histórico que se propuso relatar; del Perú, escribe Juan de Miramontes las *Armas Antárticas*, destinadas hasta ahora á permanecer en sus borradores, y don Pedro de Peralta, ya muy adelante el siglo XVIII, su *Lima fundada*; de la Argentina, finalmente, el arcediano don Martín del Barco Centenera su *Conquista del Río de la Plata*, que ha logrado la rara suerte, inmerecida por cierto, de contar con cuatro ediciones.

Y sin tales obras poéticas, de las cuales, es verdad, si exceptuamos las dos chilenas que apunto, las demás no llegaron ó pudieron suministrar datos á los dramaturgos, éstos contaron para beber sus inspiraciones con las crónicas generales de la conquista ó con obras especiales que á su tiempo y lugar indicaré.

De tales fuentes, y por no decir casi exclusivamente de *La Araucana*, nacieron primeramente los romances en los que se contaban hazañas de indígenas u otros hechos, que no es éste el momento de analizar, romances todos anónimos y casi en su totalidad obra de los grandes ingenios españoles del siglo XVII, excepción hecha del que don Alonso Enríquez de Guzmán, antes que nadie, compuso á la muerte de su grande amigo Diego de Almagro; alguno que nació en México, y la *Relación de la tragedia de Atabaliba*, que refiere en dos partes el jesuíta Manuel Rodríguez en su *Marañón y Amazonas* y que recordaba ya don Andrés González de Barcia en sus Adiciones á la obra bibliográfica de Antonio de León Pinelo.

Así comenzaron por pasar del campo histórico al meramente literario los personajes americanos, y de él, en seguida, cuando estaban ya encarnados en el ánimo del pueblo, al dramático en España; que en la propia América, si exceptuamos algún corto ensayo realizado en México, apenas si pueden citarse las dos comedias del clérigo Miguel Cabello de Balboa, que menciona la poetisa anónima autora de una epístola que se halla en el *Parnaso Antártico* de Diego Mexía:

La entrada de los Mojos milagrosa,
La comedia del Cuzco y Vasquirana;

alguna escrita y representada en las fiestas a que daba lugar la proclamación de los monarcas españoles en estas sus remotas colonias, de que nos ha quedado también sólo la noticia; y por lo que respecta especialmente a Chile, aquella de *El Hércules chileno*, «obra de dos regnícolas», según afirmaba don Pedro de Córdoba y Figueroa, representada en Concepción en 1693 para festejar la llegada del presidente Marín de Poveda y su casamiento con doña Juana Urdanegui, noble dama, que había hecho el viaje de Lima en busca de su novio; y aquella otra, escrita en Lima, cuyo héroe fué don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán y el tema sus amores durante su cautiverio entre los araucanos con la hija de un cacique, y que después, andando el tiempo, cautiva ella a su vez, vino a poder del capitán español, quien la tomó a su servicio y la hizo cristiana: «comedia en que el autor, refería el propio héroe, representó estos amores muy a lo poético, estrechando los afectos a lo que las obras no se desmandaron.»

Previas estas sumarias indicaciones, es tiempo de que entremos á ver la producción dramática española, representada por los más grandes ingenios que la ilustraron, como fueron, Cervantes, Lope de Vega, Calderón, Moreto, Ruiz de Alarcón y otros, aunque menos conspicuos, harto aplaudidos en su tiempo, en el primero de los cuatro grupos á que me he referido.



I

DESCUBRIDORES Y CONQUISTADORES

Cristóbal Colón llevado á las tablas por Lope de Vega.—Análisis del argumento de esta comedia.—Sus líneas generales responden á la verdad de los hechos.—Traducciones que de ella se han hecho.—Otra pieza sobre el mismo tema escrita por don Luciano Francisco Comella.—Alguna noticia biográfica sobre este desgraciado dramaturgo.—Otras piezas teatrales basadas en los hechos del descubridor del Nuevo Mundo (nota).—Abundante literatura dramática acerca de Hernán Cortés.—La comedia de Lope que de él trata parece perdida.—Menos se sabe aún de la que escribió cierto poeta de apellido Cordero.—Nada puedo decir de la de don Fernando de Zárate.—*El valeroso español* de Gaspar de Avila.—Extracto de su argumento.—Don José de Cañizares y su comedia *El pleito de Hernán Cortés con Pánfilo de Narváez*.—Diferencias capitales que se observan en una y otra pieza.—Don Fermín del Rey, autor de *Hernán Cortés en Tabasco*.—Falsedades históricas que envuelve.—Tirso de Molina y su trilogía basada en la historia de la familia de los Pizarros.—La primera de las piezas que la componen tiene por argumento las proezas de Francisco Pizarro en su mocedad.—Es obra de la fantasía del poeta.—La segunda está destinada á hacer la apología y defensa de Gonzalo Pizarro.—La tercera trata de los hechos de Fernando Pizarro.—Algunas palabras acerca de la verdad histórica que encierra la obra del padre mercedario.

El primero en la serie de los descubridores ya se sabe que tiene que ser Cristóbal Colón. ¡Y Colón llevado á la escena

por Lope de Vega! ¡Qué dos nombres! ¡Qué alianza singular de dos genios, ambos insuperables en su esfera!

Intituló su pieza el Fénix de los Ingenios el *Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, y tomando para ella por fuente, sin duda alguna, la *Historia de las Indias* de López de Gómara y ajustándose de cerca á sus dictados, comienza por presentarnos al inmortal genovés en la corte de Portugal en demanda de que el monarca le auxilie con los elementos necesarios para emprender la gran jornada que medita; refiérelle en la audiencia que le concede su nacimiento y profesión, y que allá en la isla de Madera, donde residía, supo de boca de un piloto que hospedó en su casa, que derrotado por una tormenta que le arrastró muy lejos, vió con propios ojos

Nuevo cielo y tierras varias,
Tales, que nunca los hombres
Pensaron imaginarlas.....,

que así se lo declaró al tiempo de expirar, en pago del hospedaje que le había dado. Trátalo el rey de iluso y en vista de su negativa, acuerda que Bartolomé Colón, su hermano, vaya á Inglaterra á proponer la empresa á Enrique VII, que siempre había sido cosmógrafo experto, mientras él por su parte se dirigía á Castilla á intento de hablar á los Duques de Medinaceli y Medina Sidonia, persuadido de que los Reyes se hallaban por entonces tan ocupados en la guerra de Granada, que no les había de ser posible pensar por el momento en otras empresas.

Allí, en efecto, habla de sus proyectos á los Duques, que se burlan de ellos, y hasta sus pajes le motejan; para alternar desde ese punto las escenas en que se va preparando la rendición de los moros, con la de la vuelta de Bartolomé de Inglaterra, desahuciado también por el monarca, y otra en que figura el piloto Pinzón, que es el único que asiente á la posibilidad de la existencia de un mundo desconocido, acon-

sejándole que se dirija al rey don Fernando. Refiérole Colón que ya lo ha hecho,

Pero, en fin ha respondido
Que anda en la guerra ocupado
Que con Granada ha tenido,
Y que, cual veis, me ha dejado
Más pobre que entretenido;

si bien el contador Alonso de Quintanilla ha tomado mejor la cosa, ha hablado al Rey y le ha mandado que se acerque al cardenal Mendoza.

Hasta aquí, *plus minusve*, todo marcha ajustado á la historia, cuyo campo abandona en seguida el autor para hacer entrar en escena, conforme al gusto de la época, á la personificación de la Providencia, la Religión, la Idolatría y al Demonio mismo, que se explayan conforme á sus tendencias, dando desde luego lugar á la nota religiosa, que es la dominante de la pieza, hasta llegar á la noticia de la toma de Granada y á la aceptación que, después de ella, hace don Fernando, secundado por la Reina, del proyecto de Colón, ordenando a su contador que obtenga el dinero necesario de Luis de Santángel, su escribano de raciones; con cuya decisión le anuncia Colón que se dirigirá a Palos para armar allí las naves con que ha de emprender su navegación en busca de las ignoradas tierras que ha prometido hallar.

La primera parte del acto segundo se desarrolla á bordo. Viendo que los días se pasaban sin descubrir tierra alguna, Arana, Terrazas y hasta el mismo Pinzón, tratan á Colón de embustero y ambicioso y resuelven echarlo al mar, sin hallar otro defensor que frañ Buil; de lo cual desisten por el momento á instancias de Bartolomé y del propio Colón, que sólo les pide tres días de plazo para poder cumplir lo por él ofrecido. Dejando en suspenso el resultado de tal promesa, se ve aparecer á varios indios, que cantan al són de tamborcillos y panderos en celebración del casamiento de Dulcanquellín con

Tacuana, á tiempo que llega otro indio á avisar la llegada de las naves de los españoles, cuya presencia se anuncia á la vez por las voces de ¡tierra, tierra! y las descargas de los cañones, y que no tardan en salir á la escena, entre ellos, fray Buil cargando una gran cruz verde, que Colón ordena se plante allí al punto para adorarla todos á una. Entra en seguida una india, á quien Colón regala espejos y cascabeles y que va á contarle á sus compatriotas su entrevista con los recién llegados. Juntanse luego indígenas y españoles y después de averiguar el nombre de aquella tierra y de saber que hay otras cercanas y de que no escasea por esos sitios el oro, Colón resuelve dar la vuelta á España, dejando en su lugar á su hermano. Ciérrase el acto con la siguiente exclamación que hace:

¡Cielos! Hoy fundo
 La fe en otro mundo nuevo;
 España, este mundo os llevo:
 ¡Nuevo Mundo!

La jornada tercera gira casi por entero en torno de los preparativos para la celebración de la primera misa que ha de verse en el nuevo mundo, alternando los amoríos de Arana y Terrazas con sendas indias y del enojo consiguiente de Dulcanquellín al saber que una de ellas es su mujer; sin que falte de parte de su burlador una larga tirada, muy oportuna en tales circunstancias, en la que le expone el credo católico, que el indio halla «muy largo y intrincado y muy difícil»; y que, advertido por el Demonio del engaño de que es víctima, resuelve matar á los españoles, como en efecto lo ejecuta con los más de ellos; pero al tratar de arrancar la cruz, símbolo religioso de los intrusos, resulta ¡cosa estupenda! que el tronco que la forma reverdece y va creciendo, de donde el indio infiere que es sin duda verdadera la religión cristiana. Y después de esto, sin transición alguna, se nos presenta al Rey Católico y á doña Isabel su esposa, que se preparan á recibir á Colón, que va á hacer su entrada en Barcelona de vuelta de

su viaje de descubrimiento, seguido de seis indios medio desnudos y pintados y de dos pajes que llevan en un plato barras de oro, y halcones y papagayos; prémiale el Rey haciéndole duque de Veragua y almirante de la mar y concediéndole un escudo de armas con la leyenda:

Por Castilla y por León
Nuevo Mundo halló Colón;

el oro, que el monarca ofrece á su consorte, es dedicado por ella para la fábrica de una custodia para la Iglesia de Toledo, disponiendo, á la vez, que los indios, que ella y su marido han de apadrinar, sean luego bautizados; para concluir don Fernando diciendo:

Hoy queda gloriosa España
De aquesta heroica victoria,
Siendo de Cristo la gloria
Y de un genovés la hazaña.
Y de otro mundo segundo
Castilla y León se alaba.

Que Lope quiso ajustarse en las líneas generales de su pieza á la verdad de los hechos resulta evidente, como se habrá notado, y él mismo lo declara así con el último verso de su comedia, que llamó en él «la historia del Nuevo Mundo»; y así pasa en efecto, exceptuando, sí, el anacronismo que envuelve el hacer figurar en el primer viaje de Colón á fray Buil, que, en el hecho, vino á ser en el segundo; pero necesitaba de un personaje eclesiástico cuyo nombre sonara y hubo de echar mano de él para llenar en forma el propósito, en verdad más religioso que histórico, que anima la pieza.

Eserita, probablemente, antes de 1604, sólo vino á publicarse diez años más tarde en la Parte Cuarta de las comedias de Lope, y sería difícil encontrar en la historia literaria, alguna que haya merecido de la crítica juicios más contradic-

torios, pues al paso que de su mérito pueden dar testimonio las traducciones que de ella se han hecho al alemán, francés é italiano y aun en nuestros días una al holandés, pluma tan autorizada como la de don Leandro Moratín la calificaba de «una de las comedias más disparatadas de Lope». Y como siempre sucede en casos tales, sin ser acreedora á tan acre censura, ciertamente de ningún modo lo es al aplauso desmedido que otros, como Damas-Hinard, le tributan. Y baste con esto, que el lector hallará discutido y resuelto el punto y cuanto a la pieza atañe en el orden histórico y literario, de manera magistral, como todo lo suyo, en el prólogo que Menéndez y Pelayo puso al frente del tomo XI de las *Obras* de Lope, para llegar con él, en último resultado, á que el argumento de la pieza es uno de aquellos en que «la sublime realidad histórica oprime y anonada la invención poética» (1).

Pues, á pesar de la incomparable grandiosidad del asunto y de haber sido tratado por el primero de los dramáticos de la nación, no faltó un literato de tercer orden y pésimo autor dramático, que se apoderara del tema, extremando en él su falta de arte y de condiciones de poeta, y lo sacara nuevamente a las tablas con el ampuloso título, ampuloso en su brevedad, de *Cristóbal Colón*, allá á mediados del siglo XVIII, no con tan poco éxito, sin embargo, que su obra no alcanzase muy luego una segunda edición (2).

Ese «infando» autor, como le calificó Menéndez y Pelayo, se llamó don Luciano Francisco Comella (1716-1779), que escri-

(1) *El Nuevo Mundo* había sido vulgarizado por Ochoa, que le dió cabida en el tomo II de su *Tesoro del Teatro Español*, París, 1867, advirtiendo que le había incluido en él «como una muestra del *non plus ultra* de la osadía dramática. Verdaderamente no se puede desbarrar más. Pero obsérvese cómo en medio de tal cúmulo de desatinos, tiene Lope el arte de interesar con su disparatada acción, y cómo nunca se deja de reconocer en él un gran talento dramático».

(2) Tal es la que tengo á la vista, que no lleva indicación de lugar ni fecha, pero que es, indudablemente, de Madrid, y por lo que puede colegirse del tipo de la letra de imprenta, de la segunda mitad de aquel siglo.

bió más de cien dramas, sacando y desfigurando argumentos del teatro inglés y del francés y del de Lope y Calderón, no sin grandes éxitos de circunstancia, y célebre en la historia literaria por su violenta enemistad con don Leandro Fernández de Moratín.

Pasa la escena en Sevilla y el argumento todo versa sobre la causa formada á Colón por Francisco de Bobadilla; como personajes, figuran los reyes don Fernando y doña Isabel, aquél prevenido contra el gran descubridor por las intrigas, pasiones é intereses de Gonzalo Gómez y Alonso Vallejo, aunados con Bobadilla; y del bando opuesto, en primer término, la Reina, que, más por instinto propio y por la gloria de su nombre y de la protección que siempre dispensó á Colón, se inclina á su favor, resistiéndose en todo momento á dar crédito á las acusaciones que se le hacen; Diego Méndez, capitán, amigo de Colón y de su familia, personaje que resultaría más simpático de lo que aparece, si no fuera que ha querido concedérsele en la pieza todos los caracteres del gracioso y que, por tal causa, resulta, á veces, chocarrero; doña Felipa Moñiz, la mujer del descubridor, que se la presenta sumida en la miseria, sabedora de lo cual, la Reina le obsequia una valiosa sortija por intermedio de Méndez.

Llegan muy luego las naves de Indias, y en ellas dos indios, Colón aherrojado, y su proceso, del cual aparecen plenamente comprobados los delitos de que se le inculpa, que el Rey lee y dice así:

«Delitos que el Almirante
ha cometido en las Indias.
Primeramente, ha enviado
como esclavos á Castilla,
á más de trescientos indios,
contra la orden que tenía
de sus Reyes, que previenen
disfruten prerrogativas
de vasallos cuantos indios

á su obediencia se rindan.»
¡Habr  mayor atentado!
«Despu  de esto, por malicia,
y por venganza, hizo ahorcar
con la más grande ignominia
  ciento y treinta españoles,
que apoyarle no querían
sus delitos». ¡Que los Cielos
consintiesen tal perfidia!
«Además de tratar mal
  la gente que traía
consigo, no la pagaba
para ahorrar sumas crecidas.»
¡Pobre gente! «En su gobierno
ni al rapto, ni   la rapiña,
ni á otras mil atrocidades
se ha visto pena prescrita.»
Me horrorizo de leer
perversidad tan indigna.
«También con pena de muerte
castigaba al que decía
donde había descubierta
de oro   plata alguna mina;
manifestando en aquesto
que tenía ocultas miras
en conservarlas; y algunos
han depuesto por oídas
que pensaba hacerse dueño
absoluto de las Indias.»

A instancias de la Reina, envía don Fernando al sótano en que Colón ha sido llevado   Gómez y   Mendo Zorrilla, hombres de la confianza de aquélla, para que le reciban sus descargos, pero se niega   darlos   otro que no sean los monarcas. Mientras tanto, Gómez y Vallejo, temerosos de que se descubran sus tramas, proceden   interrogar   su modo   los

indios, y para que se compruebe que es falsa la aseveración de la miseria en que la familia de Colón se halla, hacen introducir furtivamente en el subterráneo de su casa las barras de oro que ha traído la flota, y conducen allí al Rey en persona para que las vea por sus ojos. Con tales medios creen ya logrados sus propósitos y los ven aún reforzados por haberse descubierto que doña Felipa había mandado vender un valiosísimo anillo, que la justicia ha detenido; pero, como es fácil sospecharlo, intriga tan baladí es bien pronto descubierta: obtiene Colón el que los Reyes le oigan y con sus descargos y las deposiciones de los mismos indios que antes declararon en su contra, se produce la absolución de Colón y el castigo de los palaciegos culpables, que salen al final con grillos y son condenados, junto con Bobadilla, en prisión perpetua. (1).

Más abundante fué la literatura dramática que se produjo alrededor de la persona de Hernando Cortés, y esto, por motivos fáciles de comprender. Era, ante todo, español, sus ac-

(1) Además de estas piezas que en lo antiguo tomaron por tema al descubridor del Nuevo Mundo, en España podemos contar el *Cristóbal Colón* de don Juan de Dios de la Rada y Delgado, representada en Madrid en 1863; *La última hora de Colón*, de don Víctor Balaguer, cuadro dramático en catalán, de 1868, y uno lírico dramático de don José Campo Arana, música de don Antonio Llanos, (1879) que más de una vez se ha representado en Santiago, y otros de menor importancia y algunos de ellos muy disparatado, como *Colón y el Judío Errante* de don Eugenio Sánchez de Fuentes.

En francés tenemos la *Découverte du Nouveau Monde*, tragedia lírica en tres actos muy cortos, de Rousseau, escrita en 1740 y nunca representada; *Christophe Colomb*, de Nepomuceno Lemercier, representada en 1809, con tal fracaso, que se armó en el teatro una verdadera batalla campal en que hubo contusos en cantidad y hasta un muerto; *Colomb dans les fers*, del dominico P. Lhermite, de buena versificación, que tiene por asunto, como ya su título lo indica, la prisión de Colón por Bobadilla, pero en gran parte inexacto bajo el punto de vista histórico.

En la literatura inglesa existe *The Columbus*, que Moratín vió represen-

ciones de un orden más humano, si puedo así decir, como que va mucho trecho de un navegante descubridor á un conquistador, del empleo del saber, aunado á la constancia, al uso de la espada, claro está; brillantes en ocasiones, con rasgos de grandeza y valerosa decisión, apenas imaginables; su campaña en México revestía todos los caracteres de un cuento de hadas, y él y sus descendientes, que todos pudieron conocer en su patria, merced á sus liberalidades, se conquistaron amigos; la misma desgracia en que cayó, después de sus portentosas hazañas, todo contribuía así á hacerle altamente simpático y á encarnar en él un personaje netamente nacional, casi con los perfiles de la leyenda, y del cual se apoderaron bien pronto los poetas para cantarle en versos heroicos, sin contar, todavía, con que desde muy á los principios tuvo la suerte de hallar en López de Gómara—fuente que había de ser para todos los dramaturgos,—historiador que las refiriera con elegancia y concisión, después que él mismo, con estilo que no pudiera sospecharse en un guerrero, se encargó de divulgarlas por el mundo en sus *Cartas de relación* á Carlos V.

La fecunda pluma de Lope encontró también ocupación en las hazañas de Cortés para llevarlas al teatro en una comedia que intituló el *Marqués del Valle*, y, acaso, en otra, *Conquista de Cortés*, que como dos obras diversas ha catalo-

tar en Londres en 1790, y de cuyo argumento se burlaba donosamente, por más que hubiese sido una de las piezas más aplaudidas de su tiempo en aquella capital.

Dos dramas sobre el tema de Colón se citan en alemán, una de Federico Rückert, de 1845, y otra de Alejandro Dekekind, escrita esta última con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de América (1892); y, como era de esperarlo, dada la patria del gran genovés, en Italia es donde abunda, sobre todo en las tablas, la figura del descubridor, comenzando por el melodrama lírico de Pradelini, *Colombo ovvero l'India scoperta*, que es de 1691; el *Colombo*, de Félix Romani, música de Morlachi, que se dió por primera vez en Génova en 1828, y muchos otros ensayos, más ó menos de ningún valor, cuya enumeración podrá verse en el prólogo citado de Menéndez Pelayo.

gado Barrera y Leirado, diciendo de esta última que se hallaba en manuscrito, y limitándose á enunciar la otra, sin detalle alguno; pero, ya fuesen una ó dos, parece que se han perdido para la posteridad, pues no se han incluido en la monumental colección de sus *Obras*, ya citada. Menos se sabe aún, si tal cosa cabe decir, de la de un poeta apellidado Cordero (no consta siquiera su nombre) que escribió con el título *Cortés triunfante en Tlascalca*; y por mi parte siento confesar que no puedo dar más de la noticia de la *Conquista de México* de Fernando de Zárate, escritor dramático fecundo y de cuya vida casi nada se sabe hasta ahora, que salió incorporada en la Parte treinta de las *Comedias nuevas y escogidas de los mejores Ingenios de España*, impresa en Madrid en 1668, libro muy raro, en el que se halla también *El valeroso Español y primero de su Casa*, de Gaspar de Avila, que conocemos todos merced á haberse reimpresso en la Biblioteca de Rivadeneyra, y de la que en seguida voy a tratar, dejando las noticias biográficas que de él se tienen para ponerlas al frente de la reimpresión de *El Gobernador prudente*.

Algún indicio del argumento de la pieza se desprende ya del título que lleva, que no es otro que la historia del casamiento de Cortés, mezclada con la relación de sus hazañas y del rigor con que fué tratado por Carlos V. Véase como se desarrolla.

Vivían en Sanlúcar doña Juana de Zúñiga, hija del Conde de Aguilar, en compañía de su abuelo el Duque de Béjar, que acaba de ser llamado a la Corte, donde se dice que doña Juana será nombrada dama de la Emperatriz y recibirá, probablemente, estado. Resiste el viáje la joven, que ama aquellos sitios y no gusta de galanes palaciegos, á quienes antepone á los hijos de Marte. Para dilatar por lo menos su idea, pretexta que tiene que cumplir la manda que ha hecho de rezar una novena á la Virgen de Bonanza, que se venera en ese lugar, allí cercano; accede a ello su abuelo, y mientras se halla entregada a sus devociones, llega Cortés desde las Indias, que va á ofrendar á aquella imagen 40 barras de plata.

Admiran todos el marcial continente del recién venido, que desde el primer momento se capta también las simpatías de doña Juana, que se propone conquistarlo. A ese intento, comienza por hacerle pedir por conducto de Montejo, uno de sus soldados que le acompaña, su retrato, que por sus influencias creen obtener para mostrarlos en sus patrias dos capitanes extranjeros que allí habían ido, asimismo, en peregrinación: obséquiaselo Cortés y ella lo guarda para sí; pídele en la primera ocasión que le ve á la joven india que ha conducido de México, y ya resuelta en seguir su propósito, le ofrece, en cambio, que acepte para su servicio un criado de su confianza, que ha de tenerla al tanto de las acciones de Cortés y convertirse luego en el gracioso de la comedia, de continuo en dimes y diretes con Montejo, incapaz de soportar sus burlas. En este punto las cosas, recibe el Duque orden del Emperador de que sin demora se traslade á la corte, y doña Juana, que antes repugnaba el viaje, deja ahora pendiente la novena al saber que Cortés ha de emprenderlo también.

Hasta aquí la primera jornada. La segunda pasa en palacio, donde es cosa de todos sabida que el Emperador ha mandado que no le vea Cortés hasta que él lo permita. El príncipe don Felipe, cuyas buenas partes para el gobierno pondera á Carlos V Ruy Gómez de Silva, su privado, solicita de su padre que reciba al conquistador de México, ó que le haga la merced

De decirme en qué ha podido
Errar el que ha reducido
Un mundo, si á tu presencia
Viene ya con la obediencia
De un nuevo mundo adquirido.

Consiente en ello el monarca y asiste á la audiencia, además del príncipe, su hermana la Infanta, doña Juana, el Duque de Béjar y otros nobles, y allí hace Cortés relación sumaria de su nacimiento, su educación, su viaje á las Indias

y de sus conquistas en México, y después de oírle, el Emperador se limita á decirle «bien está», convocando en seguida á consejo, sin consentir que asista á él Cortés, como se lo pide don Felipe, con gran admiración de los magnates y profundo sentimiento de doña Juana. Pretende Cortés, con todo, hablar al Emperador, pero el portero lo rechaza, diciéndole que se está ya en consejo.

Después de escenas de interés secundario para la marcha de la comedia, las tendencias de los protagonistas se van acentuando; Cortés traga en silencio el disfavor que sobre él se cierne, para pintar así su situación de ánimo á la conclusión de un monólogo:

Mi encogida confusión
 Procura saber el cargo,
 Para cuidar del descargo
 Y dar la satisfacción:
 Y como está el corazón
 Seguro que no ha ofendido,
 Al pensamiento afligido,
 Que no hay, dice por disculpa,
 Mayor descargo en la culpa
 Que no haberla cometido.

Su situación se hace, sin embargo, más llevadera para Cortés después que en la escena siguiente con doña Juana le asegura compartir con él sus cuidados y recelos, declaración á que contesta, diciendo:

El hallar
 Consuelo, señora, en vos
 Arguye contrariedad
 Al quejarme, y perdonad,
 Porque en cualquier rigor
 Me olvida vuestro favor
 De mi propia adversidad:

Y cuando me juzga aquí
 Sin culpa, y veo admitida
 En vos el alma que os di,
 Incapaz juzgo mi vida
 De poder quejarme así.

Y respóndele doña Juana:

Deciros quisiera ahora
 Mi fe, mi amor, mi lealtad,
 Mi resuelta voluntad;
 Pero, pues ya no se ignora,
 Yo lo reservo, señor,
 Para otra ocasión mejor
 Que me depare la suerte.
 Vuestra soy hasta la muerte;
 Adios.

Del consejo ha salido resuelta la expedición á Argel, y después de anunciarlo así el Emperador á Ruy Gómez para que busque el dinero que falta, interrogado directamente sobre la causa de su desvío hacia Cortés, se la declara así:

Apenas Cortés llegó
 Cuando luego se me dió
 Un memorial, que dispone
 Culpas suyas, y le pone
 Capítulos; y aunque yo
 No creo que un hombre tal
 Pudiera ser desigual
 A su lealtad, mejor es
 Que espere el premio Cortés
 Que no premiarle yo mal;

advirtiéndole que á fin de juzgar de la capacidad para el mando del que ha de sucederle en el trono, le ha delegado la resolución que ha de dar en los negocios de Cortés. Pero, desde

ese mismo punto, suspende don Felipe su juicio, proponiéndose, por su parte, examinar el proceso, para disponer por primera providencia que Cortés vaya preso,—determinación que éste acepta contento,—y que Ruy Gómez le vaya haciendo relación de los capítulos que contiene la causa, que en efecto va leyéndolos y el Príncipe comentándolos. A ese tiempo llegan emisarios del Rey de Francia, portadores del obsequio de ciertas pinturas que representan los nueve de la Fama, y uno más, que resulta ser el de Cortés; con cuya vista, don Felipe, al notar que en el extranjero se le dispensa tal honor, manifiesta avergonzarse de que le esté procesando y ordena á Gómez que vaya en busca de Cortés y le traiga ante su presencia, para que allí, delante de los que le acusaron, oiga su sentencia. Cortés, mientras tanto, ve en sueños aparecersele en su calabozo á la América, montada en un cocodrilo dorado, para mostrarle su próximo enlace con doña Juana de Zúñiga y la próspera suerte que correrá á sus descendientes, que va apuntando uno por uno, cuya relación concluye á tiempo que el emisario Real va á sacarle de su prisión para conducirlo á presencia del Emperador, del Príncipe y de los nobles, ante quienes se descubre una cortina que muestra á Cortés al lado de los nueve de la Fama; á ese mismo tiempo, Gómez de Silva anuncia al Emperador que han llegado las naves de Indias trayendo seis millones, que servirán para la conquista que proyecta; concédele al punto á Cortés el título de marqués del Valle y le otorga la mano de doña Juana, del todo satisfecho de la prueba de cordura y acierto en el gobierno de que ha dado prueba su hijo al fallar como lo hizo la causa del conquistador de México.

Posterior casi en un siglo á la comedia de Avila es la que escribió don José de Cañizares con el título de *El pleito de Hernán Cortés con Pánfilo de Narváez*, cuyas ediciones no aparecen mencionadas por los bibliógrafos, sin que pueda decirse, por causa de tal vacío, cuándo saliera a luz la primera. La que yo poseo lleva el pie de imprenta de Valencia y la fe-

cha de 1762, cuando ya su autor era fallecido hacía más de quince años.

Cañizares había nacido en Madrid en 1676, dando muestras desde muy niño de sus aventajadas disposiciones para el teatro, pues el cronista de los hijos de aquella ciudad asegura haber oído que cuando apenas contaba 14 años escribió una apreciable refundición de la comedia de Lope llamada *Las cuentas del Gran Capitán*; hubo de abrazar, sin embargo, la carrera militar, de la que se retiró con el grado de teniente de caballos corazas, para ser nombrado, en 1702, censor de las comedias que se representaban en los teatros de la corte, cargo que desempeñó durante cerca de medio siglo y el cual abandonó llamado por el Duque de Osuna para colocarle en la contaduría de su casa.

Muchas fueron las comedias que salieron de su pluma y no menos de siete las que han merecido el honor de que se las colocase en la *Biblioteca* de Rivadeneyra, entre las cuales no se cuenta la de que vamos á dar noticia.

Su lectura deja el convencimiento de que Cañizares conoció la pieza de Avila y que en parte quiso imitarla, tomando siempre por base la mala acogida hecha á Cortés por el monarca, que en ella, á la inversa de la otra, procede por entero de Felipe II, á la vez que Carlos V se muestra desde el primer momento convencido de la lealtad del vencedor de Motezuma y su más decidido protector; agregando, eso sí, nuevos elementos que complican el nudo y hacen más aparatoso su desarrollo y el desenlace y atropellando para lograr ese efecto, sin empacho alguno, tiempos y lugares, subordinado siempre todo al hecho sobre el cual giran los sucesos, cual es, la acusación que Pánfilo de Narváez entabla en la corte contra su émulo.

En la jornada primera, Carlos V, acompañado de su hijo el príncipe don Felipe, acaba de hacer su entrada en Toledo, cuando se anuncia que llega allí Cortés de las Indias; recíbele en el acto y le pide que haga relación de sus hechos, como lo verifica en efecto en una larga tirada, cual hemos visto que

pasa en la comedia de Avila; á cuya conclusión, le premia con el título de marqués del Valle, le señala un escudo de armas y le nombra capitán general de la Nueva España, a la vez que el Príncipe le elige por su caballerizo mayor y comendador con hábito de Santiago. A ese mismo punto, se presenta doña Juana de Zúñiga y Aguilar, de luto, en busca del Emperador, quien le oye apenas para decirle que haga relación á Cortés de lo que pretende, como señal primera de la privanza que le concede; Cortés se manifiesta absorto ante la hermosura de la dama y ordena á uno de sus capitanes que la siga para averiguar su domicilio, cosa que á su turno dispone don Felipe, flechado también de tal belleza, pasión ó capricho, que el autor inventa para explicar en parte, según parece, la ojeriza que el futuro monarca ha de cobrar al conquistador de México.

Arriba, asimismo, en esos momentos Pánfilo de Narváez, de camino, mostrando la falta de uno de sus ojos, que viene á acusar á Cortés de tan feos delitos, dice, que el de traidor no es el menor de ellos. Pronto aparece de nuevo el Emperador, que sorprende á su hijo en el instante en que estrechaba la mano á doña Juana (quien por equivocación había entrado á su despacho) y hace que se la tomé de nuevo para que la reciba Cortés, á quien se la ha concedido. Niégase el Príncipe, después de eso, á seguir como los demás en el acompañamiento de los novios y á tiempo que Narváez se ve allí malamente despedido del Emperador, ofrécele de su parte que le oirá benigno; con lo cual se da fin al acto primero.

Han pasado quince años. A Cortés le ha nacido su hijo Martín, vivo trasunto suyo en su audacia y valor, pero se halla ya viejo y pobre por haber perdido cuanto tenía en la jornada de Argel, y todavía con el pleito de Narváez pendiente. Aprobada ya la acusación contra él, don Felipe ordena que sea preso, sin atender a las observaciones del Arzobispo de Toledo, que siempre se había manifestado á su favor; motéjale aún de traidor, levantando en Cortés, cuando tal oye, sus altiveces y haciéndole juntamente prorrumpir en

llanto. Llega á ese tiempo Carlos V vencedor de los luteranos de Alemania, que ordena la libertad del preso y se ofrece á servirle de fiador en su causa. La sombra de la Muerte, que se le ha aparecido, lo decide á abandonar el cetro para retirarse al monasterio de Yuste a preparar su jornada para la otra vida, reiterando á Cortés, antes de abandonar la corte, que cuente siempre con él para lo que le ocurra en sus negocios, á pesar de que al despedirse de su hijo le encomienda á Cortés y le aconseja que le honre y le quiera. Y no pasa mucho tiempo sin que le llegue de su parte un emisario á Cortés, diciéndole que acuda á él;

pues de cuanto le propongan
se ha apartado, y sólo á vos
su amparo y vida otorga,

le repite el enviado Real. Allí va á visitarle Cortés, que no puede reconocerle en un principio, pero que luego, postrado á sus pies, recibe de su mano un billetico, para que «en viendo de mala data el cuento», se lo entregase al Rey. Regresa de allí,

rota el alma, herido el pecho
de un santo exemplar, que avisa
que gloria mundana es viento.

Durante su ausencia se ha concertado un duelo singular entre su hijo el rapazuelo Martín y Narváez, á quien en más de una ocasión ha retado aún en presencia de Felipe II, y que éste se niega á autorizar en cumplimiento de una pragmática de su padre que lo prohíbe. Ha mandado publicar por su parte que va á la jornada de Aragón; Cortés, que lo sabe, pretende que le oiga, y como sólo obtuviera una negativa y el que le llamara necio, le ase de una liga y le detiene, sin que por ello se irrite, con gran asombro de los cortesanos, que ya daban por descontado el castigo de tal atrevimiento: todo á causa de estar ya instruído de que se ha descubierto por la

inesperada prisión del secretario de Narváez, que en ella ha confesado que era falso cuanto se le achacaba á Cortés, como así lo declara luego desde el trono, en estos términos:

REY.—Yo lo diré: que no tuvo
rey, en cuanto el orbe ciñe,
mejor vasallo que vos;
que estáis ya dado por libre
de la nota que Narváez
os puso, siendo sus fines
(según se vió en los papeles
y la confesión, que hice
tomar á su secretario)
destruir el más insigne
campeón que tuvo España;
y él, porque no le castigue,
huyendo va, y por no oír
lo que esa salva publique;

que no es otra que la de

¡Viva, Viva Hernán Cortés;
mueran los que le persiguen!

y cuando el monarca, después de eso, le pregunta qué más quiere, contesta Cortés que se lea el billete del Emperador, que pone en sus manos y que él pasa á las del Arzobispo, oído el cual, el Rey le abraza llamándole

Héctor nuevo, invicto Aquiles,
Virrey de la Nueva España.

En medio de tales anacronismos y absurdas invenciones, ya se comprende que apenas si las líneas generales de la pieza, en cuanto á Cortés se refieren, (que lo demás es pura aberración), recuerdan remotamente la verdad histórica.

Con el propósito de ajustarse á ella y llevando esa vez el teatro de la acción al mismo México, escribió don Fermín del Rey su *Hernán Cortés en Tabasco*, drama heroico é histórico como le llamó, en tres actos, representado que fué en Madrid en 1790, é impreso allí en ese mismo año.

Acaba de librarse la batalla en que Cortés ha derrotado á los indios de Tabasco, cuyo cacique, para aplacarle, le ofrece su sumisión acompañada de costosos presentes, entre ellos diez doncellas de las más hermosas de su tierra, de las que el caudillo español sólo retiene una llamada Teler. Los jefes del ejército de Motezuma, acampados allí cerca, que conocen la derrota sufrida por sus compatriotas, merced al valor, las armas y caballos de los invasores, resuelven presentarse en el real de Cortés en són de paz para tratar de asesinarle, á cuya empresa se ofrecen Altimocín y Teutile. En el campo español, Cortés, secundado por sus capitanes Sandoval, Alvarado y Olid, dispone lo conveniente para la batalla que se propone dar al día siguiente á las tropas de Motezuma. Teler le ofrece para su defensa un escaupil tejido por ella, que el español acepta gustoso al verla, cayendo al mismo punto en las redes de amor, para declarárselo así y pedirle que vaya á verle á su tienda. Un tanto avergonzado de semejante pasión en tales circunstancias, trata de cohonestarla ante la idea de que esa mujer, que por la historia de su vida que le ha referido demuestra que sabe varios de los idiomas indígenas que se hablan en aquellos países, pueda serle de utilidad en el curso de sus futuras campañas. Es posible también que logre reducirla á que abandone el culto de sus falsas deidades y se convierta á la fe cristiana. Y desde este punto, por la relación que la indígena le ha hecho de su anterior cautiverio y peregrinaciones como prisionera de diversos caciques, ya se deja ver que el autor quiso pintar en ella á doña Marina, como así resulta en efecto al final de la pieza.

Preséntanse luego en el campo español los fingidos emisarios de paz; acógeles benignamente Cortés; se informan de la tienda en que se aloja, que esa noche está iluminada y no vigilan los

centinelas en espera de la visita de Teler, y cuando todo está ya envuelto en el silencio de la noche, salen Altimocín y Teutile en busca de Cortés, pero por sus palabras son descubiertos por la india antes de que llegen á él; aprésanla entonces, y viendo así desbaratados sus planes, huyen con ella, a cuyas voces sale Cortés; se pone en alarma el campo y descubierta luego la fuga de los indígenas, que Cortés no sabe á qué atribuir, exclama:

Ah! cielos en tal desdicha
 mi propio furor me mate.
 ¿Teler no parece, y ellos
 también se ocultan cobardes?
 Sin duda para venderme
 dispusieron congregarse.
 También ella es mexicana
 y al encontrar sus parciales
 dispuso su fuga Pero,
 ¿por qué procuró avisarme
 con sus voces, si esto fuese?
 No; de un rapto tan infame
 es víctima involuntaria,
 para este exceso execrable
 la embajada pretestaron.

Sorprendidos los capitanes españoles ante semejantes muestras de sentimiento de su jefe, declárale que la ama y que todo se aliste para que al venir la aurora del siguiente día se procure recobrar á fuerza de armas la prenda que ha perdido. Y con esto concluye la primera jornada.

Como se ve, hasta aquí anda malamente en la pieza de Rey el calificativo de histórica que le atribuye, pues si exceptuamos la indicación de los nombres de los capitanes españoles y la disfrazada figura de doña Marina, los sucesos reales no aparecen en parte alguna.

En la jornada segunda se nos presenta el templo azteca con su dios Viztilipuztli, su cabeza adornada con plumas en forma de pájaro, con una culebra y saetas en una y otra mano; al pie del altar, multitud de indios esclavos, con los ojos vendados, destinados a ser sacrificados por dos sacerdotes, uno de ellos Quetlabac, vestidos de ropas talares y también con penachos de plumas. Allí es conducida Teler por sus apresadores, que refieren cómo y por qué la llevan, al paso que ella cuenta que en esos días se enteraban trece años que duraba su esclavitud; al oír lo cual, Quetlabac cae en cuenta de que es su hija que perdió en el fragor de una batalla; ordena que se le quiten sus ligaduras y sea eximida del sacrificio, pero el otro sacerdote se opone y va ya á descargar sobre ella el cuchillo, cuando se oyen descargas de arcabucería y toques de clarines que anuncian que los españoles penetran al templo; á cuya vista huyen los indios despavoridos, para recobrar allí Cortés a su amada, con quien se entrega, ya fuera de allí, a expansiones amorosas, mientras afuera sigue el combate entre españoles y mexicanos, que Cortés se ve precisado á dirigir en persona. En medio de la refriega, Teler es reconocida por Altimocín, que resulta ser su hermano, á tiempo de recibir éste en sus brazos el cuerpo ya casi inanimado de Quetlabac, que cae herido y despeñado; su hijo se dirige á depositarlo por el momento en una gruta vecina, dejando allí á Teler, á quien encuentra en ese momento Teutile, que incitado por la hermosura de la que ha sido su prisionera, se la lleva robada.

Y la historia, á todo esto, ¿donde está? se preguntará. *Et sic de coeteris*, me toca añadir, en las escenas, á cual más absurdas, que se siguen, hasta recobrar de nuevo Cortés á la india, para conducirla á la pila bautismal y casarse en seguida con ella.

Y con esto hemos concluido con Hernán Cortés. Diré ahora de las comedias que han tratado de las personas de los conquistadores del Perú; esto es, de los Pizarros, y al entrar á su

análisis, duéleme tener que confesar que no he logrado ver la primera que de ellos trata, escrita por el insigne ecijano Luis Vélez de Guevara, el autor de *El Diablo cojuelo*, de todos conocido, con el título de *Las glorias de los Pizarros, ó palabras de los reyes*, impresa en tirada por separado, según afirma Barrera y Leirado, en una fecha que no indica. He de contentarme, pues, con traer á cuenta las tres que Tirso de Molina publicó,—de ellas la primera, *Todo es dar en una cosa: hazañas de los Pizarros*, en la *Cuarta Parte* de sus comedias, Madrid, 1635,—y que han corrido después sueltas en ediciones rarísimas hasta hace poco, en que fueron incluídas en la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, y las que, continuando en las dos restantes el desarrollo del argumento, vienen á constituir una curiosa trilogía, que el estudioso y benemérito biógrafo del padre mercedario califica como «una epopeya en acción de aquella ilustre cuanto desgraciada familia», para decirnos en seguida que en las dos últimas partes «puede admirarse la fuerza creadora de la imaginación de Tirso. El estilo, entonación y lenguaje están á la altura de los hechos que recuerda». Al mismo señor Cotarelo, cuyas son las palabras precedentes, se debe también la observación, que me parece muy atinada, de que Tirso debió de componerlas durante su estancia en Trujillo, patria de aquellos conquistadores y donde por ese entonces sería corriente en boca de sus habitantes la relación de las hazañas de sus ilustres hijos. Al esbozar el argumento de las tres comedias, sólo me toca examinar hasta qué punto se respeta en ellas la verdad histórica, asunto primordial para el estudio que voy haciendo y detalle importante no tratado por el dignísimo compilador de las obras del gran ingenio madrileño.

En la primera parte de su trilogía, Tirso se propuso relatar los hechos de Gonzalo Pizarro y el nacimiento y crianza de su hijo Francisco, el conquistador del Perú, tomando así las cosas desde bastante lejos, casi podría decirse desde el huevo de Leda. Dentro del campo histórico tiene que ser, por lo mismo, la que menos interés histórico ofrezca y donde la in-

vención pueda llevarse más lejos y el autor explayarse a sus anchas en el campo de la fantasía.

Vivían en Trujillo Francisco Cabezas, viudo, y con él sus dos hijas, Margarita y Beatriz, en amores, aquélla con don Alvaro Durán y ésta con Pizarro, que en los suyos había conseguido la posesión de su amada en las circunstancias que por boca de ella misma ha de saberse más adelante. Don Alvaro sorprende á Margarita en la lectura de una carta de Pizarro escrita á Beatriz, y por sus términos se imagina que ha sido burlado, creyendo que á ella le estaba dirigida. A ese mismo tiempo llega Pizarro de visita á la casa y refiere á Cabezas la vida que ha llevado. Estudiante primeramente en Salamanca, tuvo que abandonar sus aulas por causa de una pendencia, promovida de oposiciones á cátedras en las que se disputaban el triunfo Vizcaya y Extremadura, pendencia en la que hubo tres muertos, uno de ellos célebre estudiante, hijo del secretario que más privaba con Enrique IV. Condenado en rebeldía á que se le cortase la cabeza, deja las aulas y se alista en la milicia; en Valladolid se agrega á los que seguían la causa del Rey, hasta pelear en la batalla de Olmedo y por su comportamiento en ella salir galardonado con la bandera de alférez. Terminada así la guerra civil, volvía á su patria Trujillo, después de gastar seis años en las escuelas y uno y medio en la campaña, si bien Cabezas le advierte que hacía un año á que en ocasión anterior le había visto allí.

Despídese con esto, ya de noche; á la salida se encuentra con don Alvaro, con quien, después de un breve diálogo en que se cruzan invectivas á propósito de la carta, riñe y le hiere malamente; huye de allí sin ser descubierto, y Cabezas recoge el cuerpo del herido y le hace trasportar en un coche al lugar de la Zarza, de su propiedad, no lejano, a casa de unos pastores suyos para despistar cualquier sospecha á que pudiera ser causa aquella pendencia ocurrida á las puertas de su casa; todavía de noche, se le presenta una mujer cubierta, que le ruega busque entre las encinas del bosque un niño recién nacido, al que halla en efecto y recoge en circunstancias que le

daba de mamar una cabra, y que resulta ser el hijo de Pizarro y de Beatriz, á quien encarga que le sirva de madre. El niño es bautizado con el nombre de Francisco.

Han trascurrido doce años; el niño al crecer ha dado en todo momento muestras de arrojo; de Pizarro nada se ha sabido; don Martín, primo de don Alvaro, ya casado con Margarita, ha pedido la mano de Beatriz, y al verse forzada por su nuevo estado á abandonar el techo paterno y á Francisquillo se aflige y llora. En esos momentos llega por fin Pizarro, y al presentarse ante ellos el niño, su madre le dice:

Conocelde, que os importa
más de lo que vos pensáis,
que de él, Francisco, heredáis
larga injuria y dicha corta;
que aunque de poco provecho
no hallaréis (cáuseos espanto)
hombre á quien le debáis tanto,
ni que más daño os haya hecho.

Palabras enigmáticas que hacen cavilar al rapazuelo y que por ellas se avanza hasta preguntarse si será su padre aquel hombre. En circunstancias que ambos departen, llaman á lección á Francisquillo, hasta entonces tan reacio á las letras, que en dos años no ha podido ó querido aprender siquiera á leer, y mal humorado en ese momento, responde á las amenazas del maestro hiriéndole con una daga; escápase á casa de los pastores; allí tiene luego una pendencia con otros muchachos, á tiempo que se presenta Hernán Cortés, que pretende apaciguarlo y quitarle la bola materia del pleito; niégase el niño á entregársela y forcejando los dos, quédase cada uno de ellos con la mitad; intervención por nada justificada y del todo inverosímil, pero evidente alusión, como se deja entender, á que ambos han de dividirse también la conquista del Nuevo Mundo, conclusión á que el niño arriba en un nólogo al decir:

Un globo, bola ó esfera
es la insignia en que sucinta
su figura el mundo pinta;
en su mano la venera
el César: ¿será quimera
el creer que la mitad
del mundo, felicidad
á mi esfuerzo prometió?
Esta bola se partió
por medio: alma, adivinad.
Aquel mancebo se lleva
la una parte y me ha dejado
con la otra nuevo cuidado
y en él esperanza nueva.

Y este es el punto, que el autor aprovecha, sin nada que lo prepare, para que doña Beatriz refiera al niño la historia de sus amores y su propio nacimiento, relación de la que conviene al propósito de la historia copiar los siguientes párrafos:
Gonzalo

Solicitó á doña Juana
de Añasco (de quien es primo,
y de quien sobrina soy,
bien que por grados distintos)
á que pidiese á mi padre
que al celebrar un bautismo
de quien madrina la hicieron,
gozase ratos festivos.
Concedióle, fuí á su casa
y en ella escondió al peligro
para asaltar inocencias
el interés persuasivo.
Halléme sola con él,
resistiéndose al principio

respetos de honor honestos;
pero vencieronse tibios
á hechiceras diligencias
y á juramentos fallidos
de honestar con yugo santo
amorosos descaminos.
Creíle, (que no debiera),
y rendí a este engaño antiguo
prendas que por confiables
lloran después desperdicios.

.....
Caséme, y volvió tu padre
cuando te imposibilito
á legitimar su fama:
mira si con razón digo
que á don Gonzalo le debes
más que á otro hombre, siendo su hijo,
y si hay á quien debes menos,
pues pudiendo, no ha querido
darte el blasón que te falta,
que yo a segundo dominio
sujeta, es fuerza olvidarte,
si en tanto amor cabe olvido.
Padre tienes generoso;
tu abuelo, por mal sufrido
y travieso, te aborrece;
acostumbrado á peligros
estás, no sabrás temerlos;
de portentosos principios
naciste, sigue su estrella,
y si los consejos míos
apruebas, pues que tu padre
fué tan severo contigo,
herédale en las hazañas,
serás hijo de tí mismo.

En la tercera jornada aparece en escena un Pagador del Rey, que relata en larga tirada los sucesos recientes de la historia de España y anuncia que su llegada a Trujillo es para procurar vengar á su hermano, aquel estudiante que Pizarro mató en Salamanca, á cuyo intento se vale de un capitán ya sin ocupación por causa de haber cesado la guerra con Portugal, á quien ofrece mil escudos porque le mate, después de haber sabido de su boca qué era de Pizarro entonces:

El capitán don Gonzalo
 Pizarro asiste en Trujillo.
 Alcaide es de su castillo,
 las armas son su regalo;
 mas como este reino goza
 de paz, amor más que humano
 quiere que le dé la mano
 doña Beatriz de Mendoza
 y en ella el logro mayor
 que el dios desnudo reparte,
 que lo que no premia Marte,
 toma por su cuenta amor.
 En fin, se casa con ella
 y esta noche son las bodas;
 júnpanse las damas todas
 trujillanas, y es tan bella
 la novia, que se recrea
 Amor de verse español,
 y la que en ausencia es sol
 parece a su lado fea.
 Descuidado de enemigos
 y todo festivo está;
 si pena el agravio os da,
 la noche ofrece castigos;
 aprovechadlos ahora
 y vengad á vuestro hermano.

Acude Pizarro al sitio de la celada que se le tiende, á tiempo que llega también allí Francisquillo, que al oír el nombre de su padre acomete a los asesinos, pero la pistola del capitán no da fuego y en la pendencia que se sigue luego el niño mata al Pagador; huyen los dos restantes sus secuaces y como Gonzalo quisiera lanzarse tras ellos, le detiene, diciéndole que tiene que hablar con él, produciéndose la escena en la que Gonzalo reconoce en el niño a su hijo, diciéndole:

Hijo á quien el alma adora,
cesen enojos, que llora
de contento el alma.

PIZARRO. Está
con vos desposada ya
esotra Beatriz?

GONZALO. No ha una hora
que por dueño la admití,
pues teniéndole tu madre
ya su esperanza perdí.

PIZARRO. Pues, padre, no sois mi padre;
teneos allá;

y continuando luego como en profecía lo que ocurriría á él y sus hermanos, le añade:

Tendréis hijos que posean
el título que no aguardo,
y menores que yo sean,
porque me llamen bastardo
cuando su hermano me vean.
¡Ah, cielos! y quién pudiera
dispensar obligaciones,
y la mayor no os tuviera
porque á vuestras sinrazones
fin con mis desdichas diera.
Juntó amor en un sujeto

dos contrarios sin ser sabio.
¡triste de mí que en efecto
si intento vengar mi agravio,
pierdo á mi padre el respeto!
Extrañas contradicciones
mezclándose me persiguen;
posibles persecuciones
que á un mismo tiempo me obliguen
agravios y obligaciones.
¡Vive Dios! que no ha de verme
más la luz de aqueste mundo,
ni España en él conocerme,
mientras que en otro segundo
de vos pudiera esconderme.
Ya hay quien ofrece á Fernando
de otro orbe el descubrimiento,
que en mi esperanza criando
mejore mi nacimiento,
mi suerte legitimando.
Yo, ingrato padre, á pesar
de vuestro poco cuidado,
tanta agua pienso pasar
que en ella mi honor manchado
pueda mi esfuerzo lavar.
Yo malogré mis años,
y huyendo vuestros engaños,
vencedor de un nuevo mundo,
lince del polo segundo
pasaré climas extraños.
Yo, si llegare á tener
hermanos, con más valor
que ellos he de pretender
que me veneren señor
llegándome á obedecer.
Suplirá la fortaleza,
faltas de naturaleza.

y de vos desobligado
seré (por mi reengendrado)
el fénix de mi nobleza.

Concluye la pieza con la presentación de Francisco ante la Reina, que ha ido á visitar aquellos pueblos, postrándose ante sus pies, en unión de su padre, para contestar á la acusación formulada contra ambos de haber dado muerte al Pagador, y son sentenciados á que queden en calidad de presos entre sus monteros de Espinosa, anunciándoles que el Rey se dirige á la conquista de Granada y que allí se verá si por su comportamiento se hacen dignos de los cargos con que los premia; aplaude Gonzalo tal decisión y Francisco da remate á la escena y á la comedia, diciéndole á su turno:

Si otro Orbe Colón descubre
en vuestras manos (1) hermosas
os hago pleito homenaje
de no volver á las costas
de España mientras no os diere
más oro y plata, más joyas
que cuando dueño del mundo
triunfó de sus partes Roma.
Cumplid, Hernando Cortés,
presagios con que os pregonan
los cielos por igual mío;
haced vuestra fama heroica,
que si parece imposible
á la envidia que proponga
locuras en la apariencia
y de escucharlas se asombra.
en la comedia segunda
saldrá la verdad piadosa.

(1) Leo *manos* donde el texto trae *minas*, pues el yerro es manifesto.

que donde hay valor y dicha,
todo es dar en una cosa.

Preñada de promesas para la relación de las hazañas futuras de Francisco Pizarro se hallaba así la pieza en que se contaban sus primeros años. Tirso, al par que cumplió con escribir esa segunda parte que anunciaba,—constituyendo con ello excepción que nos recuerda lo que en casos análogos hicieron Ercilla y Cervantes,—que intituló *Amazonas en las Indias*, apenas si se acuerda de aquel héroe de su comedia en alusiones más ó menos remotas y concretas, para sacar á la escena á Gonzalo Pizarro, ¿quién lo creyera? alternando, como ya el nombre de la pieza lo significa, con aquellas mujeres que

sin admitir varones
 forman del sexo frágil escuadrones;

observando que con ello, que

Aquí naturaleza
 el orden ha alterado
 que por el orbe todo ha conservado

y rindiendo parias desde ese mismo punto al absurdo que semejante argumento de por sí implicaba. Sin embargo, las dos que figuran, Menalipe y Martesia, vienen sólo á ser el *deus ex machina*, para intervenir cuando conviene á los propósitos del autor, y en el fondo trata de enaltecer á su nuevo héroe y librarlo de la nota de traidor al Rey con que fué estigmatizado: empresa harto difícil por cierto, pero á la que Tirso puso el hombro con toda decisión, y si no lo logró, supo por lo menos poner de manifiesto en los recursos de que se valió extraordinario ingenio, asociado de un lenguaje y versificación excelentes.

Al iniciarse la comedia se presentan en combate Gonzalo con Menalipe, la reina de las amazonas, y Caravajal con Martesia, bruja de cuenta, que por arte mágica sabe perfectamente el castellano, es capaz de trasladarse en un abrir y cerrar

de ojos de un lugar á otro, por distantes que sean, y conoce por su ciencia los sucesos pasados y aun vaticina los futuros. Así es como habla á Gonzalo de las hazañas de Pizarro, para concluir ambas luego por rendirse enamoradas á los dos guerreros españoles ofreciéndoseles como esposas. Pasa, pues, la escena en las más lejanas selvas del Ecuador; cuéntale Gonzalo á la reina:

De los quinientos soldados
que leales me siguieron,
más de doscientos murieron
en guerras y en desdoblados.
De cuatro mil indios dejo
cadáveres la mitad;
llámame la mucha edad
del Marqués, que solo y viejo,
entre envidiosos y extraños,
necesita mi presencia
porque mal, sin mi existencia,
podrá reprimir engaños.
De codicias y ambiciones
mi hermano en España preso,
si sucede algún exceso,
culparán mis dilaciones.
El capitán Orellana
con mi bergatín se alzó
y desnudos nos dejó
(deslealtad torpe y villana);
no llevará bien mi gente,
si tus finezas admito,
el no dar la vuelta a Quito;

excusándose por tales causas de aceptar la mano de la enamorada indígena, quien, profetizándole lo que ha de ocurrirle y anunciándole

Ya el Marqués tu hermano... ¡Ay cielo!

para darle á entender así que ha sido asesinado, continúa:

No quiero referir
tragedias que has de sentir
más que la muerte. El recelo
de tus pesares refrena
con el silencio mis labios;
que hace á quien te adora agravios
quien le antecede la pena;
dígatelos la fortuna,
sin que yo los anticipe.

Sin transición alguna se pasa en seguida á una escena en la que don Diego de Almagro, el mozo, refiere á García de Alvarado, partidario de Pizarro, lo que ha hecho en venganza de la muerte de su padre y la suerte que por esos días corría á los Pizarros, no sin que le enrostre que su fortuna toda se la debió el descubridor de Chile al del Perú,

pues á la puerta le echaron
los padres que le engendraron,
de la iglesia, y fué después
hijo de la compasión
de un sacerdote (llamado
Hernando Luque) y criado
de limosna en Malagón.

Airado por tales palabras, manda entonces Almagro que le maten, á tiempo que llega uno de sus servidores para anunciarle que el presidente Vaca de Castro se halla acampado en Chupas, seguido de los más principales capitanes, dando á entender con eso la suerte que le aguarda en el sitio de la batalla de aquel nombre.

Al comenzar la segunda jornada así se anuncia, en efecto, que ha sucedido, para continuar con una escena entre Vaca

de Castro, Gonzalo Pizarro y Caravajal, que cuenta más por extenso la jornada de la Canela, con la escapada de Orellana por el Amazonas abajo con el bergantín á tanta costa fabricado, cuya traición se supo por haber dejado en tierra abandonado al Padre Carvajal, irritado de que le hubiera reprendido su felonía; Vaca de Castro, á su turno, confía á Gonzalo el cuidado de la hija de su hermano el Gobernador, y le previene que si puede mostrar por dónde deba sucederle en el gobierno, está pronto á entregárselo, como espera que lo dispondrá á sus instancias la Real Audiencia de Lima, antes de que llegue Blasco Núñez Vela, nombrado virrey. Gonzalo declara que en realidad fué nombrado por el testamento de su hermano para sucederle, si bien, mientras el César reconoce su derecho, él se retirará á Charcas á las minas de su repartimiento; pero antes de realizar esta determinación se compromete en casamiento con su sobrina doña Francisca, incidente culminante para el desenlace del drama, como se verá. Todavía, antes de partir á su retiro, Carvajal le anuncia cómo va procediendo Núñez Vela y que Vaca de Castro le ha despachado desde el camino para que acompañe á Lima á su sobrina, por cuanto la Audiencia funda en ella el remedio de la situación por que atraviesa el reino; mas, Gonzalo persiste en su resolución y acuerda marcharse á su encomienda.

Allí aparece en la jornada tercera cultivando su jardín, cual nuevo Cincinato, y allí van á buscarle el capitán Almenbras, Caravajal y otros capitanes como embajadores de las ciudades del Cuzco, Guamanga, Arequipa y Chuquisaca para que, poniéndose á la cabeza de la gente que han alistado, las defienda de los rigores del Virrey; y una vez más se niega á acaudillarlos, en espera de que en España le reconozcan sus derechos; insiste Caravajal, poniéndole por delante los desmanes y atropellos cometidos ya por el Virrey, para concluir por decirle que ha mandado sacar de Lima á doña Francisca y meterla presa á bordo de una nave; al oír lo cual, cesa en él toda vacilación y ordena tocar al arma y emprender la marcha al

Cuzco. Refuerza su resolución el capitán Hinojosa con nuevos relatos de los procederes de Núñez Vela, entre ellos, la sentencia de muerte que dió contra Antonio del Solar y cómo él por sus propias manos mató una noche al factor Illán Suárez, y le noticia también, después de eso, que la Audiencia ha enviado á España preso al Virrey, y que en su ausencia le ha nombrado gobernador; para exclamar entonces:

Si alientan los Oidores mi derecho,
¿qué hay que esperar? Marchemos, pues, amigos,
y de la fe y lealtad que está en mi pecho
con Dios y con el Rey seréis testigos,

y con efecto ordena que se salga á campaña y tomar el camino de Lima.

Píntanse luego algunos de los sucesos de la marcha de su ejército en seguimiento del Virrey, hasta anunciarle que éste ha sido muerto, lo que Gonzalo lamenta, diciendo:

Quisiérale, amigos,
vencido, pero no muerto.
¡Infeliz caballero!

y á continuación, por boca de Caravajal, cómo á pesar de tal evento, el peligro no ha pasado, pues acaba de tomar puerto un clérigo, que marcha contra él, aconsejándole que se corone por Rey del Perú: insinuación que rechaza indignado, para continuar con estas palabras, en las que Tirso ha querido resumir la defensa del proceder de su héroe:

Dentro. ¡Muera quien no supo ser
rey del Perú!

GONZALO. Pues morir:
morir, ingratos, perderme,
y no admitir tal infamia;
no eclipsar la sangre mía,

no echar en ella tal mancha.
¡Desamparadme, avarientos!
Sepa mi Rey, sepa España
que muero por no ofenderla,
que pierdo (por no agraviarla)
una corona ofrecida
tan fácil de conservarla,
cuanto infame en poseerla.
Diga que pude, la Fama,
ser monarca y que no quise;
que todos me desamparan
por fiel, por leal, por noble:
será feliz mi desgracia.
Diga, que violentamente
me sacaron de mi casa,
de mi quietud, de mí mismo,
los que en el riesgo me faltan,
los que me dejan ahora.
Con ellos premios reparta
quien á perseguirme viene,
déles indios, déles plata,
que no les dará a lo menos,
estimación ni alabanzas,
de que de mi perdición
no fueron ellos la causa.
Muera a manos de un verdugo
quien tanta fe a su Rey guarda,
que va a perder la cabeza
por no querer coronarla;
mas, no publique la envidia
(que mentirá como falsa)
que alcé contra el Rey banderas,
que toqué a su ofensa cajas.
Gobernador me nombró
mi hermano el Marqués; sellada
tengo esta merced, del César;

cuatro ciudades me llaman
 para procurador suyo;
 la Audiencia Real me despacha
 confirmación del gobierno;
 no está, hasta aquí, derogada
 mi justicia por el Rey.

Si á Blasco Núñez embarca
 preso y culpado la Audiencia,
 y es su temeridad tanta
 que contra mí se despeña,
 pues por morir se disfraza,
 ¿atribuiráme el prudente
 su muerte a culpa? Excusarla
 quise; ¿pero quién excusa
 sucesos de las batallas?
 Tomad, amigos, al temple,
 ¡despojadme de las armas!

(Arroja la espada y la daga).

infelices en creeros
 si en vencer afortunadas.
 Entregadme al Presidente,
 pues aduláis con dos caras,
 pues, Judas, me habéis vendido,
 pues vuestro interés me engaña,
 que, cuando todos me dejen
 gozosa volará el alma
 á amistades más seguras,
 pues mi lealtad la acompaña. *(Vase).*

Y, en efecto, por boca de Menalipe primero y luego por la de Alonso de Alvarado, se anuncia que el Presidente ha mandado cortar la cabeza á Pizarro, motejando así su decreto:

Mal el Presidente paga
 servicios de tanta estima.
 Si prudente lo mirara,

con más acierto y clemencia
lograr pudiera alabanzas.
¿Orden del Rey no traía,
que si fuese de importancia
de don Gonzalo el gobierno,
por él se le confirmara?
¿Quién pacificó esta tierra?
¿Qué leyes cuerdas y santas
no estableció en tiempo breve,
que siguiéndolas repara
alborotos é inquietudes?
Siendo esto así, ¿por qué causa
no cumple lo que le ordenan?
¿Por qué la cabeza aparta
de los más valientes hombros
que dieron gloria a su patria?

Martesia le anuncia entonces, como en premio del juicio que forma del vencido en Xaquixaguana, la ilustre descendencia que alcanzará, á la vez que la tierra de las amazonas se ocultará para siempre á los españoles y costará la vida á cuantos en ella intenten penetrar, á Pedro de Ursúa, Lope de Aguirre, á Guzmán y á Orellana; para volver Alvarado en la escena última á decir, ante el espectáculo de los elementos que se conjuran alterados por la muerte de Pizarro:

Este fué el fin lastimoso
de don Gonzalo; la fama
de lo contrario ha mentido.
La malicia ¿qué no engaña?
Lea historias el discreto,
que ellas su inocencia amparan....

Y siguiendo tal consejo, se verá á su tiempo, si el lector discreto no ha formado ya su juicio, si es posible justificar con ellas los procederes de Pizarro....

A la última parte de su trilogía llamó Tirso *La lealtad contra la envidia*, y en ella, al par que sólo en contadas incidencias se ve aparecer á Gonzalo Pizarro y el recuerdo breve de las proezas de Francisco, se toma por héroe á Fernando Pizarro, otro de los miembros de esa familia de conquistadores. Las escenas de la primera jornada pasan en Medina del Campo y se inician con una fiesta de toros en la que sale á rejonear Fernando, á quien pintan así dos de los asistentes a la fiesta:

OBREGÓN. Alentado caballero,
¡qué buen aire, qué bizarro!

CAÑIZARES. Este es Fernando Pizarro.

OBREGÓN. ¿Quién?

CAÑIZARES. El Marte perulero.
El que ha dado á Carlos Quinto
un nuevo orbe, que dilata,
y de mil leguas, de plata
le trae al César su quinto.
El más airoso soldado
que Italia y que Flandes vió.

Retrato que completa el otro diciendo:

Este dicen que prendió
al monarca Atabaliba,
y de una suma excesiva
de indios triunfante salió.

Por supuesto que el héroe sale airoso en su empresa, que completa y aquilata luego, cuando habiéndose producido un incendio en la plaza, la gente huye y se atropella y acomete la fiera á la silla de manos en que, desmayada, sacan de entre la muchedumbre á doña Isabel,—hermana de Alonso de Mercado, alcaide del castillo de la Mota, que hospeda á Pizarro desde hace ocho días,—para matar al toro de una estocada y librar en seguida á la dama en sus brazos. Susúrrase, después

de eso, que alguna secreta pasión hacia ella abrigara el corazón de Pizarro, si bien se duda si en realidad se inclina á doña Francisca, la otra hija de Mercado, duda que se propone resolver don Gonzalo Vivero, enamorado de doña Isabel, á cuyo intento pide á Pizarro una entrevista para provocarle á duelo, en la que, sin excusar lo que la fama publica de sus hazañas en el Perú, se las recuerda así:

Dicen que en el Occidente
vuestro ánimo varonil
mataba de mil en mil
los indios, y que su gente
temblando el nombre español,
por deidad os adoraban,
y que en fe desto os llamaban
primogénito del Sol;
que un ejército vencísteis
vos solo (sería de estopa)
pero sin armas, ni aun ropa,
á poco riesgo os pusísteis:
que en la hazañosa prisión
del bastardo Atabaliba,
sobre las andas en que iba
hallásteis de oro un tablón
que pesaba dos quintales,
y que el Rey por redimir
su prisión, hizo venir
cargados de los metales
(que han hecho tantos delitos)
sumas de indios, que llenaron
el salón, que señalaron,
de tesoros infinitos;
y puesto que sin provecho
obligaros pretendió,
desde el suelo se atrevió
el oro y plata hasta el techo.

Que en el Cuzco despojásteis
un templo al Sol, cuyo muro
de tablones de oro puro
guarnecido, aun no apagásteis
la sed, que avarienta hechiza;
y que en el otro de la Luna
os concedió la fortuna
vigas de plata maciza,
tan grandes, que las menores
de cuarenta pies pasaban,
que unos huertos le adornaban,
cuyas plantas, yerbas, flores,
con propiedad prodigiosa,
troncos, ramas, hojas, frutos,
peces, pájaros y brutos,
imitando en cada cosa
la misma naturaleza,
era todo de oro y plata . . .

Replicale Pizarro que sus sospechas son infundadas, pues, ni él por su parte, ni la dama por la suya, han mostrado jamás que otro afecto que el de la amistad los ligase hasta entonces, y que, por lo demás, él se ausentará ya al día siguiente de Medina, con que así satisfará su vana sospecha, y que, con todo eso, le esperará a las doce de la noche en el terrero del castillo. Vuelto á él, declara al alcaide que acaba de recibir orden del Emperador para embarcarse y que al punto parte á tomar el mando de cuatro compañías que ha de llevar al Perú. Ínstanle Mercado y sus hermanas, después de agradecerle lo que ha hecho, para que se quede con ellos algunos días más, cosa a que no puede acceder; pero, en cambio, les ofrece que ha de regresar, sin que haya forma de que declare á Mercado, que directamente se lo pregunta, cuál de sus hermanas es la preferida en sus afectos.

Vivero, mientras tanto, ha ideado, para sacarle el secreto, que un criado suyo se presente ante Pizarro en el lugar de la

cita llevándole un supuesto recado de doña Isabel, que lo tiene por verdadero; de tal modo que, desengañado con esto, cuando se presenta allí el propio Vivero, promete alcanzarle de Mercado la mano de su hermana, y rendido ante tan noble conducta, aquél se le ofrece por amigo y resuelve acompañarle en su viaje a las Indias. Con esto, Pizarro se despide de Mercado y sus hermanas, mirándolas asomadas a una ventana,

porque hablarlas y ausentarme
¿cómo, amigo, podrá ser?,

le dice.

En la jornada segunda la acción se traslada al Cuzco, donde trescientos españoles se ven sitiados por 300 mil indios; allí aparecen Gonzalo Pizarro haciendo muestra de su audacia; su hermano Juan, que acaba de ser herido de un flechazo en la cabeza, y Fernando, que desde hace un año tiene á su cargo, por delegación del Marqués, su hermano, la defensa de la ciudad. Prodúcese luego el asalto de las huestes del Inca, quien manda prender fuego al pueblo para que así perezcan todos los españoles, sus enemigos, cuando se aparece el apóstol Santiago atropellando á los indios, y luego la Virgen, que con una limeta de agua va rociando las llamas y apagando el fuego; ante cuyo espectáculo huyen aquéllos despavoridos, pero cuando ya han logrado dar muerte a Juan Pizarro, hecho que da ocasión para decir Gonzalo a Fernando:

Mi hermano, aunque difunto,
vivirá eternamente
en el buril, pincel y en la memoria;
heroico siempre asunto
de historiador valiente,
nos deja en testamento esta victoria,
que supo, en fin, su no imitado acierto
dar vivo imperios y victorias muerto.
Pero ya que él descansa

y nosotros al daño,
al peligro, Fernando, siempre expuestos,
sin que la quietud mansa
permita en todo un año
dar en paz al arnés ocios honestos, [mos?
¿qué es lo que aquí esperamos? ¿Qué adquiri-
si poco á poco, en fin, nos consumimos?
A la Corte española,
navegando dos mares,
te llevó la lealtad, no la codicia;
allí la augusta bola
doraste con millares
de barras que logró nuestra milicia:
¿qué premios adquiriste?
¿qué medras ó qué cargos nos trajiste?
Un pedazo de grana
te satisfizo el pecho,
cuando la sangre es tanta, que has vertido,
(ya herética, ya indiana)
que pudiera teñir á su despecho
cuantas Grecia á monarcas ha teñido.
Por cierto, ¡ilustre pago
la cruz (sin encomienda) de Santiago!
¿Necesitaba de ella
quien de la estirpe goda
puede al sol dar limpieza en la que crías?
Tu antigüedad, sin ella,
es tan inmemorial á España toda,
que en ti son siglos lo que en otros días.
¿Qué calidad el César te acrecienta
si el hábito te ha dado y tú á él la renta?
Trujístele un dictado
á tu hermano: ¡gran cosa!
darle, por ser marqués, este hemisferio.
¿Mide el globo romano
tierra tan espaciosa

como el Pirú, ó iguálala su Imperio?
¡Marqués sin renta, bien podré decillo,
es fantástico honor, marqués de anillo!
Almagro sí que medra
(su agente tú en España)
dichas que compres caras algún día;
ese hijo de la piedra,
que más que ayuda engaña,
de Chile Adelantado y Señoría,
¿él qué arriesgó? Seguro despensero,
sí las vidas nosotros, su dinero.
Su interés premie Carlos:
por ti solicitadas
ejecutorias, honras y favores;
que tú, sin negociarlos,
cuando nos persuadas
á empresas de más riesgos y más sudores
podrás decirnos (para engrandecerlas)
que el más honroso premio es merecerlas.

Cargos más ó menos desembozados contra la conducta del monarca y que Fernando contesta así:

Gonzalo, ¿cómo es posible
que el ánimo os satisfaga
si, por el premio ó la paga
hacéis el valor vendible?
Fuí á España y á Carlos Quinto
le presenté este Occidente,
y ya veis si del presente
lo que se vende es distinto.
Cuando esta zona, este cinto
ciñe y abraza, este mar
le di, no había de tomar
corta paga, á no ser necio,
que lo que no tiene precio

mejor se está sin premiar.
En Almagro el César doble
gobiernos, que ha de menester;
cobre él, como mercader,
sírvale yo, como noble.

En ese punto llega Vivero y anuncia que

Almagro y quinientos hombres,
porque tu fama aniquile
deja el gobierno de Chile,
y añadiendo alevos nombres
á su bajo nacimiento
porque nos cree destrozados
en los peligros pasados,
toma con el Inga asiento
y se conciertan los dos
de echarnos de esta ciudad.

Cuéntanse en seguida los conciertos que Almagro celebra con el Inca, que se inician por una carta que aquél le escribe, fechada en su campo á 10 de mayo de 1534, (cuyo texto se pone) y en efecto dan unidos el asalto á la ciudad, cuyos preliminares y sucesos refiere así al Inca uno de sus súbditos:

Almagro, que á la ciudad
de tus padres fundación,
marchó, en fe que á su gobierno
blasona tener acción,
fué recibido de paz
de aquel Pizarro, que atroz
parca ha sido de tus indios,
de la envidia admiración.
Tocaban á acometerse,
pero un fraile, que al candor

de la nieve hurtó ropajes
y al cielo veneración,
su apellido Bobadilla,
su ejercicio Redentor,
la Madre mejor, su madre,
la Merced su religión,
entrándose de por medio
treguas puso entre los dos
de tres días que juraron,
para que en su disensión
fiasen el compromiso
al Padre, porque garó
nombre de docto en la esfera
y astrólogo superior.
Aposentado en el Cuzco
el Almagro, y sin temor
el Pizarro de que hubiese
en lo propuesto traición.
á su confianza y sueño
los ojos encomendó,
esta voz, sólo desnudo,
que en todo un año, otra no;
la seguridad dormía,
mas velaba la ambición
del Almagro, á su palabra
y juramento agresor.
Acometióle de noche,
pero intrépido salió
con un estoque y rodela
el extremeño león;
y aunque desnudo, de suerte
á sus contrarios pasmó,
que se valieron del fuego,
(siempre es cobarde el traidor).
Viéndose abrasar Pizarro,
cuerdo las armas rindió

con su hermano y sus amigos:
de dos daños el menor.
Huyó Gonzalo, y Fernando
dicen que de la prisión
saldrá á un teatro funesto
sentenciado ¡vil rigor!
Almagro, pues, determina,
siendo del Cuzco señor,
trazar que muera el Marqués
y, tenga justicia ó no,
partir los reinos contigo
dándote jurisdicción
en los indios, que heredaste
y él, contra su Emperador,
gobernar sus españoles,
porque tiene presunción
de hacerse rey de estas Indias,
sin admitir superior.
Para esto intenta casarse
con tu hermana, y que los dos
una sangre, se eternice
la paz en su sucesión,
sobrinos tuyos sus hijos....

Sentenciado á muerte Fernando, admira su serenidad en la víspera de ser ejecutado, que es tanta, que ha gastado la noche jugando á los dados con Rada, capitán de Almagro, que le gana cincuenta mil pesos de oro; pero como no se los puede entregar de presto, le dice que obtenga de su jefe le conceda alguna demora para su ejecución; y ante el deseo de obtener su dinero, Rada se empeña con Almagro y logra que perdone la vida á su prisionero, y aun más, pues al anunciárselo á Pizarro, le advierte:

Por mí Almagro os la concede;
pero ha de ser de modo

que, amigos como primero,
la hermandad olvide enojos.
Él mismo viene á ceñiros
los brazos, que en vuestros hombros
nobles y alegres, pretenden
reciprocarse con otros.

Rasgo de generosidad y altamente magnánimo atribuído al descubridor de Chile, que viene á hacer fuego contra la menguada pintura que de él ha venido esbozando en toda ocasión el aplaudidor de los Pizarros.

Las cosas en este estado, anuncia Vivero á Fernando, volviendo con ello á ennegrecer la figura de su contradictor:

Amigo, á vista del Cuzco
asoma en vuestro socorro
el Marqués, hermano vuestro;
escuchad los parches roncós.
Vecinos y ciudadanos,
como diversos en votos
diferentes en afectos,
mezclan pesares y gozos.
Pacífico le apercibe
Almagro, hospicio amoroso,
de temor, ya amistad sea,
que fe puede darse á todo;
sus diferencias remite
al maestro religioso
fray Francisco Bobadilla,
árbitro juez de unos y otros.
Todo esto concede Almagro,
si bien algunos curiosos
dicen que engañaros quiere
y que en cesando el estorbo
del Marqués, cuando se vuelva

resucitará alborotos,
que, ya por bien, ya por mal,
le den el gobierno á él solo.

Y repícale Fernando, ante la advertencia que se le hace de que lo pasado le sirva de escarmiento para lo futuro:

Ya su condición conozco;
vamos, que cuando intentare
nuevos engaños, si enojos
templo y admito amistades,
tarde olvido, aunque perdono.
Guárdese Almagro, no quiebre
las paces, que nunca rompo,
porque, en cayendo en mis manos,
ha de pagarme uno y otro.

Y con estas palabras preñadas de amenazas se da fin al acto segundo.

Nos hallamos de nuevo en el castillo de la Mota; allí está Fernando Pizarro, acusado por sus émulo los partidarios de Almagro de haberle sentenciado, como gobernador del Cuzco, á morir á manos del verdugo; allí también le acompaña su amigo don Gonzalo de Vivero, que es el que refiere estas cosas á doña Isabel, haciéndole notar en tono galante, que

fuera su prisión penosa
á no ser su alcaide vos;

y el mismo que refiere á unos cortesanos que van á visitar al preso lo que Almagro y Francisco Pizarro hicieron en la conquista del Perú, aquél poniendo sólo su dinero, y éste jugándose á cada paso la vida, sin que por tan desigual aporte dejase de recibir la mitad de los tesoros que el vencido Ata-

hualpa reunió para su rescate; y, á la vez, cómo Fernando pasó á España y obtuvo para el socio de su hermano el título de Adelantado de Chile, mostrándose luego ingrato, y traidor al aliarse con el Inca,

y que, prendiendo á traición,
mientras que treguas se dan,
á don Fernando, le quiso
dar garrote, y que después
que vió en el Cuzco al Marqués,
puso el pleito en compromiso
de jueces doctos y santos,
pasando por la sentencia,
y que si él, en la apariencia,
después de debates tantos,
confesó que no tenía
al Cuzco acción ni derecho,
y quedando satisfecho,
partiendo la Hostia un día,
que el Marqués y él comulgaron,
juró Almagro: «Este Señor,
por perjurio, por traidor,
como los que le negaron,
me condene si intentare
contravenir al sosiego
de estas paces». Si don Diego,
aunque la pasión le ampare,
contra tanto juramento
convocó campo después,
y, vuelto á Lima el Marqués,
en bárbaro atrevimiento,
quebró las leyes divinas,
y á don Fernando siguió
y la batalla perdió
que llaman de las Salinas
quedando confuso y preso,

¿no mereció su malicia
que, sin pasión, la justicia
le fulminase proceso
y como traidor muriese?

Allí está también doña Francisca, que le confirma su amor y se queja de la tibieza de su amante, sin admitirle la excusa de que mal puede dar rienda á sus expansiones quien como él se ve procesado y en contingencia su fama; pero que una vez que triunfe su inocencia,

que para entonces amor
con seguro desempeño
os hará de un alma dueño
digna de vuestro valor.

No sucede por el momento así, y, lejos de eso, Mercado anuncia á Pizarro que se ha sabido la muerte que un bastardo de Almagro ha hecho dar á su hermano Francisco y que, vencido á su turno por la espada vengadora de Vaca de Castro, ha perecido en un cadalso; de donde toma pie para referir las hazañas de su hermano, diciendo:

Amaneció en él apenas
el uso de la razón
cuando siguió las banderas
del Católico Fernando;
y en Nápoles, dando muestras
de la luz de sus hazañas
fama añadió á su nobleza;
contra el rebelde alemán,
sirvió al siempre invicto César
oprimiendo victorioso
desatinos y blasfemias;
pasó después á las Indias,
dónde sacó verdaderas

las fábulas que de Alcides
hipérboles griegas cuentan;
pues si á los doce trabajos,
que enzalzan tantos poetas
Hércules quedó divino,
para que los obscurezca
mi hermano en aquellas orbes
no doce, infinitos prueba,
que crédito harán dudoso
cuando historias los refieran.
Con sólo trece soldados,
(imitación verdadera
de Cristo y sus doce alumnos)
rindió á su vez á la Iglesia,
la infinidad de gentiles
que por naciones diversas,
oprimidos del engaño,
habitan más de mil leguas.
Rebeldes venció en Italia;
rindió luteranos belgas;
idólatras en las Indias
por él nuestra ley confiesan.
Faltaba oponerse agora
á la traidora insolencia
del padre y del hijo Almagros;
matánrole en la defensa
de su Rey sus asechanzas,
porque faltando en la tierra
nuevos mundos que conquiste,
juzgó su vida superflua
el cielo, entre los mortales. . . .

Y continuando su relación, Mercado añade:

Gonzalo Pizarro dicen
que aquellos reinos altera,

y que saliendo en campaña
mató á Blasco Núñez Vela,
primer virrey del Pirú.
Duda el Rey inteligencias
que tendréis como su hermano,
y aunque de la lealtad vuestra
consta á todos y despacha
a aquellas partes Su Alteza
al de la Gasca, varón
de admirable industria.

Asómbrase de tales nuevas Fernando, alterándose ante el supuesto de que Gonzalo fuese traidor, y replicale entonces Mercado:

Esto publica la fama,
si bien hay quien por él vuelva
y al Virrey eche la culpa,
cuya condición severa
en las Indias ha imitado
no sé qué ordenanzas nuevas,
que en general perjuicio
mandó ejecutar el César.
Nombróle el Reino del Cuzco
Procurador, en defensa
de cuantos conquistadores
temen quedar sin la hacienda
que adquiririeron sus hazañas.
Si estas leyes, de que apelan,
en su agravio se ejecutan
y su valor no se premia;
suplicábale en su nombre
don Gonzalo, que a su Alteza
representase los daños
que temen se sigan dellas,
y que hasta la sobrecarta

suspendiese con prudencia,
protector, amparo y padre,
resolución tan molesta.
Alteróse Blasco Núñez,
y añadiendo fuerza a fuerza,
contra don Gonzalo se arma
y por traidor le condena.
El entonces en virtud
de una cédula que alega
de Carlos Quinto, en que se le hace
merced que al Marqués suceda
en todo el gobierno Indiano,
al Virrey se la presenta,
intimándole que en tanto
que en la corte se resuelva
cual gobierna de los dos,
su jurisdicción suspenda
y deje el dominio libre
de aquel Imperio, á la Audiencia.
Quiso prender los Oidores
Blasco Núñez y ellos templan
los ánimos alterados
de la plebe y la nobleza
y, viendo que es imposible,
si al Virrey gobernar dejan,
que el rigor de sus pasiones
aquellos orbes no pierda,
á una nave le retiran,
porque en España dé cuenta
al Consejo; de los cargos
que ofendidos le procesan.
A don Gonzalo, tras esto,
la Audiencia el gobierno entrega
hasta que lo que el Rey mande
sobre este punto se sepa.
Pero el Virrey obligando

á los que preso le llevan,
 en Trujillo desembarca,
 forma ejército y presenta
 la batalla á don Gonzalo
 que, junto á Quito, en defensa
 de su gobierno y su vida,
 al Virrey despojó de ella.
 Si esto es así, no es tan grave
 su delito.

Y subiendo de punto con esto la alteración de Fernando,
 exclama:

¿Contra el Virrey, don Gonzalo?
 ¿Contra las Reales Banderas?
 ¿Contra su nombre y milicia?

Pues tales son las causas, concluye Mercado, que han in-
 fluído para que el Rey le ordene que estreche sus prisiones y
 no le permita que reciba carta ni visita alguna, anticipándo-
 le que teme que aun su vida corre peligro. Ya solo y entre-
 gado á sus reflexiones, Fernando se queja de su suerte:

¿Pues, por qué el rigor humano
 querrá, con desdoro igual,
 que participe el leal
 los insultos de su hermano?
 ¿Gonzalo. ¡cielos! tirano;
 y que eclipse su vileza
 tanto servicio y nobleza
 tanta lealtad española?
 Mas sí, que una mancha sola
 destruye toda una pieza.

Condena explícita de los procederes de su hermano y que
 repite a doña Isabel, como si Tirso, volviendo sobre sus pa-

sos, hubiese querido echar por tierra cuanto en la comedia anteriormente escrita dijo en vindicación del que ahora no se cuida de llamar tirano.

En esa entrevista de ambos amantes se pone en claro que están desposados desde hace ya un año y que ella lleva en su seno el fruto de sus amores, que ha de quedar ignorado; anúnciale entonces ella que ha resuelto ir en peregrinación al santuario de Guadalupe para rogar por él que el Rey le perdone, y que de allí pasará á encerrarse en un convento de monjas en Trujillo; con lo que se despiden tiernamente.

Doña Francisca, por su parte, ha ideado salvar al preso haciendo fabricar una llave maestra que le permita abrir la puerta de su calabozo y se la arroja junto con un papel, que Pizarro rompe sin leer, desechando como indigno aquel recurso salvador.

En el castillo, á la vez que se oyen chirimías y el alegre estallar de los cohetes, se disponen unas exequias. De estas contrapuestas demostraciones, que turban á Fernando, le saca Mercado, refiriéndole cómo

Murió Gonzalo Pizarro,
con lástima de las Indias,
á las manos del rigor,
que ciego, tal vez castiga,
lo que amigos le engolfaron
en acciones, que peligran
cuando á los jueces se oponen
que el nombre Real apellidan. . .;

que ha llegado también la noticia de haber muerto doña Isabel, que el Rey ha ordenado ponerle en libertad, y, finalmente, que al siguiente día arribará allí doña Francisca Pizarro, su sobrina, despachada a España por La Gasca, que trae permiso para verle, aconsejándole que se case con ella. Ofrece Pizarro meditar en lo que le propone, y que, para saldar

su palabra empeñada á doña Francisca Mercado, otorgue su mano á su amigo Vivero, á lo que ella accede en obediencia á la voluntad de su hermano, para terminar la pieza con la proclamación de la moraleja que informa el propósito del autor, de que

..... vence
la lealtad siempre á la envidia.

He debido dar algún desarrollo á la relación de los hechos que en la trilogía de Tirso se presentan como históricos para que pueda apreciarse, comparándolos con lo que cronistas y documentos refieren de la familia de los Pizarros, hasta qué punto se ajustan á ellos. Vese, desde luego, que Tirso, apoderándose de lo que en tales fuentes había leído, —casi de seguro únicamente en el Inca Garcilaso,— los ha barajado á su modo, confundiendo tiempos y presentándolos en forma tal, que en la parte que no favorecen a los héroes cuyas hazañas se propuso pintar, no aparezcan desdorados para ellos, paliándolos con disculpas, que no resultan ni podían resultar convincentes. De Francisco Pizarro, la figura más notable de la familia, se limitó a contar los hechos de su infancia, de pura imaginación, y se detuvo allí, desperdiciando los que realizó en América, que habrían puesto de relieve su grandeza; para dar lugar preferente á los de Gonzalo, ciertamente dignos de la epopeya en lo que tocan á su expedición en busca de las regiones en que se decía fructificaban los árboles de la canela, pero de ningún modo defendibles en cuanto fué el caudillo de la revolución contra el poder Real, ni menos por el móvil de que al hacerlo le decidiera el que la hija de su hermano — aun concediendo que fuera su prometida,— la enviara Núñez Vela a bordo de un buque en el Callao, cosa que Tirso reconoce categóricamente por boca del hermano del héroe de las *Amazonas en las Indias*: intervención de parte de éstas, por lo demás, manifiestamente inaceptable y del todo

inexplicable como recurso teatral en un dramático del fuste de Tirso.

Es evidente también el ensañamiento que en todo momento muestra contra Diego de Almagro el viejo, sacando á plaza una y otra vez su triste nacimiento, tildándole de ingrato y considerándole de sobra pagado con el título de adelantado; porque, para valermé de una expresión vulgar, no se contentaba con el hueso, siendo que su apoderado había reservado la carne para su hermano Francisco; y que harto más partido pudo sacar de la figura, altamente dramática del maestre de campo de Gonzalo, aquel viejo Francisco de Carvajal, tan cínico como codicioso, al par que no menos valiente y cruel.

Decir, por último, que la persona de Fernando Pizarro está endiosada por nuestro dramático, es cosa que salta a la vista, y no menos que es falso que llegara á decretarse su libertad, pues la historia nos enseña que murió en su prisión.

Tal es lo que, en resumen y sin profundizar detalles, que harían fastidioso el cotejo entre la verdad y la ficción, me cumple decir del grado de veracidad á que puede aspirar la trilogía de Tirso.



II

COMEDIAS DE PERSONAJES NOTABLES

Tipos y cosas de las Indias que pasaron á ser lugares comunes en el antiguo teatro español.—Fray Alonso Remón y su comedia del *Clérigo agradecido*.—Noticia de D. Pedro Ordóñez de Ceballos designado con ese apodo.—Con esta sola excepción, las demás comedias de este grupo corresponden á sucesos y personajes de la historia de Chile.—Juan Gómez de Almagro, uno de los héroes de *La Araucana*, protagonista de la comedia de su nombre.—Doña Mencía de los Nidos aparece en el teatro con el título de *La Belligera española*, comedia de don Pedro de Rejaule.—Argumento de la pieza.—Nueve ingenios españoles, en representación de las Musas, celebran los *Hechos de don García Hurtado de Mendoza*.—Motivos de escribirse esta pieza.—Su argumento.—Lope de Vega publica al mismo propósito su *Arauco domado*.—Triste papel que en esa comedia hace desempeñar á Ercilla y adulación que con ello demuestra á la familia de Hurtado de Mendoza.—Toma en gran parte el argumento del libro del doctor Cristóbal Suárez de Figueroa.—Síntesis de su contenido.—*La Araucana*, auto sacramental del mismo Lope de Vega.—Su disparatado argumento.—*Los españoles en Chile*, de don Francisco González de Bustos.—Personajes que figuran en esta comedia famosa.—*El Gobernador prudente*, de Gaspar de Avila, comedia del estilo de las que escribieron los nueve ingenios y enderezada á ensalzar también á Hurtado de Mendoza.—*La Monja Alférez* de Montalván.

En el segundo grupo de las comedias de que voy á tratar, formado por aquellas que se refieren á personajes americanos no de tan conspicua figuración como Colón, Cortés y los Pizarros, debo, ante todo, incluir las en que el protagonista pasa á ser un simple tipo, sin conexión alguna con un suceso histórico cualquiera, pero procedente de América; aludo al mexicano, al perulero y al indiano en general, especialmente a este último, de que más tarde había de sacar el teatro amplio partido con «el tío de Indias». Ni debe olvidarse en este orden cuán socorrido tema fué para los dramáticos españoles las riquezas que en cantidad fabulosa produjo el cerro de Potosí, hasta llegar á constituir una figura retórica; ni tampoco otras producciones de las Indias que se incorporaron en el común decir de la sociedad peninsular, como los papagayos habladores y la bebida del chocolate, allegando con ello recursos teatrales nuevos que no sería difícil ir poniendo de manifiesto si los límites de este estudio lo autorizaran. Baste con recordar que Cervantes fué de los primeros que en sus comedias y entremeses sacó no insignificante partido de todos esos tipos y cosas del Nuevo Mundo, hablando del mexicano por su destreza en el manejo del caballo; del perulero, como hombre, al par que adinerado, no ajeno á los embustes y maulas; y del indiano, como sinónimo de millonario.

Como representación de este último se conocen dos comedias, *Cada loco con su tema, ó el montañés indiano*, de don Antonio Hurtado de Mendoza, poeta aplaudido por Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* y de no escasa nombradía literaria como autor dramático, caballero que fué de Calatrava y con no poca figuración en las altas esferas de la Corte, fallecido en 1644 y á quien después de su muerte se llamó el «Fénix castellano».

Desgraciadamente, aquella muestra de su ingenio no se ha publicado, si bien el manuscrito no debe de andar perdido porque consta se hallaba en la biblioteca del Duque de Osuna. Nada puedo, así, decir de cual sea el desarrollo que en la pieza tenga el carácter del indiano; ni tampoco de *El indiano*

perseguido, comedia de las llamadas de figurón, escrita por don Antonio de Zamora y que fué impresa en el *Ameno Jardín de Comedias*, Madrid, 1744, porque no he logrado ver ejemplar alguno de este libro. Fué Zamora poeta de condiciones dramáticas y de estilo y buena versificación, que aplaudía Fernández de Moratín, pero que resultan deslucidas por la exageración de sus conceptos a que se dejó llevar extremando la imitación de Calderón.

Dejado este campo puramente literario, al entrar ya al histórico, comenzaré por dar cuenta de la comedia de fray Alonso Remón intitulada *El Español entre todas las naciones y clérigo agradecido*, cuyas dos primeras partes se imprimieron en Jaén, en 1629, que continuaron, hasta enterar cuatro, autores hoy ignorados, que no lograron igual fortuna para ellas. Que se trata de un asunto histórico resulta evidente con sólo cotejar el título de la pieza con el que á sí mismo se dió en su libro *Viaje del Mundo* el clérigo don Pedro Ordóñez de Ceballos, más evidente aún si se tiene presente que en edición posterior de aquel libro ya se le llama como en la comedia.

Es por demás interesante la biografía de Ordóñez de Ceballos y sus aventuras tan extraordinarias, que han llegado, aunque sin fundamento, á ponerse en duda. Sólo diré que fué originario de Jaén y que por cierta pendencia que tuvo en Sevilla, donde se educaba, hubo de iniciar una serie de peregrinaciones por el mundo, que duraron 39 años; corriendo en América el Nuevo Reino de Granada, el virreinato de México, y después de haberse ordenado de sacerdote en Santa Fe, se halló en Quito a tiempo que estalló allí el motín llamado de las alcabalas; fué chantre de la catedral de Guamanga en el Perú; y de lo restante del mundo visitó la China, parte del Africa y el norte de Europa, hasta regresar á su ciudad natal, donde, atacado de parálisis, vivió todavía no pocos años. Publicó varios otros libros, en cuya impresión le ayudó su grande amigo el maestro Ximénez Patón, siendo por extremo curioso y como tal digno de que se reimprima lo que en uno

de ellos cuenta de su estancia en América. ¿Cuáles y qué de sus peregrinaciones en este continente se recuerdan en la comedia de Remón?...

Fray Alonso Remón, celebrado por Cervantes, Lope de Vega, Quevedo y otros escritores contemporáneos suyos, fué en el siglo licenciado en leyes; ingresó después en la Orden Mercenaria, cuya *Historia general* publicó en 1618, y junto con otras muchas obras místicas y morales, en 1632, el mismo año de su muerte, la *Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, prestando con ello valiosísimo servicio á las letras americanas. Como autor dramático fué tan fecundo, que no falta quien diga que escribió más de 200 piezas para el teatro.

Y con esta sola excepción, todas las demás comedias sobre personajes americanos del orden de que trato, que yo conozco, se refieren á los que figuraron en Chile. Sea la primera la llamada *Hechos de Juan Gómez*, que cita Barrera y Leirado sin dar autor ni otra indicación alguna, y cuyo paradero resulta por extremo difícil de señalar, para con el examen del manuscrito haber podido adelantar algo de su argumento, pero que estoy persuadido se refiere á aquel Juan Gómez de Almagro que aprobó *La Araucana* y que tanto es en ella justamente celebrado; ¿ni á qué otro de ese nombre y apellido pudiera convenir, cuando, vulgarizados ya por la publicación del poema ercillano, pasaron por los escenarios de la Península varios otros de los españoles y no pocos de los indígenas cuyas hazañas en él se historiaban, con la sola excepción de don García Hurtado de Mendoza, que apareció en tres de esas comedias, precisamente por la causa opuesta y como rehabilitación á su nombre, que se decía preterido?

Cúpole, acaso, ser la primera en ese orden a una mujer, la heroica doña Mencía de los Nidos, protagonista de la comedia famosa que voy á analizar.

Las figuras de Ercilla y de las de algunos de los héroes de su *Araucana* habían sido sacadas ya en la novela; los romances se apoderaron de muchas de ellas para presentarlas á la

admiración del pueblo; y hasta se les daba lugar en la epopeya. Vamos á verlas ahora cómo fueron llevadas á la escena.

Por lo que sabemos, la primacía de esta idea correspondió al poeta valenciano don Pedro de Rejaule, quien, bajo el seudónimo de Ricardo de Turia dió á luz, por los años de 1612-1615, — cosa que no es posible precisar, por cuanto no se conoce la primera edición,—una comedia que intituló *La Bélijera Española*, que así llamaba á la protagonista de la pieza, aquella doña Mencía de los Nidos,

noble, discreta, valerosa, osada,

que en los momentos en que sus moradores abandonaban á Concepción, amenazada por los indios vencedores, enferma en cama, se levantó y

Asiendo de una espada y un escudo,
salió tras los vecinos como pudo:

para arengarles en los términos que se refieren en el poema ercillano.

El argumento de la pieza, que es una en las que se siguen más de cerca sus dictados, aunque, apenas necesitamos decirlo, trocando nombres y sucesos para agruparlos al rededor de los personajes que se suponen en acción, es sencillísimo: los amores de Rengo y Lautaro con Guacolda, que, en verdad, es la figura que se destaca manifiestamente entre todas: ella, rendida á la gloria y varónil apostura del que fué paje de Valdivia, y casi en todo momento huyendo á las persecuciones de Rengo, que trata de reducirla á su pasión por cuantos medios le sugiere la astucia y la fuerza, aunque respetuoso. Del lado de los españoles, doña Mencía, que apenas da muestra de su sexo en la figura, consagrada por entero á su afición á las armas, y que por ella desdeña los requiebros de

Pedro de Villagrán, su amartelado pretendiente, de quien se burla á cada instante sin rebozo, pero sin que aquél ceje por ello en su empeño de conquistar su mano.

Como accidentes de esta trama casi infantil, se ve en el primer acto á Lautaro, celoso de la que ama al sorprender en poder de Rauco, confidente de Rengo, un papel que Guacolda le envía: inverosimilitud chocante y que sin esfuerzo hubiera podido evitarse, reemplazando, por ejemplo, la carta por alguno de los medios de que los indios usaban para corresponderse entre sí. Luego entra en escena Guacolda, que llevan robada amigos y secuaces de Rengo, que huyen ante la presencia de Lautaro, y la consiguiente explicación entre ambos amantes, interrumpida luego por la llegada de Gracolano, padre de Guacolda, que anda en su busca, y de Pillán, que lo es de Lautaro. En esto arriba Laupí, que refiere á todos ellos, amigos de los españoles, que los indios rebeldes preparan una sublevación, iniciada con la elección del jefe que había de acaudillarlos, acto que cuenta por extenso, siguiendo en todos sus detalles lo que Ercilla trae del mismo hecho en *La Araucana*. Con tales nuevas, Pillán ordena á su hijo Lautaro que acuda en socorro de Valdivia, comisión que acepta gustoso, porque así tendrá ocasión de castigar las locas pretensiones de su rival.

Vese entonces aparecer en escena á Pedro de Valdivia, «hombre de hasta cincuenta años»,—detalle de la cosecha del autor pero muy próximo á la verdad,—acompañado del capitán Bobadilla y de algunos soldados españoles. Cual convenía á la dignidad de su persona como «general de toda aquella tierra», Rejaule levanta el tono, abandonando el verso octosílabo para contar en octavas reales los preliminares de la batalla de Tucapel, cuyo mal suceso sospecha, atribuyéndolo á efecto de su codicia. Valdivia pide á Dios que temple sus iras para con él, á la vez que aconseja á sus soldados que desistan de seguir adelante, táctica á que se opone Bobadilla. Llega en esto el indio Pran para persuadirle que se vuelva de su camino, pues le esperan veinte mil enemigos en

Tucapel, fuerte que acaba de ver en ruinas. Y siguen refiriéndose desde el proscenio las diversas peripecias que van ocurriendo en la batalla, hasta presentarnos la arenga que Lautaro dirige á sus compatriotas, habiendo abandonado ya el partido de su señor: valentía del autor, que en octavas reales también, no ha temido desafiar la comparación con el trozo correspondiente del poema y que, por lo mismo, nos parece conveniente que el lector las conozca y las juzgue:

¿A dónde vais á dar, desconcertados,
 Araucanos valientes, honra y gloria
 destes fuertes indómitos estados,
 porque una sola vez cantó vitoria?
 Si os halláis para huir tan alentados,
 estando para dar muestra notoria:
 que hace rostro en defensa de su nido
 el pájaro más flaco y encogido.
 Haced rostro, y mirad que los que os siguen
 están ya tan cansados y afligidos,
 que si vuestras escuadras los persiguen
 de vencedores los veréis vencidos.
 ¿Qué mucho que los hados os castiguen,
 si de viles, medrosos y encogidos,
 le dais al español lo que, á no darlo,
 no fuera poderoso de alcanzarlo?
 La victoria le dais, que no es bastante
 á ganar de esos brazos esforzados:
 considerad su término arrogante,
 sus fueros advertid desaforados.

.....

Termina por fin la escena, y con ella el acto primero, con la presentación de Valdivia herido por la espada de Lautaro, á quien, al tiempo de expirar, le pronostica que, á su vez, ha de morir en el curso de su edad florida, atravesado de una flecha, a vista de su dama.

El segundo acto comienza con un diálogo entre Purén, criadero de Guacolda, y ésta, que aparece vestida de hombre, en traje español, lamentándose siempre de su amor, que no cree correspondido como debiera por Lautaro: diálogo que interrumpe la llegada de Rengo, seguido del brujo llamado Rauco, á quien le pinta la rabia y el despecho que siente por haber sido elevado su rival al cargo de teniente general del ejército araucano y quedado él, por lo mismo, sujeto á su mando. Guacolda se escapa entonces, pero perseguida y alcanzada por Rauco, la trae á presencia de su señor, quien se arrodilla ante ella al reconocerla á pesar de su traje y disfraz. Luego se muestra Lautaro, y cuando principia á lamentarse y hacer cargos á su criado por la escapada de Guacolda, se presentan algunos de sus soldados á avisarle que los españoles salidos de Concepción van ya subiendo la cuesta de Andalicán y á instarle á que vaya á ponerse al frente de sus tropas en la emboscada que allí les tienen preparada, y á tiempo que todos parten, aparece por fin la heroína que da el título á la comedia, acompañada de Pedro de Villagrán, vestidos de monte y armados con sendas jabalinas. Ante un requiebro de su acompañante, que la compara con el león, se pinta así:

Sin duda mamé su leche,
 pues tengo su condición,
 no nací para sujeta,
 para sujetar nací,
 ya, el ciervo con la saeta,
 ya, el cerdoso jabalí
 con la turquesca escopeta.
 Este robusto ejercicio
 el pesar de mí destierra,
 y no porque halle en él vicio,
 sino por ser su bullicio
 un ensayo de la guerra.
 No hay dulce voz, no hay acento,

aunque el sueño me interrompa,
que me dé mayor contento
que el de una bastarda trompa
ó militar instrumento.

El olor que á mi sentido
más lisonjea y suspende,
no es del ámbar escogido,
mas del salitre en quien prende
el fuego siempre atrevido.

Y, en suma, aquesta corteza
ó esta femenil flaqueza
cubre un valor tan extraño,
que sin duda tomó engaño
en mí la naturaleza.

A que añade en el discurso del diálogo otras pinceladas semejantes enderezadas á decir a Villagrán que un hombre afeminado como él no puede ser de su devoción. En estos coloquios estaban cuando llega á ampararse de ellos Guacolda, que se ve perseguida de cerca por Rengo y con quien estaba doña Mencía á punto de trabar pelea cuando se va en seguimiento de Guacolda, que ha tomado de nuevo la fuga. Divisase en ese momento una espesa polvoreda por el camino y se ve arribar al español Alvarado, fatigado y herido, quien les cuenta punto por punto la derrota que Francisco de Villagrán y los suyos acaban de sufrir en aquel cerro. El polvo aumenta y ya se sienten las voces y alaridos de los vecinos de la ciudad, mujeres y niños, que la abandonan en el mayor desorden, cargando á cuestras cuanto pueden, y á cuyo encuentro les sale doña Mencía, levantando el poeta esta vez también su estro para poner en boca de la heroína la arenga que les dirige á fin de que regresen á sus hogares. Hasta aquí, si en verdad no con respeto del sitio y del momento en que de hecho tuvo lugar la alocución de la varonil mujer española, al menos se guardan en el fondo los dictados de *La Araucana*;

pero resultan del todo contradichos cuando ante ella supone el autor que los fugitivos vuelven á la ciudad y la eligen por su jefe; y las inverosimilitudes se aumentan luego enormemente cuando vemos que á los indios se les aparece Eponamón, que les incita al asalto, y de parte de los españoles «Nuestra Señora de la Concepción», que deja embelesados á los indios y les obliga por fin á retirarse; escena esta última tomada también en su idea general de *La Araucana*, cuando en ella se cuenta el llamado milagro de la aparición de la Virgen en el asalto de los indígenas á la Imperial el 23 de Abril de 1554.

Y, ya por este camino, el poeta no se detiene. Supone que Rengo, en su odio y deseo de vengarse de Lautaro, se ofrece á doña Mencía, puesta en el mando supremo, de servirle de guía para que pueda penetrar con sus soldados á la fortaleza en que se halla aquél fortificado, asegurándole que en persona irá á desafiarse á combate singular en sus mismos atrinchamientos. Allí, siguiendo de nuevo las huellas del poema, nos pinta al caudillo araucano entregado á sus transportes amorosos con Guacolda; las visiones que en medio de ellos le asaltan, que atribuye á las influencias del mágico Fitón, y continuando la trama de su invención, nos muestra que cumple, en efecto, Rengo su palabra; pero, apenas iniciado el duelo, llega doña Mencía con su gente, temerosa de que el indio la engañase; se suspende entonces la lucha de los dos campeones y se verifica el asalto del fuerte, en el que parece Lautaro; cumpliéndose así en un todo la profecía que le hiciera Valdivia cuando le dijo que había de morir en edad florida, en lo más alto de su «corrida», á vista de su dama, por una flecha «desmandada».

Guacolda, que se empeña en suicidarse ante el espectáculo de la muerte de Lautaro, cuyo último aliento ha recibido en sus brazos, y á quien dos soldados españoles sorprenden en ese momento, es reducida al cabo por doña Mencía á que se case con Rengo, no sin que la india le diga antes á éste:

Pues si hoy me caso contigo
es á fin de darte muerte
vengando la de mi amigo.

Doña Mencía, por su parte, cede al fin á las instancias de Villagrán y se ofrece á darle gusto por haberle visto como hombre muy fuerte en la batalla.

Había, sin embargo, otros personajes que se habían distinguido en la lucha de los conquistadores con los hijos de Arauco, acaso más dignos de ser presentados en las tablas; faltaban, por ejemplo, el jefe de los españoles y el cantor mismo de las hazañas de todos ellos.

Es cosa bien sabida que el hijo de don García Hurtado de Mendoza había encomendado al doctor Suárez de Figueroa el que historiase sus hechos, como lo hizo, dando á luz en 1613 el libro que los contenía, sublimados y engrandecidos, como en respuesta al reproche formulado contra Ercilla por no concederle en su poema la figuración que su descendiente y aun los críticos ignorantes de la verdad histórica, creían corresponderle, diciendo que, por tal causa, había quedado su obra destroncada. Pero, según parece, no le bastó con aquello, y, llevado de su exagerado apasionamiento por el teatro, encomendó á Luis de Belmonte Bermúdez, que había conocido en el Perú á su padre siendo virrey en 1605, bastante reputado entonces, que escribiese una comedia cuyo protagonista fuese aquél.

«Belmonte, para dar mayor importancia y realce á la ofrenda, llamó á la parte del trabajo y de la gloria, á algunas personas á quienes estimaba por amigos y muy sutiles ingenios. Reuniéronse nueve colaboradores, sin duda, como observa con su habitual penetración el señor Hartzenbusch, para representar las nueve musas; y tomando por guía el libro del doctor maldiciente, trabajaron la comedia intitulada: *Algunas hazañas de las muchas de don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete*, dedicándola á su hijo y sucesor el gentilhomme de la Cámara de S. M. Representóse

con extraordinario aparato, riqueza de trajes y admirables perspectivas, el año 1622; y se imprimió lujosamente, aderezándola con dedicatoria y prólogo al lector y con los nombres de los poetas y expresión de la parte de trabajo que á cada cual había correspondido.» Tal es lo que nos dice Fernández Guerra.

«... Y con referencia á sus ocho compañeros dijo en la dedicatoria el caporal Belmonte que «los pinceles fueron sutiles, por ser los que en España tienen mejor lugar, á despecho de la envidia.» (1).

Comienza la pieza con una asamblea de los indios, entre quienes se cuenta a Caupolicán, Rengo, Tucapel y uno llamado Coquín, que hace de gracioso. Tiran flechas al blanco puesto y á intervalos suenan instrumentos de música. Caupolicán saca la calavera del que fué Pedro de Valdivia, y luego sale Galbarino con las manos cortadas, cuya presencia los excita á la pelea, á tiempo que se presenta Colocolo, que en una larga tirada hace la historia genealógica de Hurtado de Men-

(1) FERNÁNDEZ GUERRA Y ORBE, *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, pp. 258 y 359.

Tal es lo que sostiene este insigne literato,—á quien tuvimos el agrado de conocer en Madrid, en 1885, y que se sirvió favorecernos con eficacísima recomendación para el Archivo de Simancas,—con respecto al modo cómo se generó la pieza de los nueve ingenios, muy acertada, posiblemente, si bien de los preliminares de ella no puede, de modo alguno, derivarse, al parecer, pues Belmonte en su dedicatoria al Marqués, empieza así: «Rasgos humildes y dibujos pequeños de las hazañas ilustres de don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, padre de vueseñoría, están pidiendo con dichoso acuerdo un heroico Mecenaz que los ampare...»; y la concluye diciendo: «es justo que me valga de la protección de vueseñoría para que supla el favor el defecto de las fuerzas...»

Si no leemos mal, pudiera deducirse de estas expresiones, que la pieza había sido obra espontánea suya y dedicada en seguida al Marqués, cuya protección se buscaba para que se imprimiese y representase.

Los otros poetas que colaboraron con Belmonte en la obra, con redacción propia y aparte de cada uno, fueron: don Antonio Mira de Amescua;

doza, á contar desde uno de sus ascendientes contemporáneo de Don Pelayo, historia que asegura haber leído en libros españoles, y concluye por tratar de disuadirlos á que entren con él en batalla y por aconsejarles que lo mejor sería por el momento enviar algún espía al campo español.

Pásase entonces á ver lo que ocurre en éste. Salen don Felipe de Mendoza, Rebolledo, á quien se presenta como un fanfarrón cobarde, y otros soldados con espuertas de tierra, ocupados en la fábrica de un fuerte; y, por último, Reinoso, que anuncia la llegada de Don García, diciendo:

Ya viene el Marte segundo
heroico valor de España;

á que añade don Felipe:

El pondrá con esta hazaña
freno á Chile, espanto al mundo.

Aparece entonces don García, armado con rodela á las espaldas y una espuerta de tierra en la mano, seguido de otros

el Conde del Basto, que en unión con aquél escribieron el acto primero; don Juan Ruiz de Alarcón y don Fernando de Ludeña (amigo que había sido de Ercilla) que redactaron el segundo; don Jacinto de Herrera, don Diego de Villegas y don Guillén de Castro, que compusieron el tercero, pero dejando el final a Belmonte.

No entra en el plan de esta ilustración, ni hay para qué, traer a cuenta la biografía de los nueve colaboradores, algunos de los cuales, por lo demás, están en gran parte enunciados, si no estudiados, en el precioso libro de Fernández Guerra y Orbe; a que podrían añadirse los elogios de Cévantes en su *Viaje al Parmaso*, lo dicho en las pp. VII, X, y XXII del tomo XLV de la *Colección Rivadeneyra* y los apuntamientos de Barrera y Leirado. De Mira de Amescua también ha dicho algo Rodríguez Marín en su *Pedro de Espinosa* (II, 91, 397); y de Belmonte Bermúdez, Pérez Pastor en su *Bibliografía Madrileña*, Parte III, p. 333, y Amezúa en sus comentarios al *Casamiento engañoso y coloquio de Cipión y Berganza*, p. 224.

soldados, que, á falta de éstas, traen fuentes de plata. Encarga á Rebolledo de hacer la guardia y luego le sorprende dormido, y con tal motivo le condena á muerte, de la que se escapa por intercesión de don Felipe de Mendoza, el hermano del Gobernador.

Y con esto se entra, según podrá presumirlo el que conozca las hazañas que se le atribuyen por sus apologistas, á la segunda de las suyas: al cargar la espuerta, quería mostrarse como ejemplo de su empeño para no excusarse de trabajo alguno por su persona; ahora, al perdonar al centinela que se duerme, su gran clemencia.

Puestos de relieve sendos hechos, llegan los dos espías araucanos, y, á muy poco, Caupolicán, Rengo, Orompello y su gente, que se lanzan al asalto, trabándose en lucha singular el jefe de los indígenas y don García, que finalizan retirándose cada uno por su parte, dando remate así al primer acto de la comedia.

Las escenas con que principia el segundo, obra de Ruiz de Alarcón, encierran diálogos de don García con otro gracioso llamado Chilindrín, quien le pondera

Cuán fácilmente pudieras
 si en la corte estar quisieras,
 con tu talle y tu dinero,
 sin peligros ni embarazos
 la flor del mundo gozar,
 y que (1) vienes a ganar
 la comida a arcabuzazos.

Respóndele el Marqués (como se llama á don García):

Así el honor adquirido
 se aumenta: que el ocio al fin,

(1) Así el texto, pero parece que quiso decirse: *y aquí*.

como la espada al orín
la fama entrega al olvido:
y asentado tiene así
el derecho de las gentes
dar honra á los descendientes.

Y conversa también con Tucapel y otros indios, entre ellos Gualeva, con quien alterna pintándole el valor de los soldados que le acompañan, que debemos recordar, ya que, entre ellos, nombra á Ercilla:

Porque, contra los caciques
que á Caupolicán presumen
darle españoles despojos
con muertes ó esclavitudes,
don Miguel, que en el nombre
de Velasco excusa y suple
tantas alabanzas, basta
cuando el de Pereira, ilustre
portugués, y don Francisco
de Guzmán, (1) que dando lustre
á la Casa de Toral,
de hazañas Arauco cubre;
Reinoso y Pedro de Aranda,
Gabriel Gutiérrez, Juan Núñez, (2)
don Francisco de Godoy, (3)
Martes los tres andaluces;

(1) No figuró ninguno de este nombre en aquel tiempo en Chile; debió el poeta escribir don Hernando ó don Martín, que fueron los que acompañaban á don García.

(2) Tampoco hubo en Chile por entonces soldado de tal nombre, á no ser Juan Núñez de Prado; nos inclinamos á creer que quiso el autor referirse á Juan Gómez.

(3) Ercilla habla en efecto de un Godoy, que creemos debía de ser el llamado Juan.

el famoso don Alonso
de Ercilla, para que empuñe
la lanza, y la pluma tome,
con que á Apolo y Marte junte;
el valiente montañés
Rebolledo, (1) que destruye
vuestras vidas como rayo,
vuestros campos como Octubre;
don Felipe de Mendoza,
que, á no ser mi hermano, pude
con heroicas alabanzas
sobre las doradas cumbres
del sol ponelle el primero . . .

Se da entonces la orden de dirigirse al río, y mientras tanto se nos presenta el campo indígena, al cual llega Rebolledo, atravesando la corriente, en seguimiento de Guacolda, la que le salva la vida del furor de Rengo. Concluye el acto con el desfile de españoles y araucanos y al fin de todos van Caupolicán y don García, quien, contestando á una interrogación de aquél, le dice:

En el campo, valientes araucanos,
tengo yo las palabras en las manos.

El tercer acto, último de la pieza, contiene las escenas culminantes: la anunciada batalla con los indígenas, que antes de trabarse permite ver en el hueco de una peña, que se abre

(1) Rebolledo, ya se ha dicho, fué el centinela á quien don García sorprendió dormido, que así en realidad se apellidó; al hablar del «valiente montañés», se alude á Juan de Alvarado, que con tal calificativo aparece en *La Araucana*; ya se ve que el poeta confundió al uno con el otro.

en tres partes, al mágico Leocotón para anunciar á sus compatriotas el vano empeño de luchar con

Este milagroso joven,
sol de España, heroico hijo
del gran Marqués, digna hechura
del siempre sabio Filipo;

la derrota de Caupolicán y su prisión por Reinoso; la muerte que, a vista de ambos, da Gualeva á su pequeño hijo, encolerizada porque el indio se haya dejado cautivar; la indignación de don García cuando sabe que aquel su teniente ha condenado á muerte al caudillo araucano, ordenando que por tal desacato sufra igual pena, la que remite sólo á instancias de don Felipe de Mendoza. En el cuadro final aparece Caupolicán empalado, y concluye la pieza con el ofrecimiento del General español de premiar á todos sus soldados, aunque sea á costa de su propia hacienda.

Tales son «los hechos» de don García de que se hace caudal para presentarlo como homenaje á su hijo y á la admiración de las gentes en general: todos, sin duda alguna, reminiscencias más ó menos precisas de *La Araucana*, y alguno de ellos, como la indignación que muestra el protagonista por el caudillo araucano, sustraída á Ercilla para engrandecer la figura de aquél; á tal punto, que no sería aventurado suponer que los nueve ingenios no tuvieron otro modelo que el poema para su pieza. Pero, en fin, ni hicieron cargos á Ercilla, ni sacaron con desmedro su persona, cosa que, desgraciadamente, no iba á cumplir Lope de Vega en la tragi-comedia suya que vamos á analizar.

Probablemente, el hijo de don García Hurtado de Mendoza no estimó aún bastantes los elogios y aplausos que se le concedían á manos llenas en la comedia de los literatos acaudillados por Belmonte, y quiso valerse para el mismo objeto nada menos que de la pluma del más fecundo y popular de

los dramaturgos españoles, del gran Lope de Vega, cuando tenía en sus manos el cetro de la producción dramática, que ya nadie se atrevía ni por asomos á disputarle, incluso el mismo Cervantes, para que tomase a su cargo idéntica tarea: ó bien fuese que el «Monstruo de la Naturaleza», de su propio impulso, sea por efecto de fina adulación (ya se sabe cuánto le complacía halagar a los poderosos), sea por las expectativas de medro, se resolviese, decíamos, á emprenderla de *motu proprio*, — y esto acaso con más probabilidad puesto que de los términos de su dedicatoria, que pronto veremos, consta que antes de publicarla la tenía hecha de tiempo atrás—; sea, en último término, que pretendiera sólo rivalizar con la de que eran autores los nueve ingenios sus contemporáneos, y uno de ellos, don Juan Ruiz de Alarcón por él tan aborrecido y rival suyo, es el hecho que llevó también al escenario á Ercilla y á varios de los personajes que aparecían en *La Araucana*, con otros inventados de propia cosecha.

Ercilla, que tan justas alabanzas había merecido á Lope de Vega por su ingenio poético, hasta llegar á calificarle en su *Laurel de Apolo* de «Colón de las Indias del Parnaso» y que en su novela *La Arcadia* exhibía su retrato en la sala del palacio en que «para tiempos futuros estaban puestos» (1), después de su muerte, sin respeto alguno á la memoria de á quien así ensalzaba cuando era vivo, iba, años más tarde, á presentar en el teatro la figura del poeta bajo un aspecto verdaderamente repugnante, ajeno del todo á la verdad é indigno de quien no tenía por qué guardarle envidia ni rencor y que sólo podemos explicárnoslo como efecto de una baja adulación á la familia del que, habiendo querido que se le hiciese pasar por héroe de *La Araucana*, quedó en ella redu-

(1) *Colección de Autores Españoles de Rivadeneyra*, tomo XXXVIII, pág. 130. Al lado del retrato de Ercilla presentaba Lope el del Marqués de Montesclaros y el del chileno Pedro de Oña. Véase á Pérez Pastor, *Bib. Madr.*, I, pág. 352.

cido á los justos límites de la verdad, por no decir más engrandecido de lo que en realidad le correspondía. Pero analicemos esa pieza, que por su título y la dedicatoria de que va precedida, deja ya entrever el espíritu que la anima: llámola *Arauco domado* (1), y estaba dirigida á don Hurtado de Mendoza, hijo de don García, que ya era fallecido, a quien el chileno Pedro de Oña había dirigido en sus días el poema de aquel nombre. Lope expresaba al lector que la pieza contenía las hazañas del siempre digno de alabanza don García, llamándole «nuevo Alejandro en la India», hazañas que restituía «á su ilustrísimo hijo». Ciertamente que tal declaración

(1) Apareció por primera vez en la siguiente compilación:

Parte | Veinte de | las Comedias de | Lope de Vega Carpio, | Procurador Fiscal de la Camara | Apostolica | Dividida en dos | Partes. | Qui ducis vultus, & non legis ifta libenter, | Omnibus inuideas, Linide, nemo tibi. | Año (*E. del I.*) 1625. | Con privilegio. | En Madrid, Por la Vvda de Alonso Martin. | (*Filete*). | A costa de Alonso Perez mercader de libros Vendese en sus casas | en la calle de Santiago | (*Colofón*): En Madrid | Por la viuda de Alonso Martin. | (*Filete*). Año M.DC.XXV.

4.º—Port.—v. en bl.—3 hojs. prels. s. f.—298 págs., con el colofón en el v. de la última.

Arauco domado ocupa el cuarto lugar de las seis piezas de que consta la Parte I del volumen (en la II hay otras tantas) y empieza a la vuelta de la hoja 76 con la dedicatoria á don Hurtado de Mendoza, hijo de don García, que llena el frente de la 77, á cuya vuelta empieza el texto, que termina en la vuelta de la 101.

Se hizo segunda y tercera edición, que describiremos también:

Parte | Veinte de | las Comedias de | Lope de Vega Carpio, | Procurador Fiscal de la Camara | Apostolica. | Dividida en dos | Partes. | Qui ducis vultus, & non legis ifta libenter, | Omnibus inuideas, Linide nemo tibi. | Año (*E. del I.*) 1627. | Con privilegio. | En Madrid, por Iuan Gonçalez. | (*Filete*). A costa de Alonso Perez mercader de libros. Vendese en sus casas | en la calle de Santiago.

4.º—Port.—v. en bl.—3 hojs. prels. s. f.—298 hojs., con el v. de la última bl.

Prels.:—Títulos de las comedias y á quien van dedicadas.—Suma del privilegio: San Lorenzo, 3 de Nov. de 1624.—Fee de erratas: Madrid, 17 de Enero de 1625.—Suma de la tasa: Madrid, 18 Enero 1625.—Aprob. del licen.

tenía el mérito de estar expresada sin ambages ni disfraces para quien quisiera leer entre líneas lo que ella significaba. . . Su dedicatoria no era menos explícita, y raya, por lo mismo, en grosera adulación. «Siendo ésta verdadera historia, vencimientos y hazañas de aquel insigne Capitán, padre de V. S., freno español y yugo católico de la más indómita nación que ha producido la tierra, en la parte cuyo descubrimiento dió tanta gloria á España, justamente vuelve al centro de su principio, como á su propia esfera y natural elemento, desde que dió sujeto á tantas plumas, cuantas en las alas de la

ciado Juan Pérez de Montalbán: Madrid, 29 de Sept. de 1624.—Id. del doctor Mira de Amescua: Madrid, 5 de Oct. de 1624.

Arauco domado empieza á la vuelta de la hoja 76 con la dedicatoria de Lope á don Hurtado de Mendoza, concluye en el frente de la siguiente, que está sin foliar, y á la vuelta empieza el texto, que concluye á la vuelta de la 101. La tragi-comedia, como la llama Lope en su dedicatoria, ocupa el cuarto lugar de las seis de que consta la Primera Parte. La Segunda tiene otras tantas.

El Fenix | de | España | Lope de Vega | Carpio, | Familiar del Santo Oficio. | XX. Parte | De sus Comedias. | Año (*E. de a. r.*) 1667. | Con privilegio. | (*Filete*). | En Madrid. Por la viuda de Alonso Martin.

4.º—Port.—v. en bl.—3 hojs. prels. s. f.—289 hojas y final bl.

Arauco domado ocupa el cuarto lugar y comienza á la vuelta de la hoja 76 con la dedicatoria á don Hurtado de Mendoza (2 páginas) y el texto en el v. de la que debía ser 77, pero que no está foliada. Termina en la hoja 101 (vuelta).

La pieza de Lope ha llegado á ser sumamente rara, á tal punto, que sería hoy difícil encontrar una media docena de ejemplares de la Parte XX de sus Comedias que hemos descrito, hasta que nosotros la reimprimimos en las páginas 241-277 del tomo I de la *Biblioteca Hispano-Chilena*, Santiago de Chile, 1897, 4.º mayor. Posteriormente se ha incorporado en las pp. . . . del volumen de las *Obras de Lope de Vega*, editadas por la Real Academia, bajo la dirección de Menéndez y Pelayo, quien le dedica algunas apreciaciones críticas que examinaremos luego.

El bibliógrafo Antonio de León Pinelo (página 85 de su *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental*) atribuye á Lope otra comedia, que dice intitularse *El Marqués de Cañete en Arauco*, dándola como aún inédita, pero que, sin duda, es la misma de *Arauco domado*.

Fama volaron á la inmortalidad, resplandeciente al sol de su esclarecido nombre. Materia dilatada á tantos versos y prosas, y por tantos y tan célebres ingenios como en esta representación sucinta y en este mapa breve, haciendo el mismo efeto en los oídos que la pintura en los ojos, grandes las primeras figuras y las demás en lejos, porque, sin reducirlas á perspectiva, era imposible pintarlas. V. S. la reciba como prenda que restituyo á su dueño, y mi cuidado en estamparla, por causa del tiempo que la he tenido, si ya no se me tiene á grave culpa no haber comunicado al mundo cosas tan admirables, que, como sucedidas en el otro, parecen imposibles».

¡Cuánta hipérbole para hacer, como afirmaba, historia verdadera! No dice Lope de donde tomara para ella sus datos, si bien es fácil adivinar que fueron los *Hechos de don García Hurtado de Mendoza* que el doctor Suárez de Figueroa había publicado en 1613, hacía de eso unos doce años atrás, y la misma obra, por consiguiente, que había servido á la de Belmonte Bermúdez y los ocho ingenios que le secundaron en su redacción

Iniciase esta tragi-comedia, como la llamó su autor, por la singular escena en que se ve al héroe tendido en el suelo, esperando que pase por encima de él el sacerdote que lleva á colocar en la iglesia de la Serena el Santísimo Sacramento: idea realmente extraña que llamó ya la atención de Ticknor, pero que no era original de Lope, pues la había tomado, indudablemente, de lo que al respecto contaba Pedro de Oña (1).

(1) He aquí el pasaje del *Arauco domado* (canto III), impreso hacia entonces muchos años (1596), en que se refiere y comenta el caso:

El hecho fué que cuando el Pan del Cielo
 En procesión al templo se traía
 Para dar ejemplo al indio que atendía
 Se derribó á medirse con el suelo,
 Haciendo que el presbítero, sin duelo,

Allí también dispone don García que los dos capitanes que en Chile se disputaban el mando

Los tengo de hacer caber
en la tabla de un navío (1).

Ercilla, que asiste á todo esto, aplaude tales acciones del general. Píntanos en seguida Lope una escena de amor entre Caupolicán y Fresia, y luego cuenta el diálogo que media entre un indio agorero y el demonio Pillán, que sale por un escotillón, con un medio rostro dorado y un cerco de rayos como sol en la cabeza «y el medio cuerpo con un justillo de guadamací de oro», que pronostica las victorias que el jefe de los españoles ha de conseguir en Arauco, hasta reducirlo en solos dos años al yugo de Carlos V y Felipe II, y á quien por tantos hechos heroicos los mismos indios habían de llamarle San García (2).

Está ya éste atrincherado en su fuerte de Talgaguano, que los araucanos se preparan para atacar. Allí se le ve en plática con su hermano don Felipe de Mendoza, cuando sale don Alonso de Ercilla, quien le habla así:

Por cima dél hiciese paso y vía,
Tratando con el pie su cuerpo humano,
Pues el de Dios trataba con la mano.

(1) Tampoco es original de Lope esta frase, pues la trae Suárez de Figueroa en boca de Francisco de Aguirre, cuando ya á bordo ambos, le dijo á Villagrán: «Que le parece la variedad de las cosas del mundo? Ayer no cabíamos los dos en un reino, y ahora don García nos hace caber en una tabla».

(2) Nueva reminiscencia del poema de Pedro de Oña (canto Primero):

Mas, oh! sublime garza San García,
Que es nombre con que el bárbaro os honora,
Y bien os cuadra y viene desde ahora,
Si en la virtud está la nombradía...

- ALONSO.** Preven, invicto príncipe, las armas,
y defiende tu vida en este fuerte
y la de aquestos pocos españoles,
que los rebeldes indios araucanos,
fiados en la muerte de Valdivia
y en que también á Villagrán vencieron,
vienen como descende en el verano
granizo en árbol de medrosos pájaros
á no dejarte piedra sobre piedra:
que, á ver la variedad de armas extrañas
de pellejos de lobos y leones,
de conchas de pescados y de fieras,
las mazas, las espadas y alabardas
ganados en batallas de españoles,
los instrumentos varios que ensordecen
el aire, las alegres y altas voces,
y que es de ver delante aquel membrudo
gigante fiero y general que traen,
que desde el hombro arriba excede á todos:
¡ea! señor, ¿no escuchas ya los gritos
con que niegan á Carlos la obediencia?
- GARCÍA.** Hermano don Filipe de Mendoza,
hoy es el día de mostrar los pechos;
¡ea! españoles fuertes!

- FILIFE.** Don Alonso,
¿qué gente viene?
- ALONSO.** Un infinito número.
- FILIFE.** Y no se sabe el que es?
- ALONSO.** Veinte mil indios.

Se acercan, en efecto, los indios cantando al són de sus «tamborilillos»; trábase la pelea, disparando los españoles sus arcabuces y los indios sus flechas; combaten en lucha singular don Felipe y Rengo; don García y Caupolicán, al

encontrarse, sostienen un breve diálogo, y aparece á su vez Ercilla, diciendo:

Oh! espada, en fieras teñida,
Animo, mirad quién soy,

y responde Biedma:

Ya van, Ercilla famoso,
saltando el fuerte; ¡teneos!

ERCILLA. Lleváronme los deseos
del ánimo generoso
que estos bárbaros saltasen
el fuerte.

Y luego, al oír voces dentro:

¡Si van el fuerte ganando!

A que le replica Biedma:

Si los veinte arcabuceros
que ha ordenado don García
que tiren á puntería
á los bárbaros más fieros,
no son muertos, no creáis
que pueda ganarse el fuerte!

El miedo, como se notará, es lo que predomina en cuanto dice Ercilla, á tal punto, que no habría podido hacerlo mejor una mujercilla sin ánimo. Y para completar el cuadro, cuando encuentra á don García, después que acaba de recorrer los puestos de los centinelas, es para adularle, diciéndole:

Descansa, que ya encendida
el alba sale á mirarte.

Al cabo de varias escenas que pasan entre los indios, sale Hurtado de Mendoza acompañado de su hermano don Felipe y de Ercilla, á quienes encarga los preparativos para la fiesta de San Andrés que se propone celebrar en homenaje al nombre de su padre el Virrey del Perú. Se refieren luego varias incidencias de los indios y se libra una gran batalla entre ellos y los españoles, hasta verse de nuevo en escena á Ercilla en conversaci3n con don García en el momento en que acababan de cortarle las manos á Galbarino:

AL.—Ya las manos le han cortado
al indio.

GAR.— ¿Y cómo ha quedado?

AL.—Una piedra en él contemplo,
porque apenas en la mano
siniestra del inhumano
cuchillo al golpe cayó,
cuando la diestra asentó
sobre el tronco el araucano

GAR.—¡Caso, por Dios, peregrino!

AL.—Partióse al fin Galbarino
a ver los amigos pechos,
dejando dos rastros hechos,
de sangre en todo el camino.
Pero advierte que ha llegado
un yanacona de paz,
que por muy cierto ha contado
que el indio más pertinaz
de todo Arauco ha trazado
una fiesta y borrachera
de las que suelen hacer,
en Cayocupil.

GAR.— Espera:
¿cuándo dicen que ha de ser?

AL.—Esta noche es la primera:

hay instrumentos chilenos,
 y españoles para asarse,
 soldados, y aun de los buenos;
 tienen para emborracharse
 de chicha cántaros llenos.
 Estorba este desatino.

Y de nuevo se le vuelve á ver, presentándose en escena «en tocando una caja», después que don García anuncia haber recibido de España la noticia del advenimiento de Felipe II al trono, para sostener con él el siguiente diálogo:

AL.—En medio deste placer
 de nueva tan deseada
 más cuidado es menester.

GAR.—No pienso envainar la espada
 hasta morir ó vencer.

AL.—Caupolicán ha juntado
 en Purén todo el senado
 de sus caciques, que quiere,
 según de aquesto se infiere,
 salir en campo formado.
 Están agora en la fiesta,
 donde el casco de Valdivia
 sirve de copa, en que, puesta
 sangre humana fresca y tibia,
 quieren beber sobre apuesta.
 Allí tienen instrumentos
 para celebrar mejor
 estos bárbaros intentos;
 no les des lugar, señor,
 á sus locos juramentos,
 que es gente que, si lo jura
 con esta solemnidad,
 por la muerte más segura

entrará con libertad,
ó verá el fin que procura.

Concluye la pieza con la prisión de Caupolicán, á quien se presenta al final por un momento atado á un palo, para hacer manifestación de haberse tornado cristiano, y en seguida á Felipe II, muy mozo, en forma de estatua, para recibir el homenaje de todos los actores (1).

Ni fué esta la única pieza de Lope en que llevó á la escena los personajes celebrados por Ercilla: para la composición de su *Arauco domado* se había guiado, además, lo hemos dicho ya, por las obras de Pedro de Oña y de Suárez de Figueroa, prometiendo realizar un trabajo histórico, a que corresponde en la generalidad de sus pasajes culminantes, eso sí, que con la sistemática depresión del carácter de Ercilla, que era in-

(1) La obra de Lope de Vega fué traducida al francés y se halla en la colección intitulada *Chefs-d'oeuvres des Théâtres étrangères, allemand, anglais, chinois, danois, espagnol, hollandais, indien, italien, polonais, portugais, russe, suédois, etc.* París, chez Ladvoeat, libraire, Palais Royal, galerie de bois, núm. 196. Consta de 25 vols. en 8.^o, de los cuales cinco están dedicados al teatro español y de ellos dos á Lope de Vega con siete de sus piezas dramáticas, de las cuales la primera es el *Arauco domado*. Raynouard, quien da un extracto de la comedia, la juzga así: «En esta pieza se encuentran algunas situaciones dramáticas; la que verdaderamente merece el nombre de tal se halla en la escena primera del tercer acto, cuando Galbarino, prisionero, es interrogado por Mendoza:

«Mendoce.—Tu t'es rendu coupable d'horribles forfaits.

Galvarin.—Ce que vous nommez forfaits sont des exploits dont je m'honore.

Mendoce.—T' honores-tu comme d'un exploit d'avoir tué Jean Guillem desarmé?

Galvarin.—Tout est guerre.

Mendoce.—Puisque tout est guerre, on te la fera: coupez-lui les mains....

Galvarin.—C'est en vain que tu couperas les mains; il en restera tant dans l'Arauc que j'espère que tes vains projets se dissiperont en fumée: on enlève la sommité du mais pour en faire grossir l'épi; il en sera ainsi des bras courageux que tu vas mutiler; du sang que tu feras répandre

justa y mentirosa y hecha sólo al propósito de halagar los orgullosos sentimientos del hijo de don García, presentándole al poeta que decía haber preterido la memoria de su padre bajo el aspecto de un soldado cobarde; en la otra á que nos referimos y que intituló *La Araucana*, con evidente falta de tino, quiso hacer un auto sacramental, que encierra alguna reminiscencia del poema, pero en el cual ya esta vez da rienda suelta á su fantasía, con tal extravío, que raya en «el más absurdo delirio», según lo calificó Menéndez y Pelayo.

En ella aparecen Rengo en representación del demonio, Colocolo simboliza á San Juan Bautista y Caupolicán... ¡nada menos que al Divino Redentor! No se crea que exageramos. Anúncialo así en su canto la india Fidelfa:

Este al fin que resplandece
como el sol, Arauco ofrece

naitront des mains plus heureuses qui sauront a leur tour attacher et couper les tiennes.»

«Si en esta pieza se hallasen muchas escenas semejantes, podría con más justo título colocársela en el rango de las obras maestras. Por lo demás, los caracteres están perfectamente delineados y sostenidos. La energía de los araucanos, su firmeza, están muy bien pintadas y expresadas. Un solo rasgo dará una idea del carácter español. La pieza se inicia por la procesión del Santísimo Sacramento; Mendoza asiste a ella; en el momento de penetrar en la iglesia, se postrá humildemente sobre el umbral de la puerta, de manera que el sacerdote que lleva el S. Sacramento le pise. Este gran ejemplo de humildad cristiana, llena de entusiasmo a los soldados españoles por su General.» *Journal des Savants*, Junio de 1823, pp. 326-327.

Queda ya dicho de donde tomó Lope esta idea.

Sismonde de Sismondi, que probablemente conocía la pieza por la traducción francesa, ha dado un extracto de su argumento, bastante bien hecho, en la página 343 del tomo II de su *Littérature du Midi de l' Europe*.

A Ticknor, (t. II, p. 347, nota 19 de la traducción española) no se le escapó, por cierto, que, á pesar de lo que aseguraba Lope en su dedicatoria de que todo era histórico, había en la tragi-comedia mucha parte de pura invención, y el hecho extraordinario de que Ercilla apareciera en ella tocando el tambor. «Puede compararse con el Arauco, advierte, otra de las comedias de Lope, intitulada *Los guanches de Tenerife*».

el capitán de quien fió
su divina redención.

Colocolo se presenta á su turno, diciendo:

Voz de la palabra soy,
que era Dios en el principio
y estaba cerca de Dios,
y esta palabra que vimos
Dios y cerca de Dios fué
en el principio.
....Yo he venido
á ser sólo el testimonio
del sol que ha de redimirnos;
estrella soy de su aurora....
.....La luz
que ilumina los distritos
de Arauco, es Caupolicán,
y yo soy quien la publico,
decir quiere «el poderoso»
en nuestra lengua, y se ha visto
esta verdad en el Santo
Caupolicán con prodigios
y señales milagrosas.

Pronto se traba entre Tucapel (cambiado su nombre en Teucapel), Rengo y Polipolo una contienda de palabras sobre los méritos que les asisten para ser elegidos jefe del ejército araucano, que procura aplacar Colocolo con sus razones, anunciando cuál será el vencedor que, «mientras cantan, baja de lo alto del carro Cristo en figura de Caupolicán, de indio, vestido famosamente»; pero no se arredran por eso los contendores, disputándole sus títulos, hasta que, á un signo suyo, caen todos en tierra, porfiando aún Rengo en que vayan á la prueba del madero, que en efecto ensayan Rengo, Tucapel y Polipolo. Tómallo, a su turno, Caupolicán, que concluye la prueba diciendo:

Hoy, Arauco, hacer quiero
la eterna redención por el madero,

y continuando la alusión á Cristo y la Cruz, añade, al dirigirse á Rengo, el único que todavía le contradice:

Porque más
hoy las grandezas mías
y en él, Rengo infernal, vencido seas,
yo haré que eternamente
sustentándole á él, él me sustente.
En él clavarme quiero,
porque los dos unidos de esta suerte
yo triunfe en el madero,
y él triunfe en mí, quedando vida y muerte
reparada y vencida,
y Arauco en mí triunfe redimida.

Continúa aún la alusión entre Caupolicán como redentor y Rengo personificando el demonio, que aparecen, respectivamente, en una nube blanca y otra negra, el primero con el cáliz en la mano y el segundo con un plato de culebras, en medio de los cantos de los indios, á la vez que ambos les predicán á su modo en largas tiradas de versos: «Muy robusta, observa Menéndez y Pelayo, debió de ser la fe del pueblo que toleró farsa tan irreverente y brutal» (1).

Pasó un siglo cabal, contado año por año, desde que se reimprimió el poema de Ercilla en 1632, hasta que González de Barcia lo dió de nuevo al público, seguido de la llamada continuación de Santisteban Osorio, en 1733-1735; pero, á

(1) Esta producción de Lope permaneció inédita, conservada en un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, hasta que en 1893 se le dió cabida en las pp. 109-119 del tomo III de sus *Obras* editadas por la Real Academia de la Lengua.

pesar de esa evidente prueba de cuánto había decaído la afición á su lectura, todavía las figuras de *La Araucana* fueron presentadas en el teatro, una vez por don Francisco González de Bustos en 1652, en *Los españoles en Chile*, y diez años más tarde por Gaspar de Avila en *El Gobernador prudente* (1).

Se nos presentan en la comedia del primero, cinco españoles, entre ellos una mujer, doña Juana de Bustos, un galán y un gracioso, de nombres también inventados, y don Diego de Almagro, igualmente de galán, y el Marqués de Cañete; hallándose mucho mejor representados los indios, pues aparecen Caupolicán y su mujer Fresia, Gualeva, Rengo, Tucapel y Colocolo.

Levántase el telón para presentarnos á los indios, que gritan ¡viva Arauco! ¡viva Chile! y con ellos á Caupolicán y Fresia en requiebros amorosos, mentidos de parte de esta última, que en un aparte deja ya traslucir su pasión por Almagro; a tiempo que se presenta Colocolo para increpar al general araucano, después de recordarle sus victorias y á

(1) En realidad, tales fechas se refieren á las de la publicación, pero de seguro que fueron representadas antes, y acaso la de Avila precedió aún á muchas, si no á todas, de las que tratan de temas ercillanos.

La pieza de González de Bustos apareció por primera vez, en unión de la llamada *Santa Olalla de Mérida*, en la *Primera Parte de Comedias escogidas*, Madrid, 1652, 4.º, por más que Ticknor, que también habla de ella, diga que en 1665, año en que, en efecto, salió incorporada en el tomo XXII de *Comedias escogidas*; fué más tarde reimpresa en Sevilla en tirada por separado, en 4.º, sin fecha, que el Catálogo del Museo Británico cree fuera el de 1720; por tercera vez en Valencia (edición que hemos descrito en la *Biblioteca Hispano-Chilena*) y, por último, ha sido reproducida en las pp. 531-565 del tomo II de esa mi obra.

En nota a la página 115 del tomo I de nuestra *Historia de la literatura colonial de Chile* dimos alguna noticia de otras producciones dramáticas de González de Bustos, y está de más advertir que, al mismo intento, el lector curioso debe registrar el *Catálogo* de Barrera y Leirado.

Fuera de ellas, sólo se conoce un soneto suyo impreso entre los preliminares de la *Cythara de Apolo*, de Salazar y Torres, en aplauso de éste y de la colección de poesías contenida en ese libro, que se imprimió en 1681 y 1694.

Valdivia, «despojo y escarmiento de sus manos», que así olvide su cargo. En ese momento llegan Tucapel y Rengo, que traen prisioneros á Mosquete, el gracioso de la pieza, y á doña Juana, vestida de hombre, quien, como Fresia, deja también insinuada su pasión por don Diego. Armase una violenta disputa entre Tucapel y Rengo, que provoca las iras de Caupolicán y apacigua al fin Colocolo con sus consejos. Aquél se marcha á inspeccionar su campo, y Fresia despacha á Mosquete con una carta para don Diego; Gualeva, prima de Fresia, engañada por la hermosa apariencia de doña Juana, cuyo sexo no descubre, da indicios de haberse enamorado de ella y la retiene, dando ocasión á que refiera cómo ha dejado á sus padres en el Perú por venirse en busca de don Diego.

Salen en seguida el Marqués de Cañete, con Almagro, Rojas, el hermano de doña Juana, y otros soldados, á quienes se queja de verse sitiado en el fuerte de Santa Fe y les propone verificar una salida para trabar combate con los indígenas, momento en que se anuncia la presencia de uno de ellos, que resulta ser Caupolicán, disfrazado, que pretende hablar con don García. Trábase la pelea y en ella cae prisionera Fresia, á cuya vista don Diego se manifiesta hechizado; pero, continuando la batalla, Tucapel y Rengo acometen al español, que logra ser salvado por doña Juana, quien se niega á descubrir su nombre al que ha librado de la muerte.

Tal es el argumento de la jornada primera, que viene en realidad á constituir el de toda la pieza, cuyo nudo continúa en la segunda con la presencia de Tucapel en el fuerte, que contando sus hazañas, llega a desafiar á don Diego, quien se ve impedido por don García de aceptar el reto, que en secreto se propone tomar de su cuenta. Reconócense ambos en el sitio señalado, donde son sorprendidos por don García, que se aleja proponiéndose castigarle por haber contravenido á sus órdenes; pero á ese tiempo suenan clarines que anuncian la batalla, la cual ganan los españoles, merced al

socorro que les llega del Perú, bosquejado así en una escena anterior:

MARQUÉS.—En fin, el Perú ha servido
fino al Rey.

DIEGO.— Tales vasallos
nunca pueden obrar menos.

MARQUÉS.—Sabén muy bien obligarlo,
y al valle de Tucapel
entran las tropas marchando
con don Alonso de Hercilla.

DIEGO.—Es muy valeroso cabo
para la caballería,
y con Reinoso á su lado
pueden ceder a sus glorias
los Césares y Alejandro.

A pesar del triunfo español, don Diego se ve sorprendido por los indígenas en su retirada y queda prisionero.

En la tercera jornada se supone á los araucanos reunidos en Purén, a donde han debido acogerse después de su derrota; allí, entre ellos, á tiempo que razonan los caciques y Colocolo anuncia su próxima sujeción, se presenta Galbarino (al cual no se nombra) con las manos cortadas, y otros con los ojos arrancados; ante cuyo espectáculo, Caupolicán enfurecido ordena matar a todos los prisioneros españoles y entre ellos a don Diego, á quien Tucapel anuncia la suerte que le aguarda. Al recorrer su memoria para prepararse al paso de aquel trance, se manifiesta arrepentido de su conducta para con doña Juana, á tiempo que ésta llega vestida de india con una embajada de Fresia, prometiéndole salvar la vida si se casa con ella, proposición que rechaza por seguir fiel á la española, antes de que allí ambos se reconozcan.

Continúan, mientras tanto, en el campo español los preparativos para un nuevo ataque a los indios. Pregunta, con tal motivo, el Marqués á un sargento:

¿Qué tanta gente tiene el enemigo?

SARG.—¡Es cosa que da asombro!

MARQ.— Así el castigo
será mayor, si dar batalla intenta.

SARG.—Por momentos tanta se aumenta
que parece que el campo, en vez de flores,
hombres produce armados de rigores.

MARQ.—¡Habrà más que vencer!

SARG.— Arauco unido
todo junto se ve.

MARQ.— Gran cosa ha sido,
que, si junto se halla,
todo lo he de vencer de una batalla.

SARG.—Don Alonso de Ercilla valeroso,
puesto que mejoró Reinoso,
la colina ha ocupado,
y el estrecho que ganó el adelantado
Villagrán con Aguirre. . . .

Doña Juana, a todo esto, la logrado penetrar á la prisión en que estaba su amante y le libra á tiempo que Tucapel llegaba también á salvarle para pelear después con él, pero que en su lugar encuentra sólo á Mosquete; siguen algunas incidencias de la batalla, entre ellas una en que se ve á Caupolicán acosado por tres soldados, herido y ensangrentado, y á Rengo luchando con don García. Concluye la pieza con la presentación ante él de los indios que solicitan el bautismo y someterse á la obediencia del monarca español, con los casamientos de Tucapel con Fresia y de don Diego de Almagro con doña Juana Bustos, y con la propuesta de don García de ir todos al templo á tributar á Dios las gracias.

Escrita al mismo propósito que la de los nueve ingenios, y aún, muy probablemente, con anterioridad á ella, y con colores más subidos en el realce de la figura del protagonista, fué *El Gobernador prudente*, de Garpar de Avila. Su título está indicando ya que su autor iba á pintarnos á don García

Hurtado de Mendoza bajo un aspecto muy diverso de aquel con que le caracterizó Ercilla, no siendo otra cosa, en el fondo, que la réplica al calificativo de «mozo capitán acelerado» con que se le ve tildado en *La Araucana*. Lo que no es posible decir es si Avila quiso vindicar la memoria del que fué gobernador de Chile por inspiración propia, ó si para ello medió todavía alguna influencia, manifestada en recompensa pecuniaria ó en otra forma, de la familia de aquél. Ciertamente que no era un literato desconocido cuando tal empresa acometió, pues, á contar por los menos desde hacía catorce años antes que escribiera, ó mejor dicho, diera á luz su pieza, su nombre se registraba entre los autores de comedias famosas (1) y la manera como se desempeñó en la de que vamos á dar cuenta demuestra que la reputación de que gozaba no era inmerecida. Inspirándose en todo momento en el poema de Arauco, muéstranos en ella muchos de sus personajes, eso sí, que trocando sucesos, fechas y nombres, para que todo concorra á realzar la figura de Hurtado de Mendoza.

En el primer acto salen Caupolicán, Tucapel, Rengo y Lautaro, con los propios caracteres que Ercilla les había atribuído: ante la arrogancia de Tucapel, que pretende para sí el mando, Caupolicán le recuerda cómo le había vencido en la prueba de la viga; á que le replica, que pudo ser más fuerte pero no más esforzado, ni de corazón más entero: disputa que apacigua la intervención de Colocolo y que concluye por el juramento que todos hacen,—después de beber en un mismo vaso de la sangre de Caupolicán,—de destruir á los españoles. Sigue luego otro altercado entre el mismo Tucapel y Lautaro, que se disputan la posesión de Guacolda y en la que ésta se manifiesta indecisa en sus preferencias, por que el mágico Fitón le ha pronosticado que la vida de Lau-

(1) Noticias bio-bibliográficas de Avila hemos dado en el texto de *Dos comedias famosas y un auto sacramental basados en La Araucana*, que allí podrá ver el lector curioso.

taro ha de ser muy breve; de lo que, indignado Caupolicán, después de preguntarle al hechicero el tiempo que ha de vivir, lo desmiente, dándole muerte en el acto, para decidir que Guacolda se case con Tucapel, decisión que motiva el que Lautaro se pase al bando español.

Salen entonces á la escena Valdivia, Villagrán y Aguirre, insistiendo éstos en la conveniencia y oportunidad de pelear con los indios, que aquél acepta al fin mal de su grado, diciendo:

Bien sé que voy á morir,
pero más quiero animoso
perderme por valeroso,
que con razón persuadir:
que, aunque excusarlo podía
si en vuestra opinión os dejo,
lo que es prudencia y consejo
pasara por cobardía.

Y en este momento se le presenta Lautaro, cuando ya se ve venir al combate los indios, á quienes acompañan Guacolda y Fresia, la mujer de Caupolicán, para presenciar la batalla, en la cual resultan derrotados los españoles por la traición de Lautaro, viéndose á Caupolicán salir al escenario con la cabeza de Valdivia en la mano.

Este preámbulo, que abarca toda la primera jornada, está destinado á poner en seguida en más encomio el triunfo del héroe de la pieza, cuya venida les anuncia á los indios su dios el demonio Eponamón, á quien consultan y que les incita á proseguir la guerra, pronosticándoles el triunfo final.

Está ya para llegar á Chile don García, como don Luis de Toledo, su teniente, se lo anuncia á Villagrán, que se admira al saber que el nuevo gobernador cuenta sólo 22 años de edad; de donde toma pie su interlocutor para hacerle una larga relación de la genealogía de Hurtado de Mendoza, trayéndola desde Lope Manso, á cuya espada, junto con la de

don Pelayo, se debía la restauración de España, y que dura hasta el punto mismo en que sale á la escena, para recibir de Villagrán la expresion de su más sumiso acatamiento y la entrega del bastón de mando, diciéndole:

Cuando Valdivia murió
este bastón me dió á mí,
y el gobierno me encargó,
y así le pongo á estos pies,
y por mayor interés
dél hago aquí dejación,
cumpliendo como es razón
los mandatos del Marqués;
y sirvo á vuesa señoría
con este corto presente. . . .

Aquel «corto presente» eran doce barras de oro, que don García rechaza para sí, atribuyendo su procedencia á los tributos desmedidos impuestos á los indios, causados de la revuelta producida, y los destina á la fundación de un hospital para curarlos; y acto continuo don Luis de Toledo le pide su espada á Villagrán, en los momentos en que se ve á don García postrado en el suelo para que el sacerdote que lleva el Santísimo Sacramento pase por sobre él, lo que le hace exclamar a Villagrán:

De parte mía
doy por justa mi prisión,
que el que tanto en Dios se ajusta
con humilde corazón,
no puede hacer cosa injusta. . . .

Nos hallamos de nuevo entre los araucanos, que, sabedores ya de la llegada del nuevo gobernador, de su juventud y de que ha entrado ganando amigos, resuelven enviar á Colo-

colo con fingida embajada á fin de despistarle y vencerle después fácilmente. Don García le recibe con deferencia, hasta el extremo de sentarle á su lado, con gran escándalo de sus soldados; presta atento oído á los razonamientos del indio y le habla de los proyectos que abriga para el futuro bienestar de todos ellos. Cree el indio haberle engañado, y don Felipe de Mendoza le advierte que semejante conducta parece demostración de miedo; pero don García, que ha penetrado los proyectos del enemigo, procede en el acto á dictar sus disposiciones militares, ordena que tome el mando de la vanguardia don Luis de Toledo y

la retaguardia
se dará al valor prudente
de don Alonso de Arcila.

D. LUIS.—Hoy en su diestra apercibe
el cielo un segundo Atila,
que él pelea como escribe.

D. FEL.—A un tiempo corta y afila
espada y pluma.

D. GAR. En su honor
dudar nada fuera error,
que aunque se muestra ofendido,
porque preso le he tenido,
no he de negarle el valor.

Y tal es la única figuración que cabe á nuestro poeta en la comedia, falsa, por de contado, en todo sentido, pero al menos sin desdoro de su pluma ni de su valor.

La jornada tercera comienza por la cuenta que Colocolo da de su embajada, manifestando haber quedado prendado de la figura y maneras de don García, tanto, que sólo pide á sus compatriotas que, si le cogen vivo, no le sacrifiquen. Hacen sus aprestos para el combate, y aquí se introduce el sueño de Guacolda, que ve á su Lautaro mortalmente herido de una

flecha, y á Fresia, mujer de Caupolicán, que trae para él una corona de oro, que haciendo oración á Eponamón, le diera en señal de la victoria que se les espera. Trábase la batalla; aparece Tucapel herido, en amoroso coloquio con Guacolda, hasta que parte á combatir de nuevo; y don García en combate singular con Caupolicán, á quien háce huir, sin haberle querido matar, según asegura, por estimar más conveniente tenerlo temeroso entre su gente, que vencido en su poder, y en esa conformidad dispone también que se suspenda la persecución. A ese tiempo llegan don Felipe de Mendoza y don Luis de Toledo trayendo cautiva á Guacolda y cada uno disputándosela, á cuya vista ordena don García que la dejen en libertad; y á su instancia, le refiere el motivo por qué le es aborrecible la vida; persuádela á que deje su religión, obra del demonio, y le obsequia una reliquia de la Cruz, á cuya vista se abre una peña y entre llamas de fuego y el humo, se oye una voz que dice «reniego de su poder»; con cuyo espectáculo, Guacolda pide á don García ser bautizada, ceremonia que los indios tratan de aprovechar para acometer otra vez á los españoles. Derrotados de nuevo, se ve llegar á Reinoso, para anunciar la muerte de Caupolicán, que se presenta en segundo término empalado: suplicio que condena don García, si bien su enojo se mitiga al saber que ha muerto cristiano. Termina la pieza con la declaración que hace Guacolda de abrazar el estado religioso, con gran desencanto de Bocafría, el gracioso de la comedia, que la quería por mujer.

Tales fueron los elementos que en lo antiguo informaron la inventiva de los dramáticos, en su mayor parte sacados de la cantera de *La Araucana*, tan rica á ese propósito, que bien puede decirse de ella lo que de aquel famoso trozo de granito que recuerda la inscripción de la fachada del Escorial, de haber salido de él cinco estatuas de santos y sobrado aún para otros tantos, con la sola diferencia de que lo que pudo en este caso ser, lo fué realmente respecto del poema ercillano. Barajados así los personajes celebrados en él, apenas si en tiempos posteriores el drama se apoderó de uno más de los que

tuvieron á Chile por teatro principal de sus hazañas, tan extraordinario y anormal en el orden de la naturaleza, que no pudo menos de despertar el asombro de la generación en cuyo tiempo vivió, habiéndole sido dado palparle con sus propias manos y conocer sus hechos por la divulgación que de ellos hicieron papeles de la época escritos especialmente para darlos á conocer al pueblo español: me refiero á las hazañas de aquella mujer,—si es que puede dársele el nombre de tal,—por todo extremo singular, que se llamó doña Catalina de Erauso, más conocida con su nombre literario de la Monja Alférez, que comenzó á usarse ya en sus días y con el cual también sacó su figura á las tablas don Juan Pérez de Montalván.

Es de sobra conocida la historia de doña Catalina de Erauso merced á la publicación que de su llamada autobiografía hizo don Joaquín María de Ferrer y que en muchos de sus puntos culminantes por lo relativo á su estancia en América se acredita con la información auténtica de sus servicios que original se conserva en el Archivo de Indias en Sevilla y que publiqué hace años, para que necesite traer aquí á cuenta por extenso la relación de sus hechos. Baste, pues, con recordar que era natural de San Sebastián y que educándose allí en un convento de monjas, una noche, violando la clausura, se resolvió a salir á correr tierras, vestida de hombre, y que después de haber servido en España á varios amos, bajo ese disfraz se embarcó para América con plaza de soldado, viniendo al fin á parar á Chile por ciertos lances en que la justicia tuvo que intervenir, y que, por último, después de haber servido en la guerra de Arauco por más de cinco años, le cupo por su mala ventura matar en desafío á un hermano suyo que por acaso aquí se hallaba.

Después de semejantes sucesos volvió doña Catalina á España y adquirió luego allí tal notoriedad por la noticia que de ellos se tuvo, que Gil González Dávila la recordó en su *Historia de Felipe III*, diciendo que había llegado á Madrid en diciembre de 1624 y que la tuvo hospedada en su casa en

hábito de soldado; Francisco Pacheco la retrató á su paso por Sevilla, y aun no faltó literato que la sacase á plaza, como por ejemplo, Castillo Solórzano que en las *Aventuras del Bachiller Trapaza* (capítulo X) le decía éste al alcalde Tocina que allí estaba delante de él (con el nombre de Pernía) la Monja Alférez, «el portento, el prodigio de nuestra España, pasmo de sus adversarios». No puede, así, parecer extraño, después de esto, que su figura pasase á las tablas. Véase cómo lo hizo don Juan Pérez de Montalván, clérigo de educación literaria aventajada y por extremo favorecido con el cariño y elogios de su maestro. «el monstruo de la naturaleza», á quien había de corresponderlos después de su muerte publicando su biografía y corona fúnebre. Montalván había comenzado á escribir para el teatro á la edad de 17 años y tanto se dió, andando el tiempo, al estudio y á las letras, que su constitución, debilitada por el trabajo, le produjo la locura poco antes de su fallecimiento, ocurrido a mediados de 1638. No hay datos bibliográficos que permitan señalar fecha á la impresión de la comedia suya de que se trata, cuya primera edición conocida es posterior casi en un siglo á la muerte de su autor; si bien es posible precisar con bastante aproximación la fecha en que la escribiera, que fué en los años en que doña Catalina se hallaba en Roma (1626), según expresamente se dice en el final, y tal es también la razón por la cual la pieza sólo alcanza hasta ese punto de la vida de la heroína.

Donde llega la comedia
Han llegado los sucesos,
Que hoy está el Alférez Monja
En Roma, y si casos nuevos
Dieren materia á la pluma,
Segunda parte os prometo.

Montalván, con acertado criterio, radica la escena de su comedia en Lima, corte de virreyes y centro de gente noble

y acaudalada; allí, doña Catalina, vestida de hombre y oculta bajo el apellido de Guzmán, corteja á doña Ana, cuya criada, Inés, mantiene, á su vez, amoríos con Machín, que sirve á Guzmán. En los momentos en que se presenta á escena, está de partida para el Callao para ocupar allí una plaza de soldado, de lo que se consuela doña Ana al oír que ha de ir á visitarla cuantas veces pueda, obsequiándole una cadena de oro para que compre un caballo en que haga la jornada.

Está próximo á ausentarse también para el mismo puerto don Diego, grande amigo de Guzmán, y con tal ocasión de separarse le da un penacho, que aquél corresponde con unos guantes muy bordados; detalle insignificante, al parecer, pero que resulta de gran trascendencia en el desarrollo de la pieza.

Otro personaje de cuenta en ella es Miguel de Erauso, el hermano de doña Catalina, con quien ésta sabe el parentesco que le liga, pero no él, que comienza á sospecharlo luego que recibe una carta del padre de ambos en la que le avisa la escapada que ha hecho de su hogar su hija monja, recomendándole que, si llega á dar con ella, obre como noble y cuerdo, dejando así entrever que la mate, si lo cree conveniente, rasgo por extremo dramático y digno del más alto coturno.

Allí en el Callao, Guzmán se traba luego en una disputa con un capitán llamado por sus proezas el Nuevo Cid, que termina pronto en pendencia á mano armada con motivo del juego á que todos se entregan y en la que doña Catalina hiere con una daga al Cid, que ha insultado á su hermano.

Como bien pronto se le acaba el dinero, Guzmán se dirige á Lima en busca de nuevos socorros de doña Ana,—cosa que en estos tiempos le haría pasar por un sinvergüenza, pero que antaño, por lo que parece, era recurso muy socorrido en los galanes pobres cortejantes de damas adineradas,—esperando verse con ella en la noche y estar de regreso en el fuerte temprano por la mañana. Amo y criado llégan en efecto al pie de las ventanas de doña Ana, acompañada allí, como siempre, de su criada y confidente, y dispensa tal acogida á su amante, que se presta á abrirle la puerta de la casa; entra

á ese intento para apagar las luces, y Guzmán, antes de verse en el aprieto de descubrir su sexo, secreto que estima más que la vida, resuelve escaparse pretextando que venía gente; hácelo así, á tiempo de que llegan á aquel sitio don Diego, enamorado de doña Ana, con un su amigo, á quienes introducen doña Ana é Inés á sus habitaciones, confundiéndolos con Guzmán y Machín. Y tal es el pobre artificio en que estriba todo el nudo de la pieza.

Dejando el suceso pendiente en ese punto, teje en seguida el autor la escena en que Miguel de Erauso trata de que su hermana, ya seguro de que es ella, se le descubra; pero, lejos de lograrlo, concluyen por acuchillarse, para caer Miguel herido y ser llevado en hombros de su hermana á una ermita próxima para que procure remediar su alma.

La jornada segunda se inicia con hallarse de nuevo en Lima Guzmán, doña Ana, Inés y Machín. Este se partía ese mismo día para Chile, llevando á su amo una carta de doña Ana, á tiempo que se presenta Guzmán, quien contesta así á las recriminaciones de doña Ana:

Señora, el siguiente día
De esta noche que por tí,
Y por tu opinión perdí
La ocasión, que el alma mía
Tan largo tiempo ha llorado,
Salí al campo con Miguel
De Erauso, y riñendo con él,
Fué el alférez desdichado
Más que yo, pues de una herida
Penetrante que le di,
Entre la sangre le vi
Casi despedir la vida.
Deste suceso obligado
Me partí solo, y á pie
Desde allí, que ni avisé
A Machín, este criado

Que es mi compañero fiel
En los bienes y en los daños:
Causa de que estos tres años
Haya vivido sin él
En Arauco, á donde huyendo
Llegué al fin, y no escribí,
Señora, á Machín, ni á ti
En muchos meses, temiendo
Que descubrirme podrían
Las cartas, que los discretos
Nunca importantes secretos
De frágil nena confían;
Hasta que después sabiendo
Que sanando de la herida
Miguel de Erauso, y la vida
De una enfermedad perdiendo,
Llegué, doña Ana, á tener
Seguridad, y con esto
Me dispuse lo más presto
Que pude verte á ver:
Estos han sido los casos
De mi ausencia y mis enojos,
Que la gloria de tus ojos
Me han impedido estos casos.

Doña Ana, á su turno, le refiere las incidencias de aquella noche y cómo, cuando descubrió su error, aunque tarde, logró apoderarse de los guantes que llevaba el hombre á quien ella abrió sus puertas y que hasta entonces no sabía quien era. Con tal prueba, Guzmán no duda ya de que fué su amigo quien ocupó el lugar que le estaba destinado: busca á don Diego; maniéstale que está impuesta de lo ocurrido y trata de persuadirle á que se case con doña Ana, cosa que un amante de verdad no habría propuesto á su rival sin tratar de vengar primeramente aquella afrenta, aunque involuntaria; á lo que don Diego se resiste, poniéndole delante que

mal puede otorgar su mano á quien estaba pronta para entregarse á otro, hasta que Guzmán le ofrece dar una prueba irrecusable de que toda sospecha respecto á sus relaciones con doña Ana carece de fundamento, siempre que le guarde el secreto, y procede entonces á referirle su historia desde su nacimiento, que en la parte relativa á su estada en Chile dice así:

En la armada me embarqué
Indiana, llegué á la tierra
Que á España la fertiliza
De oro, que cría en sus venas.
Hubo con el Araucano
Soberbio, sangrienta guerra;
Halléme en ella; mostré
El valor que en mí se encierra:
Yo sola en la escaramuza
Que vi trabada primera,
Maté . . . ; mas, esta alabanza
Diganlo voces ajenas,
Que yo no te diré más
De que en la ocasión primera
Me dió don Diego Saravia
De sargento la gineta,
Y después, no pasó mucho,
Me honraron con la bandera
Que honró á Gonzalo Rodríguez
Muerto á las manos soberbias
De bárbaros araucanos:
Puesto que su muerte cuesta
Muchas vidas á los indios
Y á mí heridas inmensas,
Que si en mi pecho las miras
Te darán clara evidencia.
Puse en el rostro la mano
De un caballero, y fué fuerza

Venirme á Lima, don Diego,
 A donde doña Ana bella,
 Juzgándome por varón,
 Amor y afición me muestra.

Mas, ¿cómo salir del paso para justificar las relaciones de doña Ana con Guzmán, de que eran sabedores los criados, si éste terminantemente declara a don Diego que, al paso que busca el bien de la dama, publicar que es mujer, dice,

¡Primero moriré que lo permita!

Pendiente este nudo al parecer sin salida, se produce una nueva pendencia entre Guzmán y el Cid, que termina con la muerte de éste. El matador es llevado con ese motivo á la cárcel, y como confesase su delito, el Virrey le condena á la última pena. Para salvarla, don Diego resuelve faltar al secreto prometido y revelar el sexo de doña Catalina y de cómo ha sido monja, con lo cual logrará, á la vez que el perdón de su amigo, el dejar la puerta expedita y alejada toda sospecha para su casamiento con doña Ana.

En la jornada tercera todos los personajes de la comedia se hallan en Madrid; allí don Diego le cuenta al Vizconde de la Zolina en los términos que va á verse cómo escapó doña Catalina de la última pena y los incidentes posteriores que le ocurrieron hasta su regreso á España:

Después que el Virrey de Lima
 La suplicación le otorga,
 De la novedad movido
 Que le refirió mi boca:
 Jurídicas experiencias
 Lícitas, por ser forzosas,
 De que es mujer el Alférez

Con evidencia le informan;
Y así, mirando su causa
Con atención más piadosa,
Le da plazos, en que prueba
Que el Nuevo Cid le provoca
A la pendencia, y por ser
Justa y natural la propia
Defensa, en la última instancia
La sentencia le revoca.
Restituída a su traje,
En las trinitarias monjas
La recluyen, por la fama
Que tiene de religiosa.
Allí violentada, juzga
Eternidades las horas,
Más repugnante que el viento
Oprimido de las ondas;
Hasta que vino a romper
Las prisiones la discordia
Que sobre elegir prelada
Iras siembra, y bandos forma
De Isabel de Lariñaga,
Por ser vizcaína, toma
Por cuenta suya la voz
Para elegirla priora.
Era la parcialidad
Contraria más poderosa,
Y así remite á las manos
Lo que no alcanza la boca;
Y con un bastón robusto
De tal suerte el viento azota,
Que lo que no ablandan ruegos
A duros golpes negocia.
Ofendidas de su exceso
Y de su furia medrosas,
La expulsión que ella desea

La solicitan las monjas.
Las dos cabezas del reino
Secular y religiosa,
Por evitar disensiones
En lo mismo se conforman.
Libre al fin de la clausura
Pasar á España y á Roma
Resuelve, a cosas que entiendo
Que á la conciencia le importan,
Y al instante que al Callao
Daba por el mar la popa,
En calzones y ropilla
Trueca basquiñas y ropa.
Halla propicio a Neptuno,
Llega á la arena española,
Que á las columnas de Alcides
Cerró el paso, y dió memoria.
Por el hábito indecente
El Obispo la aprisiona:
Mas, informado después
De sus hazañas heroicas,
No sólo no la castiga,
Mas antes la galardona,
Alentando su jornada
Con dineros y con joyas.
Partióse luego de Cádiz
Para esta corte.....

Con esto, cesa de hecho todo el interés de la comedia en lo que toca á doña Catalina, siguiéndose sólo incidentes secundarios para el conocimiento de sus hechos, como el que se la vea jugar de nuevo á los naipes, con los votos de tales lances; la resistencia que opone á vestirse de mujer cuando el encargado de su vigilancia trata de llevarla á casa de un consejero Real que deseaba conocerla, sus gestiones para que

se le gratificasen sus servicios, que limita á que se le permitiese pasar á Flandes de soldado aventajado á fin de seguir empleando en servicio del Rey sus manos,

Que rabian ya por saber
Si pueden también vencer
Flamencos como araucanos;

o, en último caso, que se le conceda por gracia

Andar siempre de varón,
Que con esta permisión
Quedo pagada y contenta,

dice, á cuyo efecto presenta un certificado auténtico de los que prestó en Chile.

En las últimas escenas se produce un principio de pendencia entre don Diego y doña Catalina, en la que ambos sacan las espadas y que concluye por la interposición del Vizconde y la declaración que aquélla hace en definitiva de los vanos amoríos que tuvo con doña Ana, que queda así al cabo rehabilitada en su fama, cosa de que nadie en verdad ha podido dudar, para casarse, finalmente, con don Diego.



III

COMEDIAS DE SANTOS Y ASUNTOS RELIGIOSOS

Cómo nació el gusto por este género de comedias en España.—Fueron sus iniciadores Pero y Alonso Díaz.—Cervantes sigue el mismo camino y escribe su *Ruñán dichoso*.—Argumento de esta pieza.—De dónde lo tomó aquel gran ingenio.—Quién fué fray Felipe de Jesús.—La historia de este santo es llevada también a la escena.—*El iris de Nueva España*, basada sobre la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe.—San Luis Bertrán en el Nuevo Reino de Granada.—Gaspar de Aguilar, el primero, escribe una comedia basada en su vida.—Síguelo en el mismo tema Jacinto Alonso de Maluenda, Moreto y don Francisco de la Torre.—Los santos peruanos.—*Santo Toribio o el Sol en el Nuevo Mundo*, de don Antonio Tello de Meneses.—*Santa Rosa de Lima*, de don Agustín Moreto.—Argumento de esta comedia.—Continúa la pieza don Pedro Francisco Lanini.—*La Aurora en Copacabana*, de don Pedro Calderón de la Barca.—Fuentes para su argumento.—Análisis de la pieza.—Conclusión.—Dos comedias más que pueden incluirse entre las de santos.

El tercer grupo que puede formarse de las comedias, según decía, es el de las de santos, así como suena. Tal asunto está indicando, con sólo enunciarlo, que tuvieron que ser en cortísimo número, ya que el suelo americano, al par que fecundo

en conquistadores y guerreros esforzados, no abunda en los que la Iglesia coloca en el cielo; pues, a pesar de eso, la lista de los que de ellos,—inclusos algunos a quienes sus contemporáneos concedieron el dictado de santos,—que fueron llevados á las tablas dista de ser escasa, pudiendo, á la vez, asegurarse que de hechos considerados milagrosos, apenas si alguno se escapó de ser también tema para el teatro. Esta práctica, por lo demás, se hizo tan general en España, que basta hojear el *Catálogo* de Barrera y Leirado para ver desfilar entre las comedias famosas los nombres de infinidad de santos, y habría nacido en Sevilla, según lo refiere Agustín de Rojas y Villandrando en la Loa de la Comedia que se halla en su *Viaje entretenido*. Dice en ella, en efecto, después de hablar de las tragedias de Lupercio Leonardo de Argensola y de la *Semíramis* de Virués:

Llegó el tiempo que se usaron
 las comedias de apariencias,
 de Santos y de tramoyas,
 y, entre éstas, farsas de guerras.
 Hizo Pero Díaz entonces
 la del *Rosario* y fué buena;
San Antonio, Alonso Díaz,
 y al fin no quedó poeta
 en Sevilla que no hiciese
 de algún santo su comedia.

Tales piezas quedaron inéditas y de sus autores nada se sabe hasta ahora, á no ser que Pedro Díaz era un juriscónsulto, á quien el doctor Navarro elogia diciendo que «fué de los primeros que pusieron las comedias en estilo»; y que de Alonso Díaz se sospecha que fuera el mismo que publicó en Sevilla, en 1611, su *Poema de la historia de Nuestra Señora de Aguas Santas*.

Pues sea como fuere, resulta,—cosa que no deja de ser curiosa,— que al autor de *Don Quijote* debemos la primera

comedia que tiene por tema la vida de un santo del Nuevo Mundo, santo, no porque esté canonizado, sino porque en tal concepto fué tenido en su tiempo, según él propio cuida de advertirlo en más de un pasaje de la obra, como cuando dice en el título de una de sus escenas que «así lo cuenta la historia del Santo».

Tomó el gran ingenio el tema para su comedia de la biografía que de fray Cristóbal de Lugo, ó de la Cruz llamado en religión, escribió el dominico fray Agustín Dávila Padilla en su *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores, por las vidas de sus varones insignes y casos notables de Nueva España*, impresa en Madrid, en 1596, que á ella alude, indudablemente, con las palabras que acabo de citar, ciñéndose á sus dictados, en verdad tan de cerca, que en ocasiones casi los copia al pie de la letra, vistiéndolos, eso sí, del ropaje poético, en veces hasta de robustos endecasílabos, y adornando las escenas de la jornada primera con detalles por extremo curiosos acerca de la vida hampesca que llevaba en sus mocedades el héroe de la pieza, que á cada paso recuerdan las pinceladas magistrales prodigadas por él en su *Rinconete y Cortadillo*. De ahí también procede el mérito de la pieza,—impresa que fué, junto con varias otras, en 1615, un año antes de su muerte,—y la excelencia de la primera jornada sobre las dos restantes de que consta, que decaen notablemente, como no pudo menos de ser, dedicadas como están á referir sucesos de ningún interés dramático, dentro de lo humano, y entremezclados con inverosimilitudes de tal magnitud, que bastará para convencerse de ello con saber que salen á alternar en escena Lucifer en persona y dos demonios de los renombrados de su caterva. En esta parte, pues, bien podríamos clasificar la obra cervantina como una simple comedia de magia.

Dió Cervantes á su comedia el título de *El Rufián dichoso*, cuyo argumento expone en el comienzo de la jornada segunda, cuando para justificar ó atenuar en lo que ha de se-

guir la violación de una de las reglas de los preceptistas, que él había criticado en otros, cual era, el que la primera jornada de la pieza pasaba en España y luego el lugar de la escena se trasladaba a México, saca a la Curiosidad y la Comedia, y ésta dice:

Ya represento mil cosas,
no en relación, como de antes,
sino en hecho, y así es fuerza
que haya de mudar lugares;

continúa luego con la exposición de la trama, contando

Yo estaba ahora en Sevilla,
representando con arte
la vida de un joven loco,
apasionado de Marte,
rufián en manos y lengua,
pero no que se enfrascase
en admitir de perdidas
el trato y ganancia infame.
Fué estudiante y rezador
de psalmos penitenciales,
y el rosario ningún día
se le pasó sin rezalle.
Su conversión fué en Toledo;
y no será bien te enfade,
que contando la verdad,
en Sevilla se relate.
En Toledo se hizo clérigo,
y aquí en México fué fraile,
a donde el discurso ahora
nos truxo aquí por el aire.
El sobrenombre de Lugo
mudó en Cruz, y és bien se llame
fray Cristóbal de la Cruz

desde este punto adelante.
A México y a Sevilla
he juntado en un instante,
zurciendo con la primera,
ésta y la tercera parte,
una, de su vida libre;
otra, de su vida grave;
otra, de su santa muerte
y de sus milagros grandes.

Pues, así, el más que travieso estudiante es llevado á México por su protector don Francisco Tello de Sandoval, nombrado por Carlos V para implantar en aquel virreinato las llamadas «nuevas leyes» sobre las encomiendas de indígenas, é investido, á la vez, con el carácter de inquisidor apostólico; métese fraile en el convento de dominicos, para gastar sus horas de claustro en vida penitente, creciendo, á poco, tanto su fama de santidad, que llega a conocimiento de Tello de Sandoval antes de que regrese a España.

El nudo de la pieza se desenvuelve en las dos últimas jornadas, teniendo por norte el ofrecimiento que de los méritos por él alcanzados hace fray Cristóbal para lograr la conversión de una señora llamada doña Ana de Treviño, poseída de la idea de que Dios no puede perdonarla; alcánzala por ese medio, para ser por su parte, al punto mismo, atacado de la lepra, y a pesar de tan asquerosa enfermedad, que le ha desfigurado el rostro, no es obstáculo para que sea elegido prior y luego provincial de la Orden en México, hasta que al cabo de trece años de sufrirla, muere en olor de santidad, tanta, que el Virrey en persona carga su cuerpo para darle sepultura y que el pueblo todo se disputa a porfía sus despojos a fin de guardarlos como reliquias (1).

(1) *El Rufián dichoso* y *El Rufián viudo*, también de Cervantes, han sido reimpresos en esmerada edición, con notas y un estudio preliminar, por mi amigo don Joaquín Hazañas y la Rúa, Sevilla, 1906, 4.º

En Francia, Mauricio Barrés le ha dedicado algunas líneas en *Un ama-*

Otro personaje mexicano altamente reverenciado en su patria y puesto en el número de los santos fué fray Felipe de Jesús, cuya historia resumiré en pocas líneas.

Su apellido era Casas, y había nacido en México; en Puebla de los Angeles tomó el hábito franciscano, y después de abandonarlo, sus padres le enviaron a Filipinas, donde de nuevo, en Manila, ingresó a aquella Orden. Hacía viaje a Nueva España para ordenarse, pero con ocasión de haber tenido que recalar el navío en que iba en un puerto del Japón, fué alanceado allí con otros de sus compañeros en los primeros días de enero de 1597. Declarado mártir por el papa Urbano VIII, en 1629, Casas y sus hermanos en religión sólo vinieron a ser canonizados solemnemente por Pío IX el 8 de Junio de 1862.

Pues éste dió tema á una comedia, obra de un «ingenio insignie», según reza su título, que consta fué representada en el coliseo de la capital de aquel virreinato por la compañía de don Agustín de Vidarte el 5 de febrero de 1729, seguramente con ocasión de celebrarse allí entonces la noticia de su canonización; pero tal pieza, cuyo manuscrito poseyó don Agustín Durán en Madrid, ha quedado inédita y se ignora hasta el presente quien fuera su autor.

teur d'âmes, muy hermosas, aunque basadas en un concepto inexacto del argumento de la pieza, cual es, el suponer que doña Ana de Treviño había sido amante de Lugo y que, a tal título, le cede sus buenas obras para que gane el cielo; con lo que, como observa Paolo Savj López, restableciendo la verdad, «si este sacrificio ofrecido por una desconocida aumenta su mérito a los ojos de Dios, disminuye el organismo dramático a los ojos del público».

Este mismo escritor, en páginas brillantes, ha condensado el drama cervantino, para llegar a la conclusión de que «como organismo teatral, *El Rufián dichoso* no se mantiene en pie», y que «esta comedia de santos sólo tiene valor por lo profano que contiene».

En mi estudio intitulado *Cervantes americanista* he creído demostrar que la fuente de donde tomó el gran ingenio el argumento de su pieza fué la obra que indico en el texto, y que, por tanto, la fecha de su composición debe referirse a muy poco después de 1596, año en que salió a luz.

También anónima es la llamada *Iris de Nueva España* (Nuestra Señora de Guadalupe), cuyo argumento es fácil persuadirse que no debió de ser otro que la tantas veces celebrada aparición de la Virgen pintada en la tilma de Juan Diego, que si bien hoy ya ni siquiera sus más celosos partidarios la admiten, dió motivo á que la devoción del pueblo levantase en su conmemoración el suntuosísimo templo que se llama la Colegiata de Guadalupe, á unos cuantos quilómetros de la capital mexicana.

También puede alegar el Nuevo Reino de Granada, si no haber sido cuna, el haber hospedado durante algún tiempo al primer santo de los que vivieron en América, el valenciano San Luis Bertrán, en celebridad de cuya canonización por Paulo V, su patria celebró, entre otras fiestas, un certamen poético en el que hizo de secretario Gaspar de Aguilar, que escribió con tal motivo su comedia de la *Vida y muerte de San Luis Bertrán*, impresa con la relación de las fiestas en 1608, en la que se hallan reminiscencias de la estada del santo en América, como no pudo menos de ser cuando sabemos que en su *Historia*, escrita por fray Baltasar Juan Roca e impresa en aquel mismo año, se cuenta en cinco capítulos «De cómo pasó el Santo á las Indias; de las maravillas que el Santo hizo en las Indias; en que se prosigue las cosas de Indias; de muchas cosas notables que se han hallado en dos procesos que del Santo se hicieron en Indias; y de cómo se volvió el Santo a España».

El autor de la pieza había nacido hacia los años de 1568, y por la época en que la daba á luz empezó á gozar de gran reputación como dramaturgo, especialmente por *El Mercader amante*, que Miguel de Cervantes citó con aplauso en la Primera Parte de *Don Quijote*, elogiando después su «agudeza» en el prólogo de sus propias *Comedias* y consignándole también un recuerdo en el *Viaje al Parnaso*: elogios que había de repetir Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*.

Siguiéronle en el tema, Jacinto Alonso de Maluenda, nacido en fines del siglo XVI y que consta vivía aún en 1656, con

su comedia de *San Luis Bertrán*, que el bibliógrafo don Vicente Ximeno cita como impresa en tirada por separado, á cuya causa ha llegado á hacerse de extremada rareza; don Agustín Moreto y Cavana con otra así llamada también, que no menciona entre las de ese autor el prolijo Barrera y Leirado, pero de la cual existe ejemplar en el Museo Británico; y don Francisco de la Torre y Sevil, caballero de la Orden de Calatrava, literato muy conocido por su traducción de las *Agudezas de Juan Owen*, cuya segunda parte se publicó cuando ya era muerto, y que puso por título á su comedia *San Luis Bertrán, ó la batalla de los dos*, que salió impresa en *Luces de la Aurora, Días de Sol*, etc., Valencia, 1665.

Sabido es que el Perú colonial fué tierra abundante en santos y venerables: aquí están, en efecto, entre ellos, Santo Toribio Alfonso Mogrobejo, San Francisco Solano y Santa Rosa de Lima, y de los últimos, fray Nicolás de Aillón, fray Francisco Camacho y el historiado por Colombo con el título de *El Job de la Ley de Gracia*, que en su religión se llamó fray Pedro Urraca, y que sirvió también de argumento para una comedia de aquel nombre escrita por don Narciso Agustín Solano y Lobo, (literato de mediados del siglo XVIII), que nunca llegó a publicarse.

Del primero escribió don Antonio Tello de Meneses su *Pastor más vigilante: Santo Toribio Mogrovejo, ó el Sol en el Nuevo Mundo*, ajustándose en el título y mostrando así á las claras que el original que le sirvió para su pieza fué el libro de don Francisco de Montalvo, impreso en Roma, en 1683, comedia que quedó sin pasar a los moldes y de cuyo argumento nada puedo decir en particular; siendo todo lo que se sabe del autor, que había nacido en Castilla y que escribió ésta y otras piezas, también inéditas, durante los años de 1711 á 1734.

Santa Rosa de Lima pasó igualmente a las tablas en una pieza anónima é inédita, intitulada *Rosa de Santa María*, que cita Barrera y Leirado, y con el de *Santa Rosa del Perú* por el justamente célebre don Agustín de Moreto, de quien vimos

ya que había escrito otra de santo americano, género de que gustaba por extremo, hasta el punto de que suyas son no menos de ocho comedias más de la misma índole, cuyos títulos sería ocioso recordar. Huelga en estos apuntes decir algo de la vida de Moreto, personalidad conspicua en la literatura dramática española.

No está hasta ahora bien averiguado cuándo saliera por primera vez en letras de molde esa pieza. La edición más antigua que de ella se conoce es la que se halla en la *Segunda Parte de las Comedias* . . . , impresa en Valencia, en 1676, en la cual expresamente se advierte por uno de los aprobantes, que esas comedias corrían «ya impresas y aplaudidas en diferentes tomos». La de que me valgo para el extracto del argumento que paso á hacer está en tirada por separado y lleva en el colofón la noticia de que salía en Valladolid por la imprenta de Alonso del Riego, pero sin dar fecha. Adviértase que en el título se dice que esta «comedia famosa» es de Moreto, pero que Barrera y Leirado apunta que el gran dramaturgo sólo tenía escritas al tiempo de su fallecimiento, ocurrido en octubre de 1659, las dos primeras jornadas y que la tercera y última la redactó don Pedro Francisco de Lanini y Sagredo.

No es difícil atinar con la fuente de que Moreto tomara los datos para la composición de su comedia, pues en la fecha en que escribía se habían publicado no menos de tres biografías de aquella insigne limeña, dos de ellas en latín por fray Leonardo Hansen y fray Antonio González de Acuña, y una en italiano, del maestro fray Juan Domingo Lioni.

Sacando de allí las líneas principales, nos presenta á don Juan de Toledo, joven de gran linaje y no menores riquezas, que ha obtenido de Gaspar Flores, hombre bien nacido y honrado, pero pobre, que le otorgue la mano de su hija Rosa, a cuya casa se dirige, para celebrar tan fausto suceso, acompañado de su amigo don Gonzalo y de músicos que cantan y celebran la hermosura y virtud de su prometida. Al llegar á la casa son recibidos por Bodigo, criado de Rosa, que viene

á ser el gracioso de la pieza, de bien poca gracia, por cierto, que les pinta la vida que lleva su señora. Y ya desde estos principios se hace aparecer en escena al Demonio, que pasa á ser uno de los protagonistas y el inspirador de todo el escaso enredo que se va a poner en juego, de manera tan burda, por lo demás, que luego de asomar por un escotillón y de manifestar sus intenciones respecto de Rosa, concluye por darle un empujón, á tiempo que baja un ángel á detenerle.

Luego se presenta Flores á comunicar á su hija el otorgamiento que ha hecho de su mano, que espera aceptará sin réplica, como hija obediente, cesando con eso su pobreza y ella en el trabajo de sus manos, único sostén de la familia; á lo que le replica, que ha decidido dedicar su castidad a Dios y que no desea riquezas que la saquen de su estado. Advértele entonces su padre que el enlace se ha hecho ya público en Lima y que esa misma noche llegarán a su casa el novio y sus amigos a hacerles la primera visita. Así ocurre en efecto: Flores presenta á su hija á don Juan, que con palabras rendidas se le ofrece; calla Rosa por un momento, y ante una interrogación de su padre, contesta que ya no tiene acciones propias ni palabras, porque es toda de quien es su Dueño; y una vez solos los desposados, Rosa le habla así á don Juan:

Señor don Juan: la fineza
con que por gusto ó lisonja
ó aprehensión me habéis querido,
os quiero pagar con otra.
La mayor que una mujer
hace por quien la enamora
es ahorrar al desengaño
la dilación y la costa.
Vos, lleno de los blasones
que vuestra sangre coronan,
tenéis igual la riqueza
al crédito que os adorna;

y con toda la opulencia
abatís vuestra persona,
siendo yo tan desigual,
á escogerme por esposa.
Yo soy una mujer pobre
y humilde, y aunque notoria
mi hidalga limpieza, oscura,
por ser mi fortuna corta.
Con que no queda motivo
para elección tan impropia
sino la vana opinión
que me da el vulgo de hermosa.
No disputo si lo soy,
que, el serlo ó nó, poco importa,
pues la ley de la hermosura
hay gustos que la derogan.
Y aunque la hermosura es prenda
con que los yerros se doran
que han hecho en el mundo muchos,
es menester, cuando es sola,
que haya amor en la hermosura
que ella amante corresponda,
porque si nó, es mucho el precio
y nada lo que se compra.
Esto supuesto, don Juan,
siendo mi suerte tan corta,
era menester suplirla
con amor, y que mis joyas,
fuesen cariños y halagos:
yo me hallo en este estado ahora
de no poderos querer,
ni esperarlo, ni hallo forma
de imaginarlo; mirad
si me queréis por esposa?
JUAN.—Para poder responderos
me dad licencia, señora,

de preguntaros la causa
de aversión tan rigurosa.

ROSA.—Como vos me deis palabra
con vuestra fe generosa
de desistir del empeño
y hacer vuestra la victoria,
sin que en ello de mi padre
la noticia se interponga,
yo os la diré llanamente.

JUAN.—Si es causa justa es forzosa
la aceptación de tu padre.

ROSA.—¿Me la dais en esa forma?

JUAN.—No lo puedo yo negar.

ROSA.—Pues mirad si causa sobra
á mi corazón, que amante
tiene dueño á quien adora
y a quien ha dado palabra
y mano de ser su esposa:
yo soy de este amor esclava;
considerad vos ahora
si os estará bien casaros
con quien por su misma boca
confiesa en vuestra presencia
el amor de otra persona.

A este punto se presenta el Demonio, embozado, para que don Juan pueda pensar que es él el amante á que se refiere Rosa; piénsalo así y se retira furioso, jurando de matarle donde le encuentre.

La jornada segunda se inicia con la pintura que don Juan hace de los celos que le abrasan y de la inutilidad de sus esfuerzos para hallar aquel hombre: y, á su vez, el Demonio cuenta que la tenacidad de Rosa se ha sobrepuesto á la voluntad de su padre, hasta conseguir que desista de aquel casamiento

y que de Dios la dejen ser esposa;

para cuyo intento ha tomado ya el hábito de tercera dominicana; aborda á don Juan para referirle cuán tiranizada la tiene aquel que ella se precia de amar, obligándola á que mortifique su cuerpo con ásperas penitencias y sin concederle más de dos horas de sueño, en una cama formada por dos desiguales leños. A ese tiempo llega don Gonzalo, quien felicita á don Juan por verle de nuevo en aquella casa y desengañado, según finge, asegurándole que, al dejarlo Rosa por Dios, le venera y no le agravia; retírase don Juan con el Demonio, para dar entrada á Gaspar de Flores, quien pinta el sobresalto en que se halla por la fama de santidad que comienza á atribuirse á su hija:

Este es mi mayor cuidado,
 pues por esas voces anda
 mi casa en lengua de todos,
 y su crédito en balanzas.
 Unos dicen que no es buena,
 que su devoción es falsa;
 otros, que hace su flaqueza
 visiones imaginarias.
 Otros, que estoy en peligro
 de que la lleven mañana
 á la Inquisición, y quede
 sin honra toda mi casa . . . (1)

Refiere en seguida la aprobación que la conducta de Rosa merece a sus confesores el doctor Juan del Castillo y el maestro Lorenzana y los extremos á que lleva sus penitencias corporales, que luego el autor nos presenta premiadas con can-

(1) Y en esa sospecha no andaba Flores descaminado, pues de documento fidedigno que he dado a conocer en mi *Inquisición de Lima*, ese Tribunal se manifestó sospechoso de la efectividad de los prodigios que se atribuían a la futura santa.

tos de los ángeles y la aparición de una imagen de Cristo, ante la cual Rosa se va elevando, y aquélla descendiendo hasta juntarse ambas; pero el Demonio no ceja y al notar que Rosa deja abierta la puerta de la habitación aislada que ella se ha hecho fabricar, permite que en su sueño la tienten la Vanidad, la Presunción, el Amor Propio y la Lascivia; y luego introduce hasta allí á don Juan, que ha concluído por poner en sus manos la venganza. Dícele el Demonio:

Aquí la mayor venganza
es lograr vuestro amor fino,
la ocasión tenéis á mano
no temáis ningún peligro,
que las personas que veis
todas están á serviros.

Y don Juan, á su turno:

Ya llego, Rosa querida,
perdona mi mano osada,
que te busca deshojada,
cuando te encuentra dormida.
Tu hermosura me convida,
y ella el temor me previene;
la culpa, disculpa tiene,
pues á osadía tan loca
tu hermosura me provoca
y ella misma me detiene.

Y tal es, en verdad, el único momento dramático de la pieza, buscado, como se ve, por medios tan ficticios; pero la expectativa dura poco, porque á tiempo que don Juan va á tomar la mano á Rosa, ésta despierta, y al pedir amparo á Jesús, se hunden los Vicios, baja un ángel armado con una espada, que echa al demonio, se aparece el Niño Jesús, y don Juan exclama:

¿Qué luces, cielos, son éstas,
que exceden á los sentidos?
Sin mí y sin vista he quedado;
yo he perdido aliento y tino.
Rosa, ya mi error confieso
y tus virtudes admiro;
sáqueme tu intercesión
deste ciego laberinto.
que yo seré pregonero
de lo que he sido testigo.

Y á este punto había llegado Moreto en el desarrollo del argumento, que bien pudiera haber terminado así. La jornada que añadió Lanini es aún más exagerada en la intervención que concede á lo sobrenatural, tanto, que se inicia por un juego de dados entre Rosa y el Niño, en que éste, como ganancioso, le impone un dolor que ha de sufrir, interrumpido el diálogo á cada instante por la intervención de Bodigo,—del todo inaceptable por las chocarrerías que gasta en una escena de tal devoción para la gente á quien estaba destinada,—y que interrumpe la llegada de Flores, á quien Rosa pide le socorra ante la violencia del dolor que experimenta, que cree se le pasará si toma chocolate, que, en efecto, un criado de don Gonzalo, al cual se lo fué á pedir «un mancebo muy galán», se presenta luego trayendo. Y no paran en esto los prodigios: una cruz de rosas que teje la hija de Flores, se eleva y queda pendiente en el aire; se aparece otra vez el Demonio, que se propone, según advierte, hacer que don Juan de Toledo mate á Gaspar de Flores, después de persuadirle que éste trataba de asesinarle; así lo intenta, pero al sacar la daga, le sale Rosa al encuentro con una cruz muy grande al hombro, é hincada una rodilla en el suelo, le expresa que fué ilusión lo que pensó su enojo; desiste don Juan de su intento, y, arrepentido, ofrece enmendarse para acabar su vida lejos de las vanidades del mundo.

Lo restante de la pieza es todo de prodigios aun más es-

tupendos, entremezclados con algún percañe de Bodigo, á quien el Diablo, en lugar de alcorzas de dulce, se las da de yeso: prodigios que terminan por la aparición de Cristo, la Virgen y Santa Catalina de Sena, para asistir, entre músicas, al fallecimiento de Rosa, que presencian también Flores, don Juan, don Gonzalo y Bodigo.

Basta esta exposición, me parece, para convencerse de que tal pieza, á lo divino, sólo pudo gustar á un público esencialmente devoto, como si dijéramos que serviría hoy para una representación teatral en un convento de monjas, y que menos mal estaba como la dejó Moreto, pues su continuador forzó la nota sobrenatural; á la pintura de la heroína, añadió retoques de gusto detestable; torció el arrepentimiento en que quedaba don Juan, y á sus intentos humanos agregó el absurdo de una intentona de asesinato sin base alguna.

Así como en México se creyó tener la milagrosa aparición de la llamada Virgen de Guadalupe, también en el Perú se contaba que en el pequeño pueblo de Copacabana, situado en una de las islas del Titicaca y principal centro del culto que los aborígenes tributaban al Sol, se había realizado otro hecho sobrenatural en la manera con que se vió retocada una tosca imagen de María, labrada por un indio, que se llevaba la devoción de las gentes, según se encargaron de divulgarlo por el mundo dos libros, el uno de fray Hipólito Marracio, escrito en latín, y el otro del agustino fray Fernando de Valverde.

Tal fué el tema,—cosa increíble parece,—que hubo de informar la pluma del gran don Pedro Calderón de la Barca para escribir su comedia de *La Aurora en Copacabana*, que se publicó en 1672, inserta en la *Cuarta Parte* de sus comedias. El asunto era de todo punto inverosímil de por sí, y para desarrollarlo el eximio dramático hubo de incurrir en anacronismos estupendos, contando sin duda con la ignorancia del público á que se dirigía, pero que en ningún caso pudo llegar hasta el extremo de suponer que los conquistadores arribaran por mar á aquel teatro en que se

desarrollaba la escena y que su primer descubrimiento fuera el de una laguna situada en lo más alto de las cordilleras del Perú. Y todavía, como si eso no fuera bastante, ¡qué absurda amalgama de personajes! Ahí es el andar en buena conversación Guáscar Inga con Yupangui, indio que hace de galán, y como nombres de otros de ellos, nos da los de Guacolda, sacerdotisa del Sol, Glaura, su criada, y Tucapel, marido de ésta, llamado á servir de gracioso: nombres los últimos,—no necesito apuntarlo,— tomados de *La Araucana*, y que revelan de por sí, si ya no lo hubiéramos comprobado en otras fuentes, cuan grande fué la influencia del poema ercillano en la literatura de su época.

Van los indios peruanos, encabezados por Guáscar, á celebrar en Copacabana, donde se supone tuvo lugar el nacimiento de la dinastía de los Incas, el venturoso día aniversario de las edades del Sol, que fueron gloria suya, á tiempo que se ve aparecer á lo lejos una nave, que tripulan unos treinta españoles, entre ellos Pizarro, Almagro y Pedro de Candia, cuya aproximación sale á anunciar al Inca la sacerdotisa Guacolda, y que a su vista, se enamora de ella. Arriban luego los españoles y levantan allí en lo alto una tosca cruz formada por dos troncos de árboles; sorpréndenles los indios, que huyen ante el espectáculo de la cruz, que despidе de sí tales fulgores, que los ciega. Tratan entonces de que los despedacen las fieras que llevan enjauladas para inmolar, pero, lejos de eso, el tigre y el león les acarician, para retirarse en salvo, llevándose á Tucapel á España. Alarmados ante tales prodigios, resuelven los indígenas ofrecer sacrificios á sus dioses, tocándole en suerte á Guacolda ser la víctima elegida para ello, pero que Guascar y Yupangui, su amante, tratan de escapar, sin que aquél sepa la pasión que la sacerdotisa y su favorito comparten. Sale luego á escena la Idolatría, que les aconseja persistir en sus ritos, y á ese propósito, perora Guáscar á su pueblo y le habla de «aquellas ya confundidas noticias» que en tiempos pasados se oyeron en todo el Perú de un Tomé ó Tomás, que anunciaban

que en los brazos de la Aurora
más Pura, el Hijo heredero
del gran Dios había venido,
luz de luz al universo.

En la segunda jornada, ya tenemos de nuevo á los españoles, sitiados por los indios en el Cuzco, que impotentes para vencerlos, han trasladado las estatuas de sus dioses á Copacabana, y resuelven prender fuego al templo en que Pizarro y sus compañeros se defienden valientemente, y cuando ya se ven próximos á perecer asfixiados, baja de lo alto una nube en forma de trono y en ella dos ángeles que cargan la imagen de Nuestra Señora de Copacabana con el Niño en sus brazos, nube que está nevando hasta apagar el incendio, á la vez que despide «un suave polvo de menuda arena blanda» que ciega á los indios, que determinan, así, retirarse á Copacabana.

Cuéntase en seguida la escapada de Guacolda y de cómo se halla asilada, disfrazada de villana, en la choza de Glauca, donde la descubre Tucapel, que va á denunciarla al Inca, quien, como fuera sabedor de los amores que tenía con Yupanqui, ordena que ambos sean sacrificados, sin lograrlo, pues se aferran de sendas cruces, de que no pueden ser arrancados, ni hay medio tampoco de flecharlos, pues de nuevo un menudo polvo les ciega, á tiempo que ya llegan allí también los españoles.

En este punto concluye la segunda jornada, para no verse más aparecer en escena á otros protagonistas que á Yupanqui y Guacolda; en cambio, salen el Virrey Conde de la Coruña y don Jerónimo Marañón, gobernador de Copacabana, quien refiere que las dos parcialidades que dependen de su mando, los urisayas y anasayas, se hallan divididas sobre cual ha de ser la advocación que se ha de dar al templo próximo á inaugurarse, si la de San Sebastián o de la Virgen María, pues para que ésta lo sea, no se halla artífice que labre su imagen. Se encuentra al fin ese artífice en Yu-

panqui, ya convertido al catolicismo en unión de su esposa Guacolda, que ahora se llama Inés. Labra, en efecto, una de barro, que resulta disforme; luego, otra de madera de corazón de maguey, que tenía ya terminada y lista para mostrarla al pueblo, después de trabajar oculto en una pieza durante largo tiempo, cuando Tucapel, llevado allí por la Idolatría, logra penetrar á la estancia y al verse sorprendido, tropieza con la imagen y la destroza, de tal modo que los que habían de juzgar de su mérito, sólo hallan los pedazos; sin desalentarse, resuelve dar cuanto posee, incluso las alhajas de Inés, que se las ofrece espontáneamente, para que un pintor que se hallaba en La Paz dorando el retablo de la iglesia de San Francisco se los aderece y restablezca la imagen hasta dejarla que parezca una ascua de oro; carga esos fragmentos, muy a su pesar, Tucapel; el artista se resiste en un principio, pero cede al fin ante la devota insistencia del indio; para contar en seguida la Idolatría cómo, restaurada ya la imagen, es depositada, para librarla de algún otro accidente, en la celda de fray Francisco de Navarrete, que mora en la aldea de San Pedro. Allí van á verla el Virrey y el Gobernador, pero antes de que lleguen, dos ángeles han bajado del cielo con paletas, colores y pinceles, que van retocando la estatua hasta dejarla convertida en la de Nuestra Señora con el Niño en los brazos; y como si tales prodigios fuesen todavía pocos, he aquí que el Virrey, al ponerles las coronas que tenía ofrecidas, observa á Yupangui que habría sido mejor que la puesta en la cabeza del Hijo no cubriese á la Madre el rostro, y en el punto mismo «aparta la Imagen el brazo derecho y deja en el lado izquierdo el Niño, que le tenía con las dos manos, y queda con la mano derecha desocupada»

Concluye la pieza con el estallido de la Idolatría y la relación breve que hace Guacolda de los prodigios que en enfermos, tullidos y ciegos comienza á obrar la imagen; con la conversión de Tucapel y las muestras de alegría que da el Virrey por haberse descubierto durante su gobierno tal te-

soro, que es llevado en procesión al templo, con acompañamiento de músicos, que cantan:

Venturosa la mañana,
que en duplicado arrebol
nos nace con mejor Sci
la Aurora en Copacabana.

¿Qué comentario ni crítica cabe después de tales disparates? Sí: el de ver confirmado una vez más hasta qué punto los autores dramáticos de aquel tiempo contaban con la ciega credulidad del público para quien escribían, y el de deplorar el derroche intelectual de tan notables ingenios, que en otro campo hubieran podido, mejor inspirados, dejarnos obras que serían seguramente de aplaudir.

Al número de las comedias que tratan de santos o asuntos religiosos deben agregarse otras dos, cuyos títulos,—lo único que de ellas se conoce,—así parecen indicarlo: *El apostolado en las Indias y martirio de un cacique*, de don Eusebio Vela, manuscrito de mediados del siglo XVIII que estaba en la biblioteca del Duque de Osuna; y el *Mágico mejicano*, de Campo, que sin otros detalles aparece mencionada por Barrera y Leirado. En abono de que en ésta se tratara de un tema religioso, de los milagrosos hechos de alguno tenido por santo, baste con recordar que tal dictado de mágico, en su valor de «estupendo, maravilloso», se daba antaño a los tautururgos, de lo que la propia dramática española nos ofrece más de un ejemplo.



IV

SUCESOS VARIOS

Una tragedia olvidada: *Atahualpa*, de D. Cristóbal María Cortés.—Con la terminación de la conquista en América se cierra el período de los sucesos heroicos y ya no se ofrecen para el teatro personajes dignos de celebrarse en las tablas.—Uno que otro hecho aislado se presenta aún como tema para los dramáticos.—Entre ellos, la pérdida y restauración de la Bahía de Todos Santos, que sirve de argumento á Lope de Vega para su *Brasil restituído*.—Carácter esencialmente histórico de esta pieza.—Se exagera en ella la nota religiosa.—Otra comedia del portugués Juan Antonio Correa al mismo asunto.—Noticia de una traducción española de la *Alzira* de Voltaire.

Olvidada fué por Barrera y Leirado la tragedia que don Cristóbal María Cortés, vecino de Tudela (que es todo lo que de él ha llegado a mi noticia) escribió en celebrad del nacimiento de los infantes Carlos y Felipe, premiada por la Villa de Madrid en certamen público y que lujosamente impresa por don Antonio de Sancha, el más notable tipógrafo español de su tiempo, salió allí de los moldes el año de 1784. Y desconocida hubiera quedado también para mí, si una casual oportunidad no la hubiera traído a mis manos, desgra-

ciadamente cuando ya estaban tirados los pliegos de la parte de este estudio relativo a las piezas dramáticas basadas en la historia del Perú... Con todo, doile lugar en este punto, porque peor sería no consignar de ella alguna noticia, a la que es por demás acreedora.

Se intitula *Atahualpa*, consta de cinco actos y está escrita en verso libre. El argumento resulta tomado por entero de la obra del Inca Garcilaso de la Vega, variando algunas circunstancias del relato de éste y añadiendo otras de propia cosecha del autor, «así por cumplir con las leyes del Teatro, como por darle movimiento al drama», según cuida de declararlo en el prólogo que precede a la pieza.

La trama gira al rededor del propósito de Atahualpa de quedar por único soberano del Perú, a cuyo intento no trepida en hacer dar muerte a todos los miembros de la familia de su hermano Huáscar, el legítimo sucesor en el trono del imperio, dilatando hasta lo último la vida a él, a su mujer Varcay y a su hija Cují, para que resulte aun más amargo el trance de su suplicio. En el hecho, sin embargo, se propone conservar a la mujer de su hermano, de quien se halla enamorado, pero la cual rechaza indignada los indicios de aquella pasión que le manifiesta de manera más o menos desembozada. Cují, consagrada a ser sacerdotisa del Sol, despierta, por su parte, las pretensiones a su mano del general Quizquiz, brazo derecho de Atahualpa.

En este estado las cosas, llegan a Cajamarca, teatro principal de los sucesos, Pizarro, Almagro y sus soldados, a quienes denuncia Varcay la usurpación que comete Atahualpa y el peligro inminente que amenaza a Huáscar. Los recién llegados acogen con empeño su defensa y se proponen desde ese instante descubrir el paradero de Huáscar, que ha sido alejado de allí con orden de su hermano de que sea sin más demora sacrificado, ante el temor de que los españoles puedan restituírle en la posesión del trono de que ha sido despojado, pero sus diligencias sólo logran descubrir su cadáver. Indignados de semejante alevosía, traban combate con los solda-

dos peruanos y logran dar muerte a sus principales generales, entre ellos Quizquiz, y, por fin,

voló un dardo cruel, mal dirigido
infelizmente por robusta mano,
y al Inca pasó el pecho . . .

Vareay y su hija, al saber la muerte de los dos hermanos, Huáscar y Atahualpa, resuelven recluirse en un templo, consagrando al culto del Sol el resto de sus días; y Pizarro y los suyos dirigirse desde allí al Cuzco para adueñarse de todo aquel vasto imperio.

De manera palmaria faltaba así el autor a la verdad de los hechos, tan conocida, que no necesito recordarla, y él mismo no podía menos de reconocerlo paladinamente en el prólogo, pretendiendo excusarse con que la muerte de Atahualpa se produjo por un accidente fortuito. De manera implícita, sostenía, pues, que debía condenarse el procedimiento de Pizarro, alegando en disculpa que «nuestros conquistadores deben ser de un carácter correspondiente a la grandeza de la acción, y cualquiera defecto sería borrón, por más que la historia lo apoye; así, el único motivo que de parte de éstos aparece, es la defensa de un rey oprimido y el deseo de restablecerle en el trono». Todavía en el texto se propuso paliar el proceder del caudillo español, poniendo en su boca las siguientes palabras:

PIZARRO.

Hallo en mí mismo
un horror que me sirve de embarazo.
Atahualpa, es verdad, es delincuente:
siendo sólo ilegítimo y bastardo,
al legítimo arroja de su trono
y le arrebató el cetro de su mano;
usurpa el reino; mata al heredero;
junta la crueldad y el desacato,
y no hay crimen alguno el más horrendo

que no haya cometido; pero, Almagro,
 Atahualpa es monarca. Yo le encuentro.
 gozando del carácter soberano,
 y un rey siempre es un rey. Este atributo
 ha sido tan sublime y elevado,
 que no deja que nadie se le acerque
 sino para el respeto. Es un sagrado
 que el enemigo mismo reverencia
 y no le deja ver que es su contrario.
 La vida de los reyes ha corrido
 siempre a cargo del Cielo. A su resguardo
 sabe velar sagrada providencia
 con especial auxilio y fiel cuidado.
 Atreverse a juzgarlo es delito
 de tanta gravedad y de horror tanto,
 que la causa más justa es sacrilegio,
 y el que se determina es un tirano.
 La Suprema Deidad que da el imperio,
 el quitarle también se ha reservado;
 y si quiere que illustre su evangelio
 de este altivo dominio el vasto espacio,
 ya lo sabrá lograr sin que nosotros
 con la sangre de un Inca nos tiñamos.
 No, amigo, no: resérvese Atahualpa.

ALMAGRO.—Pues si preso le tienes, si ya has dado
 el paso más preciso...

PIZARRO. Fué forzoso.

ALMAGRO.—¿Y qué intentas ahora? ¿Libertarlo?

PIZARRO.—Un medio encuentro sin llegar a ese.

ALMAGRO.—¿Y cuál es?

PIZARRO. El que debe un buen vasallo.

Avisemos a España. El Rey glorioso
 que nos manda, y nos mande largos años,
 instruído de todo, dará el orden
 que juzgue conveniente. Obedezcamos,
 y no determinemos; que los reyes

son árbitros supremos: ilustrados
están de superior conocimiento
y los anima espíritu más alto.
A él sólo decidir le corresponde...

Pero las cosas no pasan así en definitiva; la historia queda al fin escarnecida y el drama palidece por completo en su desenlace. Justo es, sin embargo, reconocer que los caracteres están bien sostenidos, sobre todo el de Atahualpa, caviloso siempre, disimulado y refinadamente cruel; el lenguaje no carece de cierta elevación, aunque es con frecuencia afectado, especialmente en boca de Varcay, el personaje que en su pintura se aleja también más de lo real; y que la factura toda de la pieza, en general, es de corte clásico, que supera en esta parte a todas las de la misma índole que quedan recordadas.

Previo este forzado paréntesis, continuaré ahora con el hilo del estudio que voy haciendo.

Grupo por separado, puesto que no cabe en los anteriores, he formado con las comedias que se refieren á sucesos varios, por más que se trate de uno solo, que dió origen, es cierto, á dos piezas dramáticas, una del Fénix de los ingenios, y otra del portugués Juan Antonio Correa, como que en ese hecho estuvieron interesados y les cupo parte de esfuerzos y de gloria comunes España y Portugal.

Junto con acabar el siglo XVI y el reinado de Felipe II, había encontrado también su término casi en todas partes el período de la conquista en América con sus hazañas de titanes, cuyos nombres, en no escaso número, había recogido la historia para divulgarse luego, como hemos visto, llevados al escenario dramático. Vino en seguida el tiempo de la colonia y ya no se ofrecieron hazañas que celebrar en el vasto continente agregado á la Corona Real de España por el empuje de sus hijos. No tuvo, así, el teatro elemento alguno de que echar mano, si se exceptúa algún suceso ó personaje extraordinario que aparecieron de tarde en tarde, y eso en el primer cuarto

del siglo XVII y no más acá, siendo de este número las aventuras del Clérigo agradecido ó de la Monja Alférez, de que he dado noticia, y la pérdida y restauración de la Bahía de Todos Santos en el Brasil. cuando el Portugal y sus colonias formaban parte de la monarquía de los Felipes y que Lope llevó á las tablas aprovechándose una vez más de los elementos que á su genio de poeta y dramático le brindaron los sucesos y personajes de América y que por su número y su ejecución le señalan, cual no pudo menos de ser, como el primero de los de su patria.

Intituló su pieza *El Brasil restituído*, que concluyó de escribir en octubre de 1625, hilvanándola, según consta de la aprobación que el censor dió á ella, de la relación de uno de los principales actores en aquel suceso, para ser representada luego de haberse tenido noticia en Madrid de la victoria alcanzada sobre los holandeses, si bien hubo de permanecer inédita hasta ahora poco, en que fué insertada en el tomo XIII de sus obras editadas por la Real Academia.

Pero, en verdad, no puede dársele el nombre de comedia; Menéndez Pelayo opina que debe considerársela como una especie de loa; yo diría que no pasa de ser una relación dialogada en verso de aquel acontecimiento histórico, habiendo el autor necesitado para ello ocurrir repetidas veces á alegorías, que hoy no podrían tolerarse, ya del Brasil, que aparece en figura de india, ya de la Religión, de dama española, ya de la Herejía. El nudo dramático, basado siempre en el amor, apenas si existe: doña Guiomar, burlada por don Diego, noble portugués, revela á su padre el engaño de que ha sido víctima, lo que viene á enardecer más el propósito que, en unión de otros judíos como él, abriga de llamar á los holandeses para que funden allí una colonia, bajo cuyo dominio puedan verse libres de las persecuciones de que son blanco por la religión que profesan; y, en efecto, se casa con uno de ellos, que la acepta por mujer ya en estado de adelantado embarazo.

La primera jornada se cierra con la llegada de la armada holandesa; la gente de desembarco se apodera del pueblo y los moradores de éste huyen á los montes vecinos, desde donde hostilizan cuanto pueden á los invasores.

Los dos actos restantes están dedicados á relatar por menudo los donativos en dinero, y á enumerar los aprestos bélicos y los nombres de los soldados más notables de España y Portugal que van á tomar parte en la jornada; la navegación de la flota, su llegada á Todos Santos y los diversos incidentes que se siguieron hasta la expugnación del fuerte y su consiguiente rendición al General español. Hay en este último incidente una escena sumamente curiosa y que apenas acertamos á comprender si pudo idearse por un hombre del fuste de Lope, á no ser como rendido homenaje á la reyecía, pero que resulta simple niñería, cual es, que cuando al presentarse ante el caudillo de las dos naciones unidas el parlamentario holandés, «descúbrese el retrato de S. M. Felipe IV, que Dios guarde, amén», y le habla así:

Magno Felipe, esta gente
 Pide perdón de sus yerros;
 ¿Quiere Vuestra Majestad
 Que esta vez los perdonemos?
 ¡Parece que dijo sí!

¿Risum teneatis?

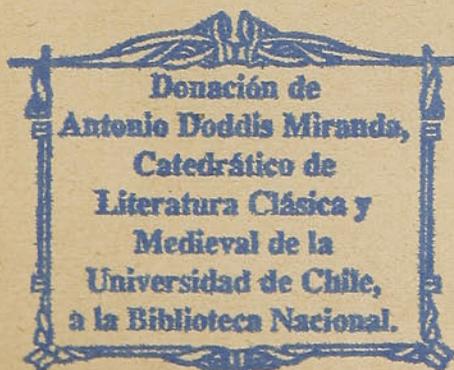
Pero si no hay intriga ni pintura de caracteres, si exceptuamos, quizás, el tipo de Machado, que hace de gracioso y que con sus rasgos de valor no deja de despertar algún interés,—por más que sólo sea el del dinero el que lo anime,—si faltan, digo, esas y otras circunstancias que acrediten *El Brasil restituído* de una obra dramática, en cambio la relación que Lope hace de los sucesos reviste todas las circunstancias de histórica y contempla aún las más insignificantes menudencias que hubiera podido consignar un cronista, exagerando, eso sí, la nota del origen á que se debió aquella expedi-

ción holandesa, que la supone derivada de las instancias de los mismos judíos portugueses radicados en el Brasil, que de seguro la miraron con buenos ojos, hostigados como se veían por las tremendas y continuadas persecuciones de la Inquisición y que habían motivado de parte de ellos quejas que hicieron llegar hasta los mismos pies del Trono, pero que, en realidad, fué obra de la política de aquel tradicional enemigo de España, que para hostilizarla, después de rota la tregua entre ambas naciones en 1621, organizó en el año siguiente la llamada Compañía de las Indias Occidentales, con atribuciones propias tan omnímodas, que se la facultó para fundar colonias y hasta declarar la guerra. Salvo esta parte de la pieza, que era necesario exagerar para acomodarse al gusto del pueblo español de aquellos tiempos, dando figura principal al elemento religioso y tratando de inspirar odio al nombre luterano, en lo demás las relaciones que del suceso tenemos concuerdan en un todo con los dictados de Lope. Menéndez Pelayo dió la enumeración de esas fuentes históricas y por mi parte advertiré que la española contemporánea del hecho y clásica en la materia es la *Restauración de la ciudad del Salvador, y Bahía de Todos-Santos* por don Tomás Tamayo de Vargas, que se imprimió en Madrid en 1628.

La otra comedia á que aludía, basada en el mismo hecho histórico, la intituló su autor *Pérdida y restauración de la Bahía de Todos Santos*, y más áfortunada en esto que la del insigne dramático español, se imprimió en la *Parte treinta y tres de comedias nuevas*, en Granada, en 1670, libro que no ha estado á mi alcance, á cuya causa nada puedo decir de la obra de Juan Antonio Correa, ni, por tanto, de los puntos de contacto que tenga con la de Lope. Según Barbosa Machado, ese autor nació en Lisboa y pasó gran parte de su vida en España.

Queda dicho que dos de las comedias españolas que he analizado fueron traducidas al francés, y no debo dar remate á este estudio sin hacer mención de la traducción castellana de una pieza francesa en la que por algo figura la América;

aludo á la *Alzire* de Voltaire, vertida que fué en verso por don Bernardo María de Calzada e impresa en Madrid en 1788 con el título de *El triunfo de la moral christiana ó los Americanos*, sin dar el nombre del autor, temeroso, sin duda, y con razón, de que al saberse, fuera su obra mal mirada y quizás estigmatizada. La pieza francesa es lo bastante conocida para que necesite presentar aquí su análisis; limitémonos á recordar que la escena pasa en Lima y se desenvuelve entre españoles y peruanos,—americanos como se les llama,—y que en ella se procura «demostrar que la religión de un bárbaro consiste en ofrecer á sus dioses la sangre de los enemigos, y que la de un verdadero cristiano consiste en mirar á todos los hombres como á hermanos, haciéndoles bien y perdonándoles el mal»: tesis puramente abstracta, de desarrollo y corte clásico, pero sin base alguna histórica, y en la que el autor francés no pierde oportunidad de pintar la crueldad y la codicia de los conquistadores españoles, para llegar á un desenlace en que el caudillo de todos ellos, venciéndose á sí mismo y sobreponiéndose á sus más encarnadas pasiones, concluye con rasgos de generosidad, desprendimiento y abnegación que le hacen superior á cuanto pudieron imaginar los de la raza vencida.







LA HISTORIA DE AMÉRICA, FUENTE DEL ANTIGUO TEATRO ESPAÑOL.

GASPAR DE AVILA (ó DÁVILA, como de ordinario se le llamó y él mismo escribió su apellido) nació en Murcia (1), del matrimonio de don Juan Dávila, escribano de Cartagena, y de doña Juana de Perea. Hermanos suyos fueron Juan Dávila, a quien consta le vendió, hallándose en Madrid, en marzo de 1617, la legítima paterna en cuatro mil reales (2); y Nicolás de Avila, que, al par suyo, cultivó en ocasiones la poesía, y a quien Polo de Medina calificó de «ingenioso» por alguna muestra de ella que había llegado a sus manos.

1. Débese la noticia del lugar del nacimiento de Avila a su compatriota Salvador Jacinto Polo de Medina, que en sus *Acalemias del Jardin* (Madrid, 1630) dice en la tercera: «¿No era bastante honor para nuestra ciudad el tener a Gaspar Dávila por hijo?»

2. Pérez Pastor, *La Imprenta en Madrid*, t. III, p. 366. Publíquese allí, también en extracto, otra escritura, por la cual consta que su madre le había entregado, en cuenta de su legítima paterna, 600 reales, en Madrid, a 12 de Julio de 1613.

Se deduce de todo esto, bien se ve, que su padre era fallecido por entonces y que la familia se había trasladado a la capital del reino.

Muy temprano debió Gaspar de Avila de comenzar a seguir el mismo camino de tales aficiones, por cuanto en el poema intitulado *La Cruz*, de Albano Remírez de la Trapera, impreso en Madrid, en 1612, figura un soneto suyo en elogio del autor y una canción a doña Sebastiana de Sandi, monja profesada del convento de Santa Clara de Madrid (3). Ya por ese entonces se hallaba al servicio de la Marquesa del Valle doña Mencía de la Cerda, en calidad de secretario suyo, puesto a que, muy probablemente, le llevaría aquella hermosísima escritura que alcanzó, tan extraordinaria, que Cervantes hubo de recordarla en su *Viaje al Parnaso*, cuando dijo:

Llegó el gran Biedma, de inmortal renombre,
Y con él Gaspar de Avila, primero
Secuaz de Apolo, a cuyo verso y pluma
Iciar puede envidiar, temer Sincero.

Admiración que compartía también el «monstruo de la naturaleza» al mencionarle en su *Laurel de Apolo*, más que por sus calidades de poeta, por los rasgos materiales de su pluma:

Pudiera Gaspar de Avila si fuera
Embajador de este laurel al monte,
Mejor que el que bajó de Flegetonte
Por Eurídice bella a la ribera,
Orar en verso y persuadir que diera
Este laurel a la dichosa tuya:
Y si de letra suya
Escribieras a Apolo,
Eso bastara sólo,
Porque son sus caracteres tan bellos,
Que él solo pudo estar por alma en ellos;
Pues que puede decir que entre infinitos,
Ningunos se han de ver tan bien escritos. (4)

3. Descrito igualmente por Pérez Pastor, obra citada, t. II, n. 1201 siendo digno de notarse que entre las otras composiciones poéticas que adornan las páginas de ese libro figure una décima de una doña Ana María Dávila, posiblemente, hermana de nuestro autor: hecho que, caso de ser efectivo, vendría a manifestar que la inspiración poética fué patrimonial en la familia del notario de Cartagena.

4. Ciertamente que tal pericia caligráfica debía de ser notable, cuando el propio Pérez Pastor advierte, al ver la firma de nuestro poeta, que «revela

Le recordaba, asimismo, pero ya por sus condiciones de dramaturgo, el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa en su curioso libro, en gran parte traducido del toscano y en parte por él compuesto, que se intitula *Plaza universal de todas ciencias* (5), en el cual, al folio 322, al hablar de los comediantes y autores de comedias, le nombra junto con Lope de Vega, Tárrega, Aguilar, Miguel Sánchez, Cervantes, Mira de Amescua y Luis Vélez de Guevara.

Muestras aisladas de su numen se encuentran también en la *Descripción de la Capilla de N. S. del Sagrario de Toledo*, hecha por Pedro de Herrera e impresa en Madrid, en 1617, en cuya obra, al folio 95, se registra una canción suya, que comienza:

Opuesto yace aquí al injusto olvido. .(6)

Años después, en 1632, contribuye con unas décimas en alabanza del terco y envanecido maestro de armas del que fué Felipe IV, don Luis Pacheco de Narváez y de su *Historia de las dos constantes mujeres españolas* (7); en 1636, en unión del mismo Pacheco de Narváez y de otros dos ingenios, con versos laudatorios a la *Descripción de la muy noble y más antigua ciudad de Gibraltar* de Fernando Pérez Pericón (8); y en ese mismo año colabora entre los poetas que lloraron la muerte de Lope de Vega con unas décimas a su sepulcro y un soneto, que habla con un peregrino, que intituló epigrama, y comienza así:

una gallardía igual o superior a la de los buenos maestros calígrafos de su época »

5. Impreso en Madrid, por Luis Sánchez, 1615, 4.º, libro de que poseemos un buen ejemplar.

Véase también, como complemento de esta referencia de Suárez de Figueroa, lo que cuenta Fernández Guerra y Orbe en la página 366 de su *Don Juan Ruiz de Alarcón*,

6. Citada por don Cayetano Rosell en su *Catálogo* de los autores mencionados en *El Laurel de Apolo*. *Colec. de Autores españoles* de Rivadeneyra t. XXXVIII, p. 529, y descrito por Pérez Pastor, obra citada, n. 1469.

7. No ícia que tomamos de Barrera y Leirado, *Catálogo del Teatro antiguo español*, p. 22. Confer: Guerra y Orbe, ob. citada.

8. Salvá, *Catálogo*, t. I, n. 870.

Vuelve, mortal, detén el paso incierto,

que el doctor Juan Pérez de Montalván incorporó en la colección que de esas poesías hizo con el título de *Fama posthuma* del más fecundo de los dramáticos españoles (9).

En la corona fúnebre, que llamaríamos hoy, del mismo Montalván, que se imprimió tres años más tarde, aparece con una décima (10); como él propio tuvo a su cargo la que con portada de *Exequias Reales* daba fe de las que Felipe IV dispuso se celebrasen en Madrid en honra de los soldados muertos en la batalla de Lérida, en 1634 (11), para las cuales aportó en persona alguna pieza poética; como colaboró, en el año siguiente, con otras para los *Elogios al Palacio del Buen Retiro*, (que coleccionó don Diego de Covarrubias y Leiva) al par del maestro Valdivieso, Luis Vélez de Guevara, Pérez de Montalván, Solís y Ribadeneira, don José Pellicer de Tovar y otros no menos celebrados escritores (12).

Por fin, en la *Pompa funeral, honras y exequias en la muerte de Reina doña Isabel de Borbón*, impresa en 1645, cuya disposición y redacción se encargó al célebre americanista y polígrafo Antonio de León Pinelo, se encuentra el soneto de Avila a que dió principio con este verso:

9. Hál'anse las d'cimas en la hoja 65, y el soneto en el frente de la 66.

10. Barrera y Leirado, obra y lugar citados. Resulta vana pretensión tratar de encontrar libros de esa índole en nuestra Biblioteca Nacional; adecuada para consulta de estudiantes y lectores de obras nuevas, pero no para investigaciones históricas, científicas o puramente literarias. Los aficionados a tal linaje de estudios tienen que contentarse aquí con ir recogiendo las migajas que dejan los que viven en centros mejor dotados de elementos, o gastar sus cuartos (nunca abundantes en los que consagran sus días, no a ganar dinero sino a especulaciones del espíritu) para adquirir los libros de que necesitan, cuando tienen voluntad y posible.

11. Es folleto muy raro, y, como tal, aparece descrito en Gallardo, bajo el n. 1985. Dicen los compiladores de esta obra que «el autor es Gaspar Dávila, el cual firmó la dedicatoria en Madrid, 16 de Septiembre de 1644» (*sic*, por 1634).

Vemos de nuevo figurar en esa colección a doña Ana María Dávila, lo que confirma la sospecha que tenemos de que fuese hermana de Gaspar.

12. Es libro muy raro, cuya descripción no encontramos en Gallardo, ni en otros bibliógrafos. El apuntamiento que de él damos procede del que trae Barrera.

Murió Isabel, y en ella murió España. (13)

Pero, ciertamente que la fama de que gozó Gaspar de Avila no podemos ir a buscar en semejantes diminutas manifestaciones de su numen poético, que debía derivarse y proceder de sus condiciones y aptitudes de autor de comedias, en cuya carrera había comenzado a desarrollarlas desde muy temprano. En 1615, como dijimos, le mencionaba Suárez de Figueroa, y en ese mismo año, en el prólogo que Cervantes puso a sus *Comedias* le dedica palabras elogiosas, que conviene recordar para honra suya: «Estímense... el rumbo, el boato y la grandeza de las comedias de Luis Vélez de Guevara, y las que ahora están en jerga del agudo ingenio de don Antonio de Galarza, y las que prometen *Las fullerías de amor*, de Gaspar de Avila, que todos éstos, y algunos otros, han ayudado a llevar esta gran máquina al gran Lope...»

Las fullerías de amor había sido, pues, la primera muestra de sus aptitudes para el teatro, que por una circunstancia singular es también la única de las comedias suyas que se sabe escribiera que no ha sido publicada y de la que sólo se conservaba hasta hace poco el manuscrito de la tercera jornada (14). Ni es posible señalar el orden en que Avila fué dando al teatro otras producciones, pero sí se sabe que merecieron ser aplaudidas de sus contemporáneos las que sucedieron a aquélla, que ya lo había sido por Cervantes; así, don Fernando de Vera y Mendoza en su *Panegírico por la Poesía*, impreso en 1627, le pone en «la hidalguía de los ingenios» y de «perfecto mucho en lo cómico» (15); Pérez de Montalván en su *Para todos*, que dió a luz en 1632, en la «memoria de

13. Se encuentra a la vuelta del folio 96. De tan hermoso libro, con tan curiosas láminas adornado, tan lujosamente impreso, y tan interesante para los americanos por proceder de León Pinelo, benemérito de la bibliografía, historia y legislación de esta parte del mundo, hemos dado descripción bajo el número 8484 del tomo VII de la *Biblioteca Hispano-Americana*.

14. Según lo advierte Barrera y Leirado, ese manuscrito se hallaba, a la época en que escribió su *Catálogo*, en poder de don Agustín Durán, en Madrid.

15. Barrera, obra y lug. citados.

los que escribieron comedias en Castilla solamente», le nombra en la manera siguiente: «Gaspar de Avila ha puesto, y pone, en el teatro muchas comedias, y todas de grande crédito para él y mucho provecho para los autores», con cuya voz, bien sabido es, se alude a los empresarios de teatro y no a los escritores. Finalmente, «Antonio Enríquez Gómez, en el prólogo de su poema *Sanson Nazareno* (Ruan, 1656) nombra con aprecio a Gaspar de Avila, al hablar de los poetas dramáticos que en Madrid fueron sus contemporáneos por los años de 1629 a 1632. No olvido, dice, a don Francisco de Rojas, ni a don Pedro Rosete, Gaspar de Avila, don Antonio Solís, don Antonio Cuello, y otros muchos que con acierto grande escribieron comedias». (16)

¿Vivía aún Gaspar Dávila por los días en que ese libro salía a luz? La frase que en él se le consagra no permite aseverarlo, aunque no puede haber duda de que estaba entre los mortales en 1645, puesto que en esa fecha le vemos aparecer como tal en el libro de las *Exequias* de la Reina de España compilado por León Pinelo; ni debía, por aquel tiempo contar sino unos 58 años de edad, y habría nacido, como parece desprenderse de aquella escritura en que recibe parte de su legítima paterna en 1617, no más allá del de 1586. El hecho es que no se sabe cuándo falleció, si bien, casi de seguro, pudo ver en letras de molde las que de sus comedias aparecieron en Madrid entre los años de 1650 a 1653, que son las siguientes:

El respeto en el ausencia;

El servir sin lisonja; El valeroso español y primero de su casa, las tres que vieron la luz pública en el primero de aquellos años.

El iris de las pependencias;

El familiar s de: oinmon

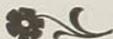
La sentencia sin firma: que salieron en 1652; y *La dicha por malos medios*, en 1653.

De la que intituló *El Gobernador Prudente* no se conoce im-

16. Véase en la página 115 del tomo I de la *Historia de la literatura colonial de Chile*, de Medina, la nómina de esas comedias, con las reimpressiones que han tenido.

presión anterior al año de 1663, fecha en que apareció en Madrid incluida en la *Parte veinte y una de Comedias nuevas escogidas de los mejores Ingenios de España*; pero es de sospechar, y aun sería de afirmar, que ha debido de ser escrita quizás muy cerca de medio siglo antes, en los días que siguieron a la publicación del libro de Suárez de Figueroa que contiene la biografía de don García Hurtado de Mendoza, y todavía más, que su composición se debiera a las instancias del hijo de aquel personaje, que se hallaba empeñado desde muy poco después en reivindicar para la memoria de su padre las glorias que creía haberle escatimado Ercilla, y a cuyo intento buscó, y sin duda pagó, de una manera u otra, la cooperación de aquel célebre doctor y la de los más insignes autores de comedias que por esos días se disputaban los favores y los aplausos del público que concurría a los teatros de la corte, Vélez de Guevara, Mira de Amescua, Ruiz de Alarcón, honra de su patria, México, y gloria impercedera de la escena española, sin exceptuar al más grande de todos ellos, Lope de Vega. Habría sido, pues, *El Gobernador Prudente* una pieza de encargo, y su ejecución y desarrollo prueban en todo y por todo que se trata, en efecto, de un alegato poético *ad probandum*. Avila se inspiró para la composición de su pieza, ante todo en *La Araucana* de Ercilla; se apoderó de muchos de los nombres de los araucanos cantados por el poeta y de algunos que aparecían como más conspicuos entre los españoles, haciendo girar unos y otros al lado de la figura del héroe principal, como séquito de planetas al rededor del sol, alterando, conforme le convenía a su plan, la verdad de los sucesos históricos, trabucando fechas, hasta incurrir en anacronismos que hoy nos parecen increíbles, pero de los cuales no podían percatarse, claro está, los que oyesen la representación de la comedia, tal como sucedería hoy mismo en España, si allí volviese a salir a la escena. En las notas que hemos puesto al reimprimirla, probaremos de manera que no puede haber duda, —lo esperamos,—que el poema ercillano y el libro del doctor fueron la fuente a que ocurrió Avila para hilvanar sus escenas, como lo fueron y no pudieron menos de serlo, de todos los que, junto con él, sacaron a las tablas la figura de aquel gobernador de Chile.

De la otra pieza dramática de Avila que interesa a nuestro tema, que compuso con el título de *El valeroso español y primero de su Casa*, disfrazando así el nombre de Hernán Cortés, ya queda dicho lo bastante en el prólogo.





EL GOBERNADOR PRUDENTE

COMEDIA FAMOSA DE GASPAR DE AVILA

Personas que hablan en ella:

Caupolicán	Valdivia, General	Rengo
Villagrán	Tucapel	Aguirre y soldados
Lautaro	Don Luis de Toledo	Colocolo
Bocafría	Guacolda	Don García
Fresa	D. Felipe de Mendoza	Reinoso
Fitón	El demonio	Música

JORNADA PRIMERA

(*Salen Caupolicán, Tucapel, Rengo y Lautaro*)

TUC.— ¿Sabes, acaso, que soy
Tucapel?

CAUP.— ¿Quién te lo niega?
Tu mismo nombre te doy,
pero en tu arrogancia ciega
poco de tu parte estoy;
¿cómo has de ser Capitán,
donde está Caupolicán?
Vive ese esplendor que adoro,
luminado en rayos de oro,
que aliento y vida nos dan
que quisiera...; pero nó,
que será en tu competencia
culpa el enojarme yo.

TUC.—La doméstica prudencia
que mi espíritu me dió
quiero exercitar aquí:
¿en qué has sido más valiente?

CAUP.—Escucha, y sabráslo.

TUC.— Di,
que ya escucho atentamente
tus arrogancias en ti.

CAUP.—Día y medio te llevé
de ventaja con la viga
que en mis hombros sustenté, (1)
tan opuesto a tu fatiga,
que a ti mismo te admiré.
¿No has visto, di, entre mis brazos

1. Primer antecedente que ocurre en comprobación de la imitación directa de *La Araucana*. En ésta se dice, al hablar de la prueba de la viga,—de la exclusiva invención de Ercilla,

hecha una sierpe pedazos,
 y con silvos, sin aliento,
 desvanecido su intento
 en sus retorcidos lazos?
 ¿Y no has visto mi buhío
 entre dibujados soles,
 a fuerza del poder mío
 hecho en huesos de españoles
 un cimiterio sombrío?
 Cuando corro, ¿no es el bien
 respiración perezosa
 de acobardado elemento?
 No está su región gloriosa
 de que la ocupe mi aliento?
 Y si tiro al blanco, di,
 ¿no has visto, estando tú allí,
 que las saetas tiradas,
 unas en otras clavadas
 llegan desde el blanco a mí?
 Pues siendo así, ¿en qué has fundado,
 dime, el querer oponerte
 al cargo que no te han dado?

bien se sabe,—entre los caciques que se disputaban el mando (28-1-5) (1):

Tucapelo catorce (horas) lo sostiene.

Caupolicán comenzó la prueba al venir de la aurora, la continuó durante todo el día y la noche inmediata, hasta que el sol se dejó ver nuevamente, y aun por toda otra noche más, en total, 48 horas, de las cuales, restadas las 14 que le atribuye de duración al ensayo de Tucapel, dejaban, en realidad: 32 horas de ventaja a su favor; y de ahí el día y medio de que habla el autor de la comedia.

(1). Adviértase que las referencias que hagamos al poema corresponden a nuestra edición, y que el primer número de las citas responde a la página el segundo a la estrofa, y el tercero al verso.

TUC.—En que siendo menos fuerte,
puedo ser más esforzado;
y puedo en esta ocasión
oponerme a la elección:
que tú bien puedes tener
en más fuerza i más poder,
y yo mejor corazon;
el emprehender una hazaña
es valor que nunca engaña.

CAUP.—Si hoi se vieran convertidas
en almas, cuerpos y vidas,
las piedras desa montaña,
ó a las arenas del mar
se pudieran trasladar.
me verías revolver
contra su inmenso poder,
sin temor y sin dudar.
Baje en forma de escuadrón
la imperiosa exhalación
de la esfera, y verás luego
contra exércitos de fuego
embestir mi corazón.

TUC.—Necio, y arrogante estás.

CAUP.—Y tú envidioso y altivo.

RENG.—¿Qué intentas? ¿a dónde vas?

CAUP.—Suelta, Rengo.

RENG.— Vengativo
a tus enojos te das.

TUC.—Aparta, Lautaro, y di
que llegue, y verás aquí
esa arrogancia resuelta
en bajo espíritu envuelta
tributarme sangre a mí.

(Sale Colocolo, viejo).

COL.—¿Qué es esto?

CAUP.— A ti solamente,

Colocolo, en mis acciones
te respetaré obediente
por tus discretas razones
y por tu saber prudente.

En cuanto boja y termina
por el ámbito araucano
esta región de la China,
hace tu sér soberano
tu militar disciplina.

COL.—¿Por qué reñís?

CAUP.— Porque quiere

Tucapel ser capitán,
y a mi valor se prefiere.

COL.—¿Contra ti, Caupolicán?

Será en vano cuanto hicieres
con el líbano nudoso (2)

2. En el poema se indica (27-3-3) que el troncón que sirvió para la prueba

Era un macizo *libano* fornido.

Por efecto de una metonimia, Ercilla designó en este verso y en otros lugares de *La Araucana* al pino con el nombre del monte Líbano, que está poblado de ellos, formando un sustantivo que no se halla en el léxico. Es frecuente encontrar designado de la misma manera a ese árbol, tanto en los poetas como en los prosistas.

González de Nájera (*Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*, p. 28), al ocuparse de los de esa especie que existen en el país, dice: «Los árboles dignos de verse son los *libanos*,» que describe en seguida, dejando entender que se trata de la *araucaria imbricata*, que produce los gustosos piñones de esta tierra.

sustentando el grave peso;
su espíritu ventajoso
te excedió.

TUC.— Yo lo confieso;
pero no es más valeroso:
que partes distintas son
las manos y el corazón.

COL.—Tú eres parte interesada,
y aquí es ya ley observada
la popular opinión;
a ser acertadas vienen
las elecciones que tienen
aprobación general,
supuesto que es causa igual
en la que todos convienen.
Doce mil indios tenéis
a la vista, y si queréis
saber lo que determinan,
y a cual de los dos se inclinan,
escuchad y lo sabréis.
¿Quién ha de ser capitán
de Arauco?

TODOS (*dentro*).—Caupolicán.

COL.—¿Qué dices?

TUC.— Que convencido
me ha dejado el alarido
X desos bárbaros, que están
ignorantes del valor
de mi pecho.

COL.— Tucapel,
cuando es la suerte inferior
por causa ajena, ay! de aquél
que persevera en su error!
Vosotros, Lautaro y Rengo,
¿que decís desta elección?

RENG.—Por acertada la tengo;

y en fe de su aprobación
a obedecer me prevengo.

LAUT.—Y yo digo, Colocolo,
que Caupolicán es solo
quien vivirá eternamente
en el disunto Occidente
por el contrapuesto Polo.

COL.—Pues ahora que tenéis
Capitán, con quién logréis
vuestros altivos intentos,
escuchad todos atentos,
como otras veces lo hacéis.
Bien sabéis que siempre ha sido
esta república nuestra
la que en Chile ha florecido
fuerte, política y diestra,
después que le habeis regido;
porque como un cuerpo humano
con imperio soberano
tiene siempre un corazón,
también en esta región
lo es este valle Araucano.
Y supuesto que os ha hecho
el Sol parte superior
en este oprimido pecho,
del arrogante Español,
sacudid el yugo estrecho.
Por la escuela militar,
de su ejercicio sabéis
los modos de pelear,
sin el valor que tenéis,
que éste no se puede dar.
Y pues ellos mismos son
los que os han dado lición,
decorad contra sus vidas
las penetrantes heridas

de su sangrienta instrucción.
 Tiempo hubo en que pensabáis
 que eran dioses los Cristianos (3),
 y disculpados estabáis,
 pero ahora no, Araucanos,
 que sabéis lo que ignorabáis.
 Hombres son, y como tales
 codiciosos y mortales,
 pues vemos que heridos mueren,
 y que sedientos adquieren
 nuestros preciosos metales.
 Pues hombres sin más virtud
 que una hidrópica inquietud
 y un ambicioso adquirir;
 ¿por qué os han de reducir
 a mísera esclavitud?
 Si el Sol nos da dependencia
 de su esclarecida lumbre
 a todos; ¿por qué sentencia
 a tan baja servidumbre
 nos condena su inclemencia?
 Tributarios deven ser
 los que viven sin poder;
 pero? podránlo negar
 los que saben pelear,
 y los que saben vencer?
 Invencibles Araucanos,

3. Concepto copiado de *La Araucana* (21-1-1):

Por dioses, como dije, eran tenidos.

Aludiendo González de Nájera sin duda a ese verso, dijo: «Para lo cual no debió de ser bastante causa, a mi parecer, el haberse desengañado [los indios] de que los enemigos que los oprimían eran hombres mortales como ellos, y no dioses, según refiere don Alonso de Ercilla, que fueron tenidos en el principio por tales...» *Desengaño*, etc., p. 85.

acaudillad vuestras manos,
haced imperio absoluto
contra el inferior tributo,
que os imponen los Cristianos.
Valor tenéis: pelead,
y que pretenden, mirad,
estatutos extranjeros
domesticar a sus fueros
vuestra exempta libertad:
que oponiendo a sus rigores
vuestros brazos vencedores,
ser podréis desde este día
desta opresa Monarquía
valientes restauradores

CAUP.—Con admiración atento
tus razones me han tenido
y en mi ardiente sufrimiento
parece que han infundido
nueva sangre, y nuevo aliento,
y tanto el mío apetece,
que en esta conspiración
a nuevos mundos parece
que aspira mi corazón
y en sí mismo anhela y crece.
Si desas vislumbres puras
somos igualmente hechuras
en el morir y nacer;
¿en qué fundan su poder
criaturas contra criaturas?
¿Qué privilegio les dió
esa Antorcha universal,
que quieren que sea yo,
siendo en el valor igual,
tributario, y ellos nó?
No siento yo su osadía,
sólo el menosprecio siento

de su endiosada porfía,
 y de su sangre sediento
 tengo de verter la mía.
 Y por Eponamón (4) juro,
 que en Chile no ha de tener
 Valdivia lugar seguro,
 sin dejarle mi poder
 alma en cuerpo, y piedra en muro.

TUC.—Pon de mi parte al matar
 tanto número de vidas
 en llegando a pelear,
 que me sobren las heridas,
 sin tener a quien las dar.

RENG.—Tucapel, Rengo está aquí,
 y supuesto que nací
 también a ser poderoso,
 no permitas que ande ocioso
 viéndote matar a ti:
 no me pienso contentar
 menos que con ir a España

4. En la «Declaración de algunas cosas» que había de ofrecerse en el curso de la obra, que Ercilla puso entre los preliminares, incluyó a Eponamón, definiéndolo así: «Es nombre que dan al demonio, por el cual juran cuando quieren obligarse infaliblemente a cumplir lo que prometen»

Conforme a estos dictados, Ercilla hizo figurar a Eponamón en seis pasajes del poema, que sería ocioso recordar aquí, y, para no citar más de obras históricas, añadiremos que dióle también cabida Pedro de Oña en su *Arauco domado* (Cantos II y IV), y que tal deidad infernal fué aun a repercutir en el hemisferio americano del norte, donde Villagra en su *Conquista de la Nueva México* le nombra. Más aun: en la propia *Cristiada* del P. Hojeda se le hace aparecer en estos términos:

Ni Eponamón, indómito guerrero,
 Navorte antiguo del Arauco fiero.

a rendir y conquistar (5).

LAUT.—Dadle, pues, en esta hazaña
a Lautaro algún lugar;
mas no importa, del poder
tomáis el encarecer,
que es de vuestro fuego el humo,
pero yo, que no presumo,
sin decir, tengo de hacer.

COL.—Haz la ceremonia usada.

CAUP.—A eso voy; aquí esperad.

COL.—Noble Arauco, patria amada,
pedid al Sol libertad,
pues dél estáis reservada.
Ya con varios instrumentos
se mueven todos contentos
a celebrar la vitoria
desta aun no adquirida gloria
en fe de vuestros intentos.

Musicos indios.

Mus.—A la luz de la luz del Sol,
que sus rayos nos darán,
Caupolicán.
A la aurora del alma del día,
que en Arauco resplandece
y a darnos vida amanece
con tan fuerte capitán
Caupolicán

5. Este propósito, tan característico de la arrogancia araucana y que el autor pone en boca de Rengo, aparece en el poema como expresión de la resolución de los indígenas después de su victoria en Tucapel. Así, dice Ercilla (55-2-4):

Querían pasar la vuelta de la España.

La figuración de Rengo se produce en el poema mucho más adelante del momento en que Avila la supone.

Caupolicán arremangado el brazo y un indio con una bacia de plata llena de algo que parezca sangre).

CAUP.—Valentísimos soldados,
esta es mi sangre, bebed;
aunque sois tan esforzados,
que quedarán con más sed
vuestros pechos conjurados;
bebe Tucapel.

TUC.— Ya bebo.

CAUP.—Mezcla tu sangre y la mía,
que con esta unión me atrevo
a que en esta Monarquía
veáis otro Imperio nuevo.
Vosotros, Rengo y Lautaro,
bebed, porque al mundo déis
materia de ejemplo raro (6),
y en mi sangre vinculéis
más esfuerzo y más amparo.

LAUT.—Todos habemos bebido
y todos te apellidamos
capitán constituido.

LAUT.—Si a lo español peleamos
con un escuadrón lucido,
con su forma y su concierto,
su abreviado fin es cierto,
porque yo tengo guardadas
las armas y las espadas

6. Esta frase de *dar al mundo materia de ejemplo* es también trasuntada del lenguaje de Ercilla: *verbi gratia*, al decir (524-3-5):

Materia de maldad al mundo diste.

de los cristianos que he muerto, (7)
y nos habemos de armar.

COL.—Y yo me voy a informar
del fin que habéis de tener.

CAUP.—Que Dios te ha de responder,
¿qué lo vas a preguntar?

COL.—En este oscuro buhío,
lóbrego, estrecho y sombrío,
tiene el mágico Fitón
su encubierta habitación (8).

(Entra Colocoio por una cueva).

TUC.—Entra.

CAUP.—Con mi poderío
consulta con fe más pura
la interpretación futura,
que sólo para el vencer
son el valor y el poder
la Mágica más segura.

7. El hecho es perfectamente explicable cuando se sabe que se apoderaron de las de los españoles que perecieron en Tucapel y en la derrota de la cuesta de Mariguenu. Ercilla asegura aún, que en la lucha que en ésta tuvo lugar fué digno de notarse en cierto momento «el presto batir de las espadas» de ambos bandos, y así lo había declarado también antes al hablar en general de las armas de los indígenas (6-5-1,2):

Algunas destas armas han tomado
De los cristianos nuevamente agora.

8. Altera aquí el autor la verdadera figuración que le corresponde en el poema al mágico Fitón. Este no vivía en un rancho, *ruca* o buhío, sino que «hacia su habitación» en una cueva. En realidad de verdad, Avila ha tomado a Fitón por el Puchecalco del poema, como luego lo veremos.

(*Colocoto y Guacolda por la cueva*).

COL.—Resplandeciente deidad,
¿quién eres?

GUAC.— Guacolda soy.

COL.—Qué haces aquí?

LAUT.— Esperad.

TUC.—Espérate tú, que esto y
aquí yo, y a su beldad
sabes que vivo inclinado.

LAUT.—Tucapel: Guacolda es mía,
que a mí palabra me ha dado
de ser mi esposa.

TUC.— Sería
cuando ignoró mi cuidado,
Lautaro; pero ya nó.

CAUP.—¿A cuál vives inclinada?

GUAC.— De los dos me hallo
tan igualmente obligada,
que mi voluntad me dió
licencia para saber
con cuál dellos ha de ser
mi casamiento dichoso,
más dilatado y gustoso,
sin pensar, ni padecer.
Y dice Fitón que tiene
Lautaro tan corta vida, (9)
que ya en su amor me previene
una esperanza oprimida
de un fin que tan cerca viene;
y pues con él cierto es

9. Esta predicción de Fitón es puramente obra de la fantasía del autor: el vaticinio de la corta vida de Lautaro procede en *La Araucana* del sueño de Guacolda, de que en la propia comedia se hace caudal más adelante.

que es tan breve el interés
del bien. con no me casar
quisiera agora excusar
lo que he de llorar después.

CAUP.—Desto sirven solamente
estos falsos agoreros;
en la mujer más prudente
hallan siempre sus agüeros,
fe de verdad aparente.
Sólo al inmenso poder
del Sol debemos creer,
como Autor divino y grave; (10)
porque, a saber lo que él sabe,
le igualara en el poder.

LAUT.—Ya el Mágico sale.

10. Tal tirada relativa a los agoreros araucanos, procede, asimismo, del poema, donde expresamente y con cierta extensión se trata de ellos en términos bastante prolijos. Véase cómo comienza la descripción que les concierne (II-2):

Usan el falso oficio de hechiceros,
Ciencia a que naturalmente se inclinan,
En señales mirando y en agüeros,
Por las cuales sus cosas determinan.
Veneran a los necios agoreros
Que los casos futuros adivinan;
El agüero acrecienta su osadía,
Y les infunde miedo y cobardía.

Pero erró ya del todo el autor de la comedia al suponer que los araucanos profesaban el culto del sol, por haberse apartado de lo que al respecto hallaba escrito en el poema (II-4-1,2):

Y estos que guardan orden algo estrecha
No tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados.

La supuesta adoración al astro del día atribuída aquí a los araucanos,—apenas necesitamos decirlo,—la tomó Avila de las creencias incaicas.

(Sale Fitón).

CAUP.—¿De quién has sabido, di,
el breve fin de Lautaro?

FIT.—Por mi ciencia lo sé claro.

CAUP.—También desta suerte a ti
te puedes pronosticar
la vida que has de tener
y en el fin que has de parar?

FIT.—Ya lo sé.

CAUP.—Y pudiera ser
que eso viniera a faltar?

FIT.—Posible será que falte
dese estrellado artesón
el iluminado esmalte,
y, rota su proporción,
desencuadernado salte
de sus dos quicios, primero
que pueda faltarme en nada
mi juicio tan verdadero.

CAUP.—Que está tu ciencia engañada
en mucho probarte quiero;
dime el número fatal
de tu vida, y sea cabal.

FIT.—Diez años he de vivir
ahora y de morir
de mi muerte natural,
porque así lo determina
la estrella que se me inclina. (*Dáde*).

FIT.—Muerto soy.

COL.—¿Por qué le has muerto?

CAUP.—Porque veáis que es incierto
quanto dice y adivina.
Mintió este bárbaro bruto,
pues terminaba absoluto

lo futuro de su ciencia:
 ¡lo que va de diferencia
 de diez años a un minuto!
 Y sus errores aquí
 se han calificado así,
 porque, siendo verdadera,
 su muerte en mis manos viera
 y se apartara de mí. (11)

LAUT.—Supuesto que éste mintió
 en cuanto dijo, la mano
 de esposo te pido yo.

TUC.—Otra vez digo, que en vano
 lo intentas, que no crió
 el cielo a quien se la dé
 si está Tucapel delante.

GUAC.—Confusa estoy: ¿que haré,
 que uno y otro es arrogante?
 Mas yo lo remediaré.
 En una misma igualdad

II. Fitón, en la máquina de la epopeya, no perece. Cumplida la intervención que el poeta quiso concederle, y de que necesitaba para sus propósitos, figura por última vez después que le ha dejado ver en aquella bola transparente maravillosa la pintura del mundo, y, concluida la visión, acompaña al poeta hasta dejarle en el derecho camino que había de seguir para encontrar a su gente.

Avila ha confundido, como decíamos, a Fitón con Puchecalco: éste aparece en el consejo celebrado por los caciques para resolver lo que debía emprenderse después de la destrucción de Concepción que siguió a la victoria que habían obtenido en Marigueñu, y como sus pronósticos fuesen desfavorables a la causa indígena, rabioso por ello, Tucapel le mata con un golpe de su maza (128-3). En la comedia el matador es Caupolicán, a quien se hace desempeñar, así, una intervención ajena a su carácter reportado, e inconveniente a su puesto de jefe de todo el estado araucano.

en mi pecho juzgo, y veo
 mi gusto y mi voluntad,
 y no hallo en mi deseo
 distinta capacidad
 para poder elegir:
 y así pienso remitir
 a méritos del valor,
 lo que en otras el amor
 suele tal vez diferir.
 Vivir puedo disgustada
 si esta elección sale errada,
 y no quiero yo haber sido
 la causa, pues no he tenido
 intención determinada.
 El que con mayor hazaña
 se mostrare poderoso
 a las injurias de España,
 ese elijo por mi esposo.

TUC.—Por el Sol, que ha sido extraña
 tu ignorancia; ¿quién podrá
 competir mi valentía,
 sino es nuestro Capitán?

LAUT.—A eso te responderán
 estos brazos algún día.

CAUP.—Si en eso dudosa estás
 darle la mano podrás
 a Tucepél con más gusto.

LAUT.—Eres, Capitán, injusto
 y si no te digo más
 es...

CAUP.— Porque yo te matara.

LAUT.—En tanto que militara
 tu Estandarte, bien pudieras
 intentar cuanto quisieras,
 que en todo te respetara;
 pero, pues libre nací,

*Lautero: Indalecio
 Tilly, Guzman,
 Juan Manuel*

a ser me voy desde aquí
 de parte de los cristianos,
 y examinarás mis manos
 para ver lo que hay en mí
 Y si es que lo menos soy
 de vosotros, poco os quito
 con el disgusto que os doy,
 y sólo a mí me acredito, (12)
 pues a los menos me voy.
 Mas solamente he sentido,
 que voy a ser tu contrario
 cuando tu sangre he bebido,
 porque eres tan temerario,
 que has de decir que ha nacido
 de tu sangre mi valor.

GUAC.— ¡Detente! ¡Caupolicán! (*Vase*).

CAUP.— Mal sabes mi pundonor;
 sus débiles fuerzas van
 al castigo de su error;
 hombres nos han de faltar
 que rendir y que matar,
 y en él cuando peleemos,

12. Puro remedo es esta observación de lo que Ercilla había expresado al contemplar el hecho de que el antiguo paje de Valdivia se pasara a los de su patria en los momentos en que vió perdida para ellos la batalla de Tucapel. En el poema se reflexiona así (48-4-I a 4):

¿De quién prueba se oyó tan espantosa,
 Ni en antigua escritura se ha leído,
 Que estando de la parte vitoriosa
 Se pase a la contraria del vencido?

La resolución que Avila atribuye a Lautaro en las circunstancias que la pinta es absolutamente contraria a los hechos, y tan alambicada, que en nadie puede infundir el menor asomo de verosimilitud; y, de ahí, que su vuelta más tarde al campo araucano resulte no menos antojadiza y falsa.

una vida más tenemos
de quien podemos triunfar,
y tú a Tucapel darás
la mano, y te casarás
con el que más te merece.

GUAC.—Porque se me va, parece
que le voy queriendo más.

CAUP.—Valientes restauradores
de Arauco, Valdivia muera
con todos sus valedores,
que hoy la fama nos espera
contra España vencedores.

MUS.—A la luz de la luz del Sol
que sus rayos nos darán
Caupolicán. (VANSE).

(*Valdivia con bastón de general. Villagrán, Aguirre
y soldados.*)

VILLAG.—Señor Valdivia: esto siento.

VALD.—Yo no, señor Villagrán,
que debo al ser Capitán
General, con mucho asiento
elegir y consultar;
demás de que puede ser
muy dañoso el emprender,
donde importa el conservar.
Los indios ya rebelados
son infinitos y son
los de Arauco, en mi opinión,
valentísimos soldados.
Y habemos de salir mal,
si esforzamos este error,
siendo tanto su valor,
y el número desigual.

Porque si acaso perdemos
 la victoria desta guerra,
 quedan en su misma tierra,
 y nosotros no podremos,
 que no nos puede quedar
 poder para resistir,
 y es infalible el morir,
 siendo fuerza el pelear;
 Y así me parece a mí,
 que si el Marqués de Cañete
 envía, como promete,
 el socorro que pedí, (13)
 que esperemos defendidos,
 no embistiendo aventurados,
 que principios arrojados,
 prometen fines perdidos
 Y con más gente y poder,
 si bien es menor la gloria,
 es más cierta la vitoria,
 y más cuerdo el resolver:
 esto es lo que me parece.

VILLAG.—A mi nó, si he de decir
 lo que siento, y argüir
 con lo que aquí se me ofrece.
 Los indios confederados
 con nosotros siempre están
 en su fuerza, y sólo van
 creciendo los rebelados.
 Y si agora al empezar

13. Aserción de un anacronismo manifiesto, pues el Marqués de Cañete sólo vino a llegar al Perú a mediados de 1556, esto es, cerca de dos años y medio después que Valdivia era fallecido. El socorro que se pidió fué solicitado por las ciudades de Chile precisamente con motivo de la muerte de aquel gobernador y de haberse producido en el país los desastres que le siguieron.

no conocen bizzaría
en nosotros, cada día
habemos de minorar
de nuestra parte el poder,
cuando el suyo va creciendo:
que nunca el entrar temiendo
fué bueno para el vencer.
Demás que puede faltar
el socorro que esperamos
y siendo así, ¿qué sacamos
de habernos visto esperar?
Mostramos con la intención
la flaqueza del poder,
y nos ha de acometer
con mayor resolución.
Al castigo de su intento
podremos ser ayudados
de muchos confederados
con la fe del vencimiento.
Y si socorridos, no
han de advertir cuidadosos,
que estamos menesterosos
de aquello que nos faltó:
esto me parece a mí.

AGUIR.—Y a mí también me parece
lo mismo.

VALD.— Sólo merece
ese buen animo aquí,
por la parte del valor,
ser respetado y creído.
Y aunque tengo conocido
en el peligro el error,
quiero que se eche de ver
resuelto ya a pelear,
que supe considerar,
cuando no pude temer.

Bien sé que voy a morir
pero más quiero animoso
perderme por valeroso,
que con razón persuadir.
Que aunque excusarlo podía,
si en vuestra opinión os dejo,
lo que es prudencia y consejo
pasará por cobardía.
Y así, aunque el daño aprehendo,
el riesgo considerando,
voy a acabar peleando,
por reduciros muriendo. (14)

14. Esta plática, que el autor supone haber ocurrido entre Valdivia y sus dos capitanes Aguirre y Villagra, es del todo absurda ante la verdad de los hechos: Villagra, en los días que precedieron a la batalla de Tucapel, se hallaba en una expedición de descubrimiento al sur de Valdivia, de tal manera que la noticia de ese hecho de armas le sorprendió cuando andaba en aquellas partes; Aguirre ni siquiera estaba en Chile entonces, pues se encontraba en su gobernación de Tucumán.

Hubo consejo, ciertamente; antes de la batalla, pero se verificó, al decir de Ercilla, entre Valdivia y algunos de los «mozos livianos» que le iban acompañando (de donde proviene el calificativo de «verde» con que el poeta calificó aquella plática); ni tampoco se escapó ni por un momento al antiguo soldado de las guerras de Italia que las circunstancias eran del todo adversas para librar a la suerte de las armas el resultado de la jornada; de ahí, que el poeta dijera hablando de Valdivia (42-5-5 a 8):

Vas a precisa muerte condenado,
Que como diestro y sabio lo entendiste:
Pero quieres perder antes la vida
Que sea en tí una flaqueza conocida.

Tal es, pues, el origen de esta exclamación de Valdivia en el texto de la comedia.

(*Lautaro*).

LAUT.—Dame, Valdivia, los piés.

VALD.—¿Quién eres?

LAUT.— Lautaro soy,
que ya de tu parte estoy
por un honroso interés.
Todo Arauco conjurado
te busca, y Caupolicán
electo por Capitán,
injusto y precipitado,
con injurias ofendió
mi inculpable valentía,
y hoy de tu parte querría
vengarme en sus vidas yo.
Tu soldado soy; pelea,
y contra los araucanos
libra en golpes de mis manos
cuanto la tuya desea,
que aunque tu fuerte escuadrón
de la esfera el movimiento
traslada al fogoso aliento
de su ardiente exhalación,
cuando quiera amenazarte,
menos es la causa ya,
pues ya de su esfera está
este rayo de tu parte.

VALD.—Y yo por el Rey de España
el buen celo te agradezco,
y de su parte te ofrezco
el premio de tal hazaña.

LAUT.—Haz que toquen a embestir,
que ya pelear deseo
y por aquel monte veo
vuestras armas relucir,

porque son las que han tomado
a los cristianos que han muerto. (15)

VILLAG.—De tu valor estoy cierto,
que contigo he peleado,
con Lincoya y Ascalpí, (16)
y puedo decir por Dios,
que en ninguno de los dos
conocí el valor que en ti.

VALD.—¡Al arma, al arma! soldados.

LAUT.—Hoy veréis, aunque me exceden
vuestros brazos, cuanto pueden
injurias de enamorados. (*Vanse.*)

(*Por un monte Caupolicán, Tucapel y Rengo, con petos y morriones; Fresa, mujer de Caupolicán, y Guacolda.*)

CAUP.—Desde este monte podrás
con Fresa, (17) mi amada esposa,
segura, Guacolda hermosa,

15. Repite aquí Lautaro lo que había expresado antes en la escena segunda de este mismo acto:

porque yo tengo guardadas
las armas y las espadas
de los cristianos que he muerto...

16. Ascalpi no es nombre araucano y débese a la imaginativa del autor de la comedia.

17. Recordaremos que, tanto en *La Araucana* como en el *Arauco domado* de Pedro de Oña, la mujer de Caupolicán figura con el nombre de Fresa, de seguro no araucano. Avila lo españolizó más, adaptándolo a una voz corriente en nuestra lengua, al cambiarlo en Fresa, cambio acertadísimo en cuanto a su valor lexicográfico, y que, acaso, acaso, en tal significado lo empleara Ercilla, poetizándolo y haciéndolo más eufónico por el agregado de la *i*. Si tal versión pudiera estimarse de algún valor, vendría a allanar muchas cavilaciones a los que han tratado de buscar a ese nombre su significado en araucano.

König hizo notar ya que el nombre que Suárez de Figueroa

ver la guerra, (18) y nos verás
 con sangre de sus heridas
 borrar el necio estatuto
 y el impaciente tributo
 que nos imponen sus vidas
 Y si las almas no fueran
 invisibles, desde aquí
 viendo su castigo en mí,
 ver vuestros ojos pudieran
 que a fuerza de mi valor
 las envía mi impaciencia
 a dar al Sol residencia
 de su evangélico error.

FRES.—Sólo a ti, querido esposo,
 te deberá con razón
 su libre restauración
 el Araucano glorioso.

roa da a la mujer de Caupolicán es Gueden, que Carvallo y Goyeneche cambió en Guden.

18. Esta invitación a «ver la guerra» encuadra perfectamente con la usanza araucana de antaño de que las mujeres asistiesen, aunque de lejos, a las batallas en que peleaban sus compatriotas, en espera del saqueo de los despojos que había de seguir al triunfo, siempre esperado. Ercilla pinta en estrofas llenas de realismo semejante hecho, que tuvo origen, según asevera, de lo que ocurrió cuando los españoles fueron vencidos en su intento de repoblar por primera vez a Concepción (160-5-7,8):

De aquí tuvo principio en esta tierra
 Venir también mujeres a la guerra,

El P. Ovalle (para no citar otros testimonios) daba más tarde fe del mismo hecho: «Son las mujeres chilenas [araucanas] tan varoniles, que, tal vez, cuando importa y hay falta de hombres, toman las armas, como si lo fueran...». Tomo I, p. 163 de nuestra edición.

Hijo de Leocán valiente, (19)
 más eres de mí querido,
 cuanto más veo encendido
 tu espíritu inobediente
 al fuero de los cristianos.
 Mata, animoso guerrero,
 que tierna y amante espero
 tus ensangrentadas manos,
 que en tal altivas empresas
 hallarás en mí después,
 por cada herida que des
 mil ternísimas finezas.
 Y en valentía y amor
 nos iremos compitiendo,
 tú matando, y yo queriendo
 con terneza y con valor.

CAUP.—Perdóname, Fresa mía,
 que no te doy mil abrazos,
 porque son tiernos tus brazos,
 y no los permite el día.

GUAC.—Una merced me has de hacer
 en secreto.

CAUP.— Di, ¿qué quieres?
 Habla.

GUAC.— Si a Lautaro vieres
 rendido a tu gran poder,

19. Aserto que procede de Ercilla, quien dijo al respecto lo siguiente: «Caupolicán fué hijo de Leocán». Tal perífrasis era perfectamente ajustada a lo observado antes en el estilo de la epopeya: a Ulises, le llamaba Homero el hijo de Peleo; Virgilio a Eneas, el hijo de Anquises, etc.

El poeta se aprovechó en varios pasajes de la advertencia que había tenido cuidado de estampar, y cuya supresión en tantas ediciones del poema ha sido causa de que no se entiendan ellos cuando alude simplemente al «hijo de Leocán».

no le mates.

CAUP.— ¿Luego, ya
más le quieres?

GUAC.— Solo sé
que después que se me fué,
tras él el alma se va,
y ya en el poder me excede;
porque es siempre en la mujer
lo que más quiere tener
aquello en que menos puede.

(*Toquen una caja*).

CAUP.— Bajemos a pelear.

TUC.— Sí, que el son de aquella caja
parece que nos ultraja.

RENG.— Compuesto empieza a marchar
su escuadrón.

TUC.— Guacolda mía,
también me apercibe el bien
de tus brazos, que también
lograré matando el día. (VANSE).

FRES.— ¿Qué le decías agora
a Caupolicán aquí
con tanto recato? Di.

GUAC.— Que a Lautaro el alma adora.

FRES.— Pues yo, Tucapel creía
que era el más favorecido.

GUAC.— Siempre se han correspondido
su voluntad y la mía:
ausente a Lautaro veo,
y presente a Tucapel;
y así tiene ya con él
menos que hacer el deseo,
que como fácil está,
menos a su amor me ajusto,

porque el deleite del gusto
a lo difícil se va.

CAUP.—¿Qué será bueno que hagamos?

TUC.—Si es parte del vencimiento
anticipar el intento,
que a recibirlos salgamos.

CAUP.—¡Viva Arauco!

TUC.— ¡Muera Española! (*Vanse*).

GUAC.—Ya, Fresa, a mi parecer,
llegó la hora sangrienta,
y el eclipse de dos sangres
sin Sol, ni Luna en la tierra;
ya se juntan los cristianos,
y ya los nuestros se llegan;
y, abriendo puerta a la muerte,
se determinan y yerran.
Mira cómo ya las cajas,
formando en el viento apriesa
no articuladas razones,
dicen su intento sin ellas.
Mira tu valiente esposo
hecho círculo de esfera,
causando mortales sombras
con luz de vivas centellas:
pero en los cristianos crece
la confiada soberbia
que parece que su crisma
del peligro los reserva.
Válgate el Sol.

FRES.— ¡Ay de mí!

GUAC.—Erróle el golpe; no temas
que es diestro Caupolicán,
y metió el reparo apriesa,
como al jabalí espumoso
le circundan y rodean,
y feroz él y ejecutivo,

dardos rompe y lanzas quiebra.
 Por su valor juzgan todos
 de su aliento y de sus fuerzas,
 que es la parte superior,
 y rendir lo más intentan.
 ¡Ay, Lautaro de mi vida!
 cómo se ve en tu fiereza,
 que agraviado te ofendiste,
 y que ofendido peleas!
 El y tu esposo se juntan,
 y aunque enemigos se encuentran,
 con furia indeterminada,
 parece que se respetan.
 Ya crecen los alaridos.
 y el cielo a sus voces tiernas,
 de condolido y piadoso,
 se esconde entre nubes densas.
 X Ya caliginoso el aire
 que por sí mismo alimenta,
 de confuso no respira
 y entre las voces se queda.
 Hasta las almas parece,
 según van saliendo apriesa,
 que a los últimos acentos
 de sus palabras se niegan.
 Mas, ¡ay triste! la fortuna
 parece que ya resuelta
 por los cristianos, pronuncia
 contra Arauco la sentencia.
 (*Dentro:*) ¡Victoria! ¡España!

(*Villagrán, Aguirre y Lautaro, retirando a Tucapel y Rengo;
 y quede solo Lautaro.*)

LAUT.— ¡Tiranos!
 De mi Guacolda y mi honor
 agora veréis mejor,

si tenéis mejores manos;
 qué presto vais de vencida!
 pero yo ¿qué intento aquí?
 ¿Qué dirá el mundo de mí,
 si por mí queda ofendida
 mi patria? Un enojo leve
 me ha de hacer, que vengativo
 a Chile deje cautivo?
 ¿Qué tigre el pecho me mueve?
 Ya la sangre que bebí
 de Caupolicán parece
 que en mi pecho se estremece
 y está volviendo por sí.
 ¿A dónde vais, araucanos?
 ¿Cómo así queréis perder
 la libertad y el poder?
 Volved contra los cristianos; (20)
 volved, que Lautaro soy,
 de vuestra infamia corrido,
 y en mi enojo arrepentido.

Caupolicán y Tucapel.

CAUP.— ¿Qué me quieres, que aquí estoy?

LAUT.— Qué volvamos a embestir

20. En esta desmayada arenga, que concurre a hacer de pésimo efecto la circunstancia de que el propio héroe atribuya sus impulsos a la sangre de Caupolicán que bebió, ¡cuán distante está, por todo, de acercarse siquiera a la del poema! De ella no hay más trasunto,—y único también aceptable—que ese ¡Volved! sacado de *La Araucana* (47-5-5):

Volved, no rehuséis tan gran vitoria.

Es el mismo verbo que Ercilla repite, asimismo, en la arenga de doña Mencía de los Nidos III-1-7; II-2-1 y 7):

¡Volved, que a los honrados vida honrada

Les conviene..

¡Volved, no vais así desa manera..

¡Volved, volved, gritaba, pero en vano..

contra Valdivia, afrentados
de que tan pocos soldados
hoy os hayan hecho huir.

CAUP.—De tu valor satisfechos,
te seguimos todos ya:
tuya Guacolda será.

LAUT.—Y tuyos también mis hechos. (*Vanse*).

GUAC.—Pues ves lo que aquí ha pasado,
no es menester informarte
de que está en aquella parte
mi corazón bien fundado.

Mira ya qué diferente
se nos muestra la Fortuna:
a los de Arauco oportuna,
y a los de España inelemente.
Ya en el uno y otro bando
van con diferente estruendo:
los vencedores huyendo,
y los vencidos matando.

FRES.—Declarada está la gloria
por nosotros; bien podremos
bajar sin miedo

GUAC.— Bajemos.

(*Dentro*;) ¡Victoria! ¡Arauco! ¡Victoria!

*Caupolicán con la cabeza de Valdivia en la mano; Lautaro,
Tucapel y Rengo*).

CAUP.—La victoria se te debe,
Lautaro, tú tuviste,
pues que volvernos hiciste,
con exhortación tan breve.

LAUT.—La causa ha sido el valor
que con tu sangre bebí,
y así te debes a ti
lo que hice en tu favor,
que de mi parte quería

vengar mis injurias yo;
y en la ocasión me mudó
la sangre que no era mía.

CAUP.—Desde hoy eres mi teniente. (21)

GUAC.—Y desde hoy también mi esposo.

TUC.—A pecho tan valeroso
le cedo gustosamente
la esperanza y el intento.

LAUT.—Siendo así, con esta mano
quedo en el valle Araucano
premiado, alegre y contento.

CAUP.—¿Qué miras, Fresa? Esta es
la cabeza funeral
del ya muerto General,
tan fundado en su interés,
que a todo Chile afligió
con uno y otro tributo,
y así vino a dar el fruto
que en sus obras cultivó. (22)

21. Frase y concepto copiados de Ercilla, aunque sólo a medias, pues que, según éste, además de su teniente, le hizo capitán (57-1):

«Y, señores, pues es tan manifiesto
(Esto dijo volviéndose al senado)
El punto en que Lautaro nos ha puesto,
(Que así el valiente mozo era llamado):
Yo por remuneralle en algo desto,
Con vuestra autoridad que me habeis dado
Por paga, aunque a tal deuda insuficiente,
Le bago *capitán* y mi *teniente*.

22. Hácese aquí eco el autor de la imputación, tan grave al par de injusta, que se ha pretendido echar sobre el nombre de Valdivia, culpándole de desenfrenada codicia, que tal es, cabalmente, el lunar histórico de que adolece *La Araucana*. ¡Sabe Dios quién daría al poeta tan errada información!; pero que, de seguro, no pudo ser sino enemigo de aquel hombre que nada quería para sí y todo para la empresa de fundar un estado español en este rincón de la tierra americana. El

Hacer sacrificio quiero
de ella a nuestro Eponamón,
por víctima y oblación
deste devoto hemisferio:
en esta parte ha de haber
una piedra espiritada

(Abranse unas puertas de yedras arriba, donde ha de estar un peñasco con un sol dorado en medio).

que de un Sol articulada
me suele a mí responder
a mis preguntas; hincad
(Hinquense de rodillas).
todos la rodilla en tierra
Por víctima desta guerra
a tu inmensa potestad,
Esponamón soberano,
con reverencia y amor,
la parte más superior
del más infeliz cristiano
te ofrecemos, y te pido
que nos digas lo que haremos
para que en paz conservemos
este Reino defendido.

hecho fué que Ercilla, contra su costumbre de pesar antes de admitir las noticias que se le suministraban, le dió, desgraciadamente, cabida en el poema (40-2):

A Valdivia mirad, de pobre infante
Si era poco el estado que tenía,
Cincuenta mil vasallos que delante
Le ofrecen doce marcos de oro al día:
Esto y aun mucho más no era bastante,
Y así la hambre allí lo detenía;
Codicia fué ocasión de tanta guerra
Y perdición total de aquesta tierra.

Extremando aún las cosas, cronista hubo que admitió la patraña de que los indios dieron muerte al fundador de Santiago echándole en la boca oro derretido!

(*Abrese la peña, y baje el demonio con tunicela y manto encarnado, cubierto de soles dorados y uno en la frente*).

DEMON.—El Sol como a mensajero
 de su pura luz me envía
 a decir que si este día
 os concedió el fin postrero
 de la guerra, es porque ha visto
 que sois todos conjurados,
 enemigos declarados
 del Evangelio de Cristo.
 Contra esta gente de España,
 que con tan falsos preceptos
 os quiere tener sujetos,
 os supedita y engaña,
 pelead, que él os dará
 esfuerzo más conocido
 contra el secorro atrevido,
 que del Perú viene ya
 el hijo de aquel Virrey
 que allí gobierna prudente, (23)
 a su Rey tan obediente,
 como observante en su ley,
 viene ya sulcando el mar;
 preveníos a la defensa,

23. Al lector menos instruído en cosas de nuestra historia, es conveniente advertir que el virrey del Perú a quien se alude es don Andrés Hurtado de Mendoza, y su hijo don García, gobernador de Chile y más tarde, también como su padre, virrey de aquel país. De la prudencia usada en su gobierno por don Andrés da testimonio amplio Ercilla en las primeras estrofas del canto XIII, en una de las cuales (214-4-1,2) se lee:

Deshechos, pues, del todo los ñublados
 Por el audaz Marqués y su *prudencia*.

porque es arrogante y piensa
que os ha de poder domar.

CAUP.—Lucero del Sol hermoso,
de parte mía le dí,
que antes moriré, que aquí
pueda nadie poderoso
introducir por sí mismo,
supuesto que nos engaña,
los tributos para España,
ni la crisma del bautismo;
y en fe de aquesta verdad
todos a prevenir vamos
la defensa, y la juramos.

DEM.—Araucanos, pelead
contra el orgullo español,
y conspirad, brava cisma,
que la verdadera crisma
es tener contento al Sol.
Tanto apetezco su daño,
que aunque son mi habitación
tinieblas y confusión,
vestido de luz engaño.

(Vué'vase a meter en el peñasco y ciérrese).



JORNADA SEGUNDA

(Don Luis de Toledo, Villagrán y Bocafría).

VILLAG.—¿Qué tiempo podrá tardar?

D. LU.—Poco que ya le dejé
a la vista del lugar
cuando yo me adelanté
a solamente avisar.

VILLAG.— Justamente decir puedo,
señor don Luis de Toledo,
que nadie logrará el día
con tan segura alegría;
porque este Reino, os concedo,
que estaba menesteroso
del gobierno y la prudencia
de un pecho tan valeroso;
si bien en la resistencia
que hace, estoy temeroso
de que es muy poco el poder

que el nuevo Gobernador
trae, si pretende poner
freno al resuelto valor
de Arauco, a mi parecer.

D. LU.—¿Y es la causa?

VILLAG.— Por que son
en esta conjuración
los Indios ya rebelados
valentísimos soldados,
y con rebelde intención
dando nombre a los cristianos
de injustos y de tiranos,
saben rendir y matar
y ponen al pelear
el corazón en las manos.
Y si los va acariciando
con blandura, el daño entienõo
que se irá multiplicando,
que han empezado venciendo
y han de proseguir negando.
¿Qué edad tiene don García?

D. LU.—Veinte y dos años. (24)

VILLAG.— Pedía
esta empresa más edad,
que aunque es su capacidad
tanta como su osadía,
la experiencia suele hacer
lo más por sí, cuando ya
falta al valor el poder.

D. LU.—Si en eso el remedio está,
menos hay ya que temer.

24. Algún cronista ha afirmado que cuando Hurtado de Mendoza llegó a Chile tenía veinte años de edad; pero la aseveración de Avila es más exacta, puesto que había nacido en 1535 (el mismo día de la toma de Túnez) y tomó posesión de su cargo de gobernador en la Serena el 25 de abril de 1557.

En el juvenil ardor
del nuevo Gobernador
viene la virtud cifrada,
la experiencia anticipada,
y en su ser propio el valor.
Que esta generosa rama,
el antiguo fruto aclama
de aquel árbol de Mendoza,
por quien España se goza
con los triunfos de su fama.
Y porque ya la excelencia
de su sangre, en dependencia
os permita mayor fe,
mientras él llega, os diré
parte de su descendencia.
Lope Manso fué el primero,
a cuya valiente espada
debe, junto con Pelayo,
su restauración España.
Luego el Infante Don Zuria
su hijo, y de Memorana,
única del Rey de Escocia,
tan dichoso y fuerte en armas,
que se vió por elección,
siendo amparo de su patria,
primer señor dignamente
de Altamira de Vizcaya.
Don Iñigo Ortiz, su hijo,
tras él igual en la fama,
a quien Castilla la Vieja
debe el señor que hoy la ampara.
Don Lope Iñiguez luego,
cuya juventud gallarda
con Bernardo en Roncesvalles
puso temerosa a Francia.
Y don Iñigo, su hijo,

cuarto señor de Vizcaya,
á quien Castroxeriz debe
su conquista y su esperanza.
Otro Don Iñigo López
luego tras él se adelanta,
a quien Ordoño el Segundo
hizo Conde de su Casa.
Y a éste por su valor,
por su esfuerzo y sus hazañas,
le dió las Encarñaciones,
honrándole en su privanza.
Y porque en sola esta línea
de Mendoza se dilatan
tantos héroes, tanta sangre
tanta fe y grandezas tantas,
a la Casa de Cañete
pasaré, a quien dió la Fama
letras de oro en bronce duro,
contra el tiempo vinculadas.
Y si pueden sus blasones
abreviarse, el decir basta
que con Reyes de Castilla
mezcló su sangre y sus Armas.
Don Hurtado de Mendoza,
primer señor desta Casa,
Montero mayor del Rey,
y de Cuenca amparo y guarda.
Tal fué, que por no ofender
su valor con mi ignorancia,
paso en silencio el volumen
de sus ínclitas hazañas.
Casó con Doña María
de Castilla, honor de España,
hija del Conde Don Tello,
y sobrina siempre amada
de Don Enrique Segundo,

en cuya unión se levanta
ostentando Majestades
a imperiosas alabanzas.
Y Juan Hurtado, su hijo,
también con valiente espada
dió a su nombre envidia breve,
valor contra edades largas.
Del Maestro Don Rodrigo,
honor y gloria de España,
hijo del Adelantado,
primero señor de Nájera,
fué recíproco cuñado,
con amistad y fe tanta,
que, iguales con el valor,
de dos hicieron un alma.
Dos Infantes de Aragón
en Cuenca hospedó en su casa,
y con pecho generoso
mostró su altivez gallarda.
Veinte mil hombres traían,
todos con lucidas armas,
y ninguno consintió
que en la ciudad se alojara,
mostrando en su obligación,
como vigilante guarda,
que, cuidadoso y bizarro,
defendía y regalaba.
A éste se sigue Honorato,
de cuya valiente espada
fió Don Juan el Segundo
su Corona y sus espaldas,
porque estando con su gente
en la tala de Granada,
satisfecho de su esfuerzo,
le envió a que le guardara
las fronteras de Castilla

y Aragón: y fué tan rara
su asistente valentía,
que aseguró su esperanza.
Y Juan Hurtado, su hijo,
después, estando en Granada
Doña Isabel y Fernando,
matando, murió a lanzadas:
que no le queda que hacer
al que con valiente espada
por su Rey pierde la vida
reservando a Dios el alma.
Tras éste se sigue luego,
digno de mortal estatua,
Diego Hurtado de Mendoza,
que fué Virrey de Navarra.
A los Católicos Reyes
sirvió también, con fe tanta,
que justamente adquirió
su inclinación y su gracia.
Fué con el Emperador
a Flandes, y volvió a España
con sus cartas de creencia,
satisfechamente dadas,
para que los Capitanes
que en el Ejército estaban,
Condestable, y Almirante,
sólo sus órdenes dadas
a boca, cumpliesen luego:
y fueron tan respetadas
por su lealtad y valor,
que pareció que reinaba.
Leales y comuneros,
premió y castigó en España,
haciendo digno su nombre
de inmortales alabanzas.
Y siendo Marqués segundo

Don Hurtado, se adelanta,
dando a su posteridad
muerta vida en viva estampa. (25)
Al Emperador sirvió
y descansando en su casa
de innumerables servicios
en diferentes jornadas,
tuvo Carlos Quinto nuevas
que el Perú se levantaba,
porque Francisco Girón
inquiataba aquellas plazas,
y haciendo nueva memoria
de las valientes hazañas
del ya retirado esfuerzo
de aquellas prudentes canas,
le mandó que se partiese
al Perú, porque importaba
a la quietud de aquel Reino
una experiencia tan sabia.
Y al fin le halló la patente
en Cañete, andando a caza, (26)

25. Esta larga genealogía del joven gobernador de Chile, con tanta falta de criterio artístico inserta en la comedia, pero bien reveladora del espíritu que la anima, corre parejas con la que Lope de Vega puso en el acto III de su *Arauco domado*. Hablando de ella los traductores de la *Historia de la literatura española* de Ticknor (tomo II, p. 64, nota 2) observan que, «si cabe, es aún más detallada y minuciosa» que la que hilvanó aquel monstruo de la naturaleza», añadiendo, a guisa de comentario: «tan célebres fueron [los Mendozas] en poesía e historia.» Lo que los sabios anotadores se olvidaron de apuntar, porque de seguro lo ignoraban, es que uno y otro ingenio la tomaron del prólogo que a sus *Hechos de don García Hurtado*, libro impreso por primera vez en Madrid en 1613, puso el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa.

26. Si tal circunstancia es exacta, resulta extraño que Suárez de Figueroa se olvidase de consignarla.

que es imagen de la guerra,
 y aún allí le deleitaba,
 que en cualquier parte que esté
 el que en servir se adelanta
 las ocasiones le buscan
 y las mercedes le alcanzan.
 Y así, desta sangre el mundo
 la sucesión deseada
 espera, porque se hereden
 en ella grandezas tantas.
 Mas, ya con labios de bronce,
 este clarín nos declara,
 que han llegado: lo demás
 dirán el tiempo y la fama.

(Dispárense arcabuces, y entre por lo alto un navío con muchos gallardetes; Don García en la popa, con peto, espaldar y bastón, y algunos soldados, y desembarquen por el teatro).

VILLAG.—Vuestra Señoría, señor,
 sea a Chile bien llegado,
 que ya viéndole, mejor
 se ve que el ser deseado
 fué debido a su valor:
 que, sino en edad madura,
 con alma entendida y pura
 ya de este Reino parece
 que con guerra y paz ofrece
 la restauración segura (27).

D. LU.—Quien habla a Vuestra Señoría

27. El pronóstico de Villagra resultó que había de cumplirse sólo a medias, y, en todo caso, por muy poco tiempo. Tal entrevista carece, por lo demás, de base histórica, ya que, ni don García vino por ese entonces a Santiago, ni consta, siquiera, que en algún momento se avistara con él.

es el señor Villagrán,
Capitán de Infantería.

D. GARC.—Ya del señor Capitán,
de su agrado, y cortesía
tenía noticia yo
antes de llegar aquí.

VILLAG.—Cuando Valdivia murió
este bastón me dió a mí (28),
y el Gobierno me encargó
y así le pongo a estos pies,
y por mayor interés,
dél hago aquí dejación,
cumpliendo como es razón
los mandatos del Marqués;
y sirvo a Vuestra Señoría
con este corto presente,
tan hijo de mi alegría,
como desta providente
tierra. que lo engendra y cría.

BOCAF.—Doce barras de oro son. (29)

28. Otro hecho inexacto: Valdivia no le dió el bastón a Villagra, por más que se hubiera tratado de probar que le dejó nombrado para sucederle, por actos emanados de aquel gobernador que así lo dejasen entender. Villagra tuvo el mando por acuerdo espontáneo de los Cabildos de las ciudades del sur del país y bastante historiado por lo que toca al de la capital. Y no hay para qué entrar por ahora en más detalles de ese incidente histórico.

29. No hubo tal, ni pudo ser. ¡Aviado de dineros estaba Villagra para hacer semejante obsequio! Pero bien se trasluce que el autor de la comedia lo trae a cuenta para dar lugar a la tirada que sigue de don García y a proporcionarle los medios de acudir a la fundación que dice piensa hacer. Las palabras de don García están calcadas sobre las que Suárez de Figueroa (para no acordarnos de las que Oña trae en tal sentido) pone en boca de su héroe como pronunciadas ante la junta de encomenderos que dice celebró en la Serena. Hállanse

D. GARC.—Estimo la voluntad
y agradezco la intención;
si bien la posibilidad
da causa a la presunción
a que discurra advertida
ser culpa reconocida
hallar presentes sobrados
en tierra de conjurados
que se lamenta oprimida.
Los que en su Gobierno están,
deben, señor Capitán,
servir sólo de tutores,
y no ser usurpadores
de aquello que no les dan.
Con quien tributa rendido,
debe el que es obedecido
usar también de clemencia,
que nunca está la obediencia
segura en el ofendido.
Demás de que es tratar mal
al inferior, si es leal,
con intento temerario,
hacer lo que es voluntario
esclavitud natural.
No ha de ejercitar tirano
su poder el poderoso,
que el príncipe soberano
no llega a ser venturoso
por serlo, sino es humano.
Demás de que el absoluto,
cruel, menor hace el fruto,

en las páginas 19-20 de la reimpresión de aquel libro, incluido en el tomo VI de la *Colección de Historiadores de Chile*. En ellas no se hace alusión alguna a la fundación de tal hospital y sólo sí, al buen tratamiento de los indígenas en sus relaciones con sus amos los encomenderos.

que yo por mi cuenta hallo
que es afligir al vasallo
dificultar el tributo;
y así no me he de espantar
de que se muestre al pagar
el doméstico impaciente,
procurando inobediente
morir por no tributar.

Aligerar es razón
a los que quedan amigos
el tributo y la opresión,
y será en los enemigos
menor la conjuración:
que no por eso el valor
ha de faltar, peleando,
al castigo de su error,
que el empezar obligando,
hará su culpa mayor.

Demás de que los cristianos
siempre han de mostrarse humanos,
que son prudentes acciones
conquistar los corazones
antes de rendir las manos.

Y a mí en efecto me envía
aquí el Marqués, mi señor,
con su intención y la mía,
si, a castigar con rigor,
a obligar sin tiranía.

Y pues vengo a reducir,
a dar y a restituir,
mal podré en esta ocasión
cumplir con mi obligación
empezando a recibir.

Muchos indios he sabido
que están enfermos y mueren
de pobres, por no haber sido

curados, aunque los hieren
por habernos defendido;
y con este liberal presente,
y con mi caudal
si bien no es mucho el dinero,
para que se curen, quiero
que se haga un hospital
y no los de Arauco esquivos
perseveren vengativos,
siempre estériles y yermos,
que, si curo los enfermos,
también sé matar los vivos.

BOCAF.—Suplico a Vuestra Señoría,
que ya que la suerte mía
me lo ha transplantado en Chile,
para que no se aniquile
mi salud y mi alegría,
que aumentando sus blasones,
mande por justas razones,
y todas en mi favor,
que en este hospital, señor,
se cure de lamparones.
Yo soy un pobre soldado,
tuve un gato regalado,
que con asistencia rara
se refregaba en mi cara
juguetón y colialzado.
Y fué tanto el porfiar
del gaticinio estregar,
y la asistencia fué tanta,
que me dejó la garganta
con más bocas que un vivar.
Y como estamos aquí,
tan lejos del Rey de Francia,
me habré de quedar así
sin remedio de importancia

que lo sea para mí,
sino es que Vuestra Señoría
hace parte de obra pía
en su reciente hospital
el atajo deste mal.

D. GARC.—¿Cómo os llamais?

BOCAF.— Bocafría.

D. GARC.—Extraño nombre.

BOCAF.— Señor:

Diego Boca se llamaba,
sirviendo al Emperador,
mi abuelo, cuando sitiaba
el Bosque su gran valor.
Presentóle un pez un día,
y él con notable alegría
mandó que se lo friyesen;
mas, como lumbre encendiesen,
tiraban a puntería
al fuego, sin consentir
que pudiesen conseguir
su intención; y así temiendo,
que le estaban friendo,
se apartaban sin freir;
y viendo que no comía
por su mucha cobardía,
afrentando su valor,
les dijo el Emperador:
sólo Diego Boca, fría;
y al fin mi abuelo frió,
el pez, y él lo agradeció
con estimación no poca,
y juntando el fría al boca,
Bocafría se llamó.

D. GARC.—Desde hoy tendréis en mi casa
cuanto hubieréis menester.

ROCAF.—Más que una madrastra escasa

viva tu heroico poder
por cuanto el Sol gira y pasa.

VILLAG.—Es muy valiente soldado
aunque siempre está de humor.

BOCAF.—Es porque nunca he sacado
mohatra, ni tengo amor, X
ni pido, ni doy prestado.

(Uua campanilla adentro).

D. GARC.—¿Que es esto?

VILLAG.— Irán a llevar
a algún indio el Sacramento.

D. GARC.—Allí, sí, es bueno emplear
todo este recibimiento.

Justo es irle a acompañar:
que buen pronóstico ha sido,
que haya el mismo Dios salido,
cuando su causa prevengo,
que de El parece que vengo
esperado, y recibido.

(Vanse, y queden don Luis y Villagrán).

D. LU.—Señor Capitán, la espada
me dé, y sea preso.

VILLAG.— ¿A mí?

D. LU.—Esta es orden que está dada
de mi General, y aquí
no debe ser disputada;
esto es lo que me mandó,
y esto sólo debo yo
argüir en mi disculpa,
verá si es justo, o si no.

VILLAG.—A tanta resolución,
obedecer, y paciencia,

que puesto que es sin razón,
aquí será la obediencia
parte de satisfacción. (30)

D. LU.—Válgame Dios. Don García,
postrado humilde en el suelo,
al Sacerdote porfía
que pase por él; (31) el cielo
te ampare.

VILLAG.— De parte mía

30. La prisión de Villagra, tan sin fundamento decretada, como con no menos humildad y acatamiento cumplida por su parte, es uno de los hechos históricos más injustos y que más afean el proceder de Hurtado de Mendoza; pero no se verificó por don Luis de Toledo, como la presenta Avila, sino por el capitán Juan Remón, maestre de campo del Gobernador, y en la sala del cabildo.

Conócese la respuesta de Villagra a la intimación que se le hizo de darse preso, mucho más noble y expresiva de la que el autor de la comedia le atribuye, según la recuerdan los propios apologistas de don García: «No era menester que el señor Gobernador usara de estos términos para conmigo: bastábale enviar una letra para que yo le obedeciese puntualmente, sin dar trabajo a vuestra merced.»

31. He aquí uno de los episodios en que más hincapié han hecho los cronistas de don García, Mariño de Lobera,—ó, tal vez en esta parte de su obra, el jesuíta Bartolomé de Escobar.—Suárez de Figueroa y Pedro de Oña, quien fué, probablemente, el que dió margen a la noticia. Léase la relación que éste hace de tal acto:

El hecho fué que cuando el pan del cielo
En procesión al templo se traía,
Por dar ejemplo al indio que atendía,
Se derribó á medirse con el suelo,
Haciendo que el prebitero, sin duelo,
Por cima dél hiciese paso y vía,
Tratando con el pie su cuerpo humano,
Pues el de Dios trataba con la mano.

Arauco domado, canto III.

doy por justa mi prisión,
que el que tanto en Dios se ajusta
con humilde corazón,
no puede hacer cosa injusta:
mis culpas sin duda son.
Y aunque conmigo desdiga
de su piedad esta vez,
a menos temor me obliga:
que la virtud del juez
consuela cuando castiga. (*Vanse*).

(*Salen Lautaro y Guacolda*).

GUAC.—¿Es posible, mi Lautaro,
que hubo tiempo en que por mí
ignorante carecí
de tu amor y de tu amparo?
Mas ¡ay! que es el tiempo avaro
y no vuelve el que se fué,
que, si no hiciera mi fe,
puesto el que pasó adelante
un siglo por cada instante
de los que no te gocé.
Tanto al fin mis dichas tienen
en ti, que puesto el cuidado
en los días que han pasado,
triste vivo en los que vienen.
Y de suerte me previenen
pena y gusto repartidos,
que, a no poner mis sentidos
mi memoria en mis cuidados,
olvidara los gozados
por no sentir los perdidos.
Soy tan única en amar,
que me está sirviendo a mí
de pena lo que perdí

en lo que pude gozar.
Pero sabré granjear,
solicita ya en mi suerte,
lo que tardé en conocerte.
Y mi corazón rendido,
por lo que no te he querido,
se dará prisa a quererte.

LAUT.—Tan discreta quieres bien
después que tuyo me hiciste,
que aun con lo que no quisiste,
sabes obligar también:
y me doy el parabién
aun del tiempo que podía
gozar, cuando te quería;
porque, juzgado en rigor,
la tardanza de tu amor,
no estuvo de parte mía.
Es tan grande, hermoso dueño,
mi amor, que paso mi vida
dulcemente entretenida,
como en regalado sueño:
y en este amoroso empeño,
mi rendida voluntad,
para hacer de tu beldad
dulcísimo pasatiempo,
dilatara quisiera el tiempo
en siglos de eternidad (32).

(*Salie Fresa*).

FRES.—Siempre que juntos os veo,
considero vuestros brazos
de olmo y yedra, en cuyos lazos

32. Volvemos de nuevo a *La Araucana* con este diálogo de amor, que veremos repetirse con más aliento en el comienzo de la jornada tercera, donde le dedicaremos algún comentario.

se está logrando el deseo.
 Hagan dulcísimo empleo
 vuestras vidas enlazadas,
 que siempre las estimadas
 fundamos, cuando queremos,
 en amorosos extremos
 esperanzas regaladas.

(*Caupolican, Tucapel y Colocolo*)

CAUP.—¿Cómo estás, Lautaro, aquí
 en tu amor tan descuidado
 cuando ya a Chile ha llegado
 aquel que te dijo a ti
 el mensajero del Sol?
 Y hanme dicho sin dudar
 los que le han visto llegar,
 que es un valiente español.

TRUC.—¿Qué valiente puede ser
 el que entra en Chile acortando
 sus tributos, y obligando
 con blandura y sin poder?

COL.—Si hay algo que os pueda dar
 en su venida cuidado,
 es sólo el haber entrado
 empezando a granjear,
 que ese prudente valor
 ha entrado ganando amigos,
 para hacer los enemigos
 menos, y rendir mejor.
 Y cuidado es menester:
 Que los Capitanes sabios,
 que entran deshaciendo agravios,
 muy cerca están de vencer.

CAUP.—Dale tú de nuestra parte,
 Colocolo, una embajada

resuelta y determinada.
Di que vuelva su Estandarte
al mar, si quiere vivir,
y que tome de su intento
en Valdivia el escarmiento,
si las sombras del morir
no le confunden la vida:
que sólo le advierto yo
que ya el tiempo se acabó
en que estuvo introducida
su tirana potestad
y su ambiciosa intención
por divina imposición
de alguna oculta deidad;
que ya sé lo que desean,
cuando acá los araucanos
con diez rayos en dos manos
hieren, matan y pelean,
que es jurisdicción muy corta
la de su esfuerzo y su gente,
y tú allá, como prudente,
le di lo que más le importa.

COL.—Ya que siempre me decís
que en este valle Araucano
sirvo de oráculo humano,
hoy mal camino elegís:
si queréis amedrentar
al que de suyo nació
altivo y se resolvió
a morir o a conquistar.
Porque mejor ha de ser
que le vais asegurando
con divertir, obligando,
que incitar con ofender.
Yo le diré que tratáis
de medios, y descuidado

estará indeterminado,
 mientras vosotros juntáis
 vuestra gente; y prevenidos
 los venceréis sin traición,
 que siempre en la guerra son
 los ardidés permitidos:
 y esto me parece a mí.

TUC.—Colocolo dice bien
 en lo que dice.

CAUP.— Y tan bien,
 que él mismo ha de hacerlo así.

COL.—Pues yo voy y tú entretanto,
 ya que están en nuestra tierra,
 treinta mil indios de guerra,
 que al mundo ponen espanto,
 tenlos dispuestos de modo,
 que apenas sus corazones
 articulen condiciones,
 cuando acabemos con todo,
 sin dejar un español.

CAUP.—Como tracemos su muerte,
 descuida, obliga y divierte,
 y vaya contigo el Sol. (*Vase*).
 Parte, Tucapel, volando,
 y di a Rengo y Cucumán (33),
 Lincoya y Andalicán,
 que los esto y esperando.

(*Vase Tucapel*).

Lo demás, Lautaro, a ti
 te toca; prevén mi gente.

LAUT.—Bien sé que soy tu Teniente,

33. Otro nombre indígena de la exclusiva invención del autor.

y lo que me toca a mí.
 Que con trescientos soldados
 se atreva un hombre a venir
 a conquistar y a rendir
 cien mil tigres conjurados?
 Mañana habemos de ser,
 sin extranjeros, señores,
 absolutos poseedores
 de Chile.

FRES.— A tu gran poder,
 adorado esposo mío,
 se vea España rendida,
 como yo por ti en mi vida
 la fuerza de mi albedrío.

GUAC.—No hay cosa que me contente,
 hasta que le den tus manos,
 a costa de los cristianos,
 círculos de oro a tu frente.

LAUT.—Ni a mí, amante esposa mía,
 hasta que vea después
 cárdena y fría a tus pies
 la boca de Don García.

(*D. García, D. Luis de Toledo, D. Felipe de Mendoza y
 Bocafría*).

D. LU.—En la forma que mandó
 Vuestra Señoría se ha hecho,
 y puede estar satisfecho,
 que nadie mejor que yo
 le sirve. Un pregón se ha dado,
 que los indios que estuvieren
 ofendidos o quisieren
 quejarse de algún soldado,
 que vengan luego, y están
 tan arrogantes y ufanos

de ver que los araucanos
 venciendo y matando van,
 que no sólo su esperanza,
 fundada ya en su malicia,
 solicita la justicia,
 pero pide la venganza.
 Y sólo un indio cristiano
 se queja de Villagrán,
 de que siendo Capitán,
 entró y con resuelta mano
 de su buhío sacó
 dos barras de oro.

- D. GAR.— Muy bien;
 luego otras dos se le den
 de las doce que él me dió.
- D. FEL.—Falta pienso que han de hacer
 al Hospital.
- D. GAR.— Poco importa
 que la fábrica sea corta,
 si lo es el poder también.
 Lo primero, al gobernar,
 se sigue el restituir
 y luego el distribuir,
 sin ofender ni quitar.
 Que en las obras se condena
 y por malo se señala
 el que consiente la mala,
 para conseguir la buena.
 Y así, la ley que previene
 estos casos más me incita
 a volver lo que se quita,
 que a dar lo que no se tiene.
- BOCAF.—Yo firmaré de mi mano,
 según lo que alcanzo yo
 que desde que Adán pecó
 no ha visto el género humano

Ministro tan puntual,
 Gobernador tan prudente,
 vasallo más obediente,
 ni tan digno General.
 Puede ser Vuestra Señoría
 general de un escuadrón
 de mártires del Japón,
 todos de la Compañía. (34)
 Generalísimo puede
 ser de los anacoretas
 del yermo, a quien los Profetas...
 Pero hasta aquí seguirle,
 porque aun no he mirado apenas
 el *Flosantorum Primero*
 de Villegas (35), y no quiero
 meterme en vidas ajenas.

D. GAR.—Luego se apreste un navío
 para el Perú, adonde irán
 con Aguirre y Villagrán

34. Alusión a los jesuítas que habían padecido martirio en el Japón, especialmente en los años de 1622 y 1624 de que circulaban por entonces algunas relaciones impresas en España. Véanse descritas bajo los números 79-95 de la *Bibliografía española de las Islas Filipinas*, de Medina, Santiago de Chile, 1897, 8.º

Aquellos hechos tuvieron tal repercusión en el ánimo español, que Lope de Vega los llevó al teatro.

35. Muy confuso resulta el contexto de estos últimos cinco versos. Hemos puesto a *Primero* con mayúscula, dándole la función de numeral ordinal y no de adverbio, por que creemos que esa voz debe referirse al libro de Villegas (cuyo nombre era Alfonso) que cita el gracioso de la comedia, porque, en efecto, su obra del *Flos Sancto um* consta de cinco partes, la primera de las cuales a que se alude, se imprimió en Toledo en 1591. La describió don Cristóbal Pérez Pastor bajo el número 401 de su *Imprenta* en aquella ciudad.

los demás presos que envío. (36)
 Sus dañadas intenciones
 condene la Audiencia allá,
 mientras yo castigo acá
 rebelados corazones:
 que igual la grandeza
 si ellos triunfan como sabios,
 de convencidos agravios,
 en tanto que yo peleo.
 Dos partes distintas son
 letras y armas, pero aquí
 las dos se juntan por sí
 en una conforme unión;
 y así, en la empresa que sigo

36. Es bien sabido que los dos rivales que se disputaban el gobierno de la colonia después de la muerte de Valdivia fueron despachados desde el puerto de la Serena presos al Perú, en el mismo navío, por Hurtado de Mendoza. Dando cuenta de este hecho al Rey, el Marqués de Cañete, en carta de 28 de Junio de 1557, le decía: ..« y allí los juntaron a los dos gobernadores, que no cabían en seiscientas leguas que cupiesen en una cámara del navío..» Morla Vicuña, *Estudio histórico*, p. 144 de los Documentos.

Pedro de Oña divulgó con la publicación de su *Arauco domado* una frase parecida, que atribuye a Francisco de Aguirre:

Salióle Aguirre en viendo que venía
 A recibir al bordo de la nave.
 Y aun dicen que le dijo en tono grave
 Esta razón tan llena de energía:
 Ya, lo que en todo Chile no cabía,
 Agora en una tabla sola cabe....

Avila dice también que presos juntos con ellos iban otros, y así es la verdad. Los nombres de casi todos los que acompañaban en tal calidad a los dos gobernadores los hemos dado en la página 82 del tomo XXVIII de la *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile*.

viene a ser tan necesario
como rendir al contrario
el castigar al amigo.

(Sale un paje).

PAJ.—Un indio viejo esta ahí
por los de Arauco.

D. GAR.— Entre luego.

BOCAF.—Vendrá fulminando fuego.

D. GAR.—Saquen dos sillas aquí,

BOCAF.—El que menos se provoca
déstos de Arauco, promete
en cada ojo un cohete,
y un triquitraque en la boca.

D. FEL.—De que aquí este Embajador
tenga asiento, estoy corrido.

D. GAR.—Por el honor del vencido
se reputa el vencedor (37);
y como miro al blasón

37. Sentencia calcada sobre la que había escrito Ercilla
(2-I-7, 8):

Pues no es el vencedor más estimado
De aquello en que el vencido es rpnea.odt

Pero, ¿qué mucho? cuando vemos que Cervantes, entre las razones que pasaron entre Don Quijote y el Caballero de la Selva, llegándole éste á decir que, habiéndole vencido á él, su gloria, su fama y su honra quedaban transferidas a su persona, y siguiendo siempre en prosa añade «y tanto el vencedor es más honrado, cuanto más el vencido es reputado»: palabras que manifiestamente revelan que citaba de memoria estos versos de Ercilla, pasados, hasta ahora poco, inadvertidos en todas las ediciones del *Ingenioso Hidalgo*, y lo habrían continuado siendo, probablemente, si no los ubieravic reaidhndo para el verdadero divulgador de tan hermosa reflexión el eruditísimo Rodríguez Marín.

a que aspiro en la victoria,
 por hacer mayor su gloria,
 les doy esta estimación.
 Y no podremos perder
 nada, Arauco no domado,
 cuando hayamos obligado
 a los que pueden vencer.
 Que estando este bien dudoso
 ignorancia hubiera sido
 anticipar el vencido
 la ofensa del vitorioso.
 Y, caso que deste error
 sobre alguna parte aquí,
 siempre son buenas por sí
 las dádivas del honor.

(Sale Colocolo).

COL.—Deidad humana, Español,
 claro honor de los Mendozas,
 que en el primer arrebol
 de tu juventud te gozas
 lleno de rayos del Sol;
 él te guarde.

D. GAR.— Y él te dé
 tan viva luz de la Fe,
 que tu ciego error en ti
 conozcas. Siéntate y di
 a qué vienes.

COL.— Si haré.

X Por el Estado Araucano,
 perdóname, (el más anciano
 soy) vengo a decir,
 si aquí es justo introducir
 vuestro imperio soberano?
 Y pues está en opinión

de sabio tu corazón,
que le dáis, juzga prudente,
a nuestro espíritu ardiente
culto de otra religión
cuando es ya rigor impío
obedecer mandamientos,
de extranjero señorío.
que siempre han de estar exemptos
los actos del albedrío.
Si os fundáis en más valor,
del nuestro informar podrá
haberse visto inferior
la parte de España ya,
con retirado temor.
Y si en menos rustiqueza,
más ha que vuestra destreza
tiene escuela; y no diréis
que soís, cuando nos culpéis,
de mejor naturaleza.
Si en más vida, ya sabemos
de las que quitado habemos,
que igualmente son mortales
en todos, como inmortales
las almas que poseemos.
Y siendo así, ¿qué razón
fuera de injusta intención,
os determina y consiente
desta región de Occidente
tan amplia jurisdicción?
Si aquel primer hombre Adán,
como decís, en su afán
libre el mundo poseyó,
mostrad por donde os dejó
la tierra en que otros están?
Y quedaré convencido,
si mostráis algún derecho,

la guerra puesta en olvido,
todo Arauco satisfecho
y Felipe obedecido.

D. GAR.—Muy bien en esta ocasión
muestra Arauco su prudencia,
pues fió de la elección
de tu edad y tu experiencia
su libre conservación.

Porque sabes proponer
tan sabio y tan elocuente
por su parte, que, a no ser
nuestra justicia evidente,
me pudieras convencer.
Bien sé que os han enojado
los tributos que han impuesto
los que hasta aquí han gobernado,
y que deseáis por esto,
redimir vuestro cuidado.

Esta razón nos condena,
pero fué por culpa ajena
y con su dueño acabó,
pues vengo a traeros yo
el alivio desta pena.
Y de haber introducido
su jurisdicción mi Rey,
supuesto que os ha instruido

preceptos de justa ley,
con justo derecho ha sido.
Si el Papa debe instruir,
también mi Rey oprimir
con fuerza, y tienen los dos,
como inmediatos de Dios,
poder para reducir.

Y, así, os pretendo fundar
seminarios religiosos,
donde os puedan enseñar

con preceptos amorosos
la ley que habéis de guardar.
Confieso que en ser mortales
venimos a ser iguales,
pero en el conocimiento,
en la Fe y en el intento
sin número desiguales.
Y esto sin argumentar
se puede aquí comprobar
el querer redimir,
pues venimos a morir
por no dejaros errar.
Y en cuanto toca a tener
más fuerza o mayor poder,
culpa sería ignorante
el discurrir arrogante
en lo que habemos de ver.
Sólo es lo que yo pretendo
cumplir, matando o muriendo,
con mi honor, asegurando
que he de pelear, vengando,
si vosotros defendiendo.

COL.—En parte estoy convencido,
y con los de Arauco quiero
que trates de algún partido,
y entretanto de tu acero
esté el rigor suspendido.

D. GAR.—Parte, y de su voluntad
la resolución postrera
puedes saber.

COL.— ¡Qué bondad
y qué valor! no creyera
tal ser de tan poca edad;
pero en la reportación
tiene puesto el corazón,
y le falta en lo advertido,

que, aunque sabe, no ha sabido
conocerme la intención.

(Vase).

D. FEL.—Este ya es temor.

D. GAR.— No es.

que este es ardid cauteloso,
como lo veréis después:
porque nunca el poderoso
entra echándose a los pies.
Venimos a restaurar
lo que ellos saben ganar,
y cuando matan y hieren,
piden partido: éstos quieren
solamente asegurar,
y debajo de traición
nos encubren su intención,
que en ella arguye malicia
argumentar la injusticia
y abrazar la sujeción.

D. LU.—Pues, ¿por qué Vuestra Señoría
disimuló el conocer
la industria con que venía?

D. GAR.—Porque me pienso valer
de la misma que él traía.
Ellos han de imaginar
que espero yo descuidado,
creyendo que han de tratar
de medios, y en su cuidado
los tengo de castigar.
El Capitán Belisario
publicó, venciendo a Mario,
que su mayor vencimiento
fué el ejecutar su intento
sobre el ardid del contrario.

Póngase en orden mi gente,
y llevará la vanguardia
Don Luis.

D. LU.— El cielo aumente
tu vida.

D. GAR.— La retaguardia
se dará al valor prudente
de don Alonso de Arcila.

D. LU.— Hoy en su diestra aperebe
el cielo un segundo Atila,
que él pelea como escribe.

D. FEL.— A un tiempo corta y afila
espada y pluma.

D. GAR.— En su honor
dudar nada fuera error,
que aunque se muestra ofendido,
porque preso le he tenido,
no he de negarle el valor. (38)

38. Tal es la única figuración que se concede a la persona del poeta en la comedia, afortunadamente en términos que no desdican de las consideraciones que le eran debidas y que un ingenio como el de Lope de Vega pretendió negarle en circunstancias análogas. Algún deajo, queda, sin embargo, de que Avila no le celebrara a las claras, cuando se habla de aquel su *valor prudente* al confiarle la *retaguardia*. Por lo demás, tan exagerado como el compararlo a Atila, resulta de benévolo el aserto de que «pelea como escribe». La frase puesta por Avila en boca de don Felipe de Mendoza, posiblemente la redactó teniendo a la visa el soneto que aquel hermano de don García había escrito en loor del poeta, puesto al frente de la edición de *La Araucana* que salió a luz en Madrid, en 1578, hablamos de la en octavo, cuyo segundo cuarteto dice así:

Con propios ojos ví que Marte airado
La venturosa diestra te guiaba,
Y que al oído Apolo te inspiraba
Por otra parte el verso delicado.

Con los caballos iremos

Don Felipe y yo.

D. FEL.— Hoy veremos
rendidos por tu saber
del araucano poder
los arrogantes extremos.

BOCAF.— Aunque ve Vuestra Señoría
tan callando a Bocafría,
un alcalde solamente
confieso que es más valiente
en una chancillería.
Dos cabezas hiendo y rajo
solamente con un tajo,
que en cuanto toca a mi espada,
al Cid no le debo nada,
de lamparones abajo.

D. GAR.— Sí, pero habéis de advertir
que anticipáis el decir,
que primero es el hacer
donde es prudente el poder:
y sólo en el presumir
menos valiente os quisiera,

Ercilla, conviene recordarlo, no tuvo en Chile mando de ninguna especie, habiendo peleado siempre como simple soldado de a caballo. En Millarapué se halló a las órdenes de Rodrigo de Quiroga, y en el socorro despachado desde la Imperial a Cañete bajo el mando inmediato de don Miguel de Avendaño y Velasco.

Por último, no se extrañe de que veamos que Avila le apellide *Arcila*. *Arzila* se firmó él mientras permaneció en Chile y aun hasta algunos años después de su regreso a la Península; y de ahí que con tal apellido le nombren Góngora Marmolejo, Barco Centenera y muchos otros, tanto en Chile como fuera de aquí.

que la hazaña verdadera
es la que no se previene,
y luce mal cuando viene
de aquel que menos se espera.





JORNADA TERCERA

(Caupolicán, Colocolo, Lautaro y Rengo).

CAUP.— ¿Al fin lo engañaste?

COL.— El queda
tan descuidado, que ya
no hay cosa que daros pueda
cuidado; parado ha
vuestra fortuna su rueda.

Entré para asegurar,
difiriendo su poder
en su tirano intentar
y dejéme convencer
para mejor engañar.

CAUP.— ¿Qué talle tiene?

COL.— Valiente
parece.

REN.— ¿El rostro?

COL.— Excelente.

LAUT.—¿Airoso cuerpo?

COL.— Bizarro,
aunque sin mucho desgarro,
que es reportado y prudente.
Con particular destreza
parece que en sus acciones
se extremó naturaleza
compasando sus razones,
su ingenio y su gentileza,
y si puede el enemigo
obligarnos a respeto
y amor, claramente os digo
que le soy en lo secreto
del alma inclinado amigo.
Y si habéis de hacer por mí
algo, sólo os pido aquí,
que si vivo le podéis
rendir, que no le matéis.

CAUP.—Yo te lo prometo así.

¿Qué gente se ha prevenido?

LAUT.—Tomé, Rengo y Leucotón
Diez mil indios han traído
de comprobada opinión
y de valor conocido;
y los caciques también,
Lincoya, Malco, (39) Purén;
Paycabí y Andalicán
otros veinte mil te dan;

39. Tercer nombre indígena que no figura en *La Araucana*, pero que tiene más sabor a la lengua de Caupolicán que los otros dos que hemos ya visto, a causa de su terminación en *co*; y aun es curioso notar, como simple coincidencia, de que existe verbo con esa raíz. *v. gr.*: *malcotun*, recibir la pelota en el juego de este nombre.

para que el mundo te den
y antes que se pase el día
te dará su esfuerzo a tí
preso o muerto a Don García.

(*Guarolda llorando*).

¿Pero qué es esto? ¡ay de mí!
tú lloras, esposa mía?
¿quién se atreve a deslustrar
en tus claros resplandores
tu soberano mirar?

GUAC.—A mí, Lautaro, temores
de que no te he de gozar;
¡Triste de mí! que he soñado
que en estrecha sujeción
he visto a Arauco domado
y tu altivo corazón
de una flecha atravesado. (40)
Permitiόμε el hado impío
juntar con tu rostro el mío,

40. Aquí es donde el diálogo amoroso entre Lautaro y Guarolda se acerca más a la imitación ercillana. El poeta ha referido al fin del canto XIII, con colores tan vivos como hermosos, aquel despertar de los amantes, cuando Lautaro comienza a contar a su amada el sueño que acaba de tener, y

Ella en esto soltó la voz turbada,
Diciendo: «ay que he soñado también cuanto
De mi dicha temí, y es ya llegada
La fin tuya y principio de mi llanto!»

Pasaje del poema que debe quedar famoso, por el hecho casi increíble de que el gran Quintana, juzgándolo con verdad de pura invención del poeta, llegara, por ello, a la conclusión de que «con otros del poema, sirve a derribar las vanas pretensiones de los que quieren calificar de historia el libro de *La Araucana*!» ¡Es de quedarse estupefacto cuando de tales premisas se ve sacar semejante conclusión!

y en residencia del sueño
 los ojos abrí, ¡ay mi dueño!
 que te vi cadáver frío.
 Como ya la muerte impía
 división sangrienta hacía,
 cada lágrima, ¡ay de mí!
 que vertía sobre tí,
 en sangre se convertía.
 Y ya tan unida estaba
 la tuya a la que te daba
 mi corazón, que dudó
 el alma, cuando salió,
 de que sangre se ausentaba:
 ¡muerto te he visto!

LAUT.— El hermoso
 rostro enjuga, que engañoso
 fué tu sueño: vivo estoy
 y tuyo, Guacolda, soy.

(Fresa con una corona de oro).

FRES.— Albricias, querido esposo:
 haciéndole a Eponamón
 devotísima oración,
 se me apareció a mi lado:
 esta corona me ha dado,
 y dice que en opresión
 se verán hoy los cristianos:
 y es el ponerla en mis manos,
 según me parece a mí,
 señal que te elige a tí
 por Rey de los araucanos.

CAUP.— Bien me la puedes poner
 sin dudar y sin temer;
 veamos cómo me está,
 que corona que un Dios da,

a nadie puede ofender:
¿estáme bien?

COL.— A tu frente
se le debe el eminente
señorío universal,
que el dominio natural
es el que el cielo consiente.

CAUP.—En tus ojos, Fresa hermosa,
como en claro espejo, veo
mi coronación gloriosa.

GUAC.—Y yo en mi mismo deseo
tu potestad milagrosa;
de suerte está en tu cabeza,
que ya la Imperial grandeza
redime constituída
los méritos de tu vida
a ley de naturaleza.

LAUT.—Con habernos anunciado
un dios nuestro vencimiento,
persevera en tu cuidado,
tu llanto en tu sentimiento:
parece que te ha faltado
la fe. ¿Entre sombras adquieres
fantásticos pareceres?
¿Y cuando despierta estás,
crédito a un sueño le das
y a un dios negársele quieres?
En tanto que me detengo
para sólo armarme, Rengo,
manda tocar a marchar.

(Tucapel herido).

TUC.—En poco podréis dudar
nuestro mal, pues véis cual vengo:
ya huyen vuestros soldados

heridos y amedrentados
del rayo de Don García.
COL.—Que lo engañé presumía,
y somos los engañados.
CAUP.—Retírate a tu buhío
en tanto que te desvíó
este peligro en que estás.
FRES.—Mi bien, coronado vas;
fía en tu dios y en el mío.

(Vánse y queda asida Guacolda de Lautaro)

GUAC.—¿A dónde vas?

LAUT.— A impedir
su furia y a resistir
la violencia de su acero.

GUAC.—Ponte tus armas primero;
mira que vas a morir.

LAUT.—Ya no hay temor que me impida,
si viese del homicida
la espada en mi corazón,
que nacen con la ocasión
los desprecios de la vida.
Suelta, o cortaré el brazo,
y dejaréte con él.

(Vase).

GUAC.—Por ser tuyo ese pedazo,
rompiera tu golpe en él
desta unión el mejor lazo.
Dos almas puedes llevar,
pues con dos he de quedar,
que si yo al verte morir,
con la mía he de sentir,
con la tuya he de acabar.
Restitúyeme el sosiego;

vuelve a mis brazos, y luego
 a pesar de tus enojos,
 te esconderé con mis ojos
 entre flámulas de fuego.
 Y si te aflige el rigor
 del Cristiano vencedor,
 vuelve a tu primer reposo,
 te aclamaré victorioso
 en los triunfos de mi amor.

(*Lautaro ensangrentados los pechos, y con una flecha*).

LAUT.—Alguna deidad ha sido
 en sombras disimulada
 tu dormitar convencido.

GUAC.—Esta es la flecha soñada,
 y ése el corazón herido:
 ¿dónde vas?

LAUT.— A pelear (41).

(*Vase*).

GUAC.—Déjame, mi bien, llegar
 a tu ensangrentada vida,
 para que tenga tu herida
 virtud también de matar.

41. La exclamación es valiente y oportuna, dicha por el indio cuando ya está herido. Queda en suspenso en la comedia el fin que tuvo Lautaro, el cual, según *La Araucana* (230-5-7-8) se produjo en los primeros momentos del asalto de los españoles, a tiempo que

Del toldo el hijo de Pillán salía
 Y una flecha a buscarle que venía,

que le atravesó derecho el corazón. Y de aquí la explicación de la parte del sueño de Guacolda en la comedia, en que le refiere a Lautaro:

he visto Arauco domado
 y tu altivo corazón
 de una flecha atravesado.

(*Don Felipe, y don Luis tras de Tucapel. Rengo y Colocolo salgan por una puerta, y métanlos por otra a cuchilladas, y salga Caupolicán*).

CAUP.—¿Cómo es, decid, vuestro acero,
Cristianos, tan diferente
de los que maté primero?
¿Cómo con tan poca gente
hacéis estrago tan fiero?
¿A dónde estás Don García?

(*Sale don García*).

D. GARC.—Aquí estoy.

CAUP.— Caupolicán
te llama y te desafía:
redúzgase, Capitán,
a tu fuerza y a la mía
la guerra (42).

42. Este desafío de Caupolicán a don García, no es, como pudiera pensarse, obra de la fantasía del autor de la comedia, que echara mano de tal recurso para dar al desarrollo de la intriga un interés creciente, pues es un hecho histórico referido por el propio don García y contado por extenso en *La Araucana* (pp. 411-412). El emisario del cacique, llevado a presencia del caudillo español, delante de mucha gente que se había juntado a la novedad, le transmitió su embajada, diciéndole (411-1-5):

«Oh capitán cristiano! si ambicioso
Eres de honor con título adquirido,
Al oportuno tiempo venturoso
Tu próspera fortuna te ha traído:
Que el gran Caupolicano, deseoso
De probar tu valor encarecido,
Si tal virtud y esfuerzo en tí se halla,
Pide de solo a solo la batalla.

Eso sí, que tal desafío se produjo cuando los españoles tenían asentado su campo en Millarapue y en vísperas de la

D. GARC.— Como valiente
te resuelves, pero quiero
ver que despojes primero
de esa corona tu frente;
que como he considerado
que a mi Rey se la has quitado,
su Católico sujeto
juzgo en ella, y el respeto
me tiene indeterminado.
Y cuando tu valentía
superior quede a la mía,
quiero, aún quedando vencido,
haberte desposeído
de esa injusta tiranía.

CAUP.—¿En que sé funda, quisiera
saber, esta acción primera
del dominio de tu Rey?

D. GARC.—En instruiros la Ley
de Dios, que es la verdadera.

CAUP.—Porque con tu muerte veas
cumplido lo que deseas,
te soy en esto obediente.

(Pelean).

Si presumes blandamente
con arrogancia peleas;
no me espanto que mi gente
huya acobardadamente,
ni que haya Rey que se atreva
a introducción de Ley nueva,
con vasallo tan valiente.

batalla de este nombre. Avila, que no pudo ajustar el hecho al orden cronológico, se aprovechó de tan romántico y caballeresco incidente histórico para levantar la figura de su héroe, hasta llegar a suponer que el duelo se verifica y que en él sale vencido Caupolicán.

(Vase retirando, y salen Don Luis y Don Felipe con las espadas desnudas).

D. FEL.—Mira que es Caupolicán
el que huye.

D. LUIS.— ¿El Capitán
de Arauco?

D. GAR.— Muy bien lo sé,
pero ya el temor se vé
en pasos que huyendo van:
y aunque lo pude vencer
aquí, matar o prender,
tenerlo es más conveniente
temoroso con su gente,
que vencido en mi poder

D. FEL.—Cuando la victoria empieza
se ha de seguir, que es flaqueza
dejar de lograr el día.

D. GAR.—Aunque tenga sangre mía,
le he de cortar la cabeza
al que pasare de ahí.

D. FEL.—Hemos de dejarlos?

D. GAR.— Sí.

D. LUIS.—Pues ¿qué es lo que se ha de hacer?

D. GAR.—Tocar luego a recoger,
que no he de pasar de aquí.
Si huyeron sobresaltados,
porque estaban descuidados,
muchos son para seguidos,
que revolverán, corridos
de verse tan despreciados.
Cuando hay fuerza de poder
se ha de seguir la vitoria,
pero cuando viene a ser
con ardid, mayor la gloria

es no volverla a perder.
 Ya los indios rebelados
 han visto a sus defensores
 huir, y, desengañados,
 han de volver inferiores,
 y en su culpa escarmentados.

D. LUIS.—Discurre Vuestra Señoría
 en todo como prudente.
 Detendré la infantería.

(*Vanse*).

D. FEL.—Yo los caballos.

(*Sale Bocafría con dos manos cortadas y la espada desnuda*).

D. GAR.— ¡Detente!
 ¿qué haces?

BOCAF.— Hoy es mi día,
 y quiero por desquitar,
 el decir con el obrar,
 pues huyen los Araucanos,
 matar dos, o tres cristianos,
 por no dejar de matar.

D. GAR.— ¿Qué es eso?

BOCAF.— A un indio, que fué
 mi enemigo, le corté
 las manos que traigo aquí. (43)

D. GAR.— ¿Quedó vivo?

BOCAF.— Señor, sí:
 pero no por mejor fué.

43. Ya se habrá adivinado que tal suceso en la comedia es pura reminiscencia de aquel acto atroz en que Galvarino sufre impasible que los españoles vencedores le corten las manos.

Un primo mío mató
en el encuentro pasado,
cuando Valdivia murió,
y no quedará vengado,
matándole ahora yo:
cada día ha menester,
que otro le dé de comer.
Y no hay más terrible pena,
que comer por mano ajena,
siendo forzoso el comer.
Haga manos de los codos,
que aunque busque menos modos,
siempre se verá morir
el que ya para vivir
los ha menester a todos.
Y demás de carecer
de lo dulce del rascar,
vil desdicha vendrá a ser,
si está desnudo, esperar
que le vista su mujer;
que si se debe inferir,
que es posible el no gruñir,
aún las que tienen amor,
están más diestras, señor,
en desnudar, que en vestir.
¿Qué busca Vuestra Señoría?

D. GARC.—Una corona arrojó
Caupolicán, y querría
hallarla: aquí la vi yo.

BOCAF.—Algún demonio tenía;
siempre en este valle han sido
todos los más hechiceros,
y habrá desaparecido.

(*Don Felipe y Don Luis, asidos a Guacolda*).

GUAC.—Si sois los dos caballeros,
que me déis la muerte os pido.

D. LU.—Señor don Felipe, mía
es la india.

D. FEL.— En cortesía
siempre me dejó vencer,
pero aquí fuerza ha de ser
el sustentar mi porfía.

D. GARC.—¿Qué es esto?

D. FEL.— Habemos traído
esta india, y ser queremos
cada uno preferido.

BOCAF.—Esto es hecho: aquí tenemos
saetazo de Cupido;
y no me espanto, por Dios,
que la pleiteen los dos,
que, demás que es excelente,
son mozos y están a diente;
lo mismo hiciérades vos,
humana flaqueza mía.

D. GARC.—Libre los dos la dejad.

D. FEL.—Advierta Vuestra Señoría . . .

D. GARC.—Conozco que es su beldad

la causa de esta porfía.

Y si amorosas pasiones

turban honrosos blasones,

menos dañoso ser puede

que libre una india quede,

que presos dos corazones:

que aunque pensar fuera error,

que se reduce a delito

el gusto donde hay honor,

flaquezas del apetito

entorpecen el valor.

¡Libre estáis!

GUAC.— Que no es, advierte,
mi libertad la que pido,
sino que me déis la muerte,
y habréis, cristianos, tenido
piedad en mi adversa suerte (44).

(*Hincase de rodillas*).

Matadme, que ya rendida,
de vivir sólo ofendida,
he de invocar vuestro acero.

D. GARC.— Levanta, y dime primero,
¿por qué aborreces la vida?

GUAC.— Capitán prudente y sabio,
a cuyos valientes hechos,
la restauración de Chile
tiene reservado el cielo,
la infeliz Guacolda soy,
de aquel indio que habéis muerto,
llamado Lautaro, esposa,
poco amante, pues no muero.
Por su mucha valentía,
llegó legítimo dueño,
a las ternezas de un alma,
y a las delicias de un cuerpo.
Tan conformes nos gozamos,

44. Otra reminiscencia ercillana de una india que no solicita de sus apresadores la libertad sino la muerte. El deseo expresado por Guacolda es el mismo que en el poema se pone en boca de Tegalda (330-2-I, 2:)

En esto con instancia me rogaba
Que su dolor de un golpe rematase,

refiere el poeta que la india le pedía.

que formaba el pensamiento,
por lo que tardó el principio,
dulces quejas contra el tiempo.
Y tan unidos a un sér,
que hizo, yo en lazo estrecho,
pasto común a mi vida,
de su regalado aliento.
Disculpa, si has sido amante,
mi amoroso sentimiento,
y perdóname en ti mismo
enternecidos afectos.
Y si te falta piedad,
atribúyelo al no serlo,
que solos los que han querido
saben disculpar extremos.
Dos almas quitó una flecha
y al salir la mía, pienso
que la embargó en mis desdichas
la vida del sentimiento.
Si no es que, al partir la suya,
se comunicó a mi pecho,
por dejar introducida
su vital llama en mi aliento.
Y si esto imposible fué,
por la división del cuerpo,
muerta en mí dejó su vida,
y yo la vivo muriendo.
Cuando ausente le tenía,
sin luz mis ojos vivieron,
y hasta verle, unos en otros,
tropezaban mis deseos.
Y ahora que ya, ¡ay de mí!
ni le busco, ni le espero,
porque está en morir mi vida.
aun con la muerte no encuentro.
Capitán, como le vi

le soñé herido y sangriento,
que pronósticos contrarios
siempre han sido verdaderos.
Desmintióme una corona,
que un ídolo de los nuestros
le dió a Fresa, amada esposa
de Caupolicán, soberbio.
Que hoy os veríais, le dijo,
a su gran poder sujeto,
y Arauco seguro y libre
de vuestro tirano imperio.
Mas sólo en mi desventura
pudo permitir el cielo,
que fuese un dios misterioso,
cuando no lo ha sido un sueño.
Y en tan infaustos pesares,
sólo a tu rigor apelo,
pues consiste el bien que busco
en la impiedad de tu acero.
Solicite un golpe el fin
de martirios tan inmensos,
que en lo más de las desdichas,
piedad es buscar lo menos.
Y no son grandes las penas
de los que viven muriendo,
si a lo breve de una muerte
se reducen los tormentos.

BOCAF.—De suerte lo ha relatado,
que me ha enternecido el pecho
y sólo por tener barbas
dejo de llorar muy tierno.

D. GARC.—Tu muerte pides, Guacolda,
con tal piedad, que parezco,
cuando estoy más compasivo,
cruel porque te la niego.
Y porque sepas que nace

la crueldad de tu deseo,
de la ciega idolatría
de tu torpe entendimiento,
la corona que tú dices,
ya Caupolicán la ha puesto
a mis pies, y envuelta en humo
se ha desaparecido entre ellos.
Demonios son vuestros dioses,
y con engañoso intento,
por asegurar las almas,
os lisonjean los hechos.
Solamente nuestro Dios
es, Guacolda, el verdadero,
y el que nos hizo de nada,
estando siempre en sí mismo.
Y si por aquí hay alguno
de los tuyos, verás presto
comprobada esta verdad
con fáciles argumentos.

GUAC.—El que anunció tu venida,
en este peñasco hueco
suele hablar y responder:
si aquí hay demonio, aquí es ello

D. GARC.—En este Agnus Dei está
(Sáquelo del pecho).
un átomo del madero
en que este Dios que te digo
venció la muerte muriendo,
Toma, y háblale con él.

(Tómale).

GUAC.—Muestra, Eponamón supremo,
que por deidad te acreditas,
con articulado aliento:
sal de ese peñasco duro,

vuelve por ti, compitiendo
con la grandeza que informan
deste círculo pequeño.

(Abrese la peña, salen muchas llamas de fuego y humo. De dentro de la peña:)

Reniego de su poder.

D. GARC.—Ahora verás en esto,
que has adorado engañada
un espíritu blasfemo.

BOCAF.—Este ídolo es nefando,
a pagar de mi dinero.

D. FEL.—¿Por qué?

BOCAF.— Huele a chamusquina,
y paga el delito en fuego.

GUAC.—Desengañada y temblando,
postrada a tus pies, te ruego,
que arrepentida me admitas
en la Ley de tu Evangelio.

D. GARC.—Levanta, Guacolda hermosa,
levanta, pues hoy el cielo
quiere levantarte así,
con soberanos misterios.
Y pues ya te has reducido,
será, a pesar del infierno,
tu segunda redención
hija de tu entendimiento.
Ven, y darán te el bautismo
que agora, sí, decir puedo
que merezco victorioso
laurel, a pesar del tiempo.
Y este, sí, es glorioso triunfo,
que en más estimo y más precio
darle a Dios una alma sola,
que a mi Rey un mundo entero.

(Vase).

(Caupolicán, Tucapel y Rengo).

CAUP.—No me diga nadie nada,
que ya vuestra cobardía
conmigo está disculpada,
después que de don García
probé la valiente espada.
¿En tal edad tanto brío?
¿No bastaba, cielo impío,
en la corona engañosa,
puesta en manos de mi esposa
fundar el engaño mío?
Muerto es al fin Orompello.

TUC.—Y seis caciques con él.

CAUP.—¡Echó la fortuna el sello!

(De adentro).

Si no me vengais, cruel,
me he de matar.

CAUP.— ¿Qué es aquello?

TUC.—El indio a quien los cristianos
le cortaron las dos manos.

RENG.—Vengarse a voces querría:
quitame él a don García
de entre ellos y verá llanos
en mi rigor sus intentos;
pero ¿qué he de hacer si vienen
templados cuatro elementos
en su juventud y tienen
cobardes mis movimientos?
El aire le obedeció
en el mar cuando pasó
hasta nuestra tierra, y luego
en sus venas todo el fuego

de la esfera se infundió.

TUC.—Si no toca a recoger,
era fuerza el revolver
cuando el socorro venía:
no bastaba valentía,
sino prudencia y saber.

CAUP.—Sólo siento de su gloria,
que los indios rebelados,
ya en nuestro amparo y concordia
van tras él amedrentados
a pedir misericordia.

(Sale Colocolo).

COLO.—A recibir el bautismo
de los cristianos, se va
Guacolda.

CAUP.— Hecho un abismo
de penas, no puedo ya
caber de enojo en mí mismo:
¿eres tú el de la experiencia?
¡mal haya el que se fió
de tu engañosa elocuencia!

COLO.—Confieso que me engañó,
Caupolicán, su prudencia:
¿quién en malicia tan diestra
creyera de parte vuestra,
que un mozo recién venido
se hiciera desentendido
para darnos con la nuestra?

CAUP.—Otra le tengo de armar;
veré si conmigo sabe
fingir y disimular;
a Guacolda en fiesta grave
el bautismo le han de dar:
¿quién duda que sus soldados

lo han de asistir desarmados?
y pienso con otro asalto
cogellos de sobresalto,
porque mueran descuidados.

TUC.—Bien dices, tras ellos vamos.

CAUP.—Avisa luego a mi gente
del intento que llevamos,
y marchen secretamente.

COLO.—Ruego al Sol que no volvamos
deshechos de la emboscada,
con la intención castigada,
que es astuto y valeroso,
y ha de vivir cuidadoso
de no descuidarse en nada.

(*Vanse*).

(*Salen Don García y Bocafría*).

D. GARC.—Déjalos.

BOCAF.— Si no te alejas,
o te tapas las orejas,
nos han de aturdir aquí:
viene un enjambre tras tí
de indios como de abejas.
¿Cómo, enjambre? Una legión
de langosta en escuadrón;
y a convertirse en mosquitos,
fuera por nuestros delitos
la plaga de Faraón.
Dicen que eres San García. (45)
y que te quieren besar
los pies.

45. Puesto en boca de los indios semejante concepto resulta un absurdo de marca mayor, que los apologistas de don García no tuvieron, sin embargo, empacho alguno en referir

D. GARC.— Mi humildad podría
responder por mí; a tratar
de su quietud y la mía
Don Felipe y don Luis irán.

BOCAF.—Yo vi tan quebrado
este chileno país
que como a vidrio cascado,
sólo le faltaba un tris:
ser mereces el primero
de los de España.

D. GARC.— Eso quiero,
que esté conmigo excusado,
que desdice a un buen soldado
el parecer lisonjero.

BOCAF.—¡Cuerpo de Cristo! ¿ha de ser
todo hacer y más hacer?

D. GARC.— Dura el juego todavía,
y puede en la suerte mía
volver el naipe y perder,
y tengo por ignorancia
bizarrear la ganancia,
sin haberme despedido.

BOCAF.—Que traes, pienso, revestido
un Catón en la elegancia.

D. GARC.—¿Qué dice Guacolda?

BOCAF.— Está
esperando a que le den
el bautismo, y sabe ya
las oraciones muy bien.

D. GARC.—Muy presto se le dará.

BOCAF.—Los nombres me preguntó.

con toda seriedad, Pedro de Oña, el primero, en el exordio
de su *Arauco domado*:

Mas, ¡oh sublime garza, San García,
(Ques nombre con que el bárbaro os honora)...

y el de María escogió;
díjeme, que si quería
llamarse Doña María.
Y aunque de mí se informó,
desto del don no he sabido
decirle lo que es el don,
mas de que es un apellido
tomado de mogollón
de todos los que han querido.
Una hinchazón barrenada,
ni adquirida ni heredada;
es un atributo güero;
y, finalmente, es un acero,
que hace número y no es nada,
y a llamarse, pienso yo,
que ya se determinó
redondamente María,
sin más don, ni argentería
que como Dios la crió.

(Don Felipe y Don Luis).

D. GARC.—¿Qué dicen?

D. FEL.— **Todos están**
las bocas puestas en tierra,
y humildes disculpas dan.

D. LUIS.—Atribuyen desta guerra
la culpa a Caupolicán.

D. GARC.—Y de haberse rebelado?

D. FEL.—Dicen que el mal tratamiento
del Gobernador pasado
fué la causa de su intento,
que, a tratarlos con agrado,
ellos supieran sufrir,
obedecer y servir.

BOCAF.—Estos son como el doliente,

- que de miedo se arrepiente,
cuando ya se ve morir.
- D. GARC.—Yo me doy por convencido,
en su descargo admitido,
que si es dañosa la culpa,
siempre es buena la disculpa
del que la da arrepentido.
- D. LUIS.—Que las minas labrarán
dicen, y que poblarán
los lugares despoblados.
- D. GARC.—Sólo el fin de mis cuidados
es ése, si ellos me dan
la tierra como la halló
Valdivia, no tendré yo
razón de pedirles nada:
verla quiero restaurada,
pero destruída no.
- D. FEL.—¿Qué tributo han de pagar?
- D. GARC.—Sólo aquel que ellos quisieren
voluntariamente dar.
- D. FEL.—Será muy poco el que quieran.
- D. GARC.—Antes se ha de acrecentar
y entre ellos medir verás
con menos corto compás,
lo que juzgaron injusto,
que el que da con propio gusto,
siente menos, dando más.
Aunque mira a sujeción
el dar por contribución,
ya es parte de libertad,
hacer de la cantidad
ellos mismos la elección.
Y cuando de nada pueda
servir esta cortesía
nuestro derecho nos queda
a salvo.

- D. LUIS.— Vuestra Señoría
dice bien: todo suceda
como pide su saber.
- D. GARC.—Así se ha de proponer,
y que adviertan que el lugar
que primero han de poblar
la Concepción ha de ser,
porque tengo preeminencia
por el nombre, como es justo.
- D. LUIS.—Prudentísima advertencia.
- D. GARC.—Ignorar lo que es tan justo
es culpable inadvertencia:
de los de Arauco no están
ningunos ahí?
- D. FEL.— Esos son
más altivos: morirán
primero en su obstinación
que rendirse.

(Vanse don Felipe y don Luis).

- D. GARC.— Mal harán,
si arrogantes y tiranos
pretenden los araucanos
impedir nuestro derecho,
que si a éstos les doy el pecho,
para ellos guardo las manos.
- BOCAF.—Solos estamos, señor,
y solo de ti un favor
a solas quiero adquirir.
- D. GARC.—Sin temor puede pedir
el que sirve con valor:
¿qué quieres?
- BOCAF.— Los apetitos
a buen fin, no son delitos.
- D. GARC.—Es verdad.

BOCAF.— Y ser podría,
no reparando María
en estos lamparoncitos
que ella, y yo...

D. GAR.— ¿Querrás casarte?

BOCAF.— Eso es para no cansarte.

D. GAR.— Toda la dificultad
consiste en su voluntad,
que ella es ei todo y la parte.

BOCAF.— La mano a Lautaro dió,
porque dice que le vió
defender los araucanos:
si yo les corto las manos,
mejores las tengo yo.
Y aunque sean infelices
las mías, como autorices
mi persona, y me de el sí,
le traeré de Arauco aquí
diez arrobas de narices.

D. GAR.— De lo que puedes te alejas mucho.

BOCAF.— Pues no son consejas:
porque me de el sí y la mano,
traeré del valle araucano
once barriles de orejas.

(*Don Felipe y don Luis*).

D. FEL.— Ya dicen que poblarán
los diez lugares que están
sin población, y es doblado
el tributo señalado
que a su Majestad le dan.
Porque vea en tu valor
la prudencia de tu pecho,
y porque juzgue, señor,
el servicio que le has hecho

viendo el tributo mayor.

D. GAR.—Con esto ya habréis quedado

con parecer reducido

los dos, de que fué acertado

el no haberles yo pedido,

si es más lo que ellos han dado.

Siendo este reino leal,

será desde hoy puntual;

porque no fué el no querer

tributar por no poder,

sino por tratarlos mal.

Traten sólo de agradar

los que quieren gobernar

y lograrán su intención,

que aún hay en la sujeción

modo también de obligar.

Sólo falta la obediencia

de Arauco: aquí hay diferencia

de modo, porque, en rigor,

el que niega con valor

pide resuelta inclemencia;

pero que tenga primero

el santo bautismo quiero

la que por Dios se desalma,

supuesto que el darle un alma

es el triunfo verdadero.

Y en la forma que ha de ser

os diré; venid conmigo.

D. FEL.—Muestre el cielo su poder

liberal siempre contigo.

digna acción de tu saber.

D. LU.—Laurel verde en campo de oro

te dé tu mismo decoro.

BOCAF.—Y aquel ángel araucano

solamente a mí la mano,

y arrástreme luego un toro.

(*Vanse*).

Salen Caupolicán, Tucapel, Rengo y Colocolo)

CAUP.—Por aquí embestir podremos
 en el punto que escuchemos
 los instrumentos festivos,
 y con brazos vengativos
 nuestra injuria vengaremos.
 que es imposible pensar,
 cauteloso Don García,
 que entramos en el lugar:
 Colocolo, esta es la mía
 y la tengo de lograr.

OL.—Después que a mí me engañó
 no me atrevo a pensar yo
 que ha de descuidarse en nada.

CAUP.—Esta ya no es tu embajada,
 que vengo en persona yo.
 Descuidados han de estar
 y sin armas para dar
 el bautismo a esa traidora,
 que de su ley transgresora
 se ha querido condenar.
 Por aquí es forzosamente
 el paso, después que ya
 traiga la crisma en la frente.

TUC.—Nuestra gente embestirá
 con una voz solamente
 que demos: y lo has pensado
 como advertido soldado,
 que el que nos dejó vencidos
 sólo pondrá los sentidos
 en su fiesta descuidado?

RENG.—Sin arcabuces vendrán,
 y por lo menos no harán

lo que otras veces han hecho.

TUC.—Fácilmente aquí en lo estrecho
deste paso perderán
las vidas.

RENG.— Si no previenen
el engaño, cierta tienen
la muerte.

CAUP.— Nadie se mueva
ni a embestir sin mí se atreva,
que ya parece que vienen.

(Chirimías y luego cajas; el paje delante con rodela acerada, arcabuceros en orden, don Felipe y don Luis con arcabuces, toallas y fuentes. Don García con peto y bastón, y Guacolda vestida a lo español lo más bizarro que se pueda. Esta salida ha de ser por un palenque).

Túrbesele al Sol la cara
y en pardos eclipses sea
su luz siempre menos clara,
porque en sí el castigo vea
de una privación tan rara:
armados vienen, ¿qué haremos?

TUCAP.—Por el lugar nos entremos
resueltos a pelear.

COLOC.—Lo que os puedo aconsejar
es, que ya nos retiremos,
que deste hombre sólo siento,
según en cualquier intento
es prudente y advertido,
que trae a su Dios metido
en su mismo entendimiento.

CAUP.—Pues no ha de decir de mí,
qué tantas veces volví
las espaldas; peleemos.

RENG.—Todos contigo lo haremos.

COLOC.—Pues, ¡ay! de Arauco y de tí!

(Sale Bocafría con la espada desnuda).

BOCAF.—Ea, famosos cristianos,
entre un millón de araucanos
dice, entrando en el lugar,
que me ha de desorejar
el que yo corté las manos:
acuda Vuestra Señoría
aprieta, que hoy es el día,
si el naípe puede volver,
en que es posible el perder.

(Tome la rodela y saque la espada).

D. GAR.—Perdona, hermosa María,
que son lances de la guerra.

(Vayanse y quede Guacolda sola).

DENTRO.—¡Santiago! ¡España! ¡cierra!

GUAC.—Vuestra Señoría, señor,
vino con su gran valor
a redimir esta tierra;
y así a un mismo tiempo aquí
nos da cuidadoso a mí
el bautismo de su ley,
mayor poder a su Rey,
y laurel eterno a sí,
que con tan heroicos nombres,
tal sangre y tales renombres
poco su sér aumentara,
si en Chile se contentara
con hacerlo que otros hombres.
¡Ea! hijo valeroso
de aquel Virrey, por quien ya

el Perú vive glorioso;
¡a ellos!, que Arauco está
de tu espada temeroso.
Que bien se te echa de ver
que has heredado el vencer
de la sangre de Mendoza,
y que España en ella goza
los triunfos de su poder.
Ya se rinden, ya se dan,
y huye Caupolicán
avergonzado y corrido;
los que a un ídolo han creído,
¿qué glorias no perderán?
Tómate cuenta a tí mismo,
Arauco, en tu barbarismo,
que el vencimiento mayor
es el conocer tu error
con la crisma del bautismo.

(Don García, Don Felipe, Don Luis, y todos los demás araucanos y españoles, menos Caupolicán).

COLOC.—Domado Arauco te ruega,
que pues a tus pies rendido
ya tributario se entrega,
que lo perdones vencido.

D. GAR.—Nunca mi piedad se niega,
que aunque el seros generoso
parezca en algo dañoso,
sólo quiero parecer
riguroso hasta vencer,
y en venciendo, ser piadoso.
El verdadero triunfar
es poder, y no matar;
y así me hace insistir

y al Gobernador Prudente,
animoso en el rendir
la gloria del perdonar:
libre estáis.

COLOC.—Nueve victorias te han dado
verde laurel, y has poblado
diez ciudades, persuadiendo,
peleando y corrigiendo. (46)

D. GAR.—Está el mundo admirado.

COLOC.— Y obediente
te humilla Arauco la frente
y que eres, dirá, señor,
el piadoso vencedor
y el Gobernador Prudente.

D. GAR.—¿Dónde está Caupolicán?
¿No se rindió?

D. LU.— El capitán
Reinoso, que lo siguió,
lo trae preso.

D. FEL.— Bien mostró,
hecho un segundo Roldán,
que es de Valdivia sobrino. (47)

46. Gran hincapié hicieron los citados apologistas en manifestar que su figura no había sido puesta bastante de relieve en *La Araucana*, entre otras omisiones, por cuanto no aparecían en ella expresados tales frutos de su gobierno en Chile. Nueve victorias en otras tantas batallas y la población de diez ciudades, dice Avila, sobrepujando en esto a todos los demás encomiadores del gobernador de Chile,—historiadores, poetas y dramaturgos,—quienes sólo llegan a hablar de nueve ciudades fundadas y del vencimiento en siete batallas.

47. Tal parentesco de Reinoso con Valdivia es absolutamente antojadizo, y el hecho, por su propia notoriedad, no vale la pena de que nos empeñemos en desvanecerlo.

(Sale Reinoso).

REIN.—Aunque a piadoso me inclino,
cuando es justa una venganza,
justas disculpas alcanza.

D. GAR.—¿Y Caupolicán?

REIN.— Previno
mi intención tu voluntad,
y mi sangre tu piedad;
y como clamara en mí,
quise entregártelo así.
Perdona si es impiedad.

(Corra una cortina y muéstrelo empalado).

D. GAR.—Por vida del Rey, tirano,
que estoy por darte la muerte
por hecho tan inhumano.

REIN.—Que murió, señor, advierte,
arrepentido y cristiano. (48)

48. Pues nada: la expresión que Avila atribuye a don García condenando la conducta de Reinoso, implica, lisa y llanamente, despojar a Ercilla de uno de sus más geniales y generosos arranques, cuando, después de contar con palabras que enternecen el suplicio de Caupolicán, dice muy en alto (547-5-7, 8):

Que, si yo a la sazón allí estuviera.
La cruda ejecución se suspendiera.

Asienta Reinoso en su disculpa, eso sí, un hecho de que también da testimonio *La Araucana*, cuando dice que al desgraciado caudillo indígena le bautizaron antes de ser entregado al suplicio (555-3-I,2):

Luego aquel tri-te, aunque felice día,
Que con solemnidad le bautizaron.

GUAC.—Por eso sólo, señor,
 merece perdón su error,
 que ser pudo si viviera
 en su obstinación muriera
 y fuera el daño mayor;
 lo primero que te pido
 es esto.

D. GARCÍA.—Y yo convencido,
 sólo por ti le perdono;
 pero, no por eso abono
 su rigor inadvertido,
 que aunque las venganzas son
 disculpas del corazón,
 la nobleza del poder
 consistió en poderla hacer,
 pero no en la ejecución.

Porque ¿qué más soberanos
 hechos, más nobles y humanos
 que tener siempre una vida
 inferior y agradecida
 a la piedad de tus manos?
 ¿Qué estado quieres, María?

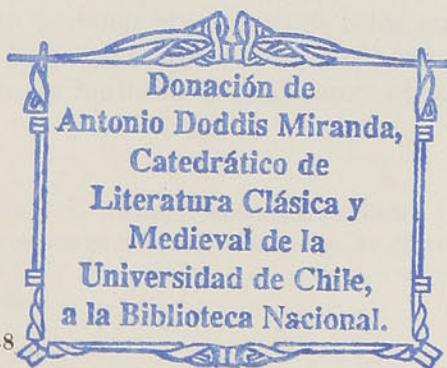
GUAC.—Ser religiosa querría.

BOCAF.—Pues tan frío me he quedado,
 lindamente me ha cuadrado
 el nombre de Bocafría!

D. GAR.—El premio de tal acción
 le toca a Su Majestad
 en esta restauración;
 y así, con la autoridad
 de una breve relación,
 a la verdad persuadido,
 y con causa agradecido.
 de su católico pecho,
 que os dará, estoy satisfecho,
 el que tenéis merecido

Y porque otra parte (49) cuente
el fin espléndidamente,
en ésta fin da el Autor
al piadoso vencedor
y al *Gobernador Prudente*.

49. Según sea la interpretación que se dé a esta voz *parte*, así serán también las consecuencias que habremos de sacar. *Parte* ¿se refiere en este verso a *persona*, a otro autor que pueda o quiera proseguir en la relación de las hazañas de Hurtado de Mendoza? ¿O se alude a otra *parte* de la misma comedia que Avila ofrezca aquí? Parece lo más cierto esto último, después del calificativo de *ésta* que sigue verso de por medio. En todo caso, no se tiene noticia de que el autor cumpliera semejante promesa: promesa y falta de cumplimiento que fueron frecuentes en los escritores españoles de antaño y de que sería ocioso que presentásemos ejemplos.





Que RICARDO DE TURIA sea un seudónimo es hecho de que nadie duda, (1) ni hay dudar tampoco en que el poeta que así quiso ocultar su nombre era valenciano, como ya bien claramente se desprende del supuesto apellido, nombre del río a cuyas orillas se levanta la ciudad que Cervantes admiraba por «la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de su contorno, y, finalmente, por todo aquello, decía, que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades, no sólo de España, sino de toda Europa...» (2) Pero, ya cuando se trata de descubrir quién fuera el autor de *La Béliquera Española*, que así quiso aparecer en público, se produce controversia entre los bibliógrafos y literatos, pretendiendo unos, que se trata de don Luis Ferrer de Cardona, y otros, que de don Pedro de Rejaule y Toledo.

Cabe la primacía en sostener el primero de estos asertos al trinitario fray José Rodríguez, que en su *Biblioteca Valen-tina*, después de haberse limitado a citar como obras de un

1. «El nombre de Ricardo de Turia... es, indudablemente, supuesto; pero quién era el que se ocultaba bajo este seudónimo, no aparece claramente averiguado.» Salvá.

2. *Persiles y Sigismunda*.

anónimo valenciano *La Belligera Española* y las otras tres comedias que llevan en sus títulos el nombre de Ricardo de Turia (3), que habían sido publicadas incluídas en el *Norte de la Poesía Española*, colección de obras de autores valencianos que Aurelio Mey sacó a luz en Valencia en 1616 (4); uego en el «Apéndice de escritores hallados después», dijo haber sabido por persona de cabal inteligencia y noticia de nuestros ilustres valencianos antiguos, que dicho sujeto fué don Luis Ferrer Cardona» (5): aserción que creyó ver confirmada en lo que Lope de Vega había dicho en su *Filomena*: (6)

Aquí don Luis Ferrer con tal decoro
muestra el semblante en pórvido del Turia,
que le respeta de Aganipe el Coro.

E invoca aún, en apoyo de tal afirmación, lo que el mismo Lope escribió en su *Laurel de Apolo* (7):

«En ambas partes es alabado de poeta, concluye el P. Rodríguez,—con vista de los versos de Lope,—y siendo de poesía las obras suyas, y considerando el nombre y el apellido, no

Oh! tú, don Luis Ferrer, ¿cómo no templas
la dulcísima lira,
pues tu canoro canto al mundo admira?
Si la ocasión contemplas
en que puedes honrar tu patria hermosa,
de ingenios, que produce oomo flores,
pues tienes voz y mano milagrosa.

3. Página 463.

4. Entre los modernos, dió el primero noticias de este raro libro, Barrera y Leirado en su *Catálogo del Teatro Español*, p. 679, y las repitió, ampliándolas considerablemente, don Pedro Salvá y Mallén, bajo el número 1360 de su *Catálogo*,

5. Página 473.

6. Hállase este terceto en la poesía de Lope intitulada «El Jardín de Lope de Vega, al licenciado Francisco de Rioja, en Sevilla». Hoja 155 de la *Filomena con otras diversas rimas, Prosas y Versos* de Lope de Vega Carpio, Madrid, 1621, 4.º Existe ejemplar en nuestra Biblioteca Nacional.

7. Se encuentra en la silva II. Nótese, de paso, por lo que importare, que este conocido elogio poético de Lope se publicó por primera vez en 1630.

dudamos haber sido este caballero el que quiso firmarse Ricardo de Turia.»

Ya se ve en cuán frágiles fundamentos se basaba la conclusión del bibliógrafo trinitario, pues, si exceptuamos la patria que le asignaba el erudito a que hace referencia, las dos tiradas de Lope son simples laudatorias del ingenio poético de Ferrer, sin otra alusión directa a éste que la de la misma patria, de que nadie duda, que tanto podían convenir a él, como a cualquiera de los nacidos en las riberas del Turia, que no eran escasos por entonces los que en ellas cultivaban la poesía.

Más concordante, en verdad, con la deducción que pretende sacar, es la circunstancia de que correspondan los hechos de Ferrer a los años en que le aclamaba Lope, citando en prueba de ello, antecedentes sacados de diversas obras en las que se establece que vivió hasta el año de 1641.

De la misma opinión de Rodríguez participó Fuster, dando como hecho sentado e indiscutible que no pudo ser otro que Ferrer de Cardona el que escribió, bajo el nombre de Ricardo de Turia, las cuatro comedias que llevan este nombre, entre ellas, como queda dicho, *La Bellígera Española*. (8)

Y a la propia conclusión llegó Schack, si bien no pudo menos de reconocer en nota que resultaba digno de reparo el aserto de que Ricardo de Turia y Ferrer de Cardona fuesen una misma persona. (9)

Don Ramón de Mesonero Romanos, en la noticia biográfica de Ricardo de Turia que escribió para los preliminares

8. *Biblioteca Valenciana*, t. I (1827), pp. 243-44. Adviértase que la llamada del índice al nombre de Ferrer de Cardona en el texto está equivocada.

9. En esa nota puesta al pie del juicio de Schack sobre las comedias atribuidas a Ferrer, se lee: «Parece errónea la opinión de los que consideran una sola persona a Luis Ferrer y a Ricardo de Turia, En un romance de Carlos Boyl «a un licenciado que deseaba hacer comedias». . . se distinguen ambas personas.»

El literato alemán reprodujo el *Apologético*, y juzga así esas piezas: «Las cuatro comedias que se conservan de Luis Ferrer de Cardona [Ricardo de Turia] no revelan notable inspiración. . . En *La Bellígera Española* nos en-

del tomo XLIII de la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra, con motivo de haberse insertado en él *La burladora burlada*, una de las cuatro comedias de aquel poeta, advierte, en apoyo de la paternidad que de ellas corresponde a Ferrer de Cardona, el hecho de que las *Doce comedias famosas de cuatro poetas valencianos*, impresas en 1609, en un tomo que viene a ser el primero del *Norte de la Poesía Española*, publicado siete años más tarde, estén a él dedicadas; y, más que eso, la contradicción que hallaba en atribuir las a don Pedro de Rejaule, atribución que implicaba un anacronismo insalvable, puesto que, por lo que se sabe acerca de la fecha de la muerte de éste, venía a resultar imposible que en 1616 escribiese comedias, siendo que don Mateo de Rejaule, su padre, había fallecido en 1649, a los 47 de su edad, de tal modo, que era de creer que su hijo ni siquiera hubiese venido al mundo en aquella fecha.

Finalmente, nos dice Salvá: «Por lo que valga en estas dudas, apuntaré dos especies que no creo haya nadie mencionado: la una es, que el tomo de comedias que comprende las de Ricardo de Turia, y del cual él aparece como editor ó recopilador, va dirigido a doña Blanca Ladrón y Cardona, parienta sin duda de don Luis Ferrer y Cardona, y en la dedicatoria de Aurelio Mey se encomia el gusto que dicha señora tenía *por todo género de verso, principalmente en el de comedias (excelencia si no derivada de ascendientes, participada de transversales)*: el segundo dato es, que en la *Academia de los Nocturnos* llevaba don Luis Ferrer el nombre poético de Norte, título que se le dió a dicho tomo de comedias». (10)

Apurados los argumentos, positivos y negativos, de los que opinan en favor de que Ferrer sea el verdadero Ricardo de Turia, es justo que veamos los de los que creen que bajo tal

contramos en América en la guerra entre araucanos y españoles, con ruido de batallas y grandes espectáculos teatrales, pero que, a pesar de todo esto, nos interesa muy poco.» *Historia de la literatura y del arte dramático en España*. Traducción de Eduardo de Mier, Madrid, 1887, t. III, pp. 221 y siguientes.

10. *Catálogo*, t. I, p. 486.

seudónimo se oculta don Pedro de Rejaule y Toledo. Esa atribución data del año 1749, lo que tanto vale como decir que se formuló apenas transcurridos dos años después que el P. Rodríguez dió la suya, y se debió a otro bibliógrafo, también valenciano, el presbítero don Vicente Ximeno, quien, apoyado en el manuscrito de Onofre Esquerdo, en que trataba de los ingenios de aquel origen, dijo que «este Ricardo [de Turia] fué don Pedro Rejaule, que por hallarse juez criminal cuando las compuso, ocultó su nombre». (11) Y al afirmarlo en términos tan categóricos, bien se deja entender el crédito que creía debía prestarse a las aseveraciones de ese investigador, quien, durante largos años, se había dedicado a registrar los archivos de Valencia y adquirido tal versación en las antigüedades de aquel reino, que «en los sucesos extraordinarios ó inopinados que pedían pronto expediente, era a quien solían consultar y por cuyo consejo muchas veces se gobernaban ambos magistrados.» (12)

En verdad que esto está manifestando el asenso que se daba a los asertos de tan erudito hombre de letras, que, si podían bastar a satisfacer la curiosidad de sus contemporáneos, no pueden parecer suficientes a los críticos de hoy para fundar sus conclusiones, cuando vemos que no van acompañados de pruebas documentadas, pruebas que Esquerdo no dió, o que su continuador no cuidó de apuntar, limitándose sólo a estampar los cortos datos biográficos que su diligencia logró reunir respecto de Rejaule y que hace al caso desde luego conocer.

Pues, era hijo, a su decir, de don Mateo Rejaule, valenciano, doctor en leyes, catedrático de Instituta y después de Código en la Universidad de su patria, perito en los idiomas latino, griego y hebreo, abogado de mucho crédito y autor de una obra de derecho que dejó impresa y de una en manuscrito, y, a ratos, en su juventud, también poeta, de lo que daban testimonio tres composiciones suyas que obtuvie-

11. *Escritores del Reyno de Valencia*, t. II, p. 2.

12. *Id. id.*, p. 133.

ron el premio en un certamen de las fiestas de la canonización de San Raimundo de Peñafort, cuya relación se publicó en 1602 (13); dato importantísimo para contradecir la aserción de Mesonero Romanos, malamente fundada, de que don Mateo Rejaule había muerto en 1649, a los 47 de su edad, como quedó ya apuntado, y que, si aún no bastara para desvanecerlo, ahí está el testimonio expreso de Diego Vich, que en sus *Efemérides* (14) apuntó lo siguiente: «Mayo 1629, Domingo a 13, a las seis de la mañana, y al seteno de su enfermedad, murió el doctor Mateo Rejaule, eminentísimo jurista, honor de la facultad y de su patria... Su edad 47.»

Vese, pues, por esto, cómo el editor de las obras de los dramáticos contemporáneos a Lope de Vega equivocó el año de 1649 por el de 1629, dejando, de este modo, salvada la imposibilidad que hallaba para que el hijo del jurisconsulto valenciano hubiera podido escribir una comedia en 1616. Pero, ¿a qué edad, si su padre había nacido en 1582? Por más prematuro que supongamos su ingenio, y, cuando aun sabemos que no fué sólo una, sino cuatro, las comedias suyas impresas en aquella fecha, y, junto con ellas, un *Apologético* de las comedias en general, obra que supone gran versación del teatro y experiencia larga de años, se impone de toda evidencia que la fecha del nacimiento que es posible señalarle, en vista de la edad atribuída a don Mateo de Rejaule, está equivocada, o que, en realidad, no era hijo, sino hermano suyo, que es también lo más creíble, según opinaba Barrera y Leirado. (15)

Pero nos queda por averiguar lo más importante, cual es, si fuese él el autor de *La Belligera Española*, y, por ende, de las demás piezas dramáticas que figuran con el nombre de Ricardo de Turia en el *Norte de la Poesía Española*; y no faltan antecedentes para considerar el aserto afirmativo de Esquerdo acogido por Ximeno. Sir ir más lejos, ahí en

13. Véase la noticia de este libro en Ximeno, t. I, p. 342. y más por extenso en Salvá, n. 251. En él aparece con el nombre de «micer Rejaule.»

14. Citadas por Fuster, t. I, p. 132.

15. *Catálogo* indicado, p. 320.

ese mismo libro, está el romance de Carlos Boyl, en el que, al par que distingue con toda claridad las personas de Ferrer de Cardona,—que era quien, como queda dicho, podía disputarle la paternidad de las comedias—, y de Ricardo de Turia, al que aplaude así:

El verso conceptuoso
Y las quintillas perfectas
Del culto Ricardo busque,
Pero no afecte su estrella:

frase esta última que resulta aparentemente enigmática, y que ya veremos cómo se explica.

Pero hay más que eso todavía. Cervantes, que escribía su *Viaje al Parnaso* en el año de 1614, datando en 22 de julio la *Adjunta* que lo complementa, después de hablar de don Lorenzo de Mendoza, nos presenta en él, en los términos siguientes, a

Pedro Juan de Rejaule le seguía
En otro coche, insigne valenciano
Y grande defensor de la poesía:

palabras con las cuales parece aludir manifiestamente al *Apologético* inserto en el libro en que van las comedias de Ricardo de Turia, desatando así de manera que no puede dejar dudas que éste y Pedro Juan de Rejaule son una misma persona: (16) conclusión a que llegaba ya Lamarca hace tres cuartos de siglo, (17) y que confirmó también Barrera y Leirado, el más erudito de los bibliógrafos que del teatro español han tratado.

Sea, pues, don Pedro de Rejaule y Toledo hijo ó hermano

16. Queda, sí, en pie, cómo pudo Cervantes, en 1614, tener noticia del *Apologético* impreso dos años más tarde. Barrera cree que por haber visto el manuscrito, y aun podría añadirse alguna edición impresa no conocida hoy, como pasa, por ejemplo, con la propia *Bellígera Española* de la cual hemos dado descripción, bajo el número 868 de la *Biblioteca Hispano-Chilena*, de una edición en tirada por separado, ignorada hasta entonces, y que va seguida de una loa intitulada «De un galán a una dama cortesana», que no menciona Barrera y Leirado.

17. *Teatro de Valencia, desde su origen hasta nuestros días*, Valencia, 1840.

de don Mateo el de su apellido, sábese de cierto que vió la luz en Valencia, y que, después de haber seguido la carrera de las leyes, y haber alcanzado mucha nombradía de jurisperito, «tuvo plaza, dice Esquerdo, de juez criminal y civil en la Real Audiencia, y por su extremada política era también accepto de los Virreyes, que siempre que pasaban por Valencia algunos príncipes españoles o extranjeros, le mandaban salir a cortejarlos. El airoso desempeño que tuvo en estas comisiones le granjeó mucha estimación con los dichos señores y príncipes. No faltaron envidiosos que por esto le persiguieron, con tales acusaciones, que mandó el Rey residenciarle. De todo salió libre por sentencia del juez de comisión, que era el arzobispo de Valencia don fray Isidoro Aliaga, el cual le reintegró en sus oficios y empleos con todos sus honores...»

Y en estas palabras con que el diligente investigador compatriota de Rejaule termina su elogio, debemos buscar la explicación de la frase enigmática de Boyle, de que «nadie busque su estrella». Fruto y consecuencia de los sinsabores que le ocasionaron solapados envidiosos habría sido la obra que, retirado de los negocios judiciales compuso con el título de *Soledades de Ricardo de Turia*, después de su jubilación, refiriendo en ella, según el testimonio del mismo Esquerdo, «las pasiones enconadas de sus émulos y la tolerancia de su ánimo, imitando en el metro y estilo a don Luis de Góngora, cordobés. A estas *Soledades* añadió varios sonetos y Rimas, y todo quedó manuscrito en un libro que quería dar a la estampa un hijo suyo llamado don Manuel...»

Falleció en 1651 (18).

Además del *Apologético* a que hemos venido refiriéndonos (19) y de *La Bélijera Española*, Rejaule dió a luz otras tres

18. Tal es lo que se desprende de la obra de Ximeno, en la que se marca esta fecha al margen del artículo que dedica a Rejaule, práctica que sigue invariablemente en sus demás apuntes biográficos.

19. Inserto por primera vez, o al menos conocido de letra de molde, desde que apareció en el *Norte de la Poesía Española*, lo reprodujo Schack en la edición original de su obra y salió también en la traducción castellana de Mier, después de haberse insertado en las pp. XXIV-XXVI del tomo XLIII de la *Colección de Autores Españoles* de Rivadeneyra.

comedias, intituladas *La fe pagada*, *Vida, martirio y muerte de San Vicente mártir, patrón de Valencia*, y *La burladora burlada* (20). Juzgándola Mesonero Ramos, decía de esta última, que, «a vueltas de una acción hartamente embrollada y de notables descuidos en la expresión, se halla alguna intención dramática y trozos relativamente apreciables. Aquel embrollo incomprensible y menguado desaliño suben de todo punto en *La fe pagada*, en *La Bellígera Española* (especie de episodio de la guerra de Arauco cantada por Ercilla) y en la *Vida del mártir San Vicente*. . .»

El lector podrá apreciar por sí mismo en las páginas que siguen el mérito literario de *La Bellígera Española*; dentro de nuestros propósitos sólo cabe poner de manifiesto la influencia ercillana que encierra, que en el texto iremos anotando, para concretarnos aquí al estudio, dentro de la verdad histórica, del protagonista de la comedia, doña Mencía de los Nidos, que se nos presenta bajo el título de «la belígera española». Huelga decir que su figura está tomada de *La Araucana*. Ercilla nos la presenta en los momentos en que, derrotado Francisco de Villagra en la cuesta de Marigueñu, llamada desde entonces de su nombre, los habitantes de Concepción, aterrorizados ante el desastre, sólo piensan en abandonar la ciudad para ir a buscar refugio en Santiago. Ella, que enferma estaba en cama, al sentir el alboroto que se promueve con la huída, asiendo de una rodela y de una espada, salió como pudo tras de los fugitivos, que ya iban por los cerros vecinos al pueblo, se pára en medio de ellos y los arenga en los términos elocuentísimos que le presta el poeta en aquella ocasión; pero, todo fué en vano. Tal era la hazaña que Ercilla quería se perpetuase, diciendo:

Es justo que la fama cante un hecho
Digno de celebrarse hasta el día
Que cese la memoria por la pluma
Y todo pierda el ser y se consuma:

muy diversa, por cierto, de la que se le atribuye en la comedia.

20. Esta última fué reimpressa, como ya se advirtió, en las páginas 213-237 del citado tomo XLIII.

Pues bien: ¿hasta qué punto es exacto lo que Ercilla cuenta de doña Mencía de los Nidos? Los documentos, a pesar de que los poseemos abundantísimos, cuales son las declaraciones prestadas por muchos de los testigos de la despoblación de Concepción en el proceso de Villagra (21) no nos permiten justificar con ellos la aserción del poeta respecto a la hermosa y varonil conducta que le atribuye a doña Mencía, pues, al paso que hablan de un incidente ocurrido en casa de su hermana doña Juana Copete en aquellos precisos momentos, no la mencionan a ella. He aquí ese incidente, según lo refiere Martín Hernández (22): «... estando este testigo acostado, por estar herido, en casa de doña Juana Copete, oyó decir allí en la misma casa, cómo se había dado el pregón que la pregunta dice (alude al que había mandado publicar Villagra para que nadie abandonase la ciudad) e así es muy público y notorio y cosa muy sabida y cierta, e que se remite a él...

«22. A las veinte y dos preguntas dijo: que lo que de ella sabe es que, estando este testigo en casa de doña Juana acostado, oyó decir a don Cristóbal de la Cueva que si se aderezaba la dicha doña Juana, y este testigo, como lo oyó, llamó a el dicho don Cristóbal e le preguntó que qué era lo que se había de aderezar, y el dicho don Cristóbal le respondió que para irse a la ciudad de Santiago; y este testigo le dijo que cómo querían despoblar la dicha ciudad de Concepción; y el dicho don Cristóbal le respondió que no sabía, sino que todos andaban cada uno por do quería, sin que nadie los pudiese resistir, y que el dicho Francisco de Villagra andaba mandando que no saliese ninguno; e que este testigo, estando allí, por estar mal herido, rogó a ciertos soldados lo llevaran a la mar a embarcar con ciertas mujeres e otros niños que habían embarcado...» Ni una sola palabra, como se vé, de doña Mencía, quien, muy probablemente en aquellos momentos de angustia, debía, si es que no posaba de antes, de hallarse en aquella casa. Más aún: algunos de los testigos hablan

21. Medina, *Colección de documentos inéditos*, tomos XX, XXI y XXII

22. Citada *Colección*, tomo XXI, p. 505.

en general de que las mujeres, y no podía ser menos, se mostraban desesperadas. El clérigo Hernando Ortiz de Zúñiga, entre otros, refiere que en tales circunstancias, «las mujeres en las ventanas comenzaron a llorar e a dar muy grandes gritos, y este testigo las reprendió diciendo que se metiesen dentro y callaran». Ni falta quien asegure que este buen clérigo, que tan alentado quería parecer después, no era de los que menos miedo tenían por entonces. . . .; ni falta tampoco alguno que viera en esos momentos a una mujer que se manifestaba indignada ante la despoblación que se anunciaba, cuyo nombre confundió, acaso, el poeta con el de doña Mencía de los Nidos: nos referimos a Juana Jiménez, a la misma que había sido querida de Pedro de Valdivia. Cuenta, en efecto, en su deposición Francisco Gudiel que «la tarde que llegó a Concepción, posaba Villagra en casa del dicho Pedro de Valdivia, e que dentro estaba Juana Jiménez, a la cual halló este testigo que andaba pateando, e le preguntó que por qué lo hacía, e le respondió que del aposento de Villagra la habían venido a decir que pusiese su hato en cobro, porque se habían de ir a media noche, e que en la plaza vió que Hernando Ortiz, visitador e otras personas trataban con el dicho Francisco de Villagra que lo mejor era que se saliese del pueblo, porque los indios los comerían; e luego otro día se fueron». (23)

Tal es lo único que hallamos que pueda servir de base a la aserción del poeta.

En cuanto a la figuración de Pedro de Villagra en la comedia y la que realmente le corresponde en la historia, no pasa de ser una mera fantasía de Rejaule, que no vale la pena de examinar ni por un momento.

23. Id. tomo XX pág. 13.





LA GRAN COMEDIA DE LA BELLIGERA ESPAÑOLA

COMPUESTA POR EL FAMOSO POETA RICARDO DE TURIA

Los que hablan en ella son los siguientes:

Lautaro, indio.	Algunos otros indios de acompañamiento.
Rauco, indio.	Doña Mencia de Nidos.
Guacolda, india.	Don Pedro de Villagrán.
Rengo, indio.	Valdivia, general.
Gracolano, indio, padre de Guacolda.	Bobadilla, capitán.
Pillán, indio, padre de Lautaro.	Alvarado.
Chilcano, indio.	Algunos soldados, todos españoles.
Laupi, indio.	Hombres, niños y mujeres de tropel.
Pran, indio.	
Purén, indio, criado de Guacolda.	





ACTO PRIMERO

(Salen Lautaro y Rauco, indios, asidos los dos de un papel).

LAUT.—Suelta, alevoso.

RAU.— ¿Quién eres?

LAUT.— Soy quien pone en residencia (1)
a quien mina la inocencia
de tan honestas mujeres.
Soy quien piensa hacer estrago
de ti, aunque los cielos pises;

I. *Poner en residencia* vale aquí lo que decimos hoy *someter a juicio*, tomada esa voz *residencia* por el proceso que se formaba antiguamente a ciertos funcionarios públicos para esclarecer la manera cómo se hubieran desempeñado en el ejercicio de sus cargos. Muchos de esos juicios de *residencia* formados a los Gobernadores de Chile, por ejemplo, existen en los archivos.

y soy, si eres casto Ulises,
otra Circe ó Lothofago.

RAU.—Se quien seas, que el papel
no me has de sacar a voces;
y si a mi dueño conoces
respeta a mi dueño en él:
que tal verganza en el suelo,
si me le rasgas ó quitas,
con sus luces infinitas
no habrá visto el alto cielo.

LAUT.—Pues si como está en tu mano
estuviera en tus entrañas,
ó en las de aquestas montañas,
ó en las del mar inhumano,
por el sol, por su poder,
por la vida que nos da,
y por la dama a quien va,
que es la que al Sol le da el ser,
que en mis manos se pusiera,
y con él quien le escribió,
no digo en querello yó,
pero antes que lo quisiera.

(Dále un puntapié, y échale a rodar, sacándole el papel de las manos).

RAU.—¡Válgame el cielo! ¡qué furia!
El me defienda de ti.

LAUT.—Mas defiéndase él a sí
si acaso a Lautaro injuria.
Que tales sean los duelos
del que procura celar,
que con tormento a comprar
venga el tormento de celos.
Con tormento averiguamos
el celoso pensamiento,

y con doblado tormento
averiguados quedamos.
Qué gustos, ó qué regalos
nos procuráis, celos fieros,
mas no sois, no, los primeros
que os busca el mundo por malos.

RAU.—Fía que caro te cueste,
pues hoy en mí has hecho ofensa
deste Reino a la defensa,
y al asombro del celeste.
Al fiero Rengo ofendiste.

LAUT.—No sé si ese Rengo es fiero,
mas sé que la muerte espero
que en este papel trujiste.
Si las armas que maneja
cuando en la lid se enfurece,
a caso al papel parece,
triste ocasión de mi queja.
Si vierte tanto veneno
el feroz semblante dél,
cuanto aquí vierte el papel
que de mí me tiene ajeno;
desde agora me sujeto,
y con rostro y cerviz baja
rindo a Rengo la ventaja;
mas ¿qué mucho?, si en efecto
el inexorable infierno
en los celos que me ha dado
todo el poder le ha prestado
de aquel su tormento eterno.

RAU.—Que con el hurto en las manos
me cogiese este atrevido,
ya una vez dél conocido
mis pensamientos son vanos.
¿Por qué el horror de tu manto
oh! noche, a mí solo niegas,

amor que a los tuyos ciegas
 ¿cómo agora éste vió tanto?
 Que al darme el papel le das
 ojos con qué me resista,
 pero de los cortos de vista
 de noche suelen ver más.

(Hasta agora ha estado Lautaro como transportado).

LAUT.—Vete ya, y si no se prueba
 en tí mi justo rigor,
 es, vil, porque a tu señor
 le puedas llevar la nueva.
 Ya de algo te aprovecha
 el tener el dueño fuerte,
 pues agora de la muerte
 por lo menos te libro.
 Que si no fuera ese hombre
 en valor tan singular,
 con cuya muerte he de dar
 vida y venganza a mi nombre,
 de tus viles tercerías
 vieras, infame, el provecho,
 pues ya te hubiera deshecho
 mi fuego en cenizas frías
 y mis suspiros te echaran
 al viento que las deshace,
 porque de hombre que tal hace
 aun cenizas no quedarán.

RAU.—Voime, y antes que se ría
 el alba, tú llorarás.

LAU.—Sol, si es que durmiendo estás
 en cama, aunque blanda, fría,
 no es mucho que así empereces,
 pues te habrá comunicado
 la cama en que estás echado

ese hie'lo que me ofreces.
Mas, si es que hoy no quieres dar
luz a este sue'lo dichoso,
a tu Factón animoso
el carro vuelve a prestar,
que aunque otra vez nos abrace,
como luz me dé, te ofrezco
que este dolor que padezco
ó me traspase, ó se pase.

(Abre el papel y prueba a lelle).

¿Cómo podré ver si escribe
desdeñado, o admitido,
si forma quejas de olvido,
si de mí celos recibe?
Cielo, que con tal crueldad
amparas a mi enemigo,
pues de todo eres testigo
¿porqué callas la verdad?
Digo ¿porqué te escureces
en mi mayor pesadumbre?
pues es tu lengua tu lumbre,
y en no alumbrando enmudeces.
Y tú, Venus, clara estrella,
alumbra mis tristes ojos,
para saber mis enojos
dáme tu luz clara y bella.
Aunque si procuro ver
a la luz medio eclipsada
de una mujer que fué errada,
¿cómo acertaré a leer?
Mas, si soy el propio abismo
del amor, y amor es fuego,
de mi ignorancia reniego:
yo me alumbraré a mí mismo.

Quien al fuego sin luz vió,
 pues le tienen por hermoso,
 por ser, cual es, luminoso
 como el Sol que le crió.

(Vuelve a querer leer).

Comienzo a leer: ¿qué es esto?
 la luz falta al fuego mío;
 ¿quién vió tan gran desvarío
 como el que agora he propuesto?
 En sí todo fuego incluye
 dos cosas, si bien se advierte,
 luz hermosa y calor fuerte,
 que una alegra, otra destruye.
 En fin, quemar y alumbrar;
 mas este fuego de amor
 viene a tener la peor,
 que es solamente abrasar.
 Y así abrasa donde llega,
 que no sólo luz no ofrece,
 mas la que halla escurece,
 pues la de la razón ciega.
 No hay quién sus crueldades sume,
 pues porque el dolor sea eterno,
 es como fuego de infierno
 que, aunque abrasa, no consume.

(Dicen de dentro:)

ADN.—Ay!

LAUT.— Qué triste amargo acento.

ADN.—Ay!

LAUT.— Este es más doloroso.

ADN.— Muerta soy

LAUT.— ¿Qué es lo que siento?

que este llanto lastimoso
 es de femenil aliento.
 ¿Quién el alma me maltrata?
 ¿quién el cabello me eriza?
 y si un fuego se dilata
 de cólera que me atiza,
 ¿qué hielo los pies me ata?

(*Salen tres ó cuatro indios, que llevan robada a Guacolda, dama de Lautaro*). (2)

1.—Deja de llorar, señora
 y que nos lo manda, advierte,
 el que tu belleza adora;
 sino es que das a la Aurora
 el aljófara que ya vierte.

GUA.—Villanos, ¿que mi presencia
 no os confunde, y vuestra culpa?
 ¿qué tierno amor, qué obediencia
 a unos y otros os disculpa,
 si es tan grande la insolencia?
 A una mujer como yo
 esta fuerza le han de hacer;
 el fiero que os envió
 piensa acaso que ha de ver
 el fin de lo que emprendió.

2.—No sé si ha de ver el fin,
 mas por principio yo ío
 que tenerte en su buhío (3)

2. *Dama* en su acepción de mujer galanteada o pretendida, que decimos al presente, en tal significado, *amante* ó *querida*.

3. *Buhío* ó *bohío*, como escriben otros, *rancho* llamado ahora entre nosotros, ó *ruca* en araucano. Es voz que aparece empleada una sola vez en *La Araucana* (544-5-4:)

Dieron en un pajizo y gran bohío...

que Ercilla cuidó de definir en la Advertencia (tan poco co-

no es principio muy ruin.

LAUT.—Sueño, velo, ó desvarío:

¿Qué malina (4) estrella influye
esta noche en este suelo?

1.—La tardanza nos destruye;
vamos, señora.

GUA.— El que huye
de una águila invidia el vuelo.

2.—¿Quién lleva en la retaguardia
al fuerte Rengo animoso
ningún temor le acobarda.

GUA.—¿Dónde estáis, amado esposo,
Lautaro mío?

(Acábanla de meter los indios las puertas adentro a Guacolda)

LAUT.— ¿Qué aguarda
de mi brazo el rigor fuerte,
en quien libró el cielo santo
rigor fiero, amarga suerte?

nocida por la omisión que de ella han hecho casi todos los editores del poema), diciendo era «casa pajiza, grande, de solo una pieza sin alto».

De muy frecuente uso en los antiguos cronistas de América, consérvase aún en Cuba, según asevera Pichardo en su *Diccionario casi razonado de voces cubanas*, p. 30.

4. Hállase esta voz en la misma forma en *La Araucana* (498-3-5:)

El cual, con gozo y ánimo *malino*...

que no trae el léxico de la Real Academia, considerándola, sin duda, barbarismo. Comentando Rodríguez Marín la tal voz en la nota 205 de *Rinconete y Cortadillo*, que en esta novela aparece, como también en *El Rufián dichoso*, del mismo Cervantes, advierte que en Andalucía se sigue pronunciando *malino*, pero que reviste, además de su significado corriente, el valor de «apóstrofe cariñoso y de reprensión suave».

Destrozo, ruina, llanto,
 ira, rabia y al fin muerte.
 Guacolda es ésta, a quien Rengo
 por medio deste papel
 avisa del robo cruel;
 cielos ¿en qué voy y vengo?
 que ya Guacolda no es fiel.
 Mas, si al pasar se quejó
 formando tan tierno duelo,
 sin duda no le llamó;
 en dudas tales yo apelo
 al valor que el Sol me dió.
 Si ha sido llamado, el serlo
 con la vida ha de pagar;
 y si acaso sin saberlo
 Guacolda la fué a robar
 pagará el acometerlo.
 No temas, Guacolda, espera
 que ya en tu favor acude
 tu Lautaro.

(Vase Lautaro por donde se metieron los Indios que llevaban a Guacolda, y por la puerta que salieron, después de muchas voces, sale Rengo retirándose de una tropa de indios que vienen acuchillándole).

1.— Muera!

2.— Muera!

REN.—Vosotros, si aunque os ayude
 la razón, cuando la hubiera,
 que está de mi parte amor,
 contra quien la gente armada
 pierde la fuerza y valor
 y el derecho de la espada,
 que es el derecho mejor.

(*Rehácese en medio del teatro y háceles retraer*).

- 1.—¿Qué desatado león
vió jamás el libio suelo
más fiero que éste?
- 2.— Laocón:
éste, ó es rayo del cielo,
ó es el mismo Eponamón. (5)
- REN.—Si con industria ingeniosa
mi temor hasta aquí os trujo,
fué porque el brazo no osa
manchar con sangre alevosa
tierra que un cielo produjo.
Agora que fuera estáis
del sagrado que venero,
si en seguirme porfiáis,
veréis de mi fuerte acero
el provecho que sacáis.
- 3.—Huyamos, ¿qué hemos de hacer,
pues hoy todo Arauco junto
no tendrá contra él poder.
- REN.—Hacéis bien, pues aún barrunto
que el del cielo es menester.

(*Acábales de meter por las puertas por donde salieron*).

A huir, gente infame, a huir
más veloces que los vientos,

5. *Eponamón*, que también definió Ercilla en su citada Advertencia, en estos términos: «Es nombre que dan al demonio, por el cual juran cuando quieren obligarse infaliblemente a cumplir lo que prometen».

La empleó en varios lugares de su obra, que sería ocioso recordar en este momento; la repitió Pedro de Oña en su *Arauco domado*, y tanto se extendió luego en el habla poé-

que es mengua de mis intentos
que les lleguen a impedir
tan flacos impedimentos.

(Sale Rauco por la otra puerta).

RAU.—De las armas el ruido,
y de las confusas voces
aquí, señor, me ha traído,
y aunque con plantas veloces,
temeroso y encogido.

REN.—Pues ¿de qué? si ya en mi mano
está Guacolda.

RAU.— ¿Es posible?

REN.—En poder de Millolano (6)
va adelante.

RAU.— Es invencible
tu valor.

REN.— Es de araucano.
Mas, tú, ¿por qué tan confuso
delante de mí venías?
¿quién, Rauco, a tus alegrías
(como la tierra al mar) puso
límite y freno en mis días?

RAU.—Lautaro, ese pretensor
de la que, si pretendiste,
tienes ya por tu valor,
me envió a tus ojos triste.

REN.—¿De qué suerte?

tica, que en otras comedias famosas y hasta en la *Conquista de la Nueva México* de Gaspar de Villagra se le dió cabida.

6. *Millolano* es vocablo de apariencia araucana y de la exclusiva invención del autor de la comedia, que lo ideó alterando la forma parecida que afecta en *La Araucana: Milla-lauco*.

RAU.— Oye, señor:
 con tu papel, instrumento
 del bien que ya estás gozando,
 y que invidia el firmamento,
 a donde estaba esperando
 Hipalca, (7) fuí como el viento.
 A Hipalca, la secretaria
 de Guacolda, y mi martelo, (8)
 le di al punto, pero el cielo
 que, como fortuna varia,
 da a un tiempo pena y consuelo,
 permitió que otro papel
 que de Guacolda me dió
 para tu pecho fiel,
 le vicse Lautaro, y vió
 su agravio y su muerte en él.
 Y apenas de la ventana
 me aparté, cuando conmigo
 con una cólera insana
 estuvo el fiero enemigo
 más que león con cuartana.
 Trabó del papel airado,
 y yo con furia crecida
 le dije, en ti confiado:
 suéltale, si no es que has dado
 en ser hoy de ti homicida:
 mira que a Rengo has de dar
 cuenta estrecha del papel.

7. *Hipalca*, ya se comprenderá, no pasa de ser una alteración de la forma griega *Hipparchia*, como se llamó la mujer del filósofo cínico Crates, o de *Hipparchus*, hijo de Pisístrato, tiranos de Atenas. En la forma empleada por Rejaule se le halla en otras comedias de su tiempo.

8. *Martelo* es voz anticuada, que vale *galanteo*, *enamoramiento*; de donde procedió *amartelado*; adjetivo bien conocido de los jóvenes y hasta de no pocos viejos...

REN.—¿Y él entonces osó hablar?

RAU.—No habló, sino que a rodar
me echó, y se quedó con él.
Díjome que con la vida
me dejaba, porque hubiese
quien la nueva te trujese.

REN.—¡Desvergüenza nunca oída!
mas, mi Rauco, no te pese,
pues la moza tengo ya,
por agora este castigo
le doy.

RAU.— No poco lo está.

REN.—Y el querer ser mi enemigo
después me lo pagará.
No te alija ese papel,
pues efeto hizo el primero;
y aunque soy tierra, por él
soy cielo deste lucero.

RAU.— ¿Y viene mi alba tras él?

REN.—¿Qué alba?

RAU.— Mi Hupalca, digo.

REN.—No se me acordó; ¿qué quieres?
perdona.

RAU.— A hacello me obligo,
en fe de que esto es testigo
de lo mucho que me quieres.

REN.—Vamos y ten confianza
que alcanzará tu afición
lo que ya la mía alcanza.

RAU.—Yo trocara mi esperanza,
señor, por tu posesión.
Esta vez fué mi cuidado
cual piedra en arroyo echada,
que de mojar se ha librado
al que por ella ha pasado
y ella se queda mojada.

(Vanse, y salen Lautaro y Guacolda, y él, hablando con los de adentro y envainando la espada, dice:)

LAUT.—Aunque por precio tan caro
las vidas os restituyo,
con tal que a ese vuestro amparo
le digáis que el gran Lautaro
así cobra lo que es suyo.

GUA.—No quiero, esposo y señor,
que hoy rindan palabras mías
las gracias a tu valor,
pues volvías por tu honor,
si por mi ocasión reñías.
La presteza y furia brava
que mostraste por vengarme
de forma me enamoraba,

(Abre el papel Lautaro, y pónese a leer).

que aunque era para librarme,
sin libertad me dejaba.
Y así, por esta ocasión
la libertad, con ser beila
no estimara mi afición,
si no viera que por ella
vuelvo a entrar en tu prisión:
que aunque el alma no salió
jamás della, aunque se vió
el cuerpo preso, ése quiero
que sea tu prisionero,
pues el cuerpo te agradó.

(*Hace algunas muestras de sentimiento, sin alzar los ojos del papel*).

No me respondes, señor,
ó a lo menos con los ojos
¿no admitirás tanto amor?
mira que admitir despojos
es propio de un vencedor.
Por ventura ese papel,
estando yo aquí, es objeto
más hermoso y más perfeto;
¿ó es que prefieres en él
a lo hermoso lo discreto?
¡Vióse tan gran confusión!
¿Qué locura es mayor, cielos,
la déste, y su sinrazón,
ó la mía en pedir celos
de un papel, en conclusión?

LAUT.—¿Y fuera la vez primera
que dió celos un papel?

GUA.—El mismo papel si fuera,
mas lo que hay escrito en el
no será ni aun la postrera.

LAUT.—Con tu aguda distinción
queda la duda deshecha
y mi antigua obligación:
y aun mi pecho de una flecha
que tiró tu sinrazón.

¿Porqué, aleve fementida,
regalando el alma estás
con tu voz enternecida
y por los ojos le das
tan ponzoñosa bebida?
Advierte, ingrata, alevosa,

que si hoy en la propiedad
eres sireña engañosa,
a la luz de la verdad
serás ciega mariposa.
¡Qué concertada armonía
qué acento tan soberano:
qué bien, ingrata, venía
con lo que escribe tu mano
lo que tu boca decía!

(Señalando el papel).

Ah! falsa, mas, ah! mujer,
que para saber fingir.
os sobra y resobra el ser:
pues quien esto sabe hacer
esotro sabe decir.

GUA.—¿Quién sabe decir? ¿qué alegas?
¿Yo a Rengo, ni a hombre nacido,
papel? ¿cuándo he yo sabido
escribir? Mucho te ciega,
sin razón me has ofendido.
¿No sabes tú que jamás
te escribí un solo papel?
¿en eso, Lautaro, das?

LAUT.—¿Y es milagro, si con el
te vas, que le quieras más?
¿Y si más que a mí le quieres,
que de tu amor sin segundo
por este papel le enteres?

GUA.—¿Para que nacéis al mundo
nunca creídas mujeres?

LAU.—No más, Guacolda; llamado
fué por ti en este papel,
para salirte con él;

baste el engaño pasado.

GUA.—¿Hay fortuna más cruel?

LAUT.—Baste el fingido lamento,

baste el fingido quebranto;

¡ya no creo en triste acento,

ya no creo en tierno llanto!

GUA.—¡Hay más terrible tormento!

LAUT.—Pasabas alegre y muda

con tu moderno amador,

vísteme, y vi tu rigor;

que es la vista muy aguda

de un amante, y de un traidor.

Y luego a fingir te pones

pena, llanto y desconsuelo,

y con sensibles razones,

extremos y exclamaciones

a llamar injusto al cielo.

Mas en fin, este es el pago

que das, fiera, a mi inocencia:

¿dónde está el pasado halago?

¿no ves, no ves el estrago

que ha hecho en tu pecho ausencia?

Mujer eres como todas.

GUA.—Oye, por el Sol hermoso.

LAUT.—Ya no quiero ser celoso,

ya quiero hallarme en las bodas

a servir al nuevo esposo.

Pero digo mal, mejor

será salir desta tierra,

por huir de tu rigor;

volverme quiero a la guerra,

pues tú me la haces mayor.

(*Salen los criados de Guacolda, que habían huido de Rengo, con su padre Gracolano (9) y Pillán' padre de autaro*).L (10)

1.—Ya el bárbaro hemos topado:
este es el fiero enemigo
que tu hija te ha robado.

(*Acometen a Lautaro pensando que era Rengo, y Guacolda le dice muy afligida:*)

GUA.—¿Qué es esto, Lautaro amigo?
LAUT.—¿De qué, ingrata, te has turbado?
¿No ves que tu gente es ésta?

9. Tal parentesco entre Gracolano y Rengo es de la fantasía del autor, tan distante en eso de la verdad, que en *La Araucana* (287-5-3) se le llama a aquél «esforzado mozo».

10. Más acertado anduvo Rejaule al decir que Lautaro era hijo de Pillán, pues así lo advierte expresamente Ercilla en su Declaración ya recordada; pero, en tal aseveración del poeta, media, probablemente, una mala interpretación respecto del nombre Pillán, que, en realidad, en la lengua de nuestros primitivos araucanos valía demonio. Este es hecho bien conocido y que se ha venido repitiendo desde que Pedro de Oña así lo estampó en su *Arauco domado* (cantos II y XII:)

Otro subido, en un horcón, invoca
A su Pillán, espíritu malino;

voz que en el segundo de los lugares citados del poema (cambiada en Pillano, por efecto de la rima, cual le aconteció a Ercilla), tradujo en nota por el *Demonio*.

No tiene, pues, nada de extraño que Ercilla oyese nombrar a Lautaro hijo de Pillán, que equivalía a decir hoy «hijo del diablo», por las hazañas que llevó a cabo.

D. Tomás Thayer Ojeda ha procurado demostrar que, posiblemente, el verdadero padre de Lautaro fuera el cacique Talcaguano. *Revista Chilena de Historia y Geografía*. t. XV, p. 330.

GUA.—¡Padre!

GRA.— ¡Hija mía!

LAU.— ¡Señor!

¿también te hallas tú en la fiesta?

PI.—Lautaro, ¿eres tú el autor
de una hazaña tan funesta?

LAU.—Pregúntalo a tu valor,
que cual tu hijo heredé,
y salir podrás de duda.

GRA.— ¿Pues dónde el traidor se fué?

LAUT.—Esta selva, como es muda,
no lo dirá.

GRA.— Di quién fué,
Hija mía, el atrevido
que mi alcázar ha escalado?

GUA.—El bárbaro Rengo ha sido
y me libró el que a mi lado
ves agora.

GRA.— Hijo querido,
Báculo de mi vejez,
y vengador de mi afrenta.

LAUT.—Otra mayor me atormenta (*A parte*).

GRA.—Ya, Lautaro, de esta vez
está mi honor a tu cuenta.

1.—Este mancebo famoso
pudo más que un escuadrón.

2.—Es con extremo animoso.

3.—No ha visto nuestra nación
Cacique (11) más valeroso.

1.—Yo no sé si se topó

II. Lautaro, sea dicho en verdad, nunca tuvo tal título ó carácter, que, según Ercilla, y es lo cierto, correspondía al señor de vasallos que tenía gente a su cargo. Bajo este último punto de vista, sí que se le podría aplicar tal calificativo.

- con aquél vestiglo fiero
 que así nos desbarató.
- 2.—Aunque has de negar, espero,
 que nos hizo huir.
- 1.— Pues nó.
- 3.—Aun bien que no hubo testigos
 que lo viesen.
- 1.— No los teme
 quien los tiene por amigos.
- 2.—¿Pues qué hiciste?
- 1.— Retiréme
 en viendo los enemigos.
- GRA.—Cuanto el cielo poderoso
 me ofreció, es tuyo, Lautaro:
 abre el pecho generoso,
 pide como codicioso,
 y atesora como avaro.

(Dice Pillán a su hijo Lautaro, que ha estado siempre
 divertido). (12)

- PI.—Mucho de quien soy desdices:
 ¿este favor no agradeces?
- LAUT.—Digo, señor, que mereces

12. Apropécheme de la ocasión que se ofrece de llamar la atención a esta voz *divertido*, que aquí vemos empleada en la acepción de *apartado, ocupado en otra cosa*, en vista de que hoy está del todo olvidada entre nosotros, siendo que antaño fué corriente en Chile; así, Mendoza Monteagudo en sus *Gueras de Chile*, (Canto VI, p. 117) escribía:

No le *divierte* el daño de su gente,
 Ni un mísero clamor le pone pena.

Y el P. Ovalle en su *Histórica relación*, I, pp. 190 y 315: «Bien es verdad que parece da salida a esta instancia la antigua costumbre de los hebreos de no *divertirse* a nuevos paí-

mayor premio en lo que dices,
que yo tengo en lo que ofreces.
Tus pies beso.

PI.— ¿Estás herido?

GRA.— ¿Afligete algún dolor?

LAUT.— Y el más fiero que he tenido (*Aparte*).

GUA.— Con todo, será inferior (*Aparte*).
al que me causa tu olvido.

LAUT.— Yo me apartaré de ti.

GUA.— No podrás, que en ti me llevas.

(*Entra un indio llamado Laupi*). (13)

LAUPI.— Guárdeos el Sol.

PI.— ¡Oh! Laupi,
¿qué nos traes?

LAUPI.— Unas nuevas
bien nuevas y extrañas.

GRA.— Dí.

LAUPI.— Después que esta gran provincia,
grande por ser tan famosa,
que la celebran y temen
las regiones más remotas,
no por el oro apurado
que cría en tan grande copia,
ni por el benigno clima
que la hace tan deleitosa;

ses y regiones...» «a la cual [la ciudad de la Imperial] te-
niéndola sitiada, cortaron y *divirtieron* el brazo del río de que
bebían todos...»

En *La Araucana* ocurre no pocas veces. Vaya esta muestra
(407-2-6:)

Que en larga digresión me he *divertido*...

13. Laupi no es nombre araucano, ni se halla tampoco en
el poema ercillano.

mas, por ser del fiero Marte
 su casa y casa tan propia,
 que aunque el reposo nos quita
 como en centro aquí reposa.
 Humilló su cuello al yugo
 de la soberbia española,
 con presupuesto que son
 dioses con humanas formas. (14)
 Y después que de Aynavillo,
 fuerte capitán de toda,
 lloró la temprana muerte
 que le dieron con ponzoña, (15)
 siempre triste y afligida
 ha vivido, aunque edad corta,
 hecha un cadáver del tiempo
 y un sueño de la memoria,
 hasta que la de sus hijos
 despertó la hacienda y honra,
 que en ajenas manos miran,
 no por ser más poderosas,
 más, por las armas, que en ellas
 con ejecución tan prompta
 vomitan diversas muertes,

14. Tuvo presente, quizás, el autor de la comedia lo que dijo Ercilla (15-4-2,3) hablando de los primeros españoles que pisaron el territorio araucano y del concepto en que por los indios fueron en un principio tenidos:

Hombres que por milagro y caso extraño
 De la región celeste eran venidos:

15. He aquí como cuenta el hecho Ercilla (27-2:)

..... en Penco el Ainavillo
 Fúé por nuestra nación desbaratado;
 Y viniendo de paz, en un castillo
 Se dice, aunque no es cierto, que un bocado
 Le dieron de veneno en la comida,
 Donde acabó su cargo con la vida.

pues las dan a los que topan.
En un valle que de aquí
ditará seis leguas cortas,
determinaron juntarse
las más célebres personas.
Quien primero llegó al puesto,
lleno de vergüenza honrosa,
fué el soberbio Tucapel
con seis mil indios de escolta.
Con cuatro mil, gente fiera,
fantástico Ongol asoma;
Cayocupil con tres mil
sigue tras él la derrota.
Cinco mil Millarapué
metió, gente belicosa,
y con tres mil Paycabí
da muestra de su persona.
Lemolemo a seis mil bravos
la libertad les exhorta,
y de tres mil Mareguano
hace alarde y muestra toma.
Robusto, arrogante y fiero,
Elicura se congoja
porque sus seis mil soldados
no llegaron por la posta.
El anciano Colocolo
el trabajo no perdona,
y así con otros seis mil
esta empresa le remosa.
A Ongolmo cuatro mil siguen,
a Purén seis mil se postran,
y pasados de otros tantos
rige el membrudo Lincoya.
El señor del valle Arauco,
de quien nuestro estado toma

nombre de Arauco, (16) también,
 no pudo hallarse en persona.
 Ni el que rige a Pilmaiquén,
 que Caupolicán se nombra,
 mas los dos para esta empresa
 hacen a diez mil la costa.
 Otros caciques vinieron,
 que de nombrar dejo agora,
 por referir de esta gente
 la no pensada discordia. (17)
 Después que hubieron comido,
 de Arauco usanza notoria,
 de hacer el brindis con Baco,
 y la razón con Belona,
 pues antes de resolver,
 si se ha de poner por obra
 alguna empresa, el Senado
 convida la gente toda
 sobre quien será cabeza
 de nación tan valerosa,
 las de tan fuertes soldados
 se turban y se apasionan.
 Quién desgaja de un enebro
 la rama fuerte y ñudosa, (18)
 y quién de un valiente pino

16. Otra aserción de evidente procedencia ercillana:... «llámense los indios dél (el Estado de Arauco), araucanos, tomando el nombre de la provincia». Declaración ya citada.

17. Sería cosa de ir muy léjos si nos propusiéramos comparar el texto de la comedia con el del poema en la relación de la discordia que hubo entre los araucanos a que aquí se alude; bástenos con recordar que el índice del canto II comienza así: «Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la elección del capitán general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo...»

18. Tan empapado estaba Rejaule en la lectura de *La Arau-*

el mismo tronco destroncha.
Tucapel se hace a lo largo,
Ongolmo tras él se arroja,
Cayocupil, Elicura,
Gualemo, Purén, Lincoya,
Este dice: yo merezco
de Arauco el cetro y corona;
aquél, general seré,
si el mismo cielo lo estorba.
Replica el otro: el bastón
sólo esta diestra le honra;
y en suma la ciega plebe
cercándolos se amontona.
El prudente Colocolo
soltó en esto su voz ronca,
y con un breve discurso
a los más fieros reporta.
Fué el expediente, que aquel
que en sus fuertes hombros ponga
un madero, y le sustente
más tiempo, lleve la gloria.
Un tronco fornido traen
de grandeza monstruosa,
a quien Paycabí en sus hombros
sostuvo más de seis horas.
Cayocupil solas cinco;
Gualemo a las seis le importa
dejalle, y entra Purén
a esperar con él la aurora.
Doce horas y más le tuvo,
cuando en alto le enarbola

cana, que aun en este detalle insignificante se sorprende su imitación. Véase lo que el poeta dice en el canto II:

Aguijan a las armas, desgajando
Las ramas al depósito obligadas,

Elicura, que de nueve
si pasó fué cosa poca.

Tucapel llegó a catorce.

PI.—Notable fuerza.

LAUPI.— Espantosa,
si día y medio en el aire
no le tuviera Lincoya.

GRA.—¿Luego ése es el General?

LAUPI.—Oye, Gracolano, agora
el más constante tesón,
la fuerza más prodigiosa
que vió el suelo: llegó en esto
Caupolicano a deshora,
a la ligera (19) y sin gente,
y del suceso se informa.
Arrebata el tronco duro,
sobre sus hombros le apoya,
todo un día le sustenta,
llega la noche medrosa:
y tras ella coronada
el alba de blancas rosas,
a quien sigue el sol hermoso,
que los horizontes borda.
No se cansa el fuerte joven,
otra vez la noche torna,
y otra vez el alba fría
esparce menudo aljófár.
No le sacude el cacique,
antes sin mostrar congoja
espera al sol que destierre
las reliquias de las sombras.

19. Otro detalle de escasa importancia, pero que el autor de la comedia no olvida de su lectura del poema (28-5-3:)

Cuando Caupolicán a aquel asiento
Sin gente a la ligera había llegado.

Entonces despide el tronco,
como la piedra la honda,
dando un salto, en que nos muestra
que brío y fuerzas le sobran.
Por General le declaran,
suenan las bélicas trompas,
y la guerra contra España
a fuego y sangre pregonan.

Luego de toda la gente
ochenta mancebos toma,
y a la más cercana fuerza
de las tres que a Arauco doman,
disfrazados los envía
con cargas de heno y de ropa,
y en las haces sepultadas
las armas más peligrosas.

Mudos entran en el fuerte, (20)
y, en viéndose dentro, entonan,
¡libertad! ¡libertad! ¡mueran
los que la tierra nos roban!

Luego el General siguió
con su ejército de tropa,
dando dichoso principio
a la libertad que gozan.

GRA.—Gran cosa emprende el Estado,
y aunque el principio es dichoso,
tengo el fin por muy dudoso.

LAUPL.—No hay fuerza en siniestro hado
contra un pecho valeroso.

PL.—El cielo me es buen testigo,
que deseo que mi tierra
sacuda el yugo enemigo;

20. En el poema aparece así este concepto:

Sordos a las demandas y preguntas,
Siguen su intento y el camino usado...

mas con todo, en esta guerra
he de valer a mi amigo.

A Valdivia obligación
tengo como el mundo sabe;
y tal, que en esta ocasión
(aunque me parezca grave)
seré de su devoción.

Tú, hijo, mostrar procura
lo que me niega mi edad,
pues tan gran necesidad
es fuego donde se apura
el oro de una amistad.
Toma mi gente, Lautaro,
y de Valdivia el honor
tenga en ella algún reparo,
pues yo he hallado en su valor
no pocas veces amparo.

GRA.—Toma mi gente también,
que por tuya tener puedes.

LAUT.—¡Oh! mi Gracolano, ¿quién
servirá tantas mercedes,
ni mereció tanto bien?

GUA.—Esto sólo me faltaba
para acabar con mi vida,
amigo esposo.

LAUT.— Homicida.

(*Vuelto a Guacolda:*)

Ser mutable no bastaba,
que también eres fingida;
con gusto al Español sigo,
y voy contra mi nación,
porque así tendré ocasión
de dar a Rengo el castigo
de su loca pretensión.

Vamos.

GRA.— Ven, hija querida.

GUA.—Voy a la guerra también,
tu verás si soy fingida;
y pues perdí tanto bien
¿qué mucho que ande perdida?

(*Vanse, y salen Valdivia, hombre de hasta cincuenta años, (21) general de toda aquella tierra, y Bobadilla, capitán, (22) y algunos soldados españoles.*)

VALD.—Sin duda, fuertes compañeros míos.
de haberse el gran Arauco rebelado
causa mis culpas son y desvaríos,
que tengo al alto Dios muy indignado.
Quisiera yo ser mar, las minas ríos,
y que en mi casa hubieran desaguado:
¡tal ha sido hasta ahora mi codicia! (23)

21. Como en el poema no se apunta la edad de Valdivia, el autor de la comedia hubo de señalarla a su buen parecer, pero tenía, en realidad alguna más de la indicada. Góngora Marmolejo dice a este respecto: «Era Valdivia, cuando murió, de edad de cincuenta y seis años.» *Hist. de Chile*, p. 39. Pero, ¿cosa curiosa! más cerca de la verdad anduvo Rejaule, si hemos de atenernos a la declaración del propio Valdivia, que dijo en una ocasión, y única en que conste su testimonio sobre ese particular, que había nacido en 1502, y así, contaba, por consiguiente, por los días en que aparece en escena, visperas de su muerte, cincuenta y un años.

22. El Bobadilla aquí mencionado es, sin duda, Luis, no capitán de Valdivia, como nos lo presenta Rejaule, sino su caballerizo.

23. Esta tirada de Valdivia relativa a su codicia es simple reflejo de los colores con que en el poema se le pinta. Decía Ercilla (40-2-7,8) en términos generales:

Codicia fué ocasión de tanta guerra
Y perdición total de aquesta tierra,

que aplica en seguida al fundador de Santiago; siendo éste

tiempla el rigor, mi Dios, de tu justicia.
 Los corredores que antes inviamos
 temiendo, como es justo, de emboscada,
 ni vuelven, ni parecen, y pisamos
 ya la enemiga tierra rebelada.

(*Descúbreanse tres cabezas clavadas en las puntas de tres ramas de un árbol*). (24)

Mas ¿qué es esto? ¿no són los que miramos
 por fruta de aquel árbol mal lograda?
 el árbol que a esta fruta nos convida
 dice que nadie escapará con vida.
 Volvámonos, señores, que esto es hecho,
 ya perdió la vergüenza aquesta gente;
 no quiere que nos haga buen provecho
 la mano que nos hace este presente.
 Volvamos, españoles, que sospecho
 (viendo el Bárbaro ya tan insolente)
 que de araucanos cubrirá la tierra;
 sin gente mal podemos hacer guerra.
 Fortifiquemos nuestros fuertes luego,
 rehagámonos de gente, que salimos
 como a cosa de burlas, como a juego,
 y es notable la empresa a que venimos.

BOB. —Que me escuches, señor, te pido y ruego:

uno de los poquísimos lunares y sin duda el más grave de todos en que el poeta se aparta de la verdad histórica. ¡Qué lástima que los informes que recibió de aquel hombre, superior, bajo todo punto de vista, le impidieran comprenderle, para que, lejos de denigrar su memoria, le hubiera ensalzado con los loores y en los términos que eran de esperar de su genio poético.

24. En el poema el hecho se cuenta así (41-3-6 a 8:)

Las amigas cabezas conocieron,
 De los sangrientos cuerpos apartadas,
 Y en empinados troncos levantadas.

aunque siempre tu ley obedecemos,
 ó fuese ya suave, ó fuese extraña,
 fué mientras no tocó al honor de España.
 Agora que nos tocas en lo vivo,
 será razón que el yugo sacudamos:
 que el pecho fuerte, valeroso, altivo,
 en vano le oprimimos y apretamos.
 Busquemos al cruel Bárbaro esquivo
 que vertió nuestra sangre: ¿qué tardamos?
 a dicha cuanta Arauco cría, piensa
 que será de esta sangre recompensa.
 Miras, Valdivia, que este tronco baña
 la sangre de tus nobles compañeros,
 que dejaron por tí su amada España,
 ¿y a sombras temes, ó te espantan fieros?
 nos rige, caudillo, ó acompaña,
 que al cielo claman tantos desafueros:
 ¡muera el Bárbaro alevel!

SOL. 1.º—

¡Muera!

SOL. 2.º—

¡Muera!

VAL.—Oh! cómo mi desdicha os desespera!

(Sale un indio de paz alborotado, llamado Pran).

PRAN.—Vuélvete luego, señor,
 no entres más en lo vedado;
 que ya muestra su rigor
 de España contra el valor
 el irrevocable hado.
 Veinte mil hombres te esperan
 en Tucapel, que ya el bando
 siguen de los que se alteran,
 y con estarte esperando
 de rabia se desesperan.

Vuélvete, señor, de aquí. (25)

VAL.—Eso, amigo Pran, les di
a los que vienen conmigo.

PRAN.—Pujante está el enemigo:
españoles, yo le vi.

BOB.—No hay temor que nos encoja:
echada está ya la suerte.

VAL.—¿Quién así, España, te arroja?

BOB.—Al que la vida le enoja
mira si huirá de la muerte.

PRAN.—Con esto a mi obligación
acudo.

VAL.— Y todos también
en estimar tu afición.

PRAN.—Ya las reliquias se ven
del fuerte y su destrucción. (26)

VAL.—Agora, fuertes soldados,
veréis si teme Valdivia
enemigos rebelados,
o si por dicha se alivia
de militares cuidados.

Vuestro juvenil ardor
con mi experiencia y consejo
pensé templar, y, en rigor,

25. Imitación muy cercana a lo que en el poema se refiere
(43-I-I a 4:)

En esto a caso llega un indio amigo,
Y a sus pies, en voz alta, arrodillado,
Le dice: «¡Oh capitán! mira que digo
Que no pases el término vedado...

26. Continúa Rejaule aprovechando los detalles consigna-
dos en *La Araucana*:

Y en breve espacio el valle descubriendo
De Tucapel bien lejos parecía
El muro, antes vistoso levantado,
Por los anchos cimientos asolado.

sólo porque está en un viejo
pierde el valor su valor.
Con todo, advertiros quiero,
por el cargo que me dais,
que si hoy victoria alcanzáis,
por ser el trance primero,
con la guerra rematáis.
Junto tienen su poder;
si los pocos que aquí estamos
les llegamos a vencer,
sin ánimos les dejamos
para volverse a atrever.

BOB.—¡Ea! capitán valiente,
a breve suma reduce
esa plática elocuente.

VAL.—Ah! ciega bisoña gente!
¿quién a la muerte os conduce?
Ya de bárbaros cercados
estamos todos, al Cielo
dirigid vuestros cuidados;
que, según veo, este suelo
hoy produce hombres armados.

(Suena alarido de gente y ruido de cajas, y los españoles se alborotan).

Salga Bobadilla luego,
y acometa con su gente;
¡que alumbres tu pueblo ciego,
clara luz indeficiente,

(Vase Bobadilla).

Humildemente te ruego!
¿Quién es el que se apercibe,
y antes que otro se desmande

nuestros amigos recibe?

PRAN.—A este llaman Mareando,
que la áspera sierra vive.

VAL.—Su escuadrón abierto espera,

ya el nuestro cierra y oculta,

y ya como hambrienta fiera

en su vientre le sepulta

sin dejar un hombre fuera.

¿Quién a tan grande rigor
con vida se halla presente?

salga el Sargento mayor

y escoja de nuestra gente

la más plática y mejor.

Si enojado estás conmigo

a dicha, recto Juez,

no padezca otro el castigo:

decidme, ¿quién son los diez,

que hacen rostro al enemigo?

1.—Sus obras te lo dirán,

pues tan bien venden sus vidas

a precio de mil heridas.

VAL.—Para siempre quedarán

en la memoria esculpidas.

Ya sólo cinco han quedado

de los diez.

2.— Ya caen los dos:

bien los tres les han vengado.

PRAN.—Otro ha caído.

VAL.— Mi Dios,

perdido va tu ganado.

Vamos, españoles fuertes,

¡ea! vamos ya a excusar

con una, infinitas muertes

que sentimos en mirar

hacer en los nuestros suertes.

Aumentemos el estrago

dándole a estos traidores
el sangriento y justo pago:
¡ea! a vengarnos, señores.

1.—¡Santiago!

2.— ¡Santiago!

(Vánse todos, y suenan por un rato las cajas y trompetas, y salen dos o tres españoles retirándose de otros tantos indios).

IND.—A flacos hombres, tenidos
por dioses injustamente,
más por el oro luciente
a nuestra tierra venidos,
que porque fe se aumente.

(Metén los indios a los españoles por la otra puerta, vuelve el ruido de cajas, y trompetas y, en cesando, salen Valdivia, Lautaro y dos o tres indios que aun no hayan salido).

VAL.—Dame esos brazos, Lautaro,
que han de trabajar después
en mi defensa y amparo.

LAUT.—Estos y aquellos que ves

(Señalando a sus compañeros).

te invía mi padre caro.

VAL.—Pues a tan buen tiempo llega
en mi socorro tu gente,
reciba ya la insolente
que la obediencia me niega
el castigo conveniente.

(Vuelve el rumor de las cajas).

Lautaro, adios, y entra luego
por este lado escondido,
pues ya anda tan vivo el juego.

LAUT.—Yo ya voy.

VAL.— Por tu partido
que vuelvas, señor, te ruego.

(Váse cada cual por su puerta, y prosigue el ruido, y salen después dos ó tres indios retirándose de otros tantos españoles).

SOL. 1.—Ah! bárbaros descreídos
ya vuestros daños son ciertos,
de miembros tan fementidos
hoy pienso dejar cubiertos
estos campos extendidos.

(Métenlos por la otra puerta, vuelve el ruido, y luego dicen de adentro:)

1.—No dejéis ninguno a vida,
pues su traición es notoria.

2.—Pongámonos en huida.

3.—Ya todos van de vencida.

1.—Vitoria, ¡Españal

3.— ¡Vitoria!

(Sale Lautaro solo y, mirando hacia el vestuario, dice:)

LAUT.—¿A dónde vais a dar, desconcertados,
Araucanos valientes, honra y gloria
destos fuertes indómitos estados,
porque una sola voz cantó vitoria?
Si os halláis para huir tan alentados,

estaldo para dar muestra notoria:
 que hace rostro en defensa de su nido
 el pájaro más flaco y encogido.
 Haced rostro, y mirad que los que os siguen
 están ya tan cansados y afligidos,
 que si vuestras escuadras los persiguen
 de vencedores los veréis vencidos.
 ¿Qué mucho que los hados os castiguen,
 si de viles, medrosos y encogidos,
 le dáis al español lo que, a no darlo,
 no fuera poderoso de alcanzarlo?
 La vitoria le dáis, que no es bastante
 a ganar de esos brazos esforzados;
 considerad su término arrogante,
 sus fueros advertid desaforados.

(Van saliendo poco a poco algunos indios a las voces de Lautaro).

El morir es posible que os espante,
 y no os tiene el servir amedrentados;
 como la muerte no es, cuando es honrosa,
 más que la esclavitud dulce y sabrosa.
 Confieso que las armas he tomado
 contra mi noble patria inadvertido,
 ya el parecer injusto he revocado
 por ver el triste estado a que ha venido.
 Y porque no aleguéis que os he animado
 con solas voces, que miréis os pido
 si me arrojó a las armas el primero.
 y si gozoso por mi patria muero. (27)

27. Sería redundante, después de lo que venimos viendo, que siguiéramos cotejando en esta parte el poema con la comedia; pero pasma verdaderamente la audacia de Rejaule al intentar poner en boca de Lautaro una arenga semejante a la que

(Toma una lanza del suelo, donde ha de estar ya para este efecto).

Esta lanza abrirá camino luego
 por el infame pecho que me trujo
 a ser hoy desta tierra ardiente fuego,
 con ser tierno pimpollo que produjo.
 A ellos, ¡ea! pueblo hasta aquí ciego,
 y si el Cielo a tal punto nos redujo,
 que vamos a morir, sea matando.

INDIO 1.º—¡Muera el Cruzado caviloso bando!

INDIO 2.º—¡Muera el Cruzado caviloso bando!

(Váse Lautaro y los que salieron a sus voces, y renuévase el alarido y rumor, y luego sale Valdivia atravesado de una lanza, y dice:)

VAL.—¿Porqué, alevoso Lautaro,
 tan sin razón me has herido,
 en qué, ingrato, te he ofendido?
 ¿Este es, traidor, el amparo
 que me habías prometido?
 ¿Qué furia rugió tu diestra,
 y tan diestra en darme muerte?
 mas, si mi suerte siniestra
 tu alevoso brazo adiestra,
 ¿qué mucho que el golpe acierte?
 Mi codicia siempre hambrienta

Ercilla le atribuye, que es, bien se sabe, uno de los trozos culminantes de *La Araucana*: la comparación, claro está, no es posible; pero el final entre ambas piezas tiene algo de parecido. En el poema, Lautaro concluye así:

A lo menos firmad el pie ligero,
 A ver cómo en defensa vuestra muero.

de adquirir y atesorar,
 en esto había de parar;
 en vano doy en la cuenta
 cuando a Dios la voy a dar.
 Si mi brazo entonces fuerte
 mis vasallos castigara
 cuando a dos dieron la muerte
 delante de mí, excusara
 hoy el verme de esta suerte.
 Mas, mostréme por mi mal
 (fiado en su falsa enmienda)
 de mis vasallos parcial;
 que castiga un hombre mal
 si el castigo es en su hacienda.

(*Dicen de adentro:*)

ADEN. -- ¡Vitoria! ¡el Español muera!

OTRO. — ¡Viva el gran Lautaro fuerte
 una eternidad entera!

VALD. — Cuando herido no estuviera,
 esto me diera la muerte.

Ya, inmenso Dios, me apercibo
 al duro forzoso trance,
 pues ya de aliento me privo.

(*Sale Lautaro con algunos indios.*)

INDIO 1. — Sangriento ha sido el alcance. (28)

2. — Ninguno ha quedado vivo.

VALD. — ¡Ay! dulce querida España!

LAUT. — ¿Quién se queja por aquí?

28. *Alcance*, lo que hoy decimos *persecución*. El léxico trae la frase militar «seguir el *alcance*», que vale «ir detrás del enemigo que se retira o huye».

1.—Un hombre que el suelo baña
con su sangre.

LAUT.— ¿Quién es, di?

1.—Si la vista no me engaña,
Valdivia es éste.

LAUT.— A quien yo
traté como tú le hallas!e.

VALD.—No te alabes que rasgaste
el pecho que te crió.

LAUT.—Mal el mío penetraste.
En mí, cual otro Diomedes,
dabas a un caballo vida,
que regalos y mercedes
te pagó con esa herida
que ver en tu cuerpo puedes:
yo confieso que la mano
me dejó el golpe sabrosa.

VALD.—¿Hay pecho más inhumano?

LAUT.—Mas, di, ¿qué César Romano
o hazaña tan famosa?

VALD.—No legres tu edad florida,
y en medio de la corrida
de esa dicha comenzada,
una flecha desmandada
te quite, ingrato, la vida.
Muere si prendado estás
delante tu dama, injusto;
no porque así alegre irás,
sino porque sientas más
el perder la vida y gusto.
Con el que tu muerte intenta
case tu mujer viuda;
que si la pena se aumenta
por accidente, sin duda
esto a un alma le atormenta.

LAUT.—Acabad con él, soldados.

quebralde la infame boca;
no llame injustos los hados,
su eudicia paga loca,
que no paga mis pecados.

VALD.—Sólo en ti, mi Dios, confío,
pues ya el mundo me dió el pago.

(Métente adentro los soldados).

LAUT.—Yo en el fuerte brazo mío,
que de vuestra sangre un río
hará en el primer estrago.

(Sale un indio solo).

INDIO.—Nuestro gran Caupolicano
te invía a llamar, señor;
porque el Senado Araucano
el premio de tu valor
ha remitido a su mano.

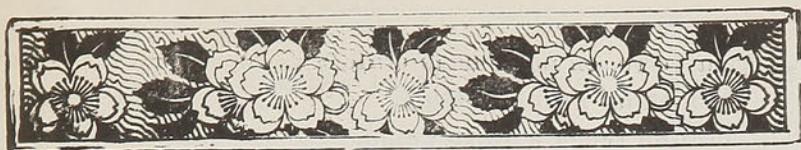
1.—¿Qué merced le podrá hacer
nuestro General prudente?

2.—Podrále hacer su teniente;
este mancebo ha de ser
un soldado muy valiente.

LAUT.—Vamos, pues; nadie se asombre
si a tal ira me provoco;
Ah! España, yo he de hacer poco,
o llegará a ser mi nombre
de tus hijuelos el coco.

(Vanse todos, dándose fin con esto al acto primero).





ACTO SEGUNDO

(Sale Guacolda vestida de hombre en traje español, y Purén, criado suyo).

PUR.—¿Por qué, Guacolda, has querido
vestir el español traje,
haciendo a éste nuestro, ultraje?

GUA.—Porque contra este vestido
tiene Lautaro coraje.

Y así, pues, a España sigue
con furia y cólera extraña,
mientras no se desengaña,
y, cómo ves, me persigue,
quiero ser también de España:
que con tan grande pasión
le adoro, que no querría
que por ninguna ocasión
digan, que me perseguía
sin justicia ni razón.
Y, así, para disculpar

su yerro, en parte he querido
mudar mi propio vestido.
porque tenga a quién culpar,
pues en mí culpa no ha habido.

PUR.—Bien has dicho, mas sospecho
que eso daño te ha de hacer
si alguno te acierta a ver.

GUA.—Si Lautaro está en mi pecho,
¿quién me ha de osar ofender?

PUR.—Pues mirando el cristal claro
de este arroyuelo me espera.

GUA.—Aquí espero, amigo caro:
¡ay! si en ti me convirtiera
por ver más presto a Lautaro!

PUR.—Pues vamos los dos.

GUA.— No es bien
si le enojo con mi vista;
primero, amigo Purén,
su gracia y valor conquista.

PUR.—Los cielos favor me den. (*Vase*).

GUA.—Amor poderoso y fuerte,
cuán en vano ¡ay! triste, lucho
contigo, si bien se advierte:
pues no lo encarece mucho
quien te prefiere a la muerte.
Y con tan constante pecho,
sin admitir desengaño,
acudo a mi mal de hecho,
que en el más seguro daño
aseguro mi provecho.

Mi patria, padre y regalo,
mi honor y vida pospongo;
y así en esto me señalo,
que aun en disputa no pongo
si es malo, siendo tan malo.
¡Ay! Lautaro de mis ojos.

en quien mil bienes se encierran,
no me des ya más enojos,
y si antojos te destierran
destierra ya esos antojos.
Mas, si la fiera traición
de Hipalca y de Rauco ha sido
de tu ausencia la ocasión,
¿porqué no me diste oído
al dar la satisfacción?
Entonces sacar pudieras
en limpio quien te ofendió,
sin dar lugar a que yo
sacara a plaza las veras
a que el amor me obligó.
Pudieras averiguar,
cómo mi falsa criada,
sin podello yo estorbar
le dió a Rengo franca entrada
para poderme robar;
que papeles escribía
en mi nombre y remitía
a este Rengo, que me amaba,
y que yo ignorante estaba
de tan grande alevosía:
lo que apenas entendí
de la ingrata Hipalca, cuando
a buscarte me partí,
y cuando perdón la di,
que Amor es fuerte, aunque blando.
Pues de Rauco persuadida,
a quien tuvo tierno amor,
puso al tablero mi vida,
ó mi honor, prenda querida,
pues no hay vida sin honor.
Gran rumor siento: ¿si son
los que espero por ventura?

(*Salen Rengo y Rauco, su criado*).

REN.—Calla ya, que a más locura
me provoca esa razón.

GUA.—Aquí me escondo, laurel:
si es que eres árbol sagrado,
válgame el entrar en él.

REN.—No es Dios, si está apasionado:
deja que blasfeme dél.

Reniego dese que alumbra,
cuando en el mar se despeña,
y cuando del mar se encumbra;
pues la nube más pequeña
se le atreve y le deslumbra.

Reniego de Eponamón,
ya contra mí conjurado,
lleno de humana pasión;
pues de tiniente le ha dado
a mi enemigo el bastón.

Reniego de cuanto adora
el indio y el español,
que ya su arrogancia llora,
desde la rosada aurora,
hasta el sepulcro del sol.

Reniego del hondo abismo,
si acaso tuve en él fe,
pues tenella es barbarismo;
y reniego de mí mismo,
pues antes no renegué.

RAU.—También yo, señor, reniego
de todo cuanto reniegas.

REN.—Eso sí, reniega luego;
que más atizas mi fuego
cuando materia le niegas.

GUA.—Este es Rengo; ¿qué he de hacer?

¿qué es esto, cielos tiranos?
 pues si éste me acierta a ver
 y me acierta a conocer,
 por mi mal vuelvo a sus manos.

REN.—Lautaro, teniente, y yo,
 sujeto a su orden y mando,
 que esto fortuna ordenó,
 porque de un bando a otro bando
 con infamia se pasó.
 Y porque no sólo ha sido
 traidor al que le ha criado,
 y en su socorro traído,
 sino porque le ha dejado
 de su misma mano herido.

GUA.—Si pruebo a huir, y por dicha
 me sienten, me han de alcanzar,
 ¿qué mal hice en esperar!
 quien tiene tanta desdicha
 ¿porqué se ha de aventurar?

REN.—¿Que esto el cielo haya trazado
 para que reviente yo?

RAU.—¿Que no te da eso cuidado,
 sino el ver que te quitó (*aparte*)
 la dama, que habías robado.

REN.—Ya no ha de regir mi mano,
 pues a tal punto ha venido
 esto, que español buído, (29)
 mi corvo alfanje africano,
 sino un bastón mal pulido.

(*Va a desgajar una rama del laurel.*)

Desgajar quiero una rama
 de este laurel, porque en fin
 al que por mi brazo llama

la muerte, tenga más fama,
 pues tendrá laureado el fin.
 GUA.—Esto es hecho: ¿quién tuviera
 las alas del pensamiento?

(Escapa corriendo).

RAU.—¿Qué es eso? ¿alguna fiera?
 REN.—Un español es, que al viento
 deja atrás en su carrera.
 Síguete, Rauco.

RAU.— Y seré
 más que el viento presuroso,
 pues donde estás le traeré.

(Va tras ella Rauco).

REN.—Y yo este bastón ñudoso
 en su vida estrenaré.
 Ya le dió alcance; en correr
 nadie se la ganará,
 y más si está, como está,
 tan hecho siempre a vencer.

(Vuelve con Guacolda).

RAU.—¿El español tienes ya?
 REN.—¿Qué dices, Rauco? ¿no miras
 la ventura de los dos?
 ¿cómo a más premio no aspiras?
 este español sí que es Dios;
 y no los que con mentiras
 nos quitan la posesión,
 que siempre de Arauco fué.

(Arrodillase delante Guacolda).

A éste si que le daré
por víctima el corazón
en las aras de mi fe.
No en vano le vine a hallar
del mismo cielo guiado
bajo un dosel consagrado;
pues un Dios ¿dónde ha de estar,
si no es en lugar sagrado?

GUA.—Déjate, Rengo, de hacer
muestras de firmeza tanta.

RAU.—¿A quién tal dicha no espanta?

GUA.—No soy Dios, sino mujer;
levanta Rengo, levanta.

¿Quién con fingida blandura
pudiese enfrenar su intento? (Aparte).

REN.—No te cabe del contento
parte, pues desta ventura
fuiste, Rauco, el instrumento.

RAU.—Pues que no me ha de alcanzar,
como el que mirando el juego
a su amigo ve ganar:
mas, dame barato luego,
antes que salga otro azar.

GUA.—Invencible Rengo fuerte,
por quien mil penas padezco,
que la menor es de muerte;
no digo que te aborrezco,
pero no puedo quererte.
Ese tu amor peregrino
confieso que ha de estimalle
el pecho más diamantino;
mas de estimalle a pagalle
hay mil leguas de camino.

No pidas luz a una ciega,
libertad a una cautiva,
gusto a quien amor le niega,
y vida a quien ya se entrega
a la muerte más esquivá.
Esa constante afición,
digna del más noble pecho
que tiene nuestra nación,
pues yo no soy de provecho,
guárdala como es razón.
Que no faltará prometo
quien tendrá a dichosa suerte
el llegar a merecerte
y el ser amado sujeto
de un indio tan noble y fuerte.
¡Cuán verdadero ha salido *(Aparte.)*
lo que me dijo Purén,
que en este infeliz vestido,
aunque me estaba tan bien
mi mal estaba escondido!

(Dice aparte a Rauco:)

REN.—Rauco, adelántate luego
al valle de Penco, y di
a Guaticol que ya llego
a gozar de aquel sosiego,
que tuve en un tiempo allí.
Que quiero su huésped ser
y no volver a la guerra,
ni por ver mi amada tierra
en contingencia poner
lo que ya mi mano encierra.
Que esta firmeza que da
muestras de un amor tan raro,
si agora invencible está,

la ausencia de su Lautaro
y el tiempo la vencerá.

RAU.—Voy como sabes que suelo,
y como yo sé, que es justo.

REN.—Ve volando.

RAU.— Voy y vuelo. (*Vase Rauco*).

REN.—No tengas, mi bien, recelo,
que mi ley será tu gusto.

GUA.—Yo fuera más que dichosa.

REN.—No quiero ajena mujer,
y por hacerte gozosa
esta vez quiero vencer
mi pasión, aunque amorosa.

Y no tanto por la gloria,
que alcanzo en el vencimiento,
que es él de mayor memoria,
cuanto por darte contento,
que aun es más alta vitoria.

Vamos.

GUA.— ¿A dónde?

REN.— A volverte
a tu padre.

GUA.— Y a escuchar
la sentencia de mi muerte,
pues con mi huida a probar
le he dado un trago tan fuerte.

Llévame en casa de mi tío,
que de allí pediré treguas
al piadoso padre mío.

REN.—Casi nada la desvío: (*aparte*):
más son de catorce leguas.

GUA.—Por ir a Lautaro muero,
mas bien será que sujete
mi voluntad, que este fiero,
si le pido lo que quiero,
negará lo que promete.

(Vanse, y salen Lautaro muy mejorado de vestidos y plumas y si puede ser con peto y espaldar español, y Purén el criado de Guacolda).

PUR.—Agora verás, señor,
la obligación en que estás
a Guacolda, cuyo amor
si a todos los deja atrás,
no es mucho, que es el mayor.
Aquí en esta clara fuente
la dejé; mas no está aquí.

(Va buscando por todo el teatro).

Si por estar tan patente
se escondió ¡triste de mí!

LAU.—Nunca el corazón me miente,
pues traigo todo el camino
el pecho sobresaltado.

PUR.—Cielo piadoso y divino,
dame favor.

LAUT.— Imagino
que este infame me ha burlado.

PUR.—¡Hola! ¿aun nadie responde?
señora, señora mía,
¿dónde tu beldad se esconde?

LAU.—¿Hay más grande alevosía?
¿dónde está Guacolda? ¿dónde?
¿Para esto aquí me has traído?
para esto aquí me llamó
tu vil señora?

PUR.— El vestido
sospecho.

LAU.— Calla, que yo
ninguna disculpa pido.

¿A un hombre de mi valor
así se burla, villano?
¿quién hoy le niega a mi mano
el justísimo rigor,
aunque sea el de un tirano?

(Empuña la espada).

PUR.— Espera, señor, advierte,
oye sólo una disculpa,
si ella aquí ha venido a verte,
y la culpa está en tu suerte,
¿por qué tu lengua la culpa?
Si la tragó alguna fiera,
si algún indio la robó,
por vella de tal manera
que de español se vistió,
¿qué culpa merece?

LAUT.— Espera:
que bien dices, que no tiene
la culpa mi prenda bella,
sino mi estrella, que viene
a ser la más mala estrella
de las que el cielo contiene.
Yo solo soy el culpado,
y así es justo que me cuadre
aquel cantar celebrado:
¡para qué pariste madre
un hijo tan desgraciado! (30)

30. Ese cantar celebrado no aparece en la colección de Rodríguez Marín; pero se registra en ella este otro de la misma índole: (copla 6,333):

Más desgraciao que yo
No lo parirán las madres;
Que una camisa que tengo,
No tengo quien me la lave.

¿Qué importa que haya salido
de mil peligros ufano,
y que diga el araucano,
que el vencer ó ser vencido
consiste sólo en mi mano?
Si el alto cielo me ha dado
un corazón delreposito
a un ajeno y apartado,
que en armas era dichoso,
y en amores desdichado.

(*Salen tres ó cuatro indios en busca de Lautaro*).

INDIO I.—A las voces que sentimos
repetir los riscos huecos,
fuerte capitán, venimos,
y aunque es el lenguaje de ecos
muy confuso, le entendimos.
Quizá porque se le antoja
al que de otro viene en busca,
que es un hombre cualquier hoja.

LAUT.—¡Lo que entorpece, y ofusca (*consigo*)
un alma cualquier congoja!

2.—Ya, famoso capitán,
los que de la Concepción
salieron, subiendo van
en mal formado escuadrón
la sierra de Andalicán. (31)
Ya de la celada inciertos
trepan los peñascos yertos
los españoles confusos;

31. En el poema (109-5-I, 2):

Ya por el monte arriba caminaban,
Volviendo atrás los rostros afligidos...

ven a remediar abusos
y a prevenir desconciertos.

3.—Esto nos hizo salir
en tu busca, pues tú ausente,
no hay quien se deje regir;
pues sólo a tan brava gente
tú la puedes corregir.

LAUT.—Si envuelto ya en mortal sueño,
tiene sepulcro en el vientre
de alguna fiera mi dueño;
si tal es, mi fe te empeño
de matar cuantas encuentre.
Hasta ver la que hoy ha sido,
de tus huesos mauseolo,
¡ay! mi dulce bien perdido, (*siempre divertido*).
y ¡ay! de mí, pues en mí solo
pudo caber tanto olvido.

2.—Lautaro invencible, advierte,
que ya está afilando el filo
de su guadaña la muerte;
no quieras cortar el hilo
de tu favorable suerte.
Mira que el sacro Senado (32)
en tus fuertes hombros puso
el peso deste cuidado.

LAUT.—¿Quién vió pecho tan confuso
de más pena rodeado?
Ea, pues, el honor viva,
y muera el gusto y amor;
mi Guacolda muerta ó viva,

32. Así llamó también Ercilla a la junta de los caciques, y otra vez, *senado religioso*; ya se adivinará que al apodar de tal modo a indios borrachos y ateos, el poeta deja traslucir su espíritu de imitar las arengas que se pronunciaban ante el Areópago de Atenas o el Senado Romano.

perdone, pues en rigor
lo más a lo menos priva.

Vamos, escuadrón valiente,
que hoy de Andalicán el cerro
(si este brazo no me miente)
ha de ser funesto entierro
de esa miserable gente.

1.—Vamos, invencible Marte,
hijo del potente Sol.

LAUT.—Tú luego a buscar te part

(Hablando con Purén:)

a mi perdido español;
que esto sólo ha de librarte
de la más sangrienta muerte
que inventó jamás tirano.

PUR.—Pues como con él no acierte
no hayas miedo que a tu mano
remita la herida suerte.

(Vanse todos, Purén por una puerta, y los demás por la otra; y salen Doña Mencía de Nidos y Don Pedro de Villagrán, vestidos de monte, cada cual con su jabalina).

D. MEN.—Mal mi condición conoces.
quererme a mí persuadir
es dar en desierto voces,
ó querer a un carro uncir
los leones más feroces.

D. PE.—¿Es tu cuello de león,
para que el yugo deseche
en tan forzosa ocasión?

D. MEN.—Sin dũda mamé su leche,
pues tengo su condición.
No nací para sujeta,

para sujetar nació,
ya, el ciervo con la saeta,
ya, el cerdoso jabalí
con la turquesca escopeta.
Este robusto ejercicio
el pesar de mí destierra,
y no porque halle en él vicio,
sino por ser su bullicio
un ensayo de la guerra.
No hay dulce voz, no hay acento
aunque el sueño me interrompa,
que me dé mayor contento,
que el de una bastarda trompa
ó militar instrumento.
El olor que a mi sentido
más lisonjea y suspende,
no es del ámbar escogido,
mas del salitre en quien prende
el fuego siempre atrevido.
Y en suma aquesta corteza
ó esta femenil flaqueza
cubre un valor tan extraño,
que sin duda tomó engaño
en mí la naturaleza.

D. PE.—Con tan grande gallardía
has referido, señora,
el valor que en tí se cría,
que si el alma te quería
ya te está adorando agora.
Tu condición no me altera
pues es la que reina en mí;
que si yo salud tuviera,
aunque me muero por tí
ausente de tí estuviera.
Con mi valeroso tío

Francisco de Villagrán (33)
 al cerro de Andalicán
 fuera con el mismo brío
 que nuestros amigos van.
 Allí en tu nombre enfrenara
 deste Lautaro la furia;
 y la muerte me costara,
 ó vengara bien la injuria
 que cuesta a España tan cara.
 Pero no dejo por eso
 de rendir feudo al amor,
 pues un amoroso exceso
 no quita, que da favor.

D. MEN.—Eso es lo que no confieso.

No, don Pedro, mal procura
 quien se aplica a la milicia
 tener en amor ventura,
 que el amor todo es blandura,
 todo es regalo y caricia.
 Publica un enamorado,
 que en su dama (en quien se encierra
 su gusto) está transformado;
 pues un hombre afeminado
 ¿qué vale para la guerra?
 Nuestro sexo, en conclusión,
 para sujeto ha nacido;
 si esto es así, ¿es gran blasón
 confesarse uno rendido
 a la misma sujeción?
 Pregúntaselo a Aníbal,
 y verás lo que perdió
 por ser en Capua leal
 al amor, que le tornó

33. Francisco de Villagra no era tío de Pedro el de su mismo apellido, sino primo.

de hombre en un bruto animal.

D. PE.—No te acabo de entender,
pues sólo por sustentar
tu opinión y parecer,
gustas de satirizar
tu hermoso agradable ser.
Agora sabes que amor
es de la naturaleza
divino reformador,
y tanto, que su fineza
le hace a veces hacedor,
pues suele de nada hacer
(si de lo poco es lo mismo)
un hombre que viene a ser
de excelencias un abismo
con sólo saber querer.
De rudo le hace avisado,
de mal sabido discreto,
de temeroso arrojado,
de mal pulidopreciado,
y de rebelde sujeto.

(Dice a voces de adentro Rengo:)

REN.—Espera, no huyas, señora,
y pues de tí me fié
confíate de mí agora.

(Sal ehuyendo Guacoida a guarecerse en doña Mencía y don Pedro).

GUA.—Defiende, español, tu fe
en quien la sigue y adora.
Que soy yo, contra este fiero
que cautivarme pretende.

(Sale tras ella Rengo).

D. PE.—Dí que el Cielo te defiende,
 pues su divino lucero
 a defenderte deciendo.
 ¡Eal pues, doña Mencía,
 que esta hazaña es de tus manos.

(Hácenle rostro los dos, teniendo a las espaldas a Guacolda)

REN.—¿Qué es esto, infames cristianos,
 quien os dió tanta osadía?

GUA.—¡Favor, cielos soberanos!

Y pues este vil vestido
 a este punto me ha traído,
 el mismo el remedio sea
 por donde libre me vea
 deste bárbaro atrevido.

D. MEN.—Déjame, don Pedro, a mí,
 que con el favor de Dios
 sola he de rendille.

REN.— Así.

D. PE.—Mejor será que los dos
 le demos la muerte aquí.

REN.—Sin gana a reirme vengo
 mirando vuestra locura;
 decid, locos, ¿por ventura,
 sabéis que reñís con Rengo,
 de españoles sepultura?
 ¿Sabéis que, si como veo
 un hombre y una mujer,
 viera de España el poder
 que es lo que tanto deseo,
 le diera mucho que hacer?

D. PE.—Bien se parece, arrogante,

que no has visto, ni conoces
a la que tienes delante.

GUA.—Hoy debo a mis pies veloces
esta vitoria importante.

Si mientras riñendo están
(pues todos son enemigos)
libertad y honor me dan;
¡ea! que alas, pies, amigos,
con temor no os faltarán. (*Vase*).

REN.—Fuertes sois, pues aun os hallo
con valeroso semblante;
contentaos con escuchallo
de mi boca, sin gastallo
con pasar más adelante.

D. MEN.—Defiéndete, fanfarrón,
que ya me falta paciencia.

(*Echa de ver que se ha ido Guacolda*).

REN.—¿Hay más grande confusión?
Aquí dió fin la pendencia,
pues le falta la ocasión.
Fuese mi bien soberano,
perdonad, que, según veo,
nuestra contienda es en vano;
¿quién fuera en volar deseo?
Espera, dulce tirano. (*Vase*).

D. MEN.—¿Has visto tal en tus días?

D. PE.—Libro de caballerías
me parece esta espesura,
y este suceso aventura.

D. MEN.—Dices bien.

D. PE.— Bien descubrías
de tu noble pecho osado
el valor que en él se anida.

D. MEN.—Hablas como apasionado.

- D. PE.—A no tenerte a mi lado
temiera perder la vida.
- D. MEN.—Dejemos burlas aparte,
que gallardo es el mancebo.
- D. PE.—Si es que llego a contentarte,
digo que es un Pirro nuevo,
digo que es un propio Marte.
- D. MEN.—Y el triste español que huía
¿pudístele conocer?
que la voz fué de mujer.
- D. PE.—Con tan gran furia venía
que apenas le pude ver.
- D. MEN.—¿No ves el gran remolino
de polvo, que se levanta,
don Pedro, por el camino?

(Mirando hacia el vestuario).

- D. PE.—De gente es que se adelanta
en correr a un torbellino.
- D. MEN.—¡Válgame Dios! ¿qué será?
mal anuncio tengo desto;
y pues la fortuna ya
conjurado se nos ha
temo un suceso funesto.

(Baja por un monte un español muy cansado, haciendo de rato en rato pausas, y con ellas extremos).

- D. PE.—¿Quién deciende por la loma
de aqueste monte empinado?
- D. MEN.—Algún montero ó criado.
- D. PE.—Con harta flema lo toma.
- D. MEN.—Debe de bajar cansado.
- D. PE.—Cansado, y aun afligido
según los extremos hace.

(*Llámase el español que baja, Alvarado*).

ALV.—Ya tu renombre temido
dirás, España, aquí yace
sepultado en el olvido.

D. PE.—No le conozco, que viene
sangriento y desfigurado.

D. MEN.—Preguntémosle qué tiene.

D. PE.—Sin duda es este Alvarado. (34)

D. MEN.—Saber la causa conviene,
de venir como le vemos
tan mal parado y herido.

D. PE.—Alvarado, ¿qué tenemos?
¿Vuelve Villagrán vencido?

D. MEN.—¿De qué estás haciendo extremos?
Responde.

ALV.— Deja, señora
que cobre su escaso aliento,
en tanto que el alma llora
el infeliz vencimiento
que oirás de mi boca agora.

(*Siéntase al pie de la cuesta*).

Francisco de Villagrán,
teniente que fué en un tiempo

34. En *La Araucana* figuran dos soldados de este apellido Juan y Hernando, que eran primos. Por las circunstancias en que aparece el de la comedia, resulta que la alusión toca a Juan, encargado que fué de repoblar la primera vez a Concepción, de quien dice Ercilla, al referir el asalto que los indios llevaron a ese pueblo (144-5-1 a 4):

Era caudillo y capitán de España
El noble montañés Juan de Alvarado,
Hombre sagaz, solícito y de maña,
De gran esfuerzo y discreción dotado.

del mal logrado Valdivia, (35)

oportunidad de estos sucesos,
 pues cuando se rebeló
 todo el distrito chileno,
 no aplicó, como podía,
 el pronto eficaz remedio,
 sino que, en vez de juntarse
 con los que solo salieron
 de la Imperial, para verse
 con Valdivia en cierto puesto,
 se fué a ver con vista aguda,
 aunque de codicia ciego,
 sacar de unas minas suyas
 el rubio metal de Febo. (36)

Y como el oro es imán,
 y el imán atrae el hierro,
 Valdivia por ir al oro
 cometió infinitos yerros.
 Como digo, Villagrán
 determinado y resuelto,
 salió de la Concepción
 a vengar su amigo muerto.
 Y aun a llevar conducidos

35. El hecho es perfectamente exacto, pues Valdivia le nombró su teniente general cuando se marchó al Perú en Diciembre de 1547, y volvió a confiarle ese cargo después que Villagra regresó del viaje que hizo al través de las provincias de los Comechingones y Yungulo trayéndole socorro de aquel país.

36. Esta tirada de la comedia procede de lo que se cuenta en *La Araucana* (38-4):

Pero dejó el camino provechoso,
 Y, descuidado dél, torció la vía,
 Metiéndose por otro, codicioso,
 Que era donde una mina de oro había...

al sacrificio sangriento,
sus amigos y parientes
como inocentes corderos.
Y apenas con los que digo
vió de Andalicán el cerro,
de quien el nombre ha tomado
todo aquel infausto suelo, (37)
cuando los nuestros se alegran
pensando vengarse presto,
aunque más presto trocaron
en tristeza su contento.
Suben por la cuesta arriba,
y no bien sobre su cuello
las coyundas de sus pies
gallardamente pusieron,
cuando de infinitos indios
todo el monte ven cubierto,
que sólo el paso nos deja
el fiero bárbaro esento.
Pues medroso de los choques
de los caballos ligeros,
nos hizo aquella emboscada
entre peñascos soberbios.
Hicimos alto, y plantamos
seis piezas, (38) a quien los pechos
oponen, como si fueran

37. Todo lo que aquí se refiere procede del canto V del poema, en cuyo sumario «contiénese la reñida batalla que entre los españoles y los araucanos hubo en la cuesta de Andalicán...»

38. Este número es exacto y aparece de *La Araucana* (82-2-I a 3):

Villagrán con la suya a punto puesto,
En el estrecho llano se detiene;
Plantando seis cañones en buen puesto...

baluarte o terraplenos.
No así el lebrél irlandés,
que ya ve al ojo su objeto,
de la mano y la trailla
en dos pies está pendiendo,
como el escuadrón contrario,
tan corregido y sujeto,
que del castigo el temor
no es su trailla, es su freno.
Y no os espante, que en fin
deste Lautaro soberbio
(con ser de muerte las penas)
son inviolables decretos.
Después que nuestros jinetes
algunas suertes hicieron,
no en el escuadrón contrario,
señores, sino en sí mismos,
pues con sus picas se oponen
a los corceles ligeros,
de tal suerte, que afrentados
los retiran a su puesto.
Los ejércitos se mezclan,
y con ánimo resuelto
a ganar la artillería
los indios acometieron.
Y de tal suerte acometen,
que, aunque a costa de sus cuerpos,
las balas en el camino
casi casi detuvieron.
Al fin ganaron las piezas
y, en perdiéndolas, perdieron.
el campo los españoles
y las vidas los más dellos.
Los linajes de las muertes,
los géneros de tormentos
que ejecutaron en tanto:

que en el alcance prendieron,
y aun aquellas que ellos mismos
se causaron, cuando huyendo
se despeñaron, por ser
el monte derrumbaderos;
no os diré, que no es posible,
ni aun lo parece, que un hecho
tan cansado como el mío
puede hacer largos progresos.
Sólo os diré que caí
con mi caballo en el centro
de un valle, y quedé con vida
y el corcel mil piezas hecho.
Y que ya la Concepción
sabrà el infausto suceso
de los que en buenos caballos
fueron en huir primeros.
Ya perdió España su nombre,
pues también la guerra es juego,
y con un falso Lautaro
le ha ganado todo el resto.

D. MEN.—No todo el resto, Alvarado,
que no sólo queda quien
defienda al bárbaro osado
lo que queda, mas también
le quite lo que ha ganado.
Sin duda que el remolino
de polvo, que en el camino
vimos, la gente le hacía,
que de la rota venía
huyendo al pueblo vecino.

D. PE.—¡Qué voces confusas suenan,
qué lamentables gemidos,
qué alboroto, qué alaridos!

D. MEN.—Los pechos rompen y atruenan
los compasivos oídos.

ALV.—Sin duda que la ciudad
desamparan ya, temiendo
del bárbaro la crueldad;

(*Miran hacia el vestuario*).

¿No ves cómo van subiendo
por el monte?

D. MEN.— ¿Hay tal maldad?

ALV.—¿No ves los tristes vecinos

cómo de ropa cargados,
del suceso amedrentados,
cubren montes y caminos,
llorosos, descarriados?

Ves los hijos tiernecillos
colgar de maternos pechos,
y asidos los mayorcillos
de la ropa, y todos hechos
de la tierna madre grillos.

¿No ves luchar con la edad,
al otro viejo cansado,
y del temor alentado
con nueva velocidad
subir el monte empinado?

¿Correr al mozo no ves
sin que ninguno le obligue,
y a la otra mujer después,
que con los ojos le sigue,
pues no puede con los pies?

D. MEN.—Calla, triste pregonero,
que no es bien que en este día
digan de doña Mencía:
todo lo miraba Nero,

y él de nada se dolía. (39)
 Vamos con veloz subida
 a esta gente, que hoy verás,
 que aunque el temor la convida
 a dar algún paso atrás,
 es por dar mayor corrida.
 Al más fuerte corazón
 el temor pone en aprieto;
 mas, la consideración
 de su fama y opinión
 por fuerza ha de hacer su efeto.
 Salgámosles al encuentro,
 que si Dios me da favor,
 hoy restauramos su honor.

D. PE.—¡Esta mujer sí que es centro
 de prudencia y de valor!

(Vanse, y salen en tropel mujeres, niños y hombres, cargados de vestidos y alhajas, y las mujeres con niños en los brazos.)

VIEJO.—¿No es evidente locura,
 pudiendo escapar la vida,
 el ponerla en aventura?

MU.—¡Ay! Patria dulce y querida.

VIE.—Salvarté agora procura.
 Deja las exclamaciones.

NI.—¿Dónde, madre, caminamos?

MU.—A conocer, hijo, vamos

39. Hasta en esta alusión al Emperador Romano trasciende la imitación ercillana, pues en el poema se recuerda el incendio de Roma en estos términos (118-1-1 a 4):

Nunca fué de Nerón el gozo tanto
 De ver en la gran Roma poderosa
 Prendido el fuego ya por cada canto,
 Vista sólo a tal hombre deleitosa...

de extraños las condiciones.

Mozo.—Gran pena es la que llevamos.

MU.—¿Quién de Hipómenes tuviera
los pies en esta carrera?

VIE.—Mas ¿quién tuviera la planta
de la gallarda Atalanta,
más que Hipómenes ligera?

Mo.—Con asaltos tan continos
no es mucho, temor, que rompas
por los pechos diamantinos.

MU.—Ya el son de bárbaras trompas,
y de roncós tamborinos,
sin duda estoy escuchando.

VIE.—Yo también, aunque están lejos,
y parece que marchando
vienen a espacio.

Mo.— En los viejos
hará riza el fiero bando.

(Salen doña Mencía y don Pedro).

D. ME.—Famosos domadores del Poniente
contra el rigor de los opuestos hados,
que dilatáis la fe gloriosamente
del mundo en los confines dilatados:
qué enemigo feroz, bravo, impaciente,
os asalta los muros levantados;
y cuando les asalte, en vuestros muros,
más que en el campo no estaréis seguros.
Que del neblí la garza se recele
cuando en juntas y en tornos se le abate;
que a la cobarde liebre la desvele
el galgo que la va dando combate;
que del caimán que destruille suele,
el diestro pececillo se recate,
hacen bien, si el contrario es tan impío;

mas, que huyamos sin velle es desvarío.
 Mirad lo que perdéis, gente perdida,
 de honor, de hacienda, de regalo y gusto;
 pues dejar vuestra patria conocida
 por hospedaje extraño, es caso injusto.
 ¿No veis que hasta el que os llama y os convida,
 os mira al tercer día con disgusto,
 y aún el pariente, si de huésped tiene
 el enfadoso nombre, a cansar viene. (40)
 Volved a vuestra patria, volved luego,
 que en retorno de haberos sustentado
 no es bien que la entreguéis al hierro y fuego
 que el bárbaro cruel la ha condenado.
 Que os acordéis de vuestra madre os ruego,
 y de aquellas entrañas que os han dado
 vida y salud por milagroso modo,
 pues quien el oro da, nos lo da todo.
 La Virgen, de quien toma el apellido
 esta ciudad, por mi palabra ofrece
 ampararla del bárbaro atrevido,
 pues de su Concepción nombre merece.
 Que si al que su pureza ha defendido
 como a Ildefonso, (41) tanto le engrandece,
 no querrá permitir que nadie asombre
 a quien de su pureza tiene el nombre.
 Y porque echéis de ver la fe que tengo

40. Pensamiento tampoco original de Rejaule, pues está también en el poema en la propia arenga de doña Mencía (III-I-I a 4):

•Dejáis quietud, hacienda y vida honrosa,
 De vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
 Por ir a casa agena embarazosa
 A do tendremos mísera acogida...

41. Así solía escribirse antaño el nombre del esclarecido arzobispo de Toledo San Ildefonso.

en la Virgen de culpa preservada,
 con ser flaca mujer, ya me prevengo
 a gobernar la cortadora espada.
 Mirad si este es milagro, pues yo vengo
 a dar ánimo a gente tan osada;
 y pues el un milagro llama al otro,
 y os guía una mujer, espera ese otro.

VIE.—En fe del gran valor que en ti miramos,
 y del alto socorro prometido,
 aunque con gran vergüenza, vuelta damos
 al dulce despoblado patrio nido.

MO.—¡Ea! españoles fuertes, ¿qué esperamos?

VIE.—Por su caudillo el pueblo te ha escogido.

MO.—¡Viva doña Mencía!

MU.— ¡Viva!

NIÑ.— ¡Viva!

D. PE.—Hazaña tal, en mármoles se escriba. (*Vanse*).

(*Salen Lautaro y los suyos, con bandera y caja, haciendo alarde por el teatro*).

LAU.—Reboce ya la alegría
 del pecho más fatigado
 noble y fuerte compañía,
 dando por bien empleado
 el trabajo deste día.

Y aunque caminado habéis
 siete leguas en bien poco,
 no por eso desmayéis,
 pues ya con las manos toco
 el premio que merecéis.

Esta es la gran Concepción,
 ciudad la más noble y bella
 que ha visto nuestra nación,
 fundada en felice estrella
 si hoy me da su posesión.

Entregaos en su tesoro
 si es que el indio busca el oro,
 y si no, por mi contento
 que deste trance sangriento
 dure eternamente el lloro.
 No dejéis persona viva,
 porque de mi historia altiva
 hoy quiero, aunque pese a Marte,
 que el tiempo la primer parte
 con sangriento humor escriba.

1.—¡Qué figuras prodigiosas
 los aires van inflamando;
 y con sombras espantosas
 y nubes caliginosas
 el cielo se está cerrando!

2.—¡Qué tempestad tan funesta!

3.—¡Qué desfrenados bramidos!

LAU.—Inaudita cosa es esta.

1.—¡Qué baladros!

2.— Mas, ¿qué ahullidos
 aturden esta floresta?

*{Parécese en los aires un dragón alado vomitando fuego y humo,
 y óyese una voz que dice:}*

3.—¿Qué es esto que por el viento
 vomitando fuego y humo
 rasga el confuso elemento?

1.— ¡Si es nuestro Eponamón sumo!

2.—Sin duda es él; oye atento.

EPO.—Yo soy vuestro Eponamón:

¿qué dudáis, qué os encogéis?

acometed, pues tenéis

por la frente la ocasión.

LAU.—Ya la tempestad pasó,

ya muestra nuestro sol bello
su luminoso cabello:
amigos, ¿no os digo yo
que ya nos franquea el cuello
el español asombrado,
y que nuestro Eponamón
a mi brazo ha reservado
la severa ejecución
de la sentencia que ha dado?
A ellos, a ellos, pues;
meted la mano en sus daños,
volved por vuestro interés,
y ofensas de tantos años
castigad en sólo un mes.
Que no es cosa nueva, nó,
para la arrogante España
lo que con industria y maña
poco a poco acaudaló,
perder con presteza extraña.
No penséis que me he alargado,
que ahí está su rey Rodrigo,
que perdió todo el reinado
en discurso limitado,
que nos hará buen testigo.

- 1.—Deja de animar, Lautaro,
a tu gente, pues aspira
a ser de su patria amparo,
y en tus hazañas se mira
como en un espejo claro.
- 2.—No tienes ya más que hacer
no quieras más rienda dar
a quien muere por matar:
procúrala recoger
antes, señor, que alargar.
- 3.—Ya por verme encima muero
de esa cerca mal segura.

LAU.—Pues, Chilcano, ser procura
 en el asalto el primero, (42)
 que mi mano te asegura.
 un gran premio.

1.— ¿Quién, Lautaro,
 rasgando los cielos hiende
 el aire sereno y claro?

2.—Un bulto es el que descende
 en luz y hermosura raro.

(*Muéstrase nuestra Señora de la Concepción en los aires, rodeada de sus virtudes, habiendo precedido música muy suave.*) (43)

LAU.— ¿Hay día de más portentos?
 no ha un punto que se espesaban
 de mil prodigios los vientos, (44)

42. En el poema figura el indio Chilca ó Chilcán, y a los que le obedecían ó eran de su tribu ó reducción, Ercilla los llama chilcanos.

43. Esta aparición de la Virgen con la advocación de la ciudad resulta imitación del «caso milagroso» que aparece contado en *La Araucana* como ocurrido ante los muros de la Imperial el 23 de Abril de 1554: episodio que dió no poco que cavilar al poeta para admitirlo como cierto y que principia a narrar en estos términos (138-2):

Cuando con claro y presuroso vuelo
 En una nube una mujer venía
 Cubierta de un hermoso y limpio velo,
 Con tanto resplandor, que al medio día
 La claridad del sol delante della
 Es la que cerca dél tiene una estrella.

44. Estos tres versos son copia casi literal de los siguientes del poema (137-2-3, 4):

Súbito comenzó el aire a turbarse,
 Y de prodigios tristes se espesaba...

y agora se desenclavan
los astros de sus asientos.

VIRGEN. — ¿A dónde con tal crueldad
caminas, bárbaro ciego?

Vuélvete, Lautaro, luego,
no ofendas a mi ciudad.

Que Dios les da a sus cristianos
mando sobre ti, y advierte,
que, en no haciéndolo, la muerte
te está esperando en sus manos.

(*Están los indios por un rato embelesados, hasta que se
encubre la apariencia.* (45))

LAU. — Vámonos de aquí, que el Cielo
contra mí está conjurado;
vamos presto, que recelo
que me ha de tragar el suelo,
de sustentarme cansado.

45. Alúdese con esta voz *apariencia* a lo que ocurría en las representaciones dramáticas de aquellos tiempos. «*Aparencias*, decía Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua Castellana*, son ciertas representaciones mudas, que, corrida una cortina, se muestran al pueblo, y luego se vuelven a cubrir, del verbo *appareo*». A ellas hacía referencia Agustín de Rojas en su *Via e entretenido*, dando cuenta de los progresos del arte dramático:

Llegó el tiempo que se usaban
Las comedias de *apariencias*...

YCervantes, al hablar de los llamados autores de comedias, (nuestros actuales empresarios): «Y aun en las humanas se atreven a hacer milagros, sin más respeto ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro y *apariencia*, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire y venga a la comedia...» *Don Quijote*.

¿Qué mucho que nos venzáis,
 españoles venturosos,
 pues que tal dicha alcanzáis,
 que a vuestro favor bajáis
 los Dioses más poderosos?
 Sígame ya quien quisiere,
 que un punto no esperaré.

- 1.—Lo mismo Pran hacer quiere.
- 3.—Espera, Millarapué.
- 2.—Escápese quien pudiere.

(Vanse todos turbados, cada cual por su puerta, y salen luego doña Mencía con bastón de general, Alvarado y otros.)

D. MEN.—Abrid las puertas, cristianos,
 que el temor de mal vencido
 hoy vence los araucanos,
 indignos de habello sido
 por vuestras famosas manos.

ALV.—No te fíes, gran Mencía,
 éstos que así huyendo van,
 que temo otra alevosía
 como la de Andalicán.

D. MEN.—Emboscada ser podría.
 Mas, esta vez salir quiero
 a lo raso, que de verme
 entre paredes me muero;
 y si es yerro el atreverme
 ya de acertar desespero.
 Una banda de caballos (46)
 tras ellos salga al momento,

46. Expresión elíptica muy corriente antaño, cuando se escribía *gente de caballo*, *los de caballo*, de que sería ocioso citar aquí ejemplos.

y aunque no pueda alcanzallos,
mire si alcanza su intento
con seguilles y acosallos.

(Sale don Pedro, sacando un indio preso.)

¿Qué es eso, don Pedro, amigo?

D. PE.—Un indio formado, y hecho
de mármol, a quien maldigo,
pues le traigo por testigo,
y no hay descubrielle el pecho.
Palabra alguna no ha hablado,
sino que, cual ves, pasmado
le topé y le traigo aquí.

D. MEN.—¿Por qué, bárbaro, nos di
el campo se ha retirado?

IN.—¿Qué es aquesto? ¿dónde estoy?
¿quién del campo me ha traído
a este puesto?

D. MEN.— Es para hoy.

ALV.—Parece que está aturdido.

D. MEN.—Ve por un potro.

ALV.— Ya voy.

D. MEN.—Que él le hará cantar, si acaso
hace el mudo de artificio;
¿no respondes?

IN.— Hace el caso
mi persona en tu servicio.

D. PE.—Este ha sido el primer paso,
o la palabra primera
que hablar le he oído.

D. ME.— Lautaro,
¿por qué con veloz carrera
se ha vuelto a ir?

IN.— Ya reparo
en mi prisión lastimera. (*A parte*).

Sin duda todos se han ido,
y a mí como me han hallado
de mí mismo enajenado
a este lugar me han traído:
escucha lo que ha pasado:
confiado y orgulloso
el gran Lautaro venía
a dar un sangriento día
a este pueblo venturoso.
Nació aquella confianza
de que nuestro Eponamón
nos dijo que en posesión
trocásemos la esperanza;
que la vitoria era cierta,
y era cierto vuestro duelo,
cuando miramos del cielo
la hermosa cortina abierta,
y rebotando alegría
bajar una nube, y della
una divina doncella,
que en noche tornaba el día.
Digo que tiniebla oscura
pareció el sol luminoso,
porque su semblante hermoso
era fuente de luz pura;
casi hasta el suelo bajó,
y la lengua desatando
(aunque con acento blando)
a todos nos asombró.
Dijonos que esta ciudad
como suya defendía,
y que la muerte hallaría
el que con temeridad
pasase adelante; en esto
a los cielos se subió:
después no sé si mudó

Lantaro de presupuesto,
sino que me hallo aquí
sin saber quién me ha traído.

D. MEN.—Veis por la Virgen cumplido
lo que entonces prometí.

¿No veis (para que os asombre)
que con divina pasión
hoy torna su Concepción,
pues defiende hasta su nombre?

¿No veis si es aventajado
el favor, gente española,
pues esto una gota sola
de sangre no os ha costado?

¡Eal fuerte gente ¡eal
muera esta infame nación;
y la sacra Concepción
de hoy más tu apellido sea.

En cualquier sangriento estrago
que con valor nos hallemos,
Concepción apellidemos
en lugar de Santiago. (47)

D. PE.—Primero la Concepción
y luego doña Mencía;
pues ha sido en este día
nuestra total redempción.

D. MEN.—A Dios solo se han de dar
las gracias desto. cristianos,
y a estos fieros araucanos
lo ya ganado quitar.

47. *Apellidar*, en sentido de llamar, convocar en son de guerra, especialmente. De ahí que en los antiguos cronistas de Chile sea frecuente la frase *apellidar la tierra*. Se la halla también en Cervantes: «Púsose ella asimismo a la ventura y a grandes voces comenzó a *apellidar* la gente de la calle, diciendo. . .» *Persiles y Sigismunda*, p. 670, ed. Rivad.

ALV. — Tú nos rige y nos gobierna.

Mencía fuerte y famosa.

D. PE. — Desta hazaña milagrosa

será la memoria eterna.

(Entranse, dando con esto fin al acto segundo.)





ACTO TERCERO

(Salen doña Mencía de Nidos y don Pedro de Villagrán).

D. PE.—Ya que sola puedo hallarte,
sin que acosando te estén
fieros ministros de Marte;
aunque eres todo mi bien
de mi mal te he de hacer parte.
No porque la tengas dél,
que eso no sería acción
de un amante pecho fiel,
sino porque compasión
tengas de mi mal, cruel:
que la compasión es hecho
tan heroico y tan extraño,
que de la invidia a despecho
a costas de ajeno daño
tiene singular provecho.

Mira si en obligación
a estarme, señora, vienes,
pues te convido a una acción
que tú el premio della tienes,
y tengo yo la pasión.

D. MEN.—Aunque llegues a alcanzar
que esa compasión te ofrezca,
si es que no te pienso amar,
don Pedro, ¿qué has de sacar
de que yo me compadezca?

D. PE.—¿Qué he de sacar? en favor
ver trocada tu crueldad;
que el compasivo dolor
nace de la caridad,
y es la caridad amor.

D. MEN.—Sofística es tu razón,
llena de falsa apariencia:
quien ama todo es pasión,
y así ignoras la excelencia
de la humana compasión.
Aunque yo me esté doliendo
de un dolor fiero y cruel,
si en un pobre le estoy viendo,
¿oblígame a que muriendo
me esté por amores de él?
Mas, que para que yo halle
de ajeno mal galardón
no he menester remedialle
sino sólo que en miralle
tenga del mal compasión.
Y así, don Pedro, te digo,
que me pesa del rigor
que el amor usa contigo,
mas no por eso me obligo,
ni pienso tenerte amor.

D. PE.—Triste, con esto ¿qué aguardo

del fiero amor riguroso?

D. MEN.—Aunque a don Pedro acobardo,
le quiero bien, que es gallardo
y en los trances animoso.
Pero no puedo acabar
con mi altiva condición
que me hayan de sujetar,
y en llegando esto a pensar
me revienta el corazón.

(Sale un paje).

PAJ.—De llegar acaba agora
un bárbaro a tu real,
que quiere hablarte, señora.

D. MEN. — ¿Quién es?

PAJ.— Mi pecho lo ignora,
mas, parece principal.

D. MEN.—Dile que entre; la tristeza
desecha, don Pedro fuerte,
y mi rigor y aspereza
que se ha de vencer, advierte.
con valor y fortaleza.

No quiero más enterarte
de mi pecho endurecido,
sólo sujeto y rendido
a las insignias de Marte,
no a las flechas de Cupido.

(Sale Rengo solo).

REN.—Famosa doña Mencía
de Nidos, fuerte Belona,
a quien nuestro Arauco llama
la Bellígera Española.
Tú, que con tus grandes hechos
resucitas la memoria

(para darle nueva muerte)
de las fuertes Amazonas,
pues dellas nos acordamos
por tus hazañas famosas,
y nos olvidamos dellas
por tus proezas heroicas:
tú que del supremo alcázar
con tu fuerza milagrosa
deciendes las deidades
que nos espantan y asombran;
tú, que al aleve Lautaro,
a quien ya la gente toda
a veces furia le llama,
y a veces rayo le nombra;
en medio el curso furioso
de sus triunfos y vitorias,
le detienes, le retiras,
le amedrentas y le postras,
como se vió, cuando a vista
de la ciudad belicosa
de Santiago, hizo un fuerte,
lleno de arrogancia loca. (48)
Mas, tú, en el primer asalto
con tu gente valerosa
a términos le trujiste
de dejar la plaza sola:
tanto, que ya quebrantada
su soberbia vanagloria,
de las armas apeló
para una astucia engañosa:
y fué, que viendo que el sitio
cercado está a la redonda
de montañas, de manera

48. Alude al fuerte que hizo Lautaro en Mataquito.

que el hondo valle coronan,
y la vega coronada
de acequias es tan copiosa,
que, derribando los diques,
la vega en pantano tornan,
quiso anegar aquel suelo,
porque la ligera tropa
de tus caballos hundida
quedase en la tierra floja
y él pudiese sin peligro
cantar la infame vitoria,
pues como pájaro en liga (49)
tuviera la gente toda.
Pero tú le penetraste
el intentõ, y a la sorda
alzaste el campo una noche,
que le hizo noche su gloria.
Y como cobarde liebre
le tienes cerrado agora
en otro fuerte, que el miedo,
aunque es flaco, fuertes forma.
Y, finalmente, tú que
llegas a ser tan dichosa,
que Rengo a servirte viene

49. Ardid de guerra verdaderamente extraordinario, que acusa el gran talento **estratégico del indio**, en un todo exacto, por lo demás, con los **dictados históricos del poema**, de los **cronistas** y de los **documentos**. La comparación estampada en la comedia está copiada de *La Araucana* (198-4-1 a 4):

Quedaran, si las zanjas se rompieran,
En agua aquellos campos empapados;
Moverse los caballos no pudieran
En **pegajosos lodos** atascados.
Adonde, si aguardaran, los cogieran
Como en liga a los pájaros cebados...

con su gente y su persona:
 Rengo, aquel que con razón
 muchos Régulo le nombran,
 porque como basilisco
 mata con la vista sola; (50)
 no tienes ya qué temer,
 que eso a Lautaro le toca,
 pues en tu favor le busca
 esta diestra valerosa.
 Y esto no me lo agradezcas,
 agradécelo a tus obras,
 que a los cobardes encogen
 y a los fuertes apasionan.
 Con cuatrocientos vasallos
 vengo a servirte, señora,
 y más trujera, a no ver
 que éstos conmigo te sobran.
 Diestros en flechar un arco,
 tanto, que amor dellos toma
 liciones para lisiar
 las almas que se remontan.
 ¡Ea! pues, fuerte Camila;
 ¡ea! valiente Zenobia;
 que en tu favor he venido
 por cobrar solo a Guacolda. (*Aparte*).
 D. MEN.—Por cierto, araucano fuerte,
 por dichosa me juzgara,
 cuando (aunque es mucha mi suerte),

50. Tal creencia era vulgar en aquellos tiempos y pasaba como indubitable. De esa propiedad del basilisco trató Plinio en el capítulo XXI del libro VIII de su *Historia Natural*, la hizo valer Lucano en su *Farsalia* (libro IX), y Ercilla incluyó los ojos del basilisco entre los ingredientes que había en a botica del mágico Fitón. En poesía, la comparación a los ojos del basilisco era muy frecuente.

otra cosa no sacara
mas de hablarte y conocerte.
Cuanto y más pensando ver
la muerte deste traidor
que tan bien lo sabe ser,
pues teniendo tu favor,
por cierta la he de tener.

REN.—Ya que mi valor no ignoras.
ni yo tu gusto, pues veo
que en la muerte deste adoras;
quiero cumplirte el deseo
antes que pasen dos horas.
Con tu licencia a Lautaro
pienso hacer un desafío,
donde verás si el amparo
dese bárbaro gentío
tiene contra mí reparo.
Y ha de ser antes que dé
descanso al cuerpo cansado;
y a ese aleve mostraré
cómo se rompe la fe
de Valdivia mal logrado.

D. MEN.—Nó, Rengo, por vida mía,
que tiempo tendrás después.

REN.—Perdona, doña Mencía,
y advierte que es mi interés
que no pase deste día.
Bien lo sabe quien no ignora
el rigor de mi cuidado; (*A parte.*)
porque palabra, señora,
por cumplir no la he dejado
un solo punto hasta agora.

D. MEN.—De tu valor los extremos,
Rengo valeroso y fuerte,
en la batalla veremos.

REN.—Mejor será que próbemos

la mano con esta suerte.

D. MEN.—Hágase en todo tu gusto.

REN.—O el tuyo, segundo sol.

D. MEN.—¿Deste bárbaro robusto
no huía aquel españo
con pena y mortal disgusto?
¿No es éste con quien tuvimos
comenzada la cuestión?

(*Hablando aparte con don Pedro.*)

D. PE.—Sin duda es este a quien dimos
(tú a lo menos) opinión
de fuerte, por lo que vimos.

D. MEN.—Rengo, ¿a dicha hémonos visto
los tres otra vez?

REN.— Sin duda,
cuando en los dos halló ayuda
mi enemigo; aquí resisto (*A parte.*)
mi dolor con lengua muda.

D. MEN.—¿Y tras quién ibas volando?

REN.—Esa pretensión desecha,
que he de responder callando.

D. MEN.—Esto me va confirmando
en mi primera sospecha,
que aquel hombre era mujer.

(*Sale Rauco.*)

RAU.—Ya, señor, tu gente tienes
en el campo, ¿qué ha de hacer?

REN.—Que se quede aquí en rehenes,
mientras yo tardo a volver.
Quédese en guarda y defensa
de la gran doña Mencía,
mientras doy la recompensa

a quien ser inmortal piensa
de su grande alevosía.

Tú, Rauco, vente conmigo,
pues también parte te alcanza
de aquesta empresa que sigo;
que del agravio y venganza
quiero que seas testigo.

Guárdete el Sol. (51)

D. MEN.— El te guíe,

y si puede, te dé suerte,

y de daño te desvíe.

REN.—Quien fia en su brazo fuerte

no es bien que en la suerte fie.

(*Vanse los dos indios, quedando doña Mencía y don Pedro*).

D. MEN.—Don Pedro, advierte, no hacemos

bien, si así nos descuidamos

de lo que a Rengo debemos,

y tan solo le dejamos

en el peligro que vemos.

A desafiar salió

cuando menos a un teniente

de general, ¿qué sé yo,

si Lautaro de impaciente,

viendo que se le atrevió,

le manda prender?

D. PE.— ¿Querrias

ir de Rengo en seguimiento

con algunas compañías?

D. MEN.—Ese, don Pedro, es mi intento.

51. Ya se dijo, cuando en el *Gobernador prudente* de Avila ocurrió una frase parecida, que ella podía pasar en boca de los súbditos de los Incas, pero no en la de los compatriotas de Caupolicán.

D. PE.—Y acertado, y aún podrías
 a la revuelta (si acaso
 Lautaro le hace traición)
 hacer alguna facción
 de importancia.

D. MEN.— Pues al paso
 salgamos a la ocasión.

(Vanse, y salen Lautaro y Guacolda, ya en hábito de mujer)

GUA.—Como vestida me hallé
 de español, y acerté a vellos,
 a mis armas apelé,
 que son mis pies, y por ellos
 de sus manos me libré.
 No bien seguras están
 mis desdichas deste trance,
 cuando los aires me dan
 nuevas del sangriento alcance
 del cerro de Andalicán.
 Y un indio que perseguía
 la triste medrosa gente
 que de tus manos huía,
 quiso verter insolente
 mi sangre de miedo fría.
 Que era yo español pensó,
 mas su bárbara costumbre
 por entonces suspendió,
 y la muerte en servidumbre
 desde luego conmutó.
 Yo que vi que era ocasión
 la esclavitud para verte,
 troqué en gozo la pasión,
 teniendo por feliz suerte
 la más esquiva prisión.

LAU.—Según eso que te he oído,

hasta la dichosa hora
que te vi, dulce señora,
no te había conocido
Chilcano.

GUA.— Hasta que me ví
en tu toldo no le dije,
cómo solo el Sol te elige.
mi Lautaro, para mí:
cómo después de las nubes
de tanto engaño pasado,
subo yo a tan alto estado,
tú, aunque no bajas, no subes.
Pues subir más, no es posible;
bajar tampoco, señor;
que me empareje el amor
con tu alteza inaccesible.

LAU.—No me digas más, por Dios,
que te agravias por honrarme,
y has de venir a agraviarme,
pues somos uno los dos.
No publiques mis consuelos
al viento que los escucha
porque mi pasión es mucha,
y tendré del viento celos.
Para decir tu contento
as palabras son forzosas
y palabras tan sabrosas
no es bien se las lleve el viento.
Esa excelencia le toca
a ocasión más oportuna,
cuando distancia ninguna
haya de una a la otra boca.

GUA.—Discurso de lisonjeros
el tuyo me ha parecido.

(Sale un soldado indio).

SOL.—Unos indios han venido
en tu busca, que de fieros
tienen la campaña llena. (52)

LAU.—¿Cuántos son los indios?

SOL.— Dos.

LAU.—Vengáis en mala hora, vos,
pues me la quitái. tan buena,
que a los otros desde aquí
el castigo les prevengo;
¿conociste alguno?

SOL.— A Rengo,
gran Lautaro, conocí.

LAU.— Ven, mi bien incomprehensible,
a la cerca, porque vea
que gozo lo que él desea,
y él desea un imposible.

(Vanse, y salen Rengo y Rauco).

REN.—Si este encerrado traidor
mi desafío no admite,
recelando que le quite
la ocasión de mi dolor;

52. *Fieros*, que vale *bravatas*, *baladronadas*, en cuya acepción, según parece, carece de singular, pues siempre se halla usada esa voz en plural. Así, en *La Araucana* (120-5-8):

Grandes *fieros*, bravezas y desgarros...

y así también en dos ocasiones nuestro Pedro de Oña, entre los muchos autores que pudieran citarse (*Arauco domado*, canto XV:)

Para sacar el preso a puros *fieros*...

Estragos, muertes. *fieros* ni amenazas...

por el alto cielo juro,
que aunque estorbo se me ofrezca,
antes quel alba amanezca
amaneceré en su muro,
y guiaré a doña Mencía 53)
por camino a este su fuerte,
que en la noche de su muerte
trueque el venidero día.

A esta ejecución me esfuerza
el estado a que he venido,
y el ver que está permitido
hacer a la fuerza fuerza.

Si él vive, yo he de acabar,
muerto, vida he de tener;
pues matar por defender
¿quién lo puede condenar?

RAU.—Por el Sol, a quien consagro
mi vida, que estoy temblando,
y que el morir dilatando
vivo agora de milagro:
que es el rigor deste loco
tan grande cuando se enoja,
que si al abismo me arroja
le parecerá que es poco.

*(Salen al muro, que ha de estar tan bajo cuanto sea posible,
Lautaro, Guacolda, Chilcano y dos indios).*

LAU.—¿Qué quieres, Rengo atrevido?
dime primero si vienes
de paz ó guerra.

53. Todo lo relativo al indio que sirvió de guía a Francisco de Villagra (cambiado aquí en doña Mencía) para conducirlo al fuerte en que estaba atrincherado Lautaro, está contado en *La Araucana*, página 204 de la edición del Centenario.

REN.—

¿Ya tienes

mi agravio puesto en olvido?

¿Piensas que puedo enemigo
tener paz mientras tú vivas.si de la vida me privas
teniendo mi alma contigo?Pues en Guacolda la tienes,
a quien se la di en ofrenda,
y ella me paga esta prenda
con agravios y desdenes.Pues si lo piensas, te engañas,
y en primer lugar, advierte,
que sirvo a Mencía fuerte,
prendado de sus hazañas.Y que, así, será forzoso
seguir su justa querella,
y probarte en nombre della
que eres Lautaro alevoso,
que vendiste infamemente
al que de ti se fió,y, según dicen, crió
en su casa tiernamente. (54)Y por no alargarme más,
por esto te desafío;y en mi Eponamón confío
que no te arrepentirás,no por faltarte pesar,
que ya te le da el temor,

sino porque mi rigor

54. Refiere, en efecto, Ercilla, al introducir a Lautaro en el poema en la batalla de Tucapel (47-I-I a 4:)

Un hijo de un cacique corocido,
Que a Valdivia de paje le servía
Acariciado dél y favorito,
En su servicio a la sazón venía....

no te dará ese lugar.

Con esto sabrás si vengo

por tu muerte ó por tu amparo.

LAUT.— ¿Sabes, di, que soy Lautaro?

REN.— ¿Y sabes tú que soy Rengo?

LAUT.— ¿Sabes que mi brazo fuerte

(cuando tantos no tuviera

en toda esta gente fiera)

te dará, infame, la muerte?

REN.— ¿Y sabes que a eso he llegado

y a saber en conclusión,

si, vivo aquí este león,

es lo mismo que pintado?

LAUT.— Pues espérame y verás

cómo me arrepentiré,

y quién el fijado pie

mueve adelante ó atrás.

(Quiere bajar y detiéndenle todos).

GUAC.— ¿Mi bien?

CHIL.— Señor, ¿qué es tu intento?

¿Así pones en olvido

por un bárbaro atrevido

tu oficio y predicamento?

¿No ves que el sacro Senado

que tu gran crédito aumenta,

te pedirá estrecha cuenta

del oficio que te ha dado?

Desafío singular,

y de tu persona quita,

que no es bien que lo permita

quien te lo puede estorbar.

Mándale luego prender

y hacer su cuerpo un erizo

de flechas, y ese mestizo (55)
sabr a cómo ha de temer.

LAUT.—Déjame, que este enemigo
no quiero que de arrogante
diga que no fui bastante
a dalle el justo castigo
y que así lo fui a mandar
a mi gente, y si este oficio
da de cobardía indicio
al punto le he de dejar.

(*Arroja el bastón*).

Ya no soy Teniente, no,
Lautaro, soy araucano.

REN.—Dejalde bajar, villanos,
sí, de veras lo mando;
mas estar a de concierto
para este fin con vosotros.

IND. 1.—Deja que vamos nosotros.

GUAC.— ıAy! que aun a hablalle no acierto.

 ıD onde vas, esposo mío?
ten de Guacolda clemencia,
sin poner en contingencia
tu persona en desafio.

 ıPorqu e, mi prenda querida,
darme la muerte procuras?

 ıNo echas de ver que aventuras
dos vidas en una vida?

Pues de ti mi vida pende,
como la tuya de mí:

y así, cuando no por ti,

55. Rengo, bien sabido es, no era mestizo. Chilcano, al apodararle así, quiso significar que desdec ıa de su sangre araucana y llegaba a parecer español.

por mi ocasión te defiende.

Y más que desta contienda

(si lo adviertes sin pasión)

no es Valdivia la ocasión,

sino yo, que soy tu prenda.

Y si estoy en tu poder,

dime, mi bien ¿qué procuras?

¿no echas de ver que aventuras

no a ganar, sino a perder?

LAUT.—Y dime, esposa, ¿es razón,

que, mientras vida sustento,

en humano pensamiento

quepa de ti pretensión?

REN.—Suelta, y deja a ese tu amigo,

y verás quién te merece.

GUAC.—Si es que el alma te aborrece,

¿qué quieres de mí enemigo?

CHIL.—Toma, señor, el bastón.

LAUT.—Desvía, Guacolda, agora.

GUAC.—Ten ya de mí compasión.

LAUT.—Pues no me dejas, señora,

espérame, fanfarrón.

(Arrójase Lautaro del muro).

IND. 2.—¿Quién vió tal temeridad?

GUAC.—¡Santo cielo, qué he causado!

pues no te irás solo, no,

que ya te sigo, Lautaro.

(Quiere arrojarse tras él y detienenla).

CHIL.—¿Qué haces, señora?

GUAC.— Dejádme

ir tras él, aunque a pedazos

le siga.

IND. 1.— ¡Notable amor!

GUAC.—Agora verás, villano,
si es Lautaro el que se excusa
con la obligación del cargo.

REN.—Quizá te fuera mejor,
y no dar en temerario;
mas, no serás el primero
que tras su fin va volando.

RAU.—Voime antes que los del fuerte
salgan; perdone mi amo;
que a imitación las locuras
no obligan a los criados. (*Vase*).

CHIL.—Cielos, ¿qué es esto que miro?
gran traición es ésta; ah! falso
Rengo traidor, ¿así vienes
al desafío? ah! soldados!
abrid las puertas del fuerte,
¡al arma! ¡al arma! que el campo
cubre el ejército aleve
del español arrojado.
Salid, que Rengo traidor
tiene en el campo a Lautaro:
salid, salid, que está solo,
amparad a vuestro amparo.
Vosotros dos de Guacolda
os encargad, mientras salgo
a valer a mi caudillo,
ó a dar mi vida a su lado.

(*Bájase Chilcano, quedando Guacolda siempre haciendo
muestras de arrojarse*).

GUAC.—¡Ay! ¡triste de mí! dejadme,
traidores; soltad villanos,

LAUT.—¿Qué es esto, Rengo alevoso?
¿así vienes a hacer campo

(Hace como que echa de ver el socorro).

con un ejército entero
en retaguardia?

REN.— Lautaro,
por mi Eponamón te juro,
que sólo con un criado
al desafío he venido:
tú sí que usas falso trato
conmigo, pues que sin duda
a los tuyos has mandado
que salgan en tu favor.

(Hace también muestras que ve salir los del fuerte).

¿No lo ves? ¿tú eres el bravo?

LAUT.— ¿Qué dices, aleve?

REN.— ¡Qué!

Mas, ¿qué haces tú? villano.

LAUT.— Pues porque entiendas traidor,
mi inocencia en este caso,
sígueme, y en este bosque
verás si mi mi fuerte brazo
necesita para ti
de otro favor.

REN.— Acertado
ha sido tu parecer.

GUAC.— ¡Triste yo, esposo Lautaro!

IND. 1.— Vamos, señora, de aquí,
que hemos de salir al campo
en defensa de tu esposo.

LAUT.— Ven.

REN.— Ya voy.

LAUT.— Sigue mis pasos,
y hallarás presto la muerte.

REN.— Ya yo la traigo en mis manos,
mas para dártela a ti.

(*Vanse los dos*).

GUAC.—Qué es esto, cielo indignado,
¿quién de Marte a la braveza
juntó de amor los regalos?
¿nunca yo quisiera bien
a un hombre tan arrojado!

(*Bájanse del muro, y salen los indios, acaudillándolos Chilcano*).

IND. 1.—¿Dónde le dejastes?

CHIL.— ¿Donde?

aquí quedó batallando;
por aquí saltó del muro
cual si fuera un suelto pardo:
aquí a Rengo acometió.

IND. 2.—¿Pues dónde estará Chilcano?

CHIL.—Yo qué sé; mas ya tenemos
tan cerca nuestros contrarios,
que buscalles es imposible.

IND. 1.—Tomemos, pues, por amparo
el abrigo destes muros;
y si el español a caso
es superior en poder
entraremos volando.

IND. 2.—Temblando de miedo estoy.

CHIL.—En no ver al gran Lautaro
en la batalla, estoy viendo
que ha de vencer el contrario.

(*Vanse, y sale doña Mencía, don Pedro y los demás españoles que puedan*).

D. MEN.—¿No os dije yo que corría
gran peligro Rengo?

D. PE.— Saltos

me da el leal corazón
todo el camino, y prestado
habrá a mi corcel las alas
que ha traído en pies y manos.

D. MEN.—Pues alas al corcel das,
llamalle puedes Pegaso.

D. PE.—Siempre te burlas de mí.

D. MEN.—¿Qué es esto? los araucanos
se retiran a su fuerte;
aquí ha habido algún engaño.
Sin duda Rengo está preso,
que es muy falso este Lautaro,
y emboscado habrá tenido
algún escuadrón, en tanto
que con Rengo hacía batalla.

D. PE.—Por cierto lo tengo; vamos
antes que cierren las puertas,
y de la cerca el amparo
tomen.

D. MEN.—Bien dices, don Pedro,
¡a ellos! que el cielo santo
esto ha ordenado sin duda,
para que entremos mezclados
en el fuerte, y la vitoria
cantemos en breve espacio;
¡ea! fuertes españoles
¡al arma! ¡al arma! soldados. (*Vanse*).

(*Salen batallando Lautaro y Rengo*).

LAUT.—Nunca tuve por tan fuerte
a Rengo.

REN.— Bravo es Lautaro,
pues con el mismo tesón
está que cuando empezamos.

LAUT.—Dos horas há que reñimos,

y en todas dos no ha mostrado
señal de flaqueza alguna.

REN.—Cansado estoy, y si a caso
esto dura, yo soy muerto.

LAUT.—¡Qué mal hice en hacer campo
solo, dejando a los míos
a vista de los contrarios!
ahora caigo en la cuenta.

REN.—Noche, el tenebroso manto
acaba de descoger,
no llegue la de mis años
antes que tú.

LAUT.— Fuerte Rengo,
bien ves ya que el negro ocaso
al sol nuestro Dios hospeda,
y que a oscuras batallamos;
no muramos como brutos;
el desafío aplazado
quédese para otro día.

REN.—Como tú gustes. Lautaro:
gran suerte ha sido la mía, (*Aparte*)
pues con la paz me ha rogado,
estando en términos yo
que iba ya a hacer otro tanto.

LAU.—Guárdete el cielo; ah! gobiernol
lo que hoy has podido; ah! cargo!
¡qué ocasión haces que pierda,
que victoria me has quitado! (*Vase*).

REN.—Si estoy herido? sospecho
que no, y que mi mayor daño
no le causa herida alguna,
sólo le causa el cansancio.

(Vuelven a salir doña Mencía, y los suyos, y Rauco, indio).

D. MEN.—¡Ah! noche, enemiga mía,
 si son medrosos tus pasos,
 ¿quién osadía les dió
 para burlar de mis manos?
 ¿Quién de Josué tuviera
 la viva fe y los caballos
 con frenos de exclamaciones
 parara del sol dorado?
 ¡Qué grande ocasión perdí!
 en suma, ¿qué dices, Rauco?
 que Rengo no queda preso,
 y que por aquí se entraron
 él y Lautaro a reñir.

RAU.—Así es, si no me engaño
 con lo oscuro de la noche.

REN.—Gente viene; este peñasco
 de escudo me servirá
 si a caso fueren contrarios.

RAU.—¿Quién va allá?

REN.—¿Rauco no es éste?
 Rengo soy.

RAU.—Ya hemos hallado
 a Rengo..

D. MEN.—Rengo valiente,
 por tu fe que nos has dado
 un mal rato, deste aleve
 recelando algún engaño,
 que es por extremo engañoso:
 ¿Sabes de él?

REN.—No ha mucho espacio
 que nos dividió la noche
 y el desafío ha quedado
 para otro día.

D. MEN.— También
 hoy, Rengo, me ha salteado
 la noche una gran vitoria.

REN.— Pues si ella te la ha quitado,
 el día te la dará,
 ó mal me andarán las manos.
 Sólo el plazo de esta noche
 tiene de vida Lautaro;
 vamos, y de mí confía.

D. MEN.— Vamos, Rengo.

REN.— Amor tirano
 tú me haces traidor en fin,
 por no ver el de mis años.

(Vanse todos y sale Lautaro).

LAUT.— ¿Qué es esto? cielo indignado,
 ¿qué torpeza has infundido
 en mis pies? ¿quién ha podido
 dejarme tan atajado
 que no acierte con el fuerte
 estando tan cerca dél,
 y en vez de topar con él
 topo anuncios de la muerte?
 Todos son tristes agüeros,
 todas son funestas aves;
 todos son tormentos graves;
 todos son espantos fieros:
 ya el cabello se me eriza
 sin que vea la ocasión,
 ya, apretado el corazón,
 con saltos me atemoriza.

(Dice una voz de adentro:)

ADEN.— ¡Lautaro!

LAUT.— ¿Quién me llama? ¿sueño ó velo?

que me he engañado recelo,
ya que ese engaño reparo.

ADEN.—Lautaro.

LAUT.— Otra vez maldigo
mi temor; sombra, ¿qué quieres?

*(Corren una cortina y descúbrese una muerte que le está
flechando una flecha).*

MUER.— No es mucho que así te alteres
pues el cielo es tu enemigo;
con esta flecha a mis manos
morirás, Lautaro fiero.

LAUT.—Matárate yo primero;

(Vale a dar con la espada, y la figura se hunde).

¿qué es esto? cielos tiranos.
¿Pensáis que por sombras tristes
me he de rendir al temor?
¿no sabéis bien el valor
que en este pecho infundiste?
Mas, si es este encantamento,
y Rengo al mago Phitón (56)
consultó en esta ocasión
para aliviar su tormento,
y el viejo loco procura
con asombros darme muerte;
si tal es, mi brazo fuerte
desde agora te la jura:
en tu cueva me has de ver,
y ella de tu sangre fría

56. Phitón, así aparece siempre escrito este nombre en las antiguas ediciones del poema, ajustándolo en eso a su procedencia griega.

se verá regada; envía,
 envía todo el poder
 del Infierno contra mí;
 que ni a Rengo le darás
 a Guacolda, ni podrás
 librarte, Phitón, de mí.

(*Vase, y sale Guacolda con Chilcano y otros indios, y ellos con hachas, ó hachas encendidas*).

CHIL.—¿No ves cómo en aspereza
 todo este monte, Guacolda,
 extremó naturaleza,
 pues del pie a la cumbre entoláa
 de arcabucos y maleza.
 ¿Ves cómo fuera mejor
 que dentro el fuerte quedaras,
 y aunque es grande tu dolor,
 de nosotros confiaras
 buscar tu perdido amor?
 Pues es cierto que el cristiano
 no le mató, ni prendió;
 que el astuto Mauregano (57),
 al español espíó
 hasta el pasar del pantano,
 y así en el monte por fuerza
 ha de estar Lautaro.

GUAC.— Amigo,
 ¿sabes del amor la fuerza?

CHIL.—Tal vez fuí della testigo.

GUAC.—¿Y te espantas si me esfuerza

57. En el nombre de este indio media una metátesis respecto del que realmente tenía, según como aparece escrito en *La Araucana*: Mauregano, por Mareguano.

a emprender cosas más fuertes
 por buscar a mi marido?
 es posible, ¿que no adviertes
 que él perdido, está rendido
 mi pecho a infinitas muertes,
 y que el valor de mi estrella
 así mi amor acrisola,
 que por lograr mi querella
 sin luz emprendiera, y sola
 lo que con vosotros y ella?

(Suena adentro una voz muy doiorida).

ADEN.—¡Ay!

CHIL.— ¡Válganos el Sol! ¿qué es esto?

ADEN.—¡Ay!

GUAC.— ¡Qué terrible temor
 me ha turbado y descompuesto!

CHIL.—¡Qué amargo que es el dolor,
 cuando el ¡ay! es tan funesto!

(Están divertidos todos mirando hacia una parte y otra y Guacolda hacia la que está una tramoya en que aparece Lautaro atravesado de una flecha, lo que ve solo Guacolda).

GUAC.—¿Qué es lo que mirando estoy,
 qué visión tan espantosa,
 qué mano tan rigurosa
 pudo herirte? ¡muerta soy!
 Lautaro ¡muerta es tu esposa!

(Va a abrazalle, y desaparece la apariencia, y ella cae desmayada).

CHIL.—Señora, ¿en el suelo? Ay! triste,
 qué puede ser?

IND. 1.— Si es que vió
 algún portentoso?

CHIL.— ¿Tú viste
algo?

IND. 2.— Tampoco yo
oí más de lo que oíste.

IND. 1.— Si el cansancio del camino
la rindió?

CHIL.— ¡Qué desatino!
¿tan grande efeto en un punto
había de hacer?

IND. 2.— Aun difunto,
su rostro es más que divino.
¿Qué hemos de hacer?

CHIL.— ¿Habría a caso
por aquí alguna corriente?

1.— No muy lejos una fuente
oí murmurar, del caso.

CHIL.— Ve por agua diligente.
y olvida agudezas.

IND. 1.— Voy

(Sale Lautaro).

LAUT.— A esta luz, ó norte hermoso,
más gracias que al cielo doy;
qué camino tan fragoso,
¿qué es lo que mirando estoy?
Lautaro, ¿qué es lo que ves?
¿no es Guacolda ésta, y aquél,
Chilcano, amigo?

CHIL.— ¿Quién es?

LAUT.— Yo soy, ¿qué suerte cruel
puso mi cielo a tus pies?

CHIL.— En tu busca nos sacó,
viendo que tardabas tanto,
y desmayada cayó;
no sé si es amor ó espanto

quien este efeto causó.

LAUT.—Si es que también a mi esposa
Rengo y Phitón han propuesto
alguna sombra espantosa;
pues venga el Aurora hermosa,
que yo os daré un fin funesto.

(*Arrodillase de una rodilla, y sobre la otra pone la cabeza de Guacolda*).

¿Qué tenéis, mi bien, mi cielo,
quién os pudo dar enojos?
volved en vos, mi consuelo,
y abrid (alegando el suelo)
el cielo de aquesos ojos.

(*Abre despavorida los ojos*).

GUAC.—¿Esposo?

LAUT.— Señora mía,
¿quién de vuestro rostro bello
robó el color y alegría?
¿quién desordenó el cabello
que como el del sol luz cría?
¿No respondéis?

GUAC.— ¿Vivo estáis?

LAUT.— ¡Hay más terrible dolor!
si vos, mi bien, me matáis
con vuestros ojos de amor:
decidme, ¿qué preguntáis,
Muerto de amores por vos?

GUAC.—Lautaro?

LAUT.— ¡Regalo mío!

GUAC.—Sí, me haréis, como confío,

una merced que a los dos importa.

LAUT.—El libre albedrío

Vos sola le suspendéis,

si es así, ¿porqué teméis?

GUAC.—Pues, yo os pido, en conclusión,

que en la primera ocasión

en la batalla no entréis.

Hacedme tan gran favor;

esposo, ¿en qué reparáis?

si por dicha en vuestro honor,

Lautaro mío, topáis,

topad también en mi amor.

Esto por mí se ha de hacer.

LAUT.—Pues decidme, ¿qué os obliga,

esposa mía, a temer?

GUAC.—Un agüero me fatiga.

LAUT.— Y es?

GUAC.— No se puede saber.

LAUT.—Que no hay agüero fatal;

dejaos ya, mi bien, de agüeros.

GUAC.—Estos míos son muy fieros,

y como anuncien mi mal

ellos saldrán verdaderos.

Teme, Lautaro, y no pienses

que es mengua el tener temor,

cuando es del cielo el rigor.

LAUT.—Bien es, mi bien, que dispenses

algún rato en tu dolor.

Vamos al fuerte, señora,

y asegura el triste pecho,

que el mío tu gusto adora,

nunca al temor pagué pecho, (*Aparte*)

y se le ha pagado agora.

(*Vánse, y bajan por el monte doña Mencía, don Pedro y otros españoles, guiándolos Rengo, con algunos indios con arcos y flechas por armas*).

REN.—¿Qué te parece, señora,
desta senda?

D. MEN.— Que no toco
sino abrojos hasta agora.

REN.—Nunca mucho costó poco. (58)

D. MEN.—Ya parece que la Aurora
quiere anunciar la venida
del bello Sol mal despierto.

D. PE.—Jamás estuvo escondido
donde tú vienes.

D. MEN.— Por cierto
que estoy bien entretenida.
¿Agora es tiempo de dar
fuerzas al tirano amor,
que nos la suele quitar?
deja, don Pedro, de hablar,
y manos a la labor.

58. Esa sentencia en boca del indio araucano resulta de un clasicismo tal, que es, ni más ni menos, que simple copia, al pie de la letra, de la empresa, como se decía antaño por las divisas que solían usar los caballeros, de la que sacó doña Catalina Manrique y que tan celebrada fué. En *La Araucana* aparece parafraseada así (223-3-3, 4):

No sin grave trabajo, que sin esto,
Hacer mucha labor es excusado....

Y es lo mismo que Clara, Dorotea y sus acompañantes oyeron en la venta que cantaba aquel hijo de un caballero de Aragón, disfrazado de mozo de mulas:

Y es cosa manifiesta
Que no es de estima lo que poco cuesta.

REN.—Ya heroica española, estamos
al pie del fuerte empinado,
que sin defensa miramos,
porque al contrapuesto lado
las centinelas dejamos.

A este lado, como está
de aquesta sierra importuna
abrigado, no hay ninguna;
porque ¿quién recelará
por aquí adversa fortuna?
Agora que el aire oscuro
se adelgaza, atalayado
habrán los deste otro lado,
y viendo el campo seguro
a dormir se habrán bajado.

D. MEN.—Si es así, ya llegó el punto
que la ocasión nos promete
su procurado copete.

D. PE.—Hoy nos pagarán por junto
lo que deben.

REN.— Tú acometes
por este lado, y a una
todos en el fuerte entremos.

D. PE.—Muera esta gente importuna.

D. MEN.—Concepción apellidemos.

REN.—Ayúdeme la fortuna.

(Entran los españoles por una parte, y los indios por otra con diversos apellidos, unos Concepción, otros España, otros doña Mencía, y otros Rengo; salen después dos o tres indios mal vestidos, y peor armados, el uno con una maza, y el otro con una celada, y dicen:)

1.—¿Dónde vais, gente turbada?

2.—Dame esa maza, que es mía.

3.—Y tú, dame esa celada.

(*Entranse, y vuelve el ruido de las cajas, y dicen de adentro:*)

ADEN.—¡Concepción! ¡Doña Mencia!
ya la puerta está ganada.

(*Vuelve el ruido, y después salen otros dos ó tres indios.*)

1.—Vamos a morir, soldados,
que ya están dentro del muro
los españoles osados,
y Lautaro mal seguro
en los brazos regalados
de su esposa.

2.— ¡A defender
las vidas, pues no tenemos
para otra cosa poder!

3.—Sin armas ¿qué hacer podemos?

1.—¡Tarquín! (59) ¡morir o vencer! (*Vanse*).

(*Vuelve el militar ruido y de allí a un rato sale Lautaro
atravesado de una flecha, como se apareció a Guacolda, y em-
puñada una espada española, y revuelto un manto al brazo.*)

LAUT.—Ya, Valdivia, se ha cumplido
lo que me has pronosticado,
ya de mi trono caído
solo el dolor me ha quedado
de haberme visto subido.
Ya tu muerte se vengó
casi por la misma mano

59. Si no es errata, por Torquín, como aparece escrito este nombre en *La Araucana*, cabe suponer que Rejaule, al escribirlo así, se dejó influenciar por lo que había leído en la historia romana.

que tu cuerpo atravesó;
 pues si te hirió un araucano
 un araucano me hirió.
 Arma cristiana tu pecho
 pasó, cuando yo te herí;
 y de mi suerte a despecho,
 arma bárbara, ¡ay de mí!
 el corazón me ha deshecho.
 Ay! amiga verdadera,
 ya no tendrás que temer,
 pues la muerte horrible y fiera
 te quiso a mi costa hacer
 pronóstica y agorera.

(Sale Guacolda descompuesta, y suelto el cabello, y a medio vestir).

GUAC.—Ay! mi dulce esposo amado,
 ¿adónde hallarte podré?

LAUT.—¿De Guacolda esta no fué
 la voz?

(Alza la cabeza, y ve a Guacolda).

Mi bien, consolado,
 pues te he visto, moriré,
 contra la inica opinión
 de Valdivia.

GUAC.— Dulce esposo.

LAUT.—Centro de mi corazón.

GUAC.—¿Quién os dió fin riguroso?

LAUT.—Tu desdicha y mi traición.

(Siéntase Guacolda, y pone la cabeza de Lautaro en su regazo).

Aunque dije mal, advierte,
 no me han dado ésos la herida,
 que no hay ninguno tan fuerte;

diómela la misma muerte
transformada en mi homicida.
A otro brazo no atribuyo
golpe de tal valentía;
y pues la vida concluyo,
bien es que la lengua mía
dé a cada cual lo que es suyo.

GUAC.—No, esposo, engañado estás,
si no das al hado impío
lo que a la muerte le das.

LAUT.—¿Es posible, dueño mío,
que ya no te veré más?

GUAC.—Antes no pienso afligida
estar un punto sin verte;
mi brazo será homicida,
y pues te seguí en la vida,
quiero seguirte en la muerte.

LAUT.—No hagas tal, Guacolda mía,
vive y lógrate en tu estado,
baste lo que te he causado;
no quieras más compañía
de un hombre tan desdichado.
Y adiós, que no puedo más.

(A caba de expirar).

GUAC.—Ya al cuerpo el alma dejó,
pero solo no te irás,
que ya te acompaño yo;
espera, esposo.

(Va a tomalle a Lautaro la espada, y pone el pomo en el suelo para arrojarla sobre ella, y salen dos soldados españoles).

ORTIZ.— ¿Aun no estás
satisfecho de verter
sangre bárbara?

HURT.— ¿Qué es esto?

ORT.—¿No miras que esta mujer
se mata?

HURT.— Acudamos presto. (60)

(Echan de ver lo que iba a hacer Guacolda, y arrebatándole la espada de las manos, y ella pide de rodillas que la maten).

ORT.— ¿Qué es lo que piensas hacer?

GUAC.—Lo que vosotros haréis
si tiene fuerza mi ruego,
que es de que me traspaséis
el pecho afligido luego.

HURT.—El mío sé que tenéis
de tierno amor traspasado,
india más que el sol hermosa:
de cuanto habemos robado,
Ortiz, no quiero otra cosa
sino esta mujer.

ORT.— Hurtado.
lo mismo te hago saber.

HURT.—La mujer ha de ser mía.

ORT.—Si la sabes defender.

(Echan mano a la espada para acuchillarse).

GUAC.—¡Hay más desdichado día!
¿que en esto me venga a ver?

60. Estos apellidos de Ortiz y Hurtado los tomó Rejaule del poema, en el cual figuran un Hernando Ortiz y don García Hurtado de Mendoza, gobernador de Chile; al hermano natural de éste, llamado don Felipe, se le nombra siempre con el apellido de Mendoza. Por esto se ve, cuán poco acertado anduvo, en verdad, el autor de la comedia al designar con el de Hurtado a un soldado tan bajo como aquél.

(Sale don Pedro).

D. PE.—¿Qué es aquesto Ortiz, Hurtado?

HURT.—Por esta mujer lo hacemos
que los dos hemos ganado,
y los dos la pretendemos.

D. PE.—Si no lo tenéis a enfado,
por quitaros de pendencia
yo os la pagaré muy bien.

ORT.—Nuestra ley es tu sentencia.

D. PE.—Pues yo mandaré que os den
mil pesos.

HURT.— Con tu licencia
vamos a buscar la vida.

(Vanse).

GUAC.—¿Que Guacolda haya llegado
a ser tan presto vendida?

D. PE.—No estés, señora afligida,
que de dueño has mejorado.

GUAC.—Perdóname, si no estimo
la gran merced que me has hecho;
que tengo tan triste el pecho,
que porque el pesar oprimo
lè tiene el pesar deshecho.

(Sale Rengo).

REN.—Pues, don Pedro ¿estás contento,
parécete si ha tenido
mi palabra cumplimiento?

D. PE.—A ti, Rengo, te es debido
el honor del vencimiento.

REN.—Aquí estás, señora mía,
primer móvil de mi alma;

hoy más, venturoso día:
don Pedro, sola esta palma
quiero de doña Mencía.

D. PE.—Agora la he rescatado
de dos soldados, que entiendo
que la hubieran deshonrado;
y según lo que estoy viendo
el lance ha sido acertado.
Tómala, que tuya es.

REN.—Pues si por ella me pides
todo cuanto en Chile ves,
con bajo precio la mides,
pues al fin es interés.

GUAC.—¿Ha pasado por mujer
lo que por mí pasa agora?
¿hay quién lo pueda creer?
¿de cuatro he venido a ser
en menos de un cuarto de hora!
Cielo injusto y vengativo,
¿quédame más que pasar?
que a sufrillo me apercibo.

REN.—Deja, Guacolda, el llorar
pues tu dueño es tu cautivo.

GUAC.—Antes con nueva ocasión
me convidas, Rengo injusto,
a dar rienda a mi pasión,
pues hoy por cumplir tu gusto
has vendido tu nación.

(Sale doña Mencía acompañada de todos los que puedan salir).

D. MEN.—¿Don Pedro? ¿Rengo?

D. PE.— ¿Señora?

D. MEN.—¿Quién es esta mujer bella?

REN.—La que por Dios mi alma adora,
pues ha puesto el cielo en ella

cuanto en la tierra atesora.
Esta pudo merecer
por esposo el gran Lautaro,
que hoy acabas de vencer;
que le ha costado bien caro (*A parte*).
tener tan bella mujer.

D. MEN.—Perdona, Guacolda hermosa,
si mi obligación no he hecho,
y esta prueba lastimosa
que hoy hace el cielo en tu pecho
resiste como animosa:
que éstos los sucesos son
de la guerra has de saber;
y aunque es grande tu pasión,
has tú con tu discreción
lo que el tiempo vendrá a hacer.
Si un marido tan famoso
en tu Lautaro has perdido,
casi asegurarte oso
que yo te sé otro marido
no menos que él valeroso.
Rengo está aquí, que, a mi ver,
si dél haces elección
no tendrás mal parecer.

REN.—¿Quién le ha dicho a esta mujer
lo interior del corazón? (*A parte*).

D. PE.—¿A casalla te dispones,
sin saber primeramente
de Rengo las intenciones?

D. MEN.—¿No las muestra claramente
en las obras y razones?
¿Parécete que viniera
a ser de nuestra facción,
si a la india no quisiera?
una amorosa pasión
se descubre desde afuera.

D. PE.—Digo que eres milagrosa,
y que hoy has dado en lo cierto.

D. MEN.—¿Qué dices, Guacolda hermosa?

GUAC.—Mi esposo tan recién muerto
de muerte tan rigurosa,
¿quieres que me dé lugar
a tratar cosas de gusto?
¿yo con otro he de casar,
y más con aqueste injusto, (*Aparte*)
ocasión de mi pesar?

No me lo mandes, señora,
antes a la muerte fiera
me manda entregar agora.

REN.—Divina Guacolda, espera, (*arrodillándosele*)

oye esta alma que te adora.
¿En qué enojarte ha podido
quien, si nació en este mundo,
para servirte ha nacido,
y sólo en él ha sabido
tenerte amor tan profundo?

Dos veces en mi poder
te he tenido, y todas dos
no te he querido ofender;
y sabe el Sol nuestro Dios
y tú que lo pude hacer.

Esta sola obligación
deshaga tantos enojos,
si no quieres que en despojos,
como te di el corazón
te dé el alma por los ojos.

D. MEN.—Guacolda, tanto rigor
venganza de Rengo afligido
el firme constante amor.

D. PE.—Yo también, que he defendido
como hoy has visto, tu honor,
te lo ruego.

GUAC.— Sea en buenhora,
a dicha, ¿sierpe en la Libia (*A parte*).
más sangrienta que yo, mora?

RAU.—De cumplirse acaba agora
la maldición de Valdivia,
pues Guacolda se ha casado
con el que fué de su amigo
contrario más declarado.

REN.—Quién tal despojo ha ganado
de su ya muerto enemigo,
la mano, mi bien, me da.

(*Dásela, diciendo aparte:*)

GUAC.—Que ha de matarte después:

REN.—No hay ya qué esperar.

GUAC.— No hay ya;

tú lo verás cuando estés (*A parte*).
como mi Lautaro está,
pues si hoy me caso contigo
es a fin de darte muerte,
vengando la de mi amigo.

D. PE.—Tú que la pasión más fuerte (*a doña Mencía*)
que un amante trae consigo
penetras, la que padezco
¿piensas de hoy más remedialla?

D. MEN.—Ya a darte gusto me ofrezco,
pues hoy te vi en la batalla
muy fuerte.

D. PE.— Que tal merezco,
que tanto bien he alcanzado,
mi dicha en el mundo sola
hoy me ha de hacer invidiado.

REN.—Y aquí tiene fin, Senado,
la *Bellígera Española*.

(*Entranse todos, cada uno por su parte, dando fin con esto a
la gran comedia de la Bellígera Española.*)



De LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO, del «monstruo de la naturaleza», como le llamó Cervantes, no es del caso tratar aquí; y del auto sacramental que escribió con el título de *La Araucana*, bástenos con decir que permaneció inédito hasta que fué incluido en la colección de sus *Obras*, tan espléndidamente editadas por la Real Academia Española de la Lengua, en la cual se halla en las páginas 109-119 del tomo III, Madrid, 1893, folio, precedido del siguiente juicio crítico del eruditísimo Menéndez y Pelayo.

«Pieza disparatadísima, ó más bien, absurdo delirio, en que Colocolo aparece como símbolo de San Juan Bautista; Rengo como figura del demonio, y Caupolicán (*horresco referens*) como personificación alegórica del Divino Redentor del mundo. Muy robusta debía de ser la fe del pueblo que toleró farsa tan irreverente y brutal. Para nosotros sólo tiene curiosidad por los bailes y cantos indígenas que la exornan. Para los incidentes dramáticos (tales como la prueba del tronco) el poeta se inspiró mas bien en *La Araucana* de Ercilla que en su propia comedia *Arauco domado*.»

Adviértase, por lo que se refiere a las personas que en ella figuran, que Lope conservó los nombres de Colocolo, Rengo y Caupolicán; alteró en Teucapel el de Tucapel, dándole cierta apariencia de origen griego en su primera sílaba, *teu*, por *tu*, (como que antaño solía escribirse *teulugúu*); con Polipolo hizo otro tanto, agregando a Polo, nombre de un indio que

figura en *La Araucana*, el *poli*, de procedencia también griega; y que, de invención propia, pero que nada tiene que ver con el idioma araucano, nombró a Glitelda y Fidelfa, y escribió *guaipai*, *guapaya*, *lirunjá*, *rumfalalá* y otras que no corresponden a lengua alguna, siguiendo todavía en esto el sistema que ya había empleado en su *Arauco domado*, en el cual los mismo indios cantaban también:

Piraguamonte,piragua
piragua xenicarisagua:

versos que, al oírlos los asistentes a la representación, se enterarían tanto de su sentido como nosotros...



LA ARAUCANA

AUTO SACRAMENTAL DE LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

(Salen cantando Fidelfa y Glitelda, de indias; Rengo, de indio, con plumas, de la misma suerte, manta y flechas; Teucapel, de verde y oro, plumas de la misma suerte; Polipolo, de carmesí y con plumas delante, de la misma suerte).

(Cantan).

Guaipai, Guaipai,
Que el sol vive aquí;
Guapaya, Guapaya,
Que el sol aquí está.

FIDELFA.

Indios del Arauco,
Que en tantas desdichas
Buscáis capitán
Que os defienda y rija;

Porque ingratas gentes
De extrañas provincias
Con la libertad
El tesoro os quitan,
Y vivís esclavos,
Siendo en vuestras Indias,
Sin ser dioses vuestros,
Dueños de las vidas.
Entre aquestas peñas
Colocolo habita,
Cacique que tiene
Potestad divina,
Si no es Dios eterno,
Que mortal se finja,
O sol que entre pieles
Sus rayos eclipsa.
Pedilde que os dé
Indio que os redima,
Pues él por los montes
Que ha venido afirma,
Y para que salga
De sus grutas limpias,
Con dulce armonía
Todos repetid:
Guaipai, guaipai,
Que el sol vive aquí;
Guapaya, guapaya,
Que aquí el sol está.
Entre estos soberbios riscos
Del río hermosas gairnaldas,
Que fingiéndose esmeraldas
Al sol le dan obeliscos;
Vive retirado y solo
De los humanos engaños,
Desde sus primeros años
El bautista Colocolo;

Aquí un espíritu puro
Es de los desiertos, y es
Un sol que pisa después,
Ya la estrella y ya el coluro.

Aquí a los dioses igual,
Come en sus vigilias largas,
Entre langostas amargas
Miel silvestre en el cristal

Deste transparente río:
Este al fin que resplandece
Como el sol, Arauco ofrece
El capitán de quien fio
Su divina redención.

RENGO.

Indios, a reir me vengo.
Capitán, ¿dónde está Rengo?
Sabéis que angélicas son
Mis fuerzas.

FIDELFA.

Tu fortaleza
No quieras encarecer,
Pues sabes que una mujer
Te abrió un día la cabeza.

RENGO.

¡A mí sí! nadie de mí
En Arauco se escapó.

FIDELFA.

Esta mujer te venció
Y Colocolo.

RENGO.

Es así;
Mas con privilegio fué
Particular.

TEUCAPEL.

Araucanos,

Si de los indios tiranos

En que la patria se ve.

Redimidos queréis ser,

A Colocolo veamos,

O entre todos elijamos

Un capitán.

RENGO.

 Mi poder

Es infinito y es solo.

POLIPOLO.

El mío, Rengo, te excede.

TEUCAPEL.

Sólo redimirnos puede

Teucapel.

FIDELFA.

 A Colocolo,

Indios, cantando invocad;

Que voz de los dioses es.

GLITELDA.

Fidelfa, cantemos, pues.

POLIPOLO.

Si así ha de salir, cantad.

(Cantan).

Sal, sal, sol divino,

Sal, divino sol.

(Coplá).

Alma de los días

Y puro esplendor,

Que eres de los dioses

El más grande Dios,
Arauco te llama;
Que en esta aflicción
Espera que seas
Tú su redentor.
Sal, sal, sol divino,
Sal, hermoso sol.

(Cuando cantan, vaya saliendo Colocolo, de indio, que parezca a San Juan).

FIDELFA.

Válgame el Dios.

GLITELDA.

¡Ay de mí!

TEUCAPEL.

¡Qué monstruo tan peregrino!

RENGO.

¡Qué portentosa presencia!

POLIPOLO.

Sino es Dios, es el sol mismo.

FIDELFA.

Muerta soy; bella Glitelda,
¿Dónde estás?

GLITELDA.

Aquí contigo.

RENGO.

Levantaos, indios, del suelo,
¿Habéis visto algún prodigio?

FIDELFA.

¡Pues no!

RENGO.

Hombres, no temáis:
Tocalde, llegad conmigo.

FIDELFA.

De carne es.

RENGO.

Como los otros.

FIDELFA.

Parece animado risco.

RENGO.

¿Qué son éstos?

FIDELFA.

Son cabellos;

Tales melenas de rizados,
Parecen rayos del sol;
Mira, Glitelda, qué lindo
Está.

RENGO.

Es barba.

FIDELFA.

¿Y ésta?

RENGO.

Es boca.

Llega.

COLOCOLO.

Tente.

FIDELFA.

¡Ay, ay, ay!

RENGO.

¡Qué terco! (1)

(1) No constan estos versos y falta la asonancia.

GLITELDA.

¿Mordióte?

FIDELFA.

No. Mas pudiera;

Y de temor di estos gritos.

TEUCAPEL.

¿Quién eres?

POLIPOLO.

¿Eres, por dicha,

De los caciques antiguos?

COLOCOLO.

Vos sois clamante en desierto;

Apercibid el camino

Al capitán y al señor,

Arauco, que ha de regiros;

Ya ha venido el deseado,

Ya ha llegado el prometido;

Araucanos, libertad.

GLITELDA.

¿Quién eres, varón divino?

COLOCOLO.

Voz de la palabra soy,

Que era Dios en el principio,

Y estaba cerca de Dios,

Y esta palabra que vimos,

Dios y cerca de Dios fué

En el principio.

POLIPOLO.

Decirnos

Quién eres puedes sin tantos

Misterios; que somos indios:

En ellos eres el Sol

Que esperamos.

COLOCOLO.

Yo he venido

A ser sólo el testimonio
Del Sol que ha de redimiros;
Estrella soy de su aurora.

TEUCAPEL.

Antes de rayos ceñido,
Pareces la luz.

COLOCOLO.

La luz

Que ilumina los distritos
De Arauco, es Caupolicán,
Y yo soy quien la publico;
Decir quiere «el poderoso»
En nuestra lengua, (1) y se ha visto
Esta verdad en el santo
Caupolicán con prodigios
Y señales milagrosas.

POLIPOLO.

¿Eres tú?

COLOCOLO.

Yo no soy digno

De desatar la correa
De sus pies.

RENGO.

¡Calla, enemigo!

¿Dónde está Rengo, prometes?
Capitán, decid ¿quién hizo
En Arauco más señales,
Quién más grandes beneficios
A la patria?

1. Traducción del todo antojadiza, pues Caupolicán, ó en su forma propiamente araucana, Queupulican, vale piedra ó lanceta para sangrar.

COLOCOLO.

Di traiciones,
Di adulterios, di homicidios;
Que en ti todos empezaron.

TEUCAPEL.

El gobierno ha de ser mío
Si se reduce al valor.

POLIPOLO.

La potestad y el dominio
Ha de ser de Polipolo,
Pues los dioses os han dicho
Que de mi generación
Ha de ser el que, vestido
De fortaleza, redima
A Arauco en tantos peligros.

RENGO.

¿Sabes que soy, Rengo, yo,
Tan poderoso y tan rico
Como Dios?

TEUCAPEL.

¿Y sabes, Rengo,
Que soy Teuapel, tan limpio
Como el sol por el aliento
Que me anima?

POLIPOLO.

El preferido
Soy yo, por mil privilegios
Que darle a mi pueblo quiso
El cielo; mirad historias,
Buscad bronces, abrid libros.

COLOCOLO.

Para escribir disensiones
Que bárbaro estrago han sido
Deste Imperio, juntaos todos,

Araucanos, en un sitio
 Donde cantando y luchando
 Y haciendo otros ejercicios
 De fuerzas y de valor,
 Por capitán elegido
 Quede el que a todos exceda
 En fortaleza y en bríos;
 Pues Dios, por Caupolicán,
 «Este es, muchas veces dijo,
 Mi brazo y mi fortaleza»;
 Y él se ofrece al desafío.

RENGO.

Soy contento.

TEUCAPEL.

Y soy contento.

POLIPOLO

Y yo, que ser imagino
 Vuestro capitán, si aquí
 Las palabras remitimos
 A las fuerzas y al valor.

RENGO.

Pues para el convite elijo
 Este valle, que ha de ser
 De lágrimas y suspiros
 Para vosotros, si en él.
 Indios, os ponéis conmigo.

FIDELFA.

Bien os está, Rengo, que vienes
 Muy soberbio y muy altivo;
 Mira que te conocemos
 Por loco y desvanecido,
 Y te habemos visto dar
 Pataratas al abismo
 Por la soberbia.

RENGO.

¿No soy
El primero entre los dignos?
¿No soy estrella, no soy
El fósforo que entre lirios
Y entre azucenas y rosas
Dió en celajes matutinos
Amagos de sol?

FIDELFA.

Agora
Más negro y más feo os miro
Que la noche.

RENGO.

No ha de haber
Quien ose saltar conmigo,
Y para que os admiréis,
Escuchad los saltos míos.

FIDELFA.

Ya alguno diste entre ellos.
Que, a poder arrepentiros,
Ya lo estuviérades dél;
Que fué salto de peligro.

RENGO.

Yo, araucanos, soy Rengo, que en el polo
Hice gemir el sacro firmamento,
Donde puede exceder de un salto solo
El diáfano y sólido elemento.
Cuanto ilumina en círculos Apolo
Pude veloz salvarlo en un momento,
Que siempre va sustancia y un ser mismo
Desde el claro aquilón y hasta el abismo.

No sólo rayo las esferas once
Me dejé atrás, sino pasé las quince.
Pidiendo como espíritu de bronce,

A los montes señal y al mar esquince.
 Pendiente el sol de su dorado gonce,
 De vista me perdió, con ser un lince,
 Monstro de luz, jamás de vista falto. (1)

FIDELFA.

Y desde entonces os llamaste Rengo,
 Que quedaste del salto derrengado. (2)

RENGO.

Mirad saltando así la acción que tengo
 Para ser entre todos señalado.

FIDELFA.

Tan señalado estáis, que pensar tengo
 Que el cielo os señaló por arrojado.

RENGO.

Y como que lo soy.

FIDELFA.

Ya lo sabemos,
 Pues arrojado para siempre os vemos.

TEUCAPEL.

Rengo, en saltar a Teucapel no igualas,
 Que caer no es saltar; y tú caistes
 Del imperio, zafir cuajado en salas
 De vistosos topacios y amatistes. /

(1). Falta un verso a esta octava.

2. Afirmación tan antojadiza como la traducción que dió anteriormente de Caupolicán, y que en este caso no pasa de ser un juego de palabras castellanas, ya que los entendidos en el idioma araucano creen que el nombre del indio puede traducirse por «molienda de harina cruda.»

En lo del salto, ya es otra cosa. En *La Araucana*, efectivamente, se pondera la destreza que Rengo había adquirido en ese ejercicio, comparándola en cierta ocasión (168-2) al que suele dar el tigre cuando se lanza sobre su presa.

Faltóte fe, faltáronte las alas,
 Porque en el sol la mariposa fuiste,
 Que en torno de su luz, cándida y pura,
 Perdió la dinidad y la hermosura.

Yo después, excediéndote en belleza,
 Del polvo de la tierra levantado,
 En frágil inmortal naturaleza
 Indio me vi, glorioso y endiosado.
 Espiráculo (3) soy, soy fortaleza
 De los labios del Sol, que me han formado
 A su imagen divina semejante:
 Mira si hay quién me venza o quién me espante.

FIDELFA.

Antes si, Teucapel, consideraras
 La materia civil (4) de que eres hecho,
 También ser como Dios no imaginaras,
 Por no quedar en lágrimas deshecho.

TEUCAPEL.

Ya esas locuras me costaron caras.

RENGO.

Ni ya ser pueden de ningún provecho,
 Pues te postró mi mano vencedora
 Al rosicler de tu primera aurora.

TEUCAPEL.

¡Bárbaro! Cuando el mundo se anegaba,
 ¿No te vencí saltando, pues los montes
 Con planta de cristal menospreciaba,
 Deshaciendo veloz sus horizontes?

3. *Espiráculo* es voz que no registra el léxico de la Real Academia. Probable es que se tome aquí como diminutivo de *espira*, ó sea, la parte de la base de la columna que está encima del plinto.

4. *Civil* en esta acepción, ó *cevil*, como salía también decirse, es voz anticuada y vale «grosero, ruin, mezquino.»

Rendida allí tu fortaleza estaba,
 Aunque más a los cielos te remontes;
 Mas la mía gentil, de un salto solo,
 Los trópicos salvó de polo a polo.

POLIPOLO.

Si ha de ser capitán el que más salta,
 ¿Quién me iguala en saltar, ó quién me llega?
 Sólo alcanzar mis pies al sol me falta
 Para dejar sin luz la tierra ciega;
 De espuma el mar apenas los esmalta,
 Aunque el sol de cristal grifos entrega,
 Cuando salte, sus términos dispares,
 Que desprecian mis pies montes y mares.

COLOCOLO.

Confieso que, por fuertes y ligeros,
 Capaces sóis los tres deste gobierno;
 Mas hay Caupolicán, que ha de venceros,
 Cuyo esfuerzo y valor es sempiterno.

RENGO.

¿Dónde está ese cacique?

COLOCOLO.

Viene a veros
 El gigante divino en nombre tierno,
 Y no le conocéis, aunque entre todos
 Habita, y vive por diversos modos;
 Mas ya Caupolicán, indios, descende
 Del monte soberano,
 Donde vencer y redimir pretende.

RENGO.

Venga Caupolicán; que he de matalle.

GLITELDA.

Ya de su luz el esplendor se siente.

COLOCOLO.

La gloria al vencedor podéis cantalle.

(Mientras cantan, baja de lo alto del carro Cristo, en figura de Caupolicán, de indio, vestido famosamente.)

FIDELFA.

Cantémosle, araucanos.
Hoy viene del Señor, y es Dios y es hombre.

(Cantan).

¡E ya, ye, ye; e ya, ye, ye!
¡Bendito sea el que viene,
Si Caupolicán es éste!
¡E ya, ye, ye; e ya, ye, ye!

(Copla).

Al gran capitán,
Que al Arauco llega,
Como al cielo gloria,
Paz le dé la tierra.
Haya entre los indios
Voluntad estrecha,
Démosle alabanzas
Démosle obediencias,
Y con voces tiernas
Repetid alegres:
¡E ya, ye, ye; e ya, ye, ye!
¡Bendito sea el que viene,
Si Caupolicán es éste!
E ya, ye, ye; e ya, ye, ye!

RENGO.

¿Es éste el que solicita
Ver mi rigor en sus manos
Y en sus piés?

COLOCOLO.

Este, araucanos,
Es el que las culpas quita;
La Majestad infinita,
Arauco, presente ves.
Vierte a sus divinos piés
Olivas, palmas y lauros.

(Cantan).

¡E ya, ye, ye; e ya, ye, ye!
¡Bendito sea el que viene
Si Caupolicán es éste!
¡E ya, ye, ye; e ya, ye, ve!

COLOCOLO.

Bailad a la Suma Alteza:
Bailad al Príncipe solo.

FIDELFA.

Pues un baile, Colocolo,
Te ha de costar la cabeza.

COLOCOLO.

Eterna naturaleza
Con la muerte me darán.

POLIPOLO.

¿Eres tú, Caupolicán?

CAUPOLICÁN.

Yo soy.

RENGO.

Temblándolo estoy.

COLOCOLO,

Voces en desierto doy.

RENGO.

Y ya enfadándome están.

COLOCOLO.

Verdades quiero decir.

RENGO.

Calla.

COLOCOLO.

Mal me persuades.

RENGO.

¡Oh, pesar de tus verdades!

(*Saca el alfange, y dale, y baje San Juan.*)

COLOCOLO.

Vida Eterna es el morir.

RENGO.

El que viene a redimir
Arauco, aquí te defienda,
Vil Colocolo, y pretenda,
Si es potestad soberana,
Librarse de mi macana (5).

CAUPOLICÁN.

No hay golpe que el Sol ofenda,
Araucanos; yo he venido
A ser vuestro capitán,
Porque hoy en Caupolicán
Las promesas se han cumplido;

5. *Macana* no era voz del idioma araucano, con la cual los españoles de Chile, tomándola de lo que vieron y oyeron en el Perú y en otras partes de América, designaron las porras que usaban los indios de este país; de las que tenían los de Copiapó, habla Mariño de Lobera (p. 41); Góngora Marmolejo menciona dos armas de esta clase (p. 21); y González de Nájera, después de estos cronistas, describió y aún dió un diseño de tal arma. Es voz que el Diccionario llamado de Autoridades definió y que se conserva en el actual léxico de la Real Academia. Ercilla (6-4), al enumerar las armas «mas ejercitadas» de nuestros indios, no la menciona.

Y si ha de ser elegido
 El que corra y salte más,
 ¿Quién ha saltado jamás
 Ni corrido como yo?

RENGO.

¿Quién del aquilón saltó
 Al abismo?

CAUPOLICÁN.

No podrás
 Saltar, Rengo, al aquilón
 Desde el abismo.

RENGO.

¿Y tú?

CAUPOLICÁN.

Sí,

Que a saltos bajé y subí,
 En mi misma perfección,
 Del cielo a la Encarnación.
 Salté a unas puras entrañas,
 Y entre aflicciones extrañas
 A una Cruz di un salto eterno,
 De ella al sepulcro, al infierno,
 Y dél al cielo. ¿Hay hazañas
 A las mías semejantes,
 Ni hay fuerzas como las mías?
 ¿Quién corre con pies de días
 Ni en pasos de los gigantes,
 Por esos puros diamantes,
 Como yo? ¿Quién por el mar
 Sabe tan veloz pasar
 Sin mojarse cimbrias (6) bellas?

6. *Cimbria* es voz anticuada, por *cimbra*, que en este caso significa la tabla artificiosamente encorvada para ajustarla a la forma del barco.

¿Quién por abismos de estrellas,
Sin llegallas a pisar?

RENGO.

Si te precias de tan fuerte,
En la lucha se ha de ver,
Que el vencedor ha de ser
El capitán.

CAUPOLICÁN.

Si la suerte
Consiste en la lucha, advierte
Que ya la victoria es mía.

TEUCAPEL.

Postrarán tu valentía
Polipolo y Teucapel.

RENGO.

Ven a la lucha, cruel,
Pues es tal tu bizarría.
Ea, ya en la lucha estamos.

(*Júntanse*).

Y si eres Caupolicán,
Trueca estas piedras en pan,
Porque tu poder veamos.

CAUPOLICÁN.

Escrito, bárbaro, hallamos,
Que no sólo del pan vive
El hombre, porque recibe,
Con que los diamantes labra,
Esfuerzo de la palabra
Que el labio de Dios concibe.

RENGO.

Vencióme con este ejemplo.
Pues arrojar te podrás

Del pináculo en que estás,
 Pues te he puesto sobre el templo;
 Que ya de ángeles contemplo
 Tu persona defendida
 De estrago, muerte y herida.

CAUPOLICÁN.

No tientes, dicen, traidor,
 A tu Dios y a tu Señor.

RENGO.

Dióme segunda caída.

(*Cae*).

En alto te levanté,
 Porque veas puesto en alto,
 Pues de bienes estás falto,
 Cuanto en Arauco se ve;
 Que todo te lo daré.

CAUPOLICÁN.

Servirán (1)
 Todos a Dios Soberano,
 Que de ti Dios es servido;
 Cae, vil.

(*Cae en tierra*).

RENGO.

Ya estoy rendido
 Venciste, Caupolicano.

GLITELDA.

¡Oh, qué feo que ha quedado!

FIDELFA.

Postrado en tierra le veo,
 Hecho un negro camafeo,

(1). Verso incompleto y falta de rima.

Que al feo cama le ha dado.
¡Oh, y la tierra!

GLITELDA.

Al derrengado
Dad vaya. (7)

RENGO.

No es maravilla
Vencerme con zancadilla.

FIDELFA.

Caupolicán se cruzó
Y cruzado te rindió,
Que en la cruz su imperio humilla.

(Cantan y bailan).

Canariabona,
Lirunfá,
Que Rengo es vencido
Por Caupolicán.
Al Rengo maldito,
Al indio infernal,
Con bailes y motes
La vaya le dad.
Postrado por tierra
Qué feo que está,
Y verse no espera
Hermoso jamás.
Canariabona,
Lirunfá,
Que Rengo es vencido
Por Caupolicán.

7. *Dar vaya*, frase desconocida entre nosotros, es hacer burla ó mofa de alguno.

TEUCAPEL.

Caupolicán, si has vencido
A Rengo y a Teucapel,
Dispara sobre Babel.

CAUPOLICÁN.

Nembrot, aunque estés subido
En tu torre defendido,
De mis brazos no has de estar,
Porque sé en lenguas sembrar
En ti espanto y confusión.

TEUCAPEL.

Todos bastantes no son;
Que Arauco me ha de adorar
Por Dios, conociendo en mí
La bárbara idolatría.

CAUPOLICÁN.

Tu torre y tu tiranía
Sé yo derribar así.

TEUCAPEL.

Vencido en tierra caí.

(Cae Teucapel).

FIDELFA.

La tierra vuelve a la tierra.

TEUCAPEL.

Más bien voy con nueva guerra
El gobierno a pretender.

CAUPOLICÁN.

Yo te volveré a vencer.

GLITELDA.

Indios, cantadle al que yerra.

(*Bailan y cantan*).

Piraguamonte, piragua,
Genícarisagua,
Runfalalá,
Si en la lucha te vencen,
Indio, ¿qué has de hacer?
Morir en el tambo,
Sin dallo a entender.
¡Ay, genícarisagua,
Sin dallo a entender!

TEUCAPEL.

¿Yo me había de morir
Por tan poco? Gentil soy;
Yo puesto al gobierno estoy
Con que os pienso redimir;
Sobre mi cabeza Ofir
Cierna en ótomòs el oro.
Y el alba el cándido lloro
Vierta generoso en ella,
Que con corona tan bella
En Arauco triunfaré (1).

(*Cantan*).

Piraguamonte, piragua,
Genícarisagua,
Runfalalá,
Si en la tuya te vencen,
Indio, ¿qué has de hacer?
Morir en el tambo,
Sin dallo a entender.

(1). Falta la rima.

¡Ay, genícarisagua,
Sin dallo a entender!

POLIPOLO.

Ya Polipolo te espera
Y el tambo en piedra transforma;
Baja en angélica forma
A luchar por la escalera.

CAUPOLICÁN

¡Ay! Con Jacob lucha fiera
Quiere hacer Caupolicán.

POLIPOLO.

Si ángeles vienen y van
En tu favor y estás solo
Luchando aquí, Polipolo,
¿Qué brazos te rendirán?

(*Cae*).

Confieso que es sempiterna
Tu fortaleza

CAUPOLICÁN.

Memoria,

Polipolo, desta gloria
Sea el señal de esa pierna,

POLIPOLO.

Arauco rige y gobierna.

RENGÓ.

Eso no, que ser espero
Su capitán, y así quiero
Que rija Arauco y su gente,
El que más tiempo sustente
En sus hombros un madero.

CAUPOLICÁN.

Mío el gobierno ha de ser;
Que Isaías, con asombros,

Lo puso sobre mis hombros,
Y mi reino y mi poder,
Sabed lo viene a poner
En el madero, y así,
Hoy en el madero aquí
Comenzará mi gobierno,
Sobre los siglos eterno,
Que todo es eterno en mí.

RENGO.

Pues aquí el madero está;
Ya sé que al más esforzado
Le parezca tan pesado
Que en él menester habrá
Dios y ayuda.

(Rengo alcanza el leño del suelo).

CAUPOLICÁN.

Empieza ya.

RENGO.

Yo al líbano lo levanto,
Mira si harás otro tanto.

CAUPOLICÁN.

Mucho tu fuerza decina;
Pues con él en la piscina

(Cárgase).

Diste con notable espanto

RENGO.

Para eso hará en Siloé,
Maravillas el madero.

TEUCAPEL.

Yo, Rengo, vencerte espero;

(Alcele y llévele).

Con él a Armenia saldré
Por las aguas.

FIDELFA.

Mayor fué
El esfuerzo y el valor
De Teucapel.

POLIPOLO.

Vencedor
Salir por el leño intento,
Que es arca del Testamento,
Depósito del Señor;
Llegaré a Jerusalén
Con él, y en su sacro templo
Hallaré del triunfo ejemplo;
Ved, araucanos, si hay quién
Os pueda regir más bien
Que el valiente Polipolo.

CAUPOLICÁN.

El que es inefable y solo,
El que sustenta, araucanos,
Vuestro imperio en sus dos manos,
Y con sus plantas el polo.
Venid, sacro madero,

(Llega al madero).

Y comiencen en vos mis monarquías,
Que sustentaros quiero
Sobre mis hombros por eternos días,
Para que el peso grave,
Leve sea desde hoy y yugo suave,
Con el fruto vedado.

Rengo lo levantó al líbano hermoso,
 Teucapel esforzado,
 En arca en el diluvio proceloso,
 Y en la del Testamento,
 Polipolo entre víctimas sangriento;
 Todos están asidos,
 Figuras del madero que levanto.

RENGO.

Con la cruz me has vencido.

FIDELFA.

Cantalde al vencedor, cantalde al santo.

CAUPOLICÁN.

Hoy, Arauco, hacer quiero
 La eterna redención por el madero.

(*Cantan*).

Farua, farua,
 El gobierno merece
 Caupolicán;
 Farua, farua.
 Y por el madero;
 Surrúa, surrua,
 En los hombros puso;
 Surrúa, surrua,
 Nuestro triunfo veo;
 Surrúa, surrua,
 Y al compás del premio,
 Nuestra libertad;
 Surrúa, surrua.
 El gobierno merece
 Caupolicán.

TEUCAPEL.

Por digno del gobierno
 Todos, Caupolicán, te confesamos.

POLIPOLO.

Tu poder es eterno.

RENGO.

Si eres eterno, en obras lo veamos.

CAUPOLICÁN.

En envidia te enciendes,
Si no puedes creer, ¿qué obras pretendes?

RENGO.

Que sustentés tres días
Ese pesado tronco.

CAUPOLICÁN.

Porque veas
Hoy las grandezas mías,
Y en él, Rengo infernal, vencido seas,
Yo haré que eternamente
Sustentándole a él, él me sustente.
En él clavarme quiero,
Porque los dos unidos de esta suerte
Yo triunfe en el madero,
Y él triunfe en mí, quedando vida y muerte
Reparada y vencida,
Y Arauco en mí triunfe redimida.

FIDELFA.

¡Viva el que paz prometel

GLITELDA.

¡Viva Caupolicán!

CAUPOLICÁN.

Yo debo haceros

Un célebre banquete.

RENGO.

Y yo en este dragón subo a moveros
Mil cismas y herejías,
Que en las mesas serán fieras arpías.

Seguidme, donatistas;
Que sacudiendo mi cerúlea cola,
En bárbaras conquistas,
He de barrer de la celeste bola
Otra vez las estrellas.
Guarda, Caupolicán: no estés entre ellas.

(Sube Rengo en un dragón vertiendo fuego).

CAUPOLICÁN.

Yo en las eternas llamas,
Dragón, te postraré, donde esparciendo
Verdinegras escamas,
Siempre penando estés y siempre ardiendo;
Por el leño, araucanos,
Subo a haceros banquetes soberanos.

FIDELFA.

Sacros himnos cantemos,
Y su triunfo en un baile celebremos.

(Arrimado a la Cruz, mientras cantan y bailan, sube).

(Cantan).

El fuerte Caupolicán,
El que en el madero postra
La tiranía de aquellos
Que a los araucanos doman;
El que ceñido de espinas,
Y tinto en su sangre propia,
Siendo lirio de los campos,
Parece encarnada rosa,
Mojado y rico el cabello
De laberintos de aljófara,
Llegó una noche rondando

Los huzíos (1) de su esposa.
Dió un golpe con la macana.
Y ella gallarda se asoma;
A quien con dulces ternezas,
La dice de aquesta forma:
Linda' amiga mía,
Rosa de Betel,
Palma de Cadés,
Ya son mis cabellos
Puro rosieler,
Y en ondas de perlas
Mares son también;
Abridme la puerta
Y el tambo veré,
Que entre sus olores
Alba quiero ser.
Voy a abrir,
Que sin alma no hay vivir.
Que es forzoso
Haceros, divino esposo,
Mil amores
En el tálamo de flores
Que imagino
En vuestros ojos divinos,
Y las palomas
Que (2)
Adiós, mi vida,
Que voy de amores perdida.

(*Cantan otra*).

Baja la esposa divina
Y entretanto el que la adora,
Se esconde para proballa,

(1). Así el texto de la Real Academia, por *buhíos*. M.

(2). Así se lee este pasaje, evidentemente mutilado.

Si hay voluntad que se esconda;

Llega a la puerta, y no hallando

El alma en quien se transforma,

Ansí en arrullos imita

A las tortolillas roncás:

¿A dónde mi amor se fué?

¡Triste de mí si huyó para aquí!

¿A dónde mi bien se fué?

En la ciudad entraré,

Y toda la rondaré,

Hasta que me encuentre ansí,

Si huyó por aquí,

Búscale en calles y plazas

Con suspiros y congojas;

Mas dan las guardas con ella,

Que en la ciudad van de ronda;

Rigurosos la maltratan,

Y del manto la despojan,

Que halla el esposo teñido

En la sangre que la borda.

¡Ay, despojos, dice,

De mi alma bella,

Como el sol hermosa,

Y del sol morena,

Hablad, y decidme

Dónde está encubierta;

Mas no puede estallo,

Si el manto me deja;

La sangre me dice

Fingiéndose lenguas,

Que es muerta la vida,

Y que el alma es muerta.

Hijas de Sion,

Si llegáis a vella,

Decid cómo muero

De celos y ausencia.

Ella, que el acento sigue
 De sus voces lastimosas,
 Corre, cae entre sus brazos.
 Diciéndole estas lisonjas:
 ¡Dulce esposo mío,
 Pastor de Belén,
 Si de mi bujío
 Os vais otra vez,
 ¡Ay! que me moriré!
 ¡Ay! que me moriré!
 Cómo ausente estaré ¡ay!
 Contigo estaré ¡ay!
 Que viva tu fé ¡ay!

(Suena una trompeta).

TEUCAPEL.

¿Agora metales roncós,
 Y agora sonoros cantos?
 ¿Qué es esto?

POLIPOLO.

Dos nubes sorben
 El oriente y el ocaso,
 En los ojos de los cielos:
 Una de celajes claros,
 Y otra de negros países;
 Las dos se van acercando
 Al mediodía, vertiendo
 Una fuego y otra rayos.

(*Aparezcan en los dos carros una nube blanca y otra negra, las cuales se han de abrir a un tiempo, y en ellas han de aparecer Caupolicán, con el cáliz en la mano, sobre un plato, y el Rengo con un plato de culebras.*)

RENGO.

A un tiempo, Caupolicán,
A hacer banquete lleguemos.

CAUPOLICÁN.

Siempre yo llego primero,
Aunque piensas que retardo;
Llegad, llegad al convite,
Valerosos araucanos;
Que hoy en comida se ofrece
El que viene a convidaros.
Por el cazabe (8) y maíz.

Pan de los cielos os traigo,
Que en leche los pechos puros
De una virgen lo amasaron;
Y por ver que sois amigos

8. *Cazabe* se lee también en el léxico de la Real Academia, voz tomada del idioma de Haití: torta que se hacía con harina sacada de la raíz de la yuca; pero parece que debiera preferirse la forma *cazabi*, que es la corriente en los cronistas de América y la usada por Fernández de Oviedo, que fué el primero que la dió a conocer y la describe largamente en el capítulo V del *Sumario de la natural historia de las Indias*. Así dice: «En la dicha Isla Española tienen los indios y los cristianos, que después usan comer el pan de estos indios, dos maneras de ellos. La una, es maíz, que es grano, y la otra, *cazabi*, que es raíz.» (Página 473, ed. Rivadeneyra). «Hay otra manera de pan que se llama *cazabi*, que se hace de unas raíces de una planta que los indios llaman yuca». Id., p. 476.

De carne humana, hoy os hago
Plato de mi carne misma,
¡Mirad si es sabroso plato!
Comed mi carne y bebed
Mi sangre; que regalaros
Con aquello mismo quiero
De que todos gustáis tanto.
En el pan carne hallaréis,
Porque en mí le transustanció;
Manjar que dió hartura eterna
Y sustento soberano.
No es el pan que hoy os ofrezco
Como el maná que en los campos
Di a vuestro padre; que aquel
Fué sombra de este holocausto,
Y comiéndole murieron;
Que éste en eterno descanso
Hace vivir, porque es vida
Del que le pone en los labios;
Y sabed que este convite
Lo instituyo para daros
Ejemplo en la caridad;
Amaos del modo que os amo;
Vivid en paz y en justicia,
Y tú, creyendo y obrando,
Fe santa, a la Iglesia hermosa
Lo entrega; que ella el erario
De este tesoro ha de ser,
Y de ella comunicarlo
Puedes, con mano piadosa,
Por las provincias de Arauco.
Subid, subid a mi mesa
Por angustias y trabajos;
Porque este pan no se come
Con contentos y regalos;
Que pide infinito precio

Tan infinito bocado;
Que se compran sus dulzuras
Con los pesares amargos.

RENGO.

Indios, si el pan de esa mesa
Os ha de costar tan caro,
Llegad, llegad a la mía
Sin disgusto y sobresalto;
Siete platos sirvo en ella,
Donde los adobos varios
Despiertan el apetito
Y al deleite están brindando.
Venid a mí los soberbios,
Los lascivos, los incastos,
Los envidiosos, y al fin,
Venid a mi mesa cuantos
Queráis vivir en las honras
De Arauco, alegres gozando
En mis platos la ambrosía,
Los néctares en mis vasos. (1)

(1). En el original están tachados los siguientes versos:

NEGRO.

Yo, Rengo, quiero seguirte
Con todos los de mi bando,
Que somos ataracea
Compuestos de negro y blanco.
Venid, mulatos, conmigo.

FIDELFA.

En las ollas del infierno
Vienen a ser los garbanzos;
Vayan los suegros contigo,
Zurdos, teñidos y calvos,
Y los bufones malditos,
Cantimploras de palacio;
Los sastres, los alguaciles
Y los infiernos humanos,

¿Qué haceis? Llegad a mi mesa.
Llega, Fidelfa.

FIDELFA.

¿Quién come,
Rengo, culebras y sapos,
Aunque estén en plata y oro?

RENGO

Llega, ó morirás.

FIDELFA.

Cantando (1)

Al pan que del cielo vino,
A Dios auxilio pedimos.

Cantan).

Pan de vida, ¿porqué no me vales,
Pues ves que me matan estos manjares?

(Copla).

Si eres eterna comida,
Como el Profeta lo advierte,
Postra manjares de muerte,
A que Rengo nos convida.
Danos vida, Pan de vida,
Que eres Dios, aunque a pan sabes;
Pan de vida ¿porqué no me vales,
Pues ves que me matan estos manjares?

Que tienen, como demonios,
En las penas su descanso;
Y vayan, al fin, contigo
Médicos y boticarios,
Porque con sus diligencias
Menos demonios tengamos.

(1). ¿Será acotación?

RENGO.

Si los llegas a gustar,
Conocerás su regalo.
Aquí están: Sardanapalo,
Creso, Antonio y Baltazar;
Un reino es cada manjar.
Indios, llegad a probarle.

(Cantan).

Pan de muerte, ¿por qué lo sabes?
Que Dios me da vida con sus manjares

RENGO.

No faltará quien me siga.

TEUCAPEL.

Lleguemos todos al pan
Que ofrece Caupolicán

POLIPOLO.

A Rengo Arauco persiga.

RENGO.

Yo haré, nación enemiga,
Que en mi marca te señales.

(Cantan).

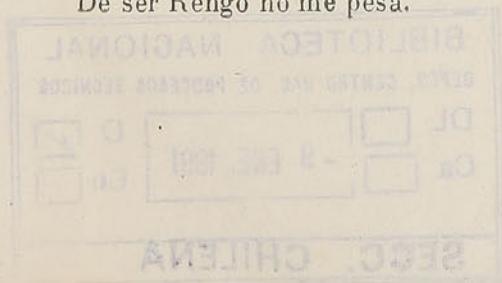
Pan de muerte, ¿porque no lo sabes?
Que Dios me da vida con sus manjares.

(Cantan).

Rayos caen en tu mesa,
Y en la mía caen flores.

RENGO.

En medio destes rigores,
De ser Rengo no me pesa.



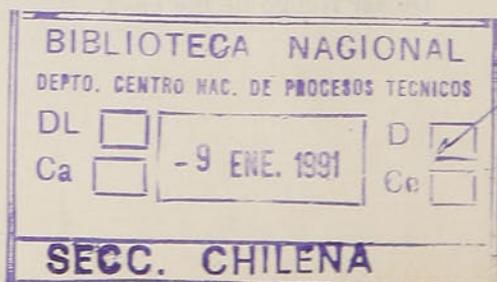
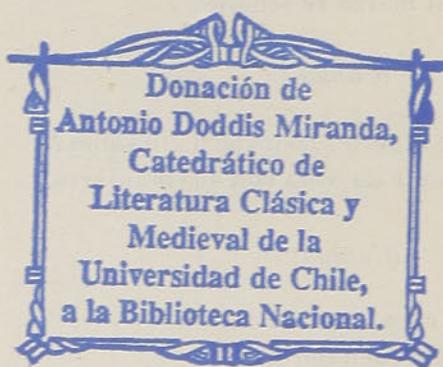
CAUPOLICÁN.

Loco, tu soberbia es esa,
Y más clemencias tales.

(Cantan:)

Pan de vida, ¿porqué no me vales,
Pues ves que me matan estos manjares?

(Cúbrese todo y dase fin).



THE
LIBRARY OF THE
MUSEUM OF
COMPARATIVE ZOOLOGY
AND ANATOMY
HARVARD UNIVERSITY
CAMBRIDGE, MASS.